CESAR IMPERIAL

Por

Rex Warner

La misma brillantez y la agudeza analítica que los lectores de habla castellana tuvieron oportunidad de apreciar en *Julio César* vuelven a ofrecérseles —más depurados, si cabe— en esta obra, que bien puede ser tenida como complemento indispensable de aquella otra.

Rex Warner brinda aquí una nueva prueba de sus magníficas condiciones de escritor múltiple, mostrándose a la vez como historiador y como novelista de la Historia, aun cuando esta dualidad, por cierto difícil de alcanzar, sorprenda a quienes no hayan tenido ocasión de apreciar las virtudes de su arte.

Para verificarlo nos bastará con detenernos, un poco al azar, en algunos pasajes de la obra. Así, por ejemplo, aquel en que los sentimientos de César, previos a una batalla, nos lo revelan como genuino caudillo; o cuando, en ocasión de la victoria sobre los helvecios, intuye la conquista de las Galias como anticipo del orden imperial; o cuando restablece su alianza con Pompeyo o Craso, mientras en su fuero íntimo desprecia la situación política interna de Roma y vislumbra la necesidad de un completo cambio institucional.

Hay asimismo páginas admirables, como aquella en que reflexiona sobre la obra de Lucrecio y extrae de sus conclusiones reglas de acción para el filósofo y el político. El mismo vigor retrospectivo encierran las meditaciones que en vísperas de la guerra civil llevan a César a analizar la política de Roma y determinan su decisión de eliminar a la oligarquía conservadora dirigida por Pompeyo. O cuando, al cruzar el Rubicón, el estadista lamenta la suerte de Roma, que verá violentadas sus instituciones y trastornados muchos de sus mitos.

Todo el libro es un monólogo interior que el Dictador se recita a sí mismo, durante el insomnio, la noche que precede a su asesinato. Fiel a un concepto que mucho dice de su alta jerarquía intelectual, Warner aparta lo anecdótico, que tan fácilmente sirve de condimento a biógrafos menos rigurosos. Y, en lugar de atenerse al recurso de explotar el escándalo y los elementos escabrosos de que estuvo llena la vida del conquistador de las Galias, enfoca a éste a través de las cualidades que le hicieron grande a mérito de sus dotes de hombre público: guerrero, legislador, gobernante y conocedor profundo de la naturaleza humana.

EMECE EDITORES S. A.

Administración y Ventas: **Luzuriaga 38 - T. E. 23-1098**
Departamento de Créditos: **Luzuriaga 38 - T. E. 23-1090**
Departamento de Ediciones: **Alsina 2061 - T. E. 48-6043**

Correo Argentino C. C. | Tarifa Reducida | Concesión Nº 5623

Registro Propiedad Intelectual Nº 620.203

$ 60.— m/n.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

33
34

FICCION

Setiembre
Octubre
Noviembre
Diciembre
1961

FICCIÓN

33-34
SET.-OCT.
NOV.-DIC.

CUENTOS - ENSAYOS - CINE - MUSICA - LIBROS
TEATRO - CRONICAS - ARTES PLASTICAS

INDICE
de avisadores

página

Instituto de Lenguas y Culturas 1
Olivetti 3
Wells 4
Ficción 5
Librería Fiorentino 11
Hispano Argentina Libros S. R. L. 17
Fabril Editora 23
Fabril Editora 27
Losada 35
Losada 41
E. T. & H. 49
Air France 55
Hachette 60 y 61
Comentario 67
Líneas Marítimas Argentinas 67
Revista de Psicoanálisis 83
Airón 83
Ediciones Mundonuevo 83
El Libro 104
La Mandrágora 123
Estaciones 137
Davar 143
Una Hoja 160
Inst. Priv. Invest. Quirológicas 160
Librería Huemul 181 y 232
La Piedad 181
Bonino 184
Van Riel 184
Odeón 187
R.C.A. Víctor 190 y 191
Editorias Goyanarte 89. 95. 97, 107, 109, 113 y 130

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INSTITUTO DE LENGUAS Y CULTURAS

MORENO 1921 BUENOS AIRES 47 - 8908

Como entidad independiente del antiguo Instituto Grafotécnico, se ha creado en Buenos Aires el INSTITUTO DE LENGUAS Y CULTURAS, cuyo objeto es promover, fomentar y realizar, por medio de la enseñanza directa e indirecta, cursos, seminarios, conferencias, publicaciones, certámenes y viajes culturales que tiendan al integral conocimiento de las **lenguas, culturas** y **literaturas clásicas** y **modernas.** Instruye a sus participantes en las **técnicas modernas de expresión oral y escrita,** y dedica preferente atención a la formación de ESCRITORES, TRADUCTORES LITERARIOS, PROFESORES EN COMPOSICION LITERARIA, TELEDOCENTES, LIBRETISTAS DE TV y ORADORES.

Constituyen las autoridades del Instituto: un Consejo-Asesor, compuesto por los escritores Jorge Luis BORGES, Carmen GÁNDARA, Osvaldo H. DONDO, María Esther de MIGUEL y Leónidas de VEDIA; el Director general, José L. IZQUIERDO HERNÁNDEZ, los Secretarios, Esther CAPDEVIELLE y Federico PELTZER, y un Consejo de Profesores.

Abarca el INSTITUTO tres secciones principales:

A) Sección LENGUAS Y CULTURAS:
- **LATÍN Y GRIEGO**
- **ALEMÁN — FRANCES**
- **INGLES — RUSO**

B) Sección ESCRITORES:
- **SEMINARIO DE ESCRITORES**
  Redacción — Arte de Escribir
  Cuento — Novela — Teatro
  Ensayo — Crítica Literaria
- **CULTURA LITERARIA**
- **TV INTEGRAL PARA ESCRITORES**
- **ESCUELA DE TRADUCTORES LITERARIOS**
- **ESCUELA DE CORRECTORES**

C) Sección DOCENCIA Y RELACIONES CULTURALES:
- **PROFESORADO EN COMPOSICION Y TECNICAS LITERARIAS**
- **TELEDOCENTES**
- **ESCUELA DE ORATORIA**
- **TURISMO CULTURAL LITERARIO**
- **PUBLICACIONES**

Informes e Inscripciones: desde el 1º de marzo de 16 a 21 hs. en Moreno 1921 — 47-8908

Sumario

La primera piedra, por Silvina Bullrich 6

La batida, por Ernesto Castany 20

El testamento, por Gregorio Scheines 26

El juego de la muerte, por Gloria Alcorta 44

La sagrada familia, por Jorge Riestra 68

La cita, por Carmen da Silva 80

El nudo, por Fernando de Elizalde 100

El barrilete, por Eduardo Lawn 105

El matrimonio Vil, por Fernando Lorenzo 110

La metamorfosis de Sidney O'Hara, por Waldo Ross 124

Delfino o la vocación del fuego, por Marco Denevi 131

Delfino íntimo, por Sara Kriner de Haines 135

El percal celeste, por Josefina Melo 138

Letras españolas: *Guillermo de Torre o el crítico,* por Ricardo Gullón 144

Adela Grondona: *¿Por qué escribe usted?* Contesta Enrique Williams Alzaga .. 157

Letras argentinas: *Catorce opiniones de J. L. Borges,* por Bernardo Ezequiel Koremblit 161

Los premios, de Julio Cortázar, por Antonio Pagés Larraya 165

Dos nuevas novelistas argentinas, por Federico Peltzer 169

La cárcel y los hierros, de Alicia Jurado, por Celia de Diego 171

Letras francesas: *Moderato cantabile y el film de una novela,* por Félix Gattégno 174

La responsabilidad del artista, por C. de D. 176

Letras irlandesas: *Mi hermano James Joyce, de Stanislaus Joyce,* por Ana O'Neill 178

Letras italianas: *Giani Stuparich,* por Ariel Canzani D. 180

Artes plásticas, por Romualdo Brughetti 182

Ballet, por Inés Malinow 185

Discos, por Marcelo Eguren 187

Hugo Acevedo: *Poesía precolombina,* selección de Miguel Angel Asturias; *Principios de la educación secundaria,* por Nelson L. Bossing 197

Alfredo Andrés: *La Sinrazón,* por Rosa Chacel; *Réquiem por un campesino español,* por Ramón Sender; *El enamorado,* por Alberto Oscar Blasi 198

Daniel Barros: *Trabajar cansa,* por Cesare Pavese; *El general Paz y los dos caudillajes,* por Luis Franco 200

María Angélica Bosco: *El astillero,* por Juan Carlos Onetti 202

José Julio Castro: *La ciudad de los muertos,* por Consuelo Alvarez 202

Jorge Eduardo Fuentes: *San Salvatore,* por Hans Kades; *El rapto Peugeot,* por Ives Trené 203

Elías de la Torre: *María Rosa en primavera,* por Marcos Victoria 204

B.E.K.: *Viaje hacia el sol,* por Clarisa Muniagurria Minoli; *Poetas chinos de la dinastía T'Ang,* selec. y trad. de Raúl A. Ruy; *Historia, política social: patria,* por Joaquín Costa 205

Luis Ricardo Furlan: *Floridas márgenes,* por Elías Cárpena 207

Arnoldo Liberman: *Obras para televisión,* por Paddy Chayefsky; *La obra de Ayala y Torre Nilson,* por Tomás E. Martínez 208

Pilar de Lusarreta: *La criba,* por Daniel Sueiro 209

I. M.: *Tema del deslindado,* por Romilio Ribero; *Las bodas,* por Clara Silva 211

Ana Medveny: *Jana Szenes,* por Aarón Megued; *Más allá del invierno,* por Maxwell Anderson; *El señor Martereau,* por Nathalie Sarraute 212

Jorge Antonio J. Nóbile: *Estructura y método de una monografía,* por Armando Asti Vera 214

A. O'N.: *Literatura de posguerra,* por Manuel Lamana; *Locke,* por Maurice Cranston 214

Pedro G. Orgambide: *Violín María,* por Juan José Ceselli; *Los reinos perdidos,* por Bernardino Jalphen 215

Celia Paschero: *Técnicas del Yoga,* por Mircea Eliade 217

Jorge Alberto Sáez: *Los tests,* por Bela Székely; *Cuentos, memorias y ensayos,* por Ana Frank 218

Víctor Sáiz: *Con verdad y con rigor,* por José Blanco Amor; *Los colores del amor,* por Lucano D. Grieco; *Aquel bello tiempo mío,* por Elio Grosso 220

Nélida Salvador: *Arriba pasa el viento,* por Fernando Lorenzo; *Los espacios y los símbolos,* por María de Villarino 222

Teresa Sánchez Cuevas: *Corazón salvaje,* por Luis Sersale di Cerisano; *Espantapájaro,* por Manuel de Castro 224

Atols Tapia: *Uno, el país,* por Pablo Rivas; *Paradoja del cisne,* por Mario Lesing 225

Alejandro Tarnopolsky: *La mano del ausente,* por Juan C. Ghiano 226

Néstor Tirri: *Junio 16,* por N. Kraly; *Las señoritas vecinas,* por M. Mombrú; *Siete jefes,* por J. M. Paolantonio; *Necesito diez mil pesos,* por E. Silberstein; *Ezequiel Soria, propulsor del teatro argentino,* por J. O. Ponferrada 227

Francisco Tomat-Guido: *Exequias de un amigo,* por Marcelo Venturi *Vengo a dar testimonio,* por César Rosales; *La muerte de una dama,* por Osvaldo Seiguerman 229

Celia Zaragoza: *Diario poético* y *Ser en sombra,* por Damián C. Bayón 231

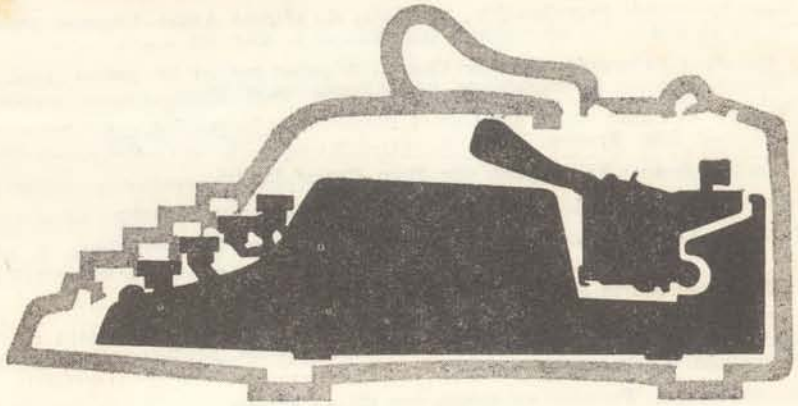
Papel y tinta, por Abelardo Castillo 233

Crítica de críticos, por C. Fernández Moreno 235

Noticias 236

Libros recibidos 238

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

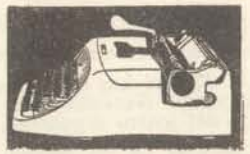


Lettera 22
Studio 44

La **Lettera 22** da calidad a toda carta que lleve su firma. Es el complemento natural de una habitación moderna: porque, si en la oficina escribir a máquina es un deber, en casa, hoy, ya tiene que constituir un deber de cortesía. Las cartas personales, los escritos privados, las copias de documentos adquirirán orden y calidad con esta portátil discreta, ligera, manejable por la mano menos experta.



Aunque su lugar de trabajo no sea un despacho ni Ud. un mecanógrafo profesional, puede tener la necesidad de escribir mucho, y por lo tanto la necesidad -también- de poseer una máquina de escribir segura y fuerte, con capacidad para numerosas copias, para cualquier ocasión o trabajo... Olivetti ha reunido en la **Studio 44** todas las cualidades de sus máquinas para despacho que las oficinas de todo el mundo ya han adoptado hace muchos años, otorgándole una forma que se adapta al ambiente de su casa y de su gabinete privado.



olivetti
Olivetti Argentina S. A.
Buenos Aires - San Martín 850

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Wells
Casimires muy finos **3 CABOS**



EXCELSIOR

SILVINA BULLRICH

La primera piedra

Vete y no peques más.

Cuando aquel hombre de mirada penetrante, de tez pálida y de voz fatigada pronunció esas palabras, ella tuvo ganas de arrojarse a sus pies heridos por los guijarros del camino, de besarlos con pasión, con humildad, con todos esos sentimientos confusos que habían empezado a agitarse en ella y seguirlo luego por los senderos polvorientos, bajo el ardiente sol de Israel. Pero el hombre no hizo ningún ademán para atraerla; la mano que se había levantado en su defensa no se extendió en busca de un acercamiento. Además la frase era categórica: él quería que ella fuera pura y aceptara la soledad. Sólo en la soledad se forja la pureza. Ella alzó los ojos e interrogó en silencio al profeta venido de Nazareth que acababa de salvarle la vida. El parecía contemplarla, pero ella no tardó en comprender que ni siquiera la veía, que miraba a través de su cuerpo hacia lo lejos, lo invisible. Todo en él impedía las exaltaciones, hasta la gratitud. No daba ni pedía ternura: sólo bondad. No, algo más fuerte: justicia.

La mujer adúltera bajó entonces nuevamente la vista y ordenó a sus piernas que no la traicionaran, que la condujeran lejos de sus verdugos frustrados y de su salvador que ya parecía llamado por otra misión más alta que la de consolar a una mujer débil, esclava de la carne. Cuando salió del templo y atravesó el patio populoso, algunos insultos rechinaron en sus oídos, algunas risitas tímidas se desgranaron, pero lo cierto es que la gente ya domada se hizo a un lado para dejarla pasar. Algunas piedras recogidas para su lapidación rodaron a sus pies con un ruido sordo. Manos ya indiferentes las dejaban caer; todos preferían desentenderse de ella y de ese defensor de los humildes con el cual era mejor no tener líos.

Ocurriera lo que ocurriere durante los años que le quedaban por vivir, Raquel estaba segura de no olvidar un solo detalle de ese terrible día marcado para su vergüenza. Solamente tres veces había estado en brazos de aquel hombre con el cual la había sorprendido su cuñado entre los olivares. Era un mediodía cálido en que el *jansin*, ese viento enervante que no sopla, sino que penetra en los poros y pone en la boca una sed insaciable, había debilitado sus resistencias.

Fueron tres deslumbrantes mediodías pasados entre risas, con uvas y granadas y aceitunas jugosas. Sus cuerpos húmedos se pegaban desprendiendo un olor animal que excitaba aún más a David y daba al adulterio un gusto diferente del conocido en las oscuras noches conyugales. El amor era eso y nadie se lo había dicho. Ella lo había presentido en los primeros tiempos de su matrimonio, pero Samuel era demasiado joven, demasiado apresurado y sus padres dormían en el cuarto contiguo; entonces hubo que aprender a gozar en silencio, a ahogar el último gemido, a sonreír en vez de reír. Sólo los ojos brillaban en la habitación sombría, inútiles, incapaces de distinguir nada; hubo que aprender a mirar con las manos, como los ciegos; manos anhelantes que remoldean las formas queridas. Luego nació un niño muerto, alguien habló de maldición y Samuel comenzó a alejarse de ese cuerpo quizá condenado a la esterilidad.

El profeta parecía adivinar todo eso, casi podría decirse que ya lo sabía. Su mirada fue mucho más dura cuando se posó sobre los escribas y los fariseos que la habían llevado a su presencia con la esperanza de verla condenar públicamente. Ellos querían lapidarla; la ley de Moisés lo permitía, hasta lo mandaba, pero ya eran leyes un poco caducas, petrificadas en las tablas, y los hombres necesitan leyes nuevas, frescas, entonces sienten ganas de acatarlas, piensan que han sido dictadas para ellos y no para sus abuelos. ¿Qué otro motivo podían tener para pedir la anuencia de ese extraño profeta que según sus suegros no podía traer nada bueno?

—Queremos saber si acatas o si niegas las leyes de Moisés; habla, ordena y obedeceremos, habla Jesús de Nazareth, dinos si debemos lapidar a esta mujer sorprendida en adulterio.

Durante unos instantes él pareció no oír las preguntas, miraba hacia abajo y escribía algo en la tierra. Pero los acusadores insistían: la jauría humana es cobarde, se esfuerza para que sobre uno solo recaiga la responsabilidad de sus desmanes. El alzó por fin una mirada cargada de fatiga, paseó sobre ellos sus ojos lejanos, nostálgicos, donde se leía claramente el hartazgo de los problemas de este mundo. Raquel creyó oirle murmurar: "¿Y a mí qué me importa?" Pero por supuesto fue una alucinación, quizá dictada por el miedo de verse abandonada entre las garras de sus lapidadores, pues en seguida la voz pronunció con firmeza las palabras inolvidables:

—Que aquel de vosotros limpio de pecado arroje la primera piedra.

Entonces un silencio impresionante habitó el templo, sólo turbado al cabo de unos minutos por los pasos lentos que se deslizaban sobre la tierra como serpientes: sus acusadores se alejaban uno a uno sin protestar. Parecía que la conciencia de cada cual estaba a la vista como la cara: era inútil intentar acultarla, pues brillaba como un faro en la penumbra del templo. Mientras tanto Jesús, desentendido de un proble-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ma tan mezquino y tan humano, que acaso parecía no incumbirle a nadie más que a Raquel, a Samuel y a David, había vuelto a escribir en tierra. ¿Qué escribía? Ella hubiera dado todo en el mundo por haber tenido en ese momento la presencia de ánimo de inclinarse a descifrar los signos que tan tenazmente grababa el nazareno. Cuando todos hubieron abandonado el templo, un joven hermoso que alguien había llamado Juan pasó junto a ella y le sonrió con dulzura, luego se dirigió también hacia la puerta. Ella comprendió que debía quedar sola ante su juez y se estremeció. Durante un momento largo, muy largo, formado por minutos o por siglos, Raquel sintió que sólo habían quedado ella y él en el mundo para juzgar su acto. Y de pronto le pareció monstruoso haberlo cometido. ¿Por qué no haber sabido arrancar a Samuel de la casa paterna y haberse revolcado con él en los trigales? ¿Qué había venido a hacer David en su vida? ¿Acaso no podían ella y Samuel comer uvas y granadas y mezclar sus sudores y ver a través de sus párpados cerrados a causa del sol demasiado fuerte, un mundo rosa, transparente y brillante? Sintió un deseo irrefrenable de echarse de rodillas y pedirle perdón a aquel hombre que escribía para siempre su sentencia en la tierra. ¿Pero por qué a él y no a Samuel? ¿Qué tenía que ver él ni nadie con lo que había ocurrido en su cuerpo? Mientras Raquel vacilaba, Jesús alzó nuevamente los ojos, los paseó por el templo vacío y dijo con una ironía apenas perceptible:

—¿Adónde están, mujer, los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?

Ella tenía la garganta anudada; sólo logró murmurar: "Ninguno".

Entonces él cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos estaban ahogados en lágrimas. Dijo sin vacilar:

—Yo tampoco te condeno.

Raquel dio unos pasos para acercarse a él. Pero un ademán imperioso la detuvo:

—No me agradezcas nada, quizá me maldigas mañana. Mi perdón no es fácil de llevar. Ahora vete: vete y no peques más.

Ella empezó a retroceder, como si esa mano levantada la empujara en forma irresistible. El, de pie, volvió a decir:

—Es una advertencia, es una orden, es mi condición para no condenarte. Hoy conoces la dulzura del perdón, no olvides que con él va mi castigo: yo no castigo con piedras. Vete y no peques más.

Las palabras aún resonaban como notas de órgano en el templo vacío y la mujer se encontró afuera bajo el inclemente sol de Jerusalén. El sudor que corría por sus piernas y sus mejillas ya no se mezclaría con el que corría por los miembros olorosos de David; el *jansin* que

soplaba en las entrañas misteriosas del espacio despertaba una sed que no aplacaría ningún racimo de uvas tendido por una mano dadivosa.

Entonces la luz se hizo y ella comprendió el castigo que había sido vestido de perdón. Vete. ¿Adónde? ¿Adónde ir, Dios de Jehová? Imaginó su llegada a la casa de sus suegros, la ira de esa madre herida en su orgullo y el dolor de Samuel ofendido. Sus pasos, sin embargo, la llevaban implacablemente al hogar. Los pasos de una mujer nunca pueden conducir hacia otro lado. Necesitaba un refugio contra el sol, contra la muchedumbre, quizá contra sí misma. Sólo allí podría obedecer la orden del profeta iluminado.

Su suegra estaba en el umbral, pisando aceitunas en un mortero. No la oyó llegar.

—Shalom —dijo Raquel levantando la mano en señal de paz. Entonces la vieja empezó a gritar y el hijo menor acudió con su gran perro manchado y el viejo le arrojó la sierpe con la que talaba sus viñas.

Atraído por el ruido Samuel apareció más pálido que nunca: el sol no podía nada contra su blancura. La miró sin odio, pero con un dolor tan intenso que Raquel por primera vez se sintió sin fuerzas, vencida por los sollozos, convertida toda entera en un aullido y una llaga.

—¿Por qué? —suplicó Samuel—. ¿Por qué?

Pero ya su padre y su hermano lo empujaban hacia adentro y la puerta se cerraba tras ellos.

—Vete —rugió la suegra—, vete o te degüello con esa sierpe que por desventura no te ha alcanzado.

"Vete". Era como si esa palabra fuera la única que le estaba destinada en el vocabulario humano. Y Raquel se fue. Fue hacia aquel olivar donde él la había poseído por primera vez. No sabía exactamente lo que buscaba, quizá simplemente un poco de sombra.

Al día siguiente, cuando David la encontró dormida entre los árboles jóvenes que apenas empezaban a anudarse, sintió una ola de ternura inundar su corazón y su vientre. Se acercó a ella y la despertó con un beso suave en la sien, junto a la oreja. Raquel lo miró, se sobresaltó.

—No —gritó—. ¡Vete! La maldición caerá de nuevo sobre nosotros.

David creyó que le reprochaba su abandono y empezó a disculparse.

—Veinte hombres me tomaron y me ataron a un árbol; creí que también a mí me lapidarían, pero no me importaba, sólo pensaba en ti. Imaginaba tu piel tan tierna desgarrada por los guijarros afilados que eligen cuidadosamente los fariseos para herir a quienes envidian. Por-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que nos envidian, ¿entiendes?, envidian nuestros triunfantes mediodías, nuestro amor fuerte y joven, en cambio Samuel...

Ella le mandó callar:

—Tengo algo que decirte —comenzó con infinita tristeza—. Ninguna piedra desgarró mis carnes, nadie se atrevió a lanzármela. Ves, no estoy herida, sólo los pies me sangran por las aristas del camino. Dios me ha perdonado porque un hombre me perdonó bajo una condición...

El escuchaba; escuchó todo hasta el final. Sus ojos se agrandaban por el espanto. Por fin, gritó enfurecido:

—Mil veces mejor hubieran sido todos los guijarros de la Judea antes que esa sentencia inhumana que ha caído sobre ti. Ve, vuelve hacia ese hombre que se dice el Mesías y dile que llame uno a uno a quienes quisieron lapidarte; dile que ponga él mismo las piedras más puntiagudas entre sus manos; que tu martirio dure una hora o que se extinga junto con tu vida, paro que no te convierta a los veintidós años en un viejo sarmiento sin savia y sin retoños. Imagina una tierra privada para siempre del calor del sol, de la sombra del follaje, de la caricia de la brisa, de la frescura de la lluvia, eso serás tú, Raquel, muerta, peor que muerta, enterrada viva.

Ella trataba de calmarlo, pero lloraba suavemente. El continuaba:

—Dile a ese falso Mesías que no infrinja las leyes de la naturaleza. Dile que no resucite a los muertos y no entierre a los vivos, que deje cumplirse los ciclos, que los árboles den frutos y las mujeres amen.

Mucho más gritó David mientras ella de tanto en tanto murmuraba: "Calla, no blasfemes, la maldición de Dios caerá sobre nosotros." En sus oídos sólo resonaba la frase cortante que le había sido destinada: "Vete y no peques más". Las palabras de David no la alcanzaban; quedaban colgadas en el aire, ajenas, incomprensibles, como si no las pronunciara en hebreo.

Al atardecer, él se alejó vencido. Por la noche comió y bebió en una taberna de Jerusalén y poseyó a otra mujer.

Raquel volvió al templo a buscar a Jesús. Quería que le explicara cómo debía hacer para obedecer sin que su perdón fuera un espantoso castigo. Pero desde aquella mañana nadie había visto al nazareno. Algunos dijeron no haberlo visto jamás, otros le aseguraron que era sin duda víctima de una de esas alucinaciones causadas por el sol a las vendimiadoras imprudentes que trabajan sin cubrirse la cabeza. No faltó quien rezongara que no alcanzarían diez vidas para seguir los pasos de cada falso Mesías que recorría las rutas de Israel. Una vieja que hilaba en un umbral pudo por fin darle alguna indicación:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LIBRERIA
FIORENTINO

RIVADAVIA 5061 — BUENOS AIRES

ARTE

FILOSOFIA

LITERATURA

LIBROS DE ARTE EXTRANJEROS

—Vino de Galilea y dicen que allí se volvía. Toma un camino cualquiera o quédate inmóvil, de todos modos lo encontrarás.

Y continuó desovillando su pobre mata de lana amarillenta. Cuando Raquel se alejaba la hilandera le gritó:

—Búscalo donde haya agua: todos sus compañeros son pescadores y dibujan peces hasta en la tierra.

¡Peces! ¿Sería ése el signo que él trazaba en el polvo mientras ella aguardaba su sentencia? De todas maneras, cualquiera fuera el signo, ella no podría nunca olvidar su sentido. Todo en ese hombre le parecía oscuro: sus palabras, sus actitudes. Debía encontrarlo, pedirle aclaraciones, decirle que era una pobre mujer ignorante, resuelta a obedecer, pero perdida e irremediablemente sola en su acatamiento y en su obediencia.

De día caminaba, comía el pan que alguna mano caritativa le tendía, los higos o las aceitunas que robaba, temblando, porque antes nunca había robado. Cuando el sol caía a plomo y los labriegos descansaban antes de reanudar el trabajo, ella se acercaba silenciosa a una higuera, a un olivo, a una viña y alguna vez tuvo la audacia de mamar en la ubre henchida de una oveja. De noche tenía miedo, tenía frío, la torturaba el hambre mal saciada por mendrugos insuficientes. Entonces lloraba hasta que el sueño se apiadaba de ella, cerraba sus párpados y secaba sus lágrimas.

Así pasaron varios días. Por fin una mañana, después de tres horas de marcha, el mar más celeste de la tierra se extendió como un espejismo ante su vista. Raquel se restregó los ojos pues nunca había visto el mar y no sabía que brillaba tanto. Tampoco sabía que podía ser claro y sereno como un lago. Tanto le habían hablado de sus tormentas que sólo lo imaginaba encrespado de olas. Junto al agua había palmeras y un follaje exuberante como nunca había imaginado que existiera en Israel. Los restos de un templo destruido completaban la imprevista belleza del paisaje. Una voz de hombre, grave y tierna, la quitó de su ensimismamiento con el saludo ritual:

—Paz.

—Paz —contestó ella.

El le tendió una ancha hoja cubierta de dátiles y se sentaron juntos, a comerlos, a la sombra de una palmera.

El mundo había vuelto a adquirir contornos definidos y por primera vez, desde que el perdón la había condenado a la soledad y al vacío, Raquel sintió la embriaguez de vivir.

—Me llamo Josué —le dijo su anfitrión—. Tengo una cabaña aquí cerca y un rebaño de quince cabras.

Le señaló algunas que escalaban irrespetuosamente las columnas tronchadas que yacían en el suelo. Luego le dijo que el lugar se llamaba Ashkalón y que esas columnas eran las del templo que en un último alarde de fuerza Sansón había conseguido derribar. Hablaba mucho, con voz rítmica, como si cantara o recitara versos. Ella lo escuchaba embelesada. Poco a poco el calor, el vino nuevo y la voz monótona que le contaba cosas ocurridas en Israel la adormecieron, y apenas tuvo tiempo de pensar, mientras naufragaba en el sueño, que esta vez no la vencía el llanto sino el bienestar.

Despertó al son de la flauta de junco de Josué. El mar ya no brillaba; bajo el cielo violeta del atardecer la masa de agua sombría resultaba menos tranquilizadora. Raquel se estremeció. El pastor se había acercado a ella sin dejar de tocar la flauta. Le sonrió, se sonrieron. Sus cuerpos jóvenes y descansados se tendían el uno hacia el otro. Raquel inmóvil, los ojos entreabiertos, veía acercarse a sus labios los labios rosados del muchacho. Pero cuando sus bocas iban a unirse se enderezó de un salto. Una voz sonora había repetido la orden fatal:

—Vete y no peques más.

Entonces, ágil como una cabra, corrió entre las columnas del templo destruido y Josué corrió tras ella implorando su perdón. Cuando la hubo alcanzado y ya la oprimía entre sus brazos, ella se echó a llorar como un niño contra el hombro tostado y desnudo. Las palabras saltaron a borbotones de su garganta. Lo contó todo: Samuel, David, los hombres dispuestos a lapidarla y el profeta que la había perdonado bajo esa monstruosa condición.

Josué creía en los profetas y por la descripción de Raquel comprendió que el hombre del templo de Jerusalén era aquel que arrastraba a las masas y se decía hijo de Dios. Entonces le dio una cesta con dátiles, una jícara con leche recién ordeñada y la dejó partir.

Las mujeres no suelen tender frutos ni vino a las que recorren los caminos con los pies descalzos y el cuerpo cubierto de harapos. Y menos aún si a pesar de la caricia del sol la piel es lisa y suave, si entre las crenchas enredadas brillan dos ojos inmensos amparados por frondosas pestañas. Poco a poco Raquel aprendió que los corazones caritativos laten siempre, aparentemente, en un pecho de hombre; luego aprendió también que todos los hombres pedían que se les pagara con la misma moneda el puñado de olivas y el sorbo de agua fresca que le alcanzan a una mujer extenuada.

Ya no explicaba nada. Después de aceptar los alimentos huía huraña como un animal salvaje; también aprendió a hurtar con más

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

destreza para no tener que pedir; prefirió los senderos ocultos a los caminos anchos transitados por las caravanas.

Cuando llegó a Tiberíades, al borde del lago Génésareth, no necesitó preguntar por Jesús pues todo el mundo hablaba de él. Le dijeron que era hijo único de María y de José, un carpintero de Nazareth; le contaron que aplacaba las tormentas que agitaban el lago, multiplicaba los panes, llenaba las redes de peces, lavaba en el Jordán los pecados de los hombres y perdonaba a las mujeres descarriadas. Raquel recogió todos los informes posibles y luego, ya segura de dar con él, se dirigió a Nazareth.

En la parte alta de la ciudad, no lejos del mercado estaba el taller de José. Raquel empujó la puerta después de haber llamado repetidas veces sin obtener contestación. Un anciano sentado sobre un escabel levantó la vista y le sonrió. Muchas veces los hombres le sonreían así, sin preguntarle nada.

—Vengo en busca de Jesús, hijo de José y de María.

—Yo soy José y Jesús no es mi hijo —dijo el anciano—. Ya ni siquiera es hijo de María. El sólo reconoce a su padre que está en el cielo.

Raquel no supo si hablaba con ira, con resignación o con ironía, o si simplemente comprobaba un hecho. Como no encontraba nada que contestar expuso su pretensión:

—He venido a verlo. Lo busco desde hace muchos meses. He recorrido por él todos los caminos de la Galilea y de la Judea, he atravesado el desierto del Negev, he seguido cien pistas equivocadas; ahora estoy en su casa; sea el hijo de quien sea no me muevo de aquí antes de haberlo visto.

Su propio tono decidido y prepotente la sorprendió. El anciano, en cambio, no pareció inmutarse.

—Puedes quedarte si quieres. En el arcón hay queso de cabra, y el agua del pozo está fresca. Hay también pescado salado y un trozo de cordero frío. La gente nos cubre de regalos, todos creen que Jesús se los retribuirá en el cielo. Come, bebe y duerme, pero no pretendas ver a Jesús pues nadie sabe nunca por dónde anda.

—Lo esperaré —dijo ella.

José se encogió de hombros sin contestar.

Raquel comió y bebió hasta hartarse. Era la primera vez desde que había salido de su casa que se alimentaba con carne y pescado. Luego se quedó dormida. Despertó veinticuatro horas más tarde. José continuaba sentado sobre el mismo escabel como si estuviese clavado ahí desde la eternidad, para la eternidad. No obstante debió haberse

movido porque junto a la mujer alguien que no podía ser sino él, había colocado un cántaro lleno de leche y una escudilla. Ella bebió hasta la última gota. Luego salió a la calle y fue a lavarse a la fuente donde, según le indicó José, María iba todas las mañanas a buscar agua como las demás mujeres de Nazareth.

Junto a la fuente las mujeres conversaban y reían. Los muchachos pasaban para ver chorrear el agua sobre sus brazos y sus cuellos desnudos. Raquel rió con ellas; dijo que era forastera, parienta lejana de José y que había venido a visitarlo por orden de su madre. Mientras hablaba advirtió que mentía, cosa que no había hecho jamás. En verdad, desde el día de su lapidación frustrada, había aprendido a robar y a mentir. De niña le habían enseñado que esos eran los pecados más feos que podía cometer, pero ahora sabía que para las personas mayores la palabra pecar tiene una acepción muy distinta de la que se aprende en la infancia. ¿El único pecado era acaso el acto de la carne? Solamente Jesús podía contestarle, aclarar sus ideas, devolverle la paz perdida, ayudarle a desentrañar el bien del mal, colocarla definitivamente en el camino recto por el que le había ordenado andar sin indicarle con exactitud cuál era ese camino y por dónde había que emprender la marcha. Quizá él hablara con Samuel, con sus padres y su hermano, y los convenciera de que debían recogerla para que ella pudiera vivir sin pecar, sin mentir y sin robar.

Al volver al taller de José resolvió contarle al carpintero la situación insoluble en que la había colocado el perdón condicional de su hijo. Se sentó en el suelo junto al escabel y por enésima vez narró su infortunio.

José era hombre de pocas palabras y no la interrumpió durante el relato. Sólo cuando ella hubo terminado habló él:

—¿Qué buscas aquí, mujer?

—A Jesús el nazareno, al culpable de mi vida errabunda.

—¿Qué puede hacer ahora por ti? Te salvó de la lapidación, ¿qué más pretendes de él?

—Mi carne no sufrió el filo de los guijarros pero sufre todas las noches las urgencias de mis veintitrés años. Me acosan el hambre, el frío, la soledad, la tentación. Yo misma acaricio mis pechos y mi vientre que la mano de un hombre debería acariciar. Mi vientre no engendrará, mis pechos no amamantarán, ¿es justo eso, anciano?

—Supongo que no. Aunque quizá no esté escrito que todos los vientres tienen que engendrar y todos los senos amamantar. Quizá sea otra tu misión.

—No será andar por los caminos.

—Acaso sea andar por los caminos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Raquel se impacientó. Ese anciano resignado, que miraba con filosofía un mundo que no tardaría en abandonar, la irritaba.

—No he venido a pedir tu opinión sino a buscar a Jesús. El hizo de mí lo que soy: él debe reparar y explicar.

—Jesús no explica nunca las cosas dos veces. El dictó su sentencia, ahora arréglatelas sola.

Y entonces ocurrió algo imprevisto. El anciano impasible se echó a reír. Reía y reía ante la mirada estupefacta de la mujer adúltera. Al cabo de unos segundos ella se abalanzó sobre él, lo tomó de los hombros, lo sacudió con furia:

—¿De qué te ríes, anciano? ¿Hay acaso motivo de risa? Tienes ante ti a una mujer condenada a andar por los caminos.

—Todos, tarde o temprano andaremos como tú por los caminos —dijo ya serio José—. Todo el pueblo hebreo andará por los caminos porque así lo dispone mi hijo Jesús.

Calló unos instantes y luego le dijo paternalmente:

—Vuelve a tu casa y créeme que Dios habla pero no explica; ordena pero no ayuda a cumplir las órdenes. Arréglatelas sola; mientras están sobre la tierra los hombres deben arreglárselas solos. No sé lo que ocurrirá en el cielo.

Y Raquel volvió a recorrer el camino que conduce a Jerusalén. Al acercarse a la ciudad le extrañó ver una muchedumbre que se ajetreaba y formaba corrillos. Pidió explicaciones pero la gente llevaba prisa. Su experiencia andariega le había enseñado a interrogar a los ancianos, a los paralíticos, a los que nadie escucha y tienen ganas de hablar, a los que miran pasar a los demás porque ellos no tienen fuerza para seguirlos. Supo así que esa gente iba a presenciar una crucifixión.

—¿A quién crucifican hoy? —preguntó Raquel.

—A un falso Mesías, hacedor de milagros, hijo de un carpintero de Galilea.

Raque sintió vacilar el suelo bajo sus pies: el hombre bueno, el que la había salvado estaba a punto de morir en la cruz. Una ola de piedad y de amor inundó su corazón. ¿Qué hacer para salvarlo, para retribuirle lo que le debía? Ya no recordaba su propio desamparo, le parecía insignificante comparado con el del hombre condenado a morir en la cruz.

Olvidando su cansancio, sus pies lastimados y su decisión de volver al hogar conyugal, Raquel corrió, atropellando, dando codazos, abriéndose paso entre la muchedumbre hasta el lugar de la crucifixión.

Mientras avanzaba, sus nobles sentimientos empezaron a mezclarse con otros más turbios, más egoístas. ¿Qué sería de ella si el profeta

HISPANO ARGENTINA LIBROS S.R.L.

TAURUS

William Ebenstein. — PENSAMIENTO POLITICO MODERNO, 2 ts.	$	750.—
Ramón Gómez de la Serna. — GUIA DEL RASTRO	,,	550.—
Amedée Bruno. — EL GENIO LITERARIO DE SAN PABLO	,,	200.—
H. E. del Médico. — EL MITO DE LOS ESENIOS	,,	300.—
P. Barbier. — EL PROGRESO TECNICO Y LA ORGANIZACION DEL TRABAJO	,,	250.—
Varios. — LOS TOROS EN LA LITERATURA	,,	600.—
PENSAMIENTO ESPAÑOL CONTEMPORANEO (Antología)	,,	360.—

CID

Georges-Roux. — MUSSOLINI	$	400.—
Henry Vallotton. — IVAN EL TERRIBLE	,,	300.—
Tibor Mende. — CHINA Y SU SOMBRA	,,	350.—
Jacques Chastenet. — WILLIAM PITT	,,	300.—
E. Ruiz García. — SUSPENSE ATOMICO	,,	250.—

GUADARRAMA

OBRAS Y PAPELES DE SOREN KIERKEGAARD, 2 ts.	,,	360.—
PANORAMA DE LA TEOLOGIA ACTUAL	,,	900.—
LAS TENSIONES HISTORICAS HISPANOAMERICANAS	,,	250.—

LA GRAN TEMPORADA
Fernando Quiñones
Premio "LA NACION" de Buenos Aires

EL GRAN ENGAÑO
Burnett Bolloten
Actual récord de venta en INGLATERRA y ESTADOS UNIDOS

●

Pje. RIVAROLA (ex La Rural) 130 T. E. 45 - 2051
BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

moría sin haberle aclarado el sentido de su perdón? Sólo él, Jesús, podía hablar con Samuel y decirle que su deber era abrirle los brazos, perdonarla, permitirle reivindicarse. Los pensamientos se agolpaban en su mente, se atropellaban como esa gente en el camino que conducía al monte de los olivos, el mismo monte en que ella se había entregado a David.

Cuando llegó ya estaban clavando gruesos clavos en las manos de Jesús. Los tendones y los huesos de sus brazos se estiraban con un crujido que parecía leve desde abajo pero debía resonar como un trueno en los oídos del crucificado. La cabeza echada hacia adelante cubría con el pelo sudoroso y sangriento los ojos cuya mirada grave y nostálgica Raquel recordaba ahora como si sólo hubiera brillado para ella, para perdonarla, para condenarla. El himno de amor que había empezado a crecer en su corazón cuando se enteró de que iban a crucificarlo estalló de pronto con la fuerza de una revelación. ¿Qué importaban Samuel, ni David, ni el pastor de Ashkalón, ni todos los hombres del mundo comparados con ese misterioso carpintero de Galilea?

—Jesús —gritó—, Jesús no mueras, te necesito...

Sus brazos abrazaban convulsivamente el madero y de su garganta seca, de su pecho jadeante salió la pregunta que la torturaba:

—En nombre de Dios, contéstame antes de morir: ¿cuál es la palabra que escribías en tierra, cuál es tu mensaje? Dilo, nazareno.

Entonces, en medio del pesado silencio que la rodeaba, creyó oír una voz que no podía afirmar de dónde venía, si del hombre clavado en la cruz, o de la muchedumbre, o de su propio corazón, o de las celestes profundidades del cielo. La voz susurró levemente, apenas perceptible como un vuelo de mariposa o la caída de una hoja, una sola palabra: *Amor.*

Amor. ¿Sería esa la palabra que él escribía en el polvo del templo para que ella comprendiera, sólo ella, pues a los demás la palabra amor los llenaba de furor y de odio? ¿Bastaría acaso la palabra amor para borrar todo pecado? Quizá pecar era todo lo que se hacía sin amor. Quizá Samuel era su pecado y no lo era David; o acaso David era un pecado porque ella en el fondo de su alma sólo quería a Samuel, o quizá ambos eran un pecado, un mero acto carnal. El nazareno había dictado su ley pero para cumplirla no había más juez que el corazón de ella.

—Amor, amor —clamó de pronto la mujer iluminada, visionaria. como una pepita de oro envuelta en barro cuyo brillo auténtico es difícil adivinar. ¿Qué sabía ella de sus sentimientos si nadie la había ayudado jamás a desentrañarlos, si nunca le habían permitido confiar ciegamente en ellos para regirse en la vida?

—Amor, amor —clamó de pronto la mujer iluminada, visionaria. Y se volvió hacia la muchedumbre y la muchedumbre le contestó palabras obscenas porque la palabra amor se convierte en una palabra obscena cuando la muchedumbre se apodera de ella.

Pero Raquel ya no le temía a nada, ni a los soldados romanos que pretendían arrancarla de la cruz a la que se aferraba, ni al populacho que se volvía contra ella para escapar, por medio de la violencia, de la opresión que lo embargaba.

—Amor, amor —clamaba ella y la gente enfurecida contestaba como un eco absurdo:

—Ramera, prostituta.

Una mujer más fea que las demás sintió que las palabras no bastaban para vengarse de esa loca que los desafiaba con ese monótono himno compuesto por una sola palabra, una palabra que para ella no tenía sentido y sin embargo la hería como una puñalada. Se agachó, tomó un grueso guijarro y lo lanzó acompañando el ademán con una risotada histérica que parecía más bien un alarido. Era un ademán tan fácil de imitar, que los demás consideraron sin duda una lástima privarse de descargar así sus nervios castigados por las tres crucifixiones y por esa sola palabra *amor* que removía en ellos demasiadas frustraciones, demasiados fracasos, demasiadas ilusiones imposibles.

Sin embargo ya era innecesaria esa lluvia de piedras: la primera había alcanzado a Raquel en la frente, y lo último que oyó antes de alejarse para siempre de un mundo al que ya nada la ataba, fue un gemido doloroso que le traspasó el corazón con más fuerza que los guijarros lanzados contra su carne ya insensible: "Padre mío, ¿por qué me has abandonado?" Raquel creyó oír la voz de su propio corazón que se expresaba así, antes de detenerse para siempre en un último latido convulsivo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La batida

FALTABAN siete minutos para la una de la tarde, cuando el doctor Albani llegó al taller mecánico de Vanelli. Albani era un hombre ya viejo, alto y flaco, de mirar agudo. Estaba terriblemente cansado. El sofocante calor del verano era fastidioso para él, sobre todo, cruel para sus pobres pies, grandes y planos. Había caminado varias cuadras por las calles desparejas del pueblo y le dolían horriblemente. Por otra parte, había tenido una mañana de intenso trabajo en el hospital Regional y, a pesar de su eterna calma, las dos operaciones que había efectuado le destrozaron los nervios. Naturalmente que todo resultó bien y el almacenero Calviño ya no corría ningún peligro. Pero tendría que vigilar atentamente la reacción de la hija de los Maceo. La pequeña estaba muy débil y los padres —¡esos campesinos brutos!— serían los culpables si algo malo le sucedía.

Por lo visto, la gente seguía siendo idiota como siempre, esperando empecinadamente el último minuto para tomar las cosas en serio. Después de todo, habían tenido una suerte inmensa con la criatura: el ataque de apendicitis de la chiquilla los había tomado en el pueblo, pues si llega a sorprenderlos en la chacra, a dos leguas del poblado, era casi seguro que la pequeña no hubiese podido contar el cuento. Evidentemente, él no habría tenido culpa alguna, pero la ignorancia de los Maceo lo había puesto sumamente nervioso.

El viejo médico golpeó las manos, llamando, mientras se secaba el sudor de la frente transpirada. Luego vio avanzar a Vanelli por un pasillo.

El doctor saludó, preguntando después por su coche. Vanelli le contestó fríamente:

—El automóvil está listo, doctor. Pero si quiere llevárselo, tendrá que pagarme ahora el arreglo. Ya se lo advertí a usted cuando lo trajo. Son ochocientos pesos.

El viejo asintió con un gesto.

—Sí, lo sé perfectamente. Ya me lo dijo. Pero resulta que ahora sólo puedo darle trescientos pesos a cuenta. Todavía no me pagaron en el hospital y usted sabe que yo gano muy poco en el consultorio...

Vanelli movió la cabeza negativamente.

—Lo siento mucho... pero no puedo entregarle el coche si usted no me paga, doctor. Se lo expliqué bien claro. La vez pasada necesité

más de seis meses para cobrarle un arreglo de cuatrocientos. No quiero que ahora me ocurra lo mismo.

El doctor Albani se puso rojo de vergüenza. Nervioso, balbuceó:

—Usted sabe muy bien que yo no le pagaba por falta de dinero, no porque quisiera trampearlo.

—Yo no dije eso...

—No, no lo dijo, pero es lo mismo que si lo hubiera dicho. Además, usted debe comprender que yo no puedo estar sin el automóvil. Soy ya muy viejo para andar a pie y el pueblo es muy grande. Por otra parte, a veces me veo obligado a salir al campo y...

Vanelli no lo dejó continuar.

—Es inútil que discutamos, doctor. O me da los ochocientos pesos o no se lleva el coche. Está claro, ¿verdad? ¿Los tiene?

El viejo movió la cabeza, tristemente.

—No, no los tengo —suspiró.

—Entonces..., lo siento mucho. El cohe se queda en el taller.

Y dándose vuelta, el mecánico lo dejó plantado, quieto, triste, desolado.

Para el viejo doctor Albani aquel fue un día sumamente amargo. Estaba desilusionado. Mientras atendía a sus enfermos en el consultorio, no pudo pensar en otra cosa que no fuera el egoísmo cruel del mecánico. ¿Sería porque Vanelli no era cliente suyo, sino del doctor Valderrama, el otro médico del pueblo? Quizá fuera eso, aunque no lo justificaba. Hacía más de treinta años que los dos estaban en Corrales y se conocían perfectamente. Y tal cosa era bastante para saber que él, si bien no ganaba mucho, nunca había dejado de pagar una deuda. Además, a Vanelli le constaba lo que todo el mundo decía: que era generoso; precisamente, demasiado generoso. Por eso no tenía dinero..., nunca lo tendría. Pero al doctor qué le importaba, si era querido, respetado por toda la gente de la zona. Sin embargo, estaba visto que para el mecánico tal cosa no servía de nada en absoluto... y ahí estaban las consecuencias: por ser generoso se quedaba sin coche.

A las nueve, mientras cenaba, el viejo doctor habló con su mujer del asunto, obsesionado por el tema.

—No debes afligirte —le contestó su esposa.

—No, si yo no me aflijo —comentó él—. Pero un médico de pueblo sin automóvil es como un hombre sin piernas. ¡Dios quiera que no me llame nadie esta noche...!

Al acostarse creyó haber encontrado la solución. Al día siguiente hablaría con Torres, el consignatario. El hombre le debía la vida y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

era seguro que no le negaría el préstamo. Aunque tardase seis meses en devolverle el dinero.

Se sintió más tranquilo con esa idea. Luego, cerrando los ojos, el viejo doctor se quedó dormido.

El agudo repique de la campanilla del teléfono lo despertó bruscamente. Instintivamente, miró el reloj. Eran las dos y diez de la mañana.

Descolgó el auricular.

—Sí... —murmuró—. Habla el doctor Albani.

Del otro lado de la línea llegó una voz ansiosa.

—¡Oh, por fin consigo comunicarme con usted!... Habla el comisario Morales, doctor. De Los Robles. Hemos tenido una noche brava y precisamos su ayuda urgente. Con nosotros está el doctor García. Pero no basta. El nos dijo que lo llamáramos a usted. Hay que operar a un herido de bala. Una operación difícil. Nos aseguró que sólo usted puede salvar al muchacho. Venga pronto, doctor.

—Iré en seguida. Dígame, ¿dónde están ustedes?

—A la altura del kilómetro 317, doctor. Por el camino nacional. Venga por la ruta y nos encontraremos. Pero, por favor, ¡apúrese!

Los dos hombres cortaron la comunicación, y fue en ese momento cuando el médico se acordó que no tenía automóvil.

Rápidamente llamó a la casa de Valderrama. Una voz somnolienta le informó:

—El doctor ha salido. Está en la estancia grande atendiendo a la esposa del ingeniero Villagra. Un parto difícil, doctor. Cuando regrese le diré...

Pero el viejo ya no escuchaba. Nervioso, llamó a Vanelli.

—Habla el doctor Albani. Escúcheme usted, Vanelli... Me acaban de llamar...

El mecánico no lo dejó seguir.

—Eso es cosa que no me interesa, doctor. Si usted quiere el automóvil, pague el arreglo primero... ¡Buenas noches!

El metálico "clic" lo desesperó. El hombre había cortado.

Eran ya las tres y cuarto de la mañana cuando el coche del consignatario Torres llegó a la casa del médico. Albani lo estaba esperando impaciente en la calle, yendo de un lado a otro.

Torres lo invitó a subir.

—Tenía el coche sin nafta —informó el consignatario—. Tuve que discutir con Vanelli para que me llenara el tanque.

No hablaron más, y el automóvil partió como un rayo hacia Los Robles.

FABRIL EDITORA
PRESENTA:



Beatrice Lane Suzuki: BUDISMO MAHAYANA. Reveladora exposición del sistema filosófico que completa y perfecciona el budismo, en la que se incluyen textos traducidos por primera vez al castellano. ($ 200.-)

Philip Pollack: CARRERAS Y OPORTUNIDADES DEL MUNDO ACTUAL. Sentido didáctico y rigor científico en un panorama de las oportunidades que la ciencia actual ofrece a los jóvenes. ($ 200.-)



Otrocar Rosarios: TUSITALA. Todos los placeres, sorpresas y deslumbramientos de un maravilloso viaje por las exóticas islas y pueblos del Pacífico, que siempre han fascinado al hombre blanco. ($ 300.-)

Milosz: ANTOLOGIA POETICA. Una completa selección de la obra del poeta del misterio y la trascendencia, cuya influencia es notable en la poesía francesa y de habla hispana. ($ 220.-)



Joseph Rovan: ALEMANIA. Palpitante visión de la actualidad germana a través de su economía, su prosperidad, sus gentes, su idiosincrasia, y de esa trágica vida bicéfala que hoy atrae la atención del mundo. ($ 280.-)

Paul Lechat: ITALIA. Humor, profundidad de observación y amor por el gran país, en una sugestiva guía de viaje que reúne los datos prácticos con la historia, la cultura y la capacidad vital de los italianos. ($ 280.-)



Dominique Aubier y Manuel Tuñón de Lara: ESPAÑA: El pasado y el presente de los españoles, plenos de tradiciones, de viejas grandezas y permanente interés, en una apasionante guía para el viajero. ($ 280.-)

y los libros del mirasol
RECIEN APARECIDOS

J. J. Rousseau: EL CONTRATO SOCIAL, $ 65.- James Joyce: GENTE DE DUBLIN, $ 50.- Paul Claudel: JUANA DE ARCO EN LA HOGUERA, $ 50.- R. L. Stevenson: EL MUERTO VIVO, $ 50.- Manuel Gálvez: LA TRAGEDIA DE UN HOMBRE FUERTE, $ 80.- Marc Boulolseau: ROBESPIERRE, $ 50.-

COMPAÑIA GENERAL FABRIL EDITORA S.A.

Distribuidores exclusivos: **PUBLEX**, Maipú 43, Buenos Aires.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El kilómetro 317 estaba lejos de Corrales, casi a una hora de viaje. Ganaron veinte de los sesenta minutos, a riesgo de matarse. Sin embargo, al viejo médico le bastó una mirada para darse cuenta que habían llegado tarde.

El doctor García, casi un muchacho, lo miró fijamente.

—Hice todo lo que pude, doctor. Lo siento mucho. Yo no tengo su mano. La bala estaba en el pulmón y se me quedó mientras operaba.

El viejo asintió, y en silencio, comenzaron a caminar por un sendero hacia un rancho perdido tras la sombra de un grupo de árboles

Mientras marchaban, el comisario Morales explicó lo ocurrido

—Delincuentes, doctor. Hace rato que los estábamos vigilando. Cuando supimos que habían asaltado el campo de los Barrera, no tuvimos dudas de quiénes eran. Quisimos agarrarlos con las manos en la masa, es decir, llevar como prueba lo robado. De Río Cuarto nos habían informado que la banda estaba compuesta de cinco o seis hombres, peligrosos todos. Preparamos una batida, pero antes de partir para Los Robles, siendo nosotros tan pocos, pedimos la ayuda de algunos vecinos. Sobre todo, la gente ducha en el manejo de un arma. Estábamos seguros que los asaltantes tratarían de resistirse. Formamos una partida de quince hombres. Barrera se vino con dos peones, dos muchachos que acababan de hacer el servicio militar. Las cosas iban lo más bien, cuando de pronto, un perro comenzó a ladrar desesperado. Eso fue el principio de todo. Nos engañaron como a chicos.

Morales sacudió la cabeza, con el ceño fruncido.

—Al oír al perro —explicó—, ordené cuerpo a tierra y que nadie se moviera. Como en el rancho no habían dado señal alguna de vida, imaginé que no le habrían dado importancia a los ladridos. Me equivoqué. Ellos mismos habían hecho callar al animal. Al ver que nadie se movía, ordené seguir avanzando. No habíamos adelantado diez metros, cuando empezó la batalla. Aquello fue terrible. Pero nosotros éramos muchos y ellos demasiado cobardes. El deseo de vivir fue más fuerte que las ganas de libertad. Pararon el fuego, gritando que se entregaban. Desconfié. Me habían engañado una vez y no quería una segunda. Pero mi advertencia llegó tarde. Uno de los peones de Barrera se levantó. Le dí un grito de alarma, justamente cuando del rancho partía un balazo. El muchacho se dobló como un junco. Claro que al otro lo dejamos como un colador. Pero con eso no arreglamos al chico... aunque fue suficiente para que los demás se entregaran. Era tarde; el mal ya estaba hecho.

El comisario suspiró y su mano se extendió en impreciso ademán.

—Barrera se fue hasta el pueblo a buscar a García y el doctor, al examinar la herida, reclamó la ayuda de usted. Le hablé desde el

campo de los Leonard, muy cerca de aquí, del otro lado del camino. Pensé que era una suerte que tuvieran teléfono...

Morales se interrumpió con un gesto significativo, y el doctor, comprendiendo, le contó lo que pasaba con su automóvil. El comisario no hizo ningún comentario y en silencio entraron en el rancho.

Varios hombres se pusieron de pie al verlos entrar. Hombres rudos, gente de campo. Uno de ellos se acercó hasta el viejo, tendiéndole la mano.

—Mala noche, ¿verdad, doctor?

—Muy mala, don Cosme. Principalmente para su peón.

Los ojos del estanciero contemplaron el rostro contraído del muchacho tendido en una mesa, sobre un colchón ensangrentado.

El médico siguió la mirada del otro.

—¡Dios mío! —murmuró.

Morales se alarmó.

—¿Qué ocurre, doctor?

Pero el viejo Albani no lo escuchaba. Sus ojos estaban fijos, como clavados en el rostro del peoncito.

Esta vez fue Barrera quien habló.

—García no quería operar. Pero como usted tardaba tanto...

El viejo médico asintió con un gesto. Luego miró al grupo silencioso.

—García cumplió con su deber —dijo en voz muy baja, casi un susurro—. Estoy seguro que hizo todo lo que pudo. Pero no es eso lo que me preocupa, a pesar de que me duele profundamente. Una muerte, siempre es una muerte. Sin embargo... —su barbilla señaló el cuerpo tendido—. Hace muchos años que conozco a este chico. Su familia vive en Corrales...

Bajó la cabeza, pensativo. Después, abarcando a todo el grupo con una triste mirada, dijo dolorosamente:

—No sé si yo lo hubiese salvado, pero lo cierto es que si demoré más de la cuenta, no fue por culpa mía. Mi coche está en el taller mecánico del padre. No me lo quiso entregar porque no puedo pagarle los ochocientos pesos que me cobra por el arreglo...

Y sacudiendo la cabeza, el viejo doctor Albani volvió a suspirar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

GREGORIO SCHEINES

El testamento*

I. — *Los antecedentes*

1) El diario "Resurrección" de Basamento —pequeña ciudad enclavada en un valle, entre la Cordillera y el Pacífico— publicó el 18 de febrero de 1939 la siguiente noticia, en la sección "Judiciales", entre breves líneas que daban cuenta de condenas, llamados de autos para sentencia y aperturas a prueba:

"Ordenóse el archivo del juicio sucesorio de doña Concepción Valleviejo, tras 200 años de trámite. El expediente constaba de 115 cuerpos y 45.217 fojas."

2) El diario "El Nacional" de la capital, en su edición del 2 de marzo de 1939, dedicó la columna: "Buenos días, lector amigo", a comentar la noticia de "Resurrección". El redactor solía referirse risueña o dramáticamente en esa columna a revoluciones fracasadas o triunfantes, a incidentes en los partidos de fútbol, al estado del tiempo, a los excesos del parlamentarismo, a terremotos, a crímenes importantes. Ocurrió la víspera que el redactor no encontraba un tema adecuado. La temporada de deportes había concluido, el Parlamento acababa de ser disuelto por el presidente, que impuso además una severa censura patriótica, el tiempo era bueno y los delincuentes estaban poco activos. Se dedicó entonces a revisar los diarios de provincias —último recurso— en busca de algún problema cuya solución se reclamara con particular insistencia: un puente que no se concluía, una escuela que no funcionaba por falta de maestros, otra que no funcionaba por haberse desmoronado el edificio, un crimen cuyo autor no se descubría. De pronto halló la noticia y escribió con rápido entusiasmo:

"Un sonado juicio finaliza y se cierran aparentemente las ilusiones de centenares de presuntos herederos de una cuantiosa fortuna. Hace 200 años se inició en Basamento el juicio sucesorio de doña Concepción Valleviejo —ilustre dama de la Conquista— y el juez acaba de dar la última y lacónica orden de: «archívese». El famoso expediente contiene 45.217 fojas distribuidas en 115 cuerpos. ¿Se imagina el lector amigo lo que significan estas cifras? ¡Una friolera! ¡100.000 patacones nada más que en papel sellado, o sea el valor de una casa en el barrio de Miraflores! Agréguese lo invertido en publicaciones de edictos, en oficios, en impuestos. ¡Un barrio entero de la capital! ¿Sabe el lector

* Pertenece al libro *Un día y muchos días*, recientemente publicado por Editorial Goyanarte.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FABRIL EDITORA
PRESENTA:



Herbert Kühn: EL DESPERTAR DE LA HUMANIDAD. Panorama científico y accesible de los orígenes de la humanidad, desde el período mesolítico hasta las primeras civilizaciones europeas. ($ 280.-)

Gerhard Szczesny: EL FUTURO DE LA INCREDULIDAD. Una obra en la que se debaten los más candentes problemas de la fe y las concepciones no religiosas. ($ 200.-)



Jorge Masciángioli: SAFON Y LOS PAJAROS. Poema escénico sobre la voluntad de poder y la ingratitud del hombre, seleccionado para su representación por la Comedia Nacional ($ 150.-)

DE INMINENTE APARICION:



Ricardo Güiraldes: DON SEGUNDO SOMBRA. La famosa edición ilustrada por Alberto Güiraldes e impresa en Holanda en 1928, ahora en lujosa reproducción facsimilar enriquecida por una completa bibliografía.

ANTOLOGIA DE LA POESIA SURREALISTA. Una obra sin precedentes en el mundo, por la extensión y profundidad con que trata el tema. Introducción, selección, traducciones y notas de Aldo Pellegrini. Incluye setenta poetas que van desde 1922 hasta hoy, notas biográficas y bibliográficas completas, así como numerosas ilustraciones.



Ernesto Sábato: SOBRE HEROES Y TUMBAS. La novela largamente esperada después del resonante éxito que este vigoroso escritor argentino obtuviera con EL TUNEL, narra la trágica historia de un amor juvenil en el sombrío Buenos Aires de 1954.

María Luisa Rubertino: LAS SEÑALES. Un mundo de realidad y poesía en una novela llamada a ocupar un lugar destacado en la narrativa argentina contemporánea.



Hernán Larraín Acuña: LA GENESIS DEL PENSAMIENTO DE ORTEGA. ¿Tiene Ortega una metafísica sistemática y su pensamiento difiere del de Heidegger y del de Dilthey? Este libro, -con el que iniciamos una nueva colección auspiciada por la Universidad Católica de Valparaíso-, responde en forma medular a ambos interrogantes.

Frank Lloyd Wright: TESTAMENTO. Obra fundamental del maestro de Talliesin, analiza con luminosa claridad el significado, las tendencias y finalidades de la arquitectura contemporánea. Edición profusamente ilustrada, de excepcional interés para arquitectos, estudiantes y todo lector culto, amante de las artes.



Frank Lloyd Wright: LA CIUDAD VIVIENTE. Otra obra capital presentada con excepcional fidelidad y lujo de detalles, en la que el genial creador norteamericano expone magistralmente sus teorías urbanísticas.

COMPAÑIA GENERAL FABRIL EDITORA S.A.

Distribuidores exclusivos: **PUBLEX**, Maipú 43, Buenos Aires.

qué altura alcanzan los expedientes uno sobre otro? ¡25 metros! ¡Una torre de papel sellado, tan alta como la torre del Ayuntamiento de Basamento! ¿Qué fortuna albergan las 45.000 fojas? ¿Esclavos, tierras, haciendas, doblones de oro? ¿Qué queda de esa fortuna? ¿Entre quiénes se repartió? ¿Se beneficiaron ciudadanos nacionales, terratenientes españoles, compañías extranjeras? ¿Humildes labriegos conocieron de pronto la riqueza? ¿O se aumentaron las rentas de lejanos potentados? Debe averiguarse. ¡Exigimos que se investigue! Los sanos intereses del pueblo reclaman la exhaustiva investigación a cargo de serios y responsables funcionarios. Debe saberse adónde ha ido a parar la fabulosa herencia e impedirse, si fuera el caso, que sus rentas salgan del país y socaven la economía nacional..."

Seguían otras consideraciones de igual importancia social y patriótica, hasta cubrir el espacio exacto de la columna.

3) Una revista popular de Buenos Aires publicó el 30 de abril de 1939 una nota a dos páginas con el título: "Una fortuna espera" en grandes letras. Subtítulos menores se referían a millones de pesos sin destino, encerrados en un misterioso expediente, y preguntaban: "¿Habrá en la Argentina un heredero de Concepción Valleviejo?" La nota estaba ilustrada con fotografías de picos nevados de la Cordillera de los Andes, edificios coloniales y esclavos negros y reproducciones de grabados con caballeros acorazados y damas de altos peinetones.

II. — *El heredero*

Don Feliciano Alegre llegó al país teniendo quince años. Venía de una aldea de España, metida en un valle. No traía más que su oficio, aprendiz que fue —y muy consciente y laborioso— de don Felipe, experto carpintero que hasta muebles confeccionó para los señores de Cambrán, en su casona del Alto. Don Feliciano trabajó en Buenos Aires como peón de cuadra en una panadería, luego fue mozo en una lechería de unos paisanos, no de la misma aldea pero sí de la región. Pero aspiraba a trabajar en su oficio. Cuando hubo reunido algunos pesos compró un pasaje y se vino a Bahía Blanca. Logró emplearse en el taller de una mueblería y se sintió feliz. No ganaba mucho, pero ahorraba todos los meses gracias a que comía sólo una vez por día, no iba a lugares de diversión ni fumaba ni bebía. Al cabo de unos años tenía un capitalito. Pensó entonces en casarse e instalar un taller propio. Comenzó a ir a los bailes del Centro Casal Catalá. Allí conoció, durante unas fiestas de San Fermín, a Francisca Pérez, una gallega lozana, amplia, de segura sonrisa y de decidido carácter. Se casó con ella y ambos eligieron, tras mucho preguntar, el pueblo donde iban a instalarse. Con la Paca se trasladó a Pehuén. Alquiló un galponcito

de chapas en el fondo de un patio, separando con un tabique de madera un espacio para dormir. Con escasas herramientas, comenzó a trabajar. Poco a poco el trabajo aumentó y pudo ampliar el taller. Llegó a tener un local propio al frente y una discreta vivienda que comunicaba con el taller. Paca le dio tres hijos, dos de ellos mujeres. Don Feliciano educó a sus hijos lo mejor que pudo. Y las hijas: Florinda y Fermina se casaron con dos buenos muchachos, empleados, uno de la Cooperativa y el otro del Banco, y llevaban buena vida. El hijo lo ayudó, salido del sexto grado, en el taller, pero le gustaba más trabajar en aparatos de radio. Cuando concluyó el servicio militar instaló su propio taller de "radiotecnia".

En 1939 don Feliciano tenía 66 años que cumplía exactamente el 26 de mayo, según los papeles muy en regla, con rúbricas y sellos, que poseía. Fue en ese año, un día de junio, cuando le ocurrió el suceso que él mismo narró cien veces a sus amigos:

—Pues mi Paca sale a comprar azúcar en el almacén de don Mariano y vuelve con el azúcar envuelto en un papel. Mete el azúcar en un tarro y deja el papel sobre la mesa de la cocina, bien doblado, por si se necesitara en la casa, como era su buena y honesta costumbre. Era sábado, y usted sabe que después del almuerzo me gusta echarme un sueñito y después de la siesta preparo el mate, que le llevo a la cama a mi Paca. Ella se acuesta más tarde que yo, por el trabajo de la cocina. Y como tenemos el mismo largo de sueño, se queda su ratito después que me levanto, y espera que yo le cebe el mate en la cama. A la pobre Paca le gusta esto, pues la hace sentirse muy señora y se pone mimosa y floja de carácter, lo que me gusta a mí, pues me hace sentir muy señor. Pues vea usted: mientras espero que el agua comience a silbar en la pava, me entretengo desdoblando la hoja de papel que envolvía el azúcar. Era de una revista de Buenos Aires. Y veo este artículo que habla de doña Concepción Valleviejo. ¿Se imagina usted? ¡Una fortuna sin herederos, y yo aquí, sin saberlo! Los Valleviejo eran de mi pueblo y tuve parientes con ese apellido, que emigraron a América allá por mil setecientos o antes, e hicieron fortuna. Así se contaba en mi aldea. Hubo un Valleviejo que volvió de las Indias y mandó construir una nueva iglesia, que es donde me bautizaron. Todavía debe estar allí, con su torre blanca y su campanario que se oía en todo el valle. ¿Se da cuenta usted? La de la herencia podía ser mi parienta. Los Valleviejo no existen más, por lo menos en España. En mi aldea no quedaba ninguno desde hacía muchos años. Pero un Alegre estuvo casado con una Valleviejo. Y de los Alegre sólo quedo yo. Mis padres murieron, mis hermanos también.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Soy el único Alegre que queda en el mundo, en España y las Américas y Cuba también. Yo soy Alegre Sánchez. Y mi padre...

III. — *El árbol genealógico*

Reconstruir el árbol genealógico llevó a don Feliciano más de un año. El sabía por sí mismo lo siguiente: que era hijo de Manuel Alegre y de Presentación Sánchez, que se casaron en 1857; que su padre era hijo de Francisco Alegre, que se casó con Ramona García en 1824; que su abuelo Francisco era hijo de Martín Alegre y de Micaela Lozano; que su bisabuelo Martín era hijo de Juan Alonso Alegre y de Ana Valleviejo.

Aquí aparecía el apellido de la causante de la fabulosa herencia. ¿Quién era Ana Valleviejo? ¿Cómo se emparentaba con doña Concepción Valleviejo, la de la herencia? Esto preocupó mucho a nuestro don Feliciano. Pero, además, aquí se detenía todo su conocimiento de su pasado. ¿Cómo continuar retrocediendo en el tiempo, a través de los justos eslabones de matrimonios y descendencias?

Desplegó un plan minucioso que fue desarrollando en varios frentes a la vez: escribió largas y cuidadosas cartas a cónsules y embajadores y recibió apresuradas y lacónicas respuestas. A nadie incumbía el asunto. Había decretos, con artículos, incisos y apartados que impedían a cónsules y embajadores averiguar parentescos o investigar derechos sucesorios o informar sobre ellos. Finalmente escribió al cura párroco de Basamento de quien obtuvo la siguiente respuesta: "De conformidad con los datos que usted envía, se trata de un asunto ya conocido en esta ciudad y en otras ciudades del Valle de Río Rápido... Le agrego la partida de defunción de la señora doña Concepción Valleviejo, que la he obtenido después de una búsqueda de dos días con sus noches, pues ha de saber usted, señor don Feliciano, que la búsqueda de estos documentos en libros ya casi destruidos por la dura mano del tiempo, es bastante laboriosa. Con todo yo me puse a la obra, valiéndome de una lente doble que tengo para esta clase de investigaciones y al fin pude coronar con éxito mi tarea... He de continuar buscando a fin de establecer los otros datos que me solicita. Mientras tanto, dejo a la comprensión suya y generosidad de hombre cristiano, el reconocimiento que me haga por el envío rápido y tan laborioso de dicha partida..."

El cura de Basamento resultó un gran corresponsal. Carta que iba, carta que venía con regularidad de juego de pelota. Y así pudo saber don Feliciano que Ana Valleviejo nada tenía que ver con doña Concepción Valleviejo. Pero su desilusión no duró mucho tiempo. El árbol deshojado volvió a dar hojas: su parenteseo con doña Concep-

ción resultaba por otra rama y era igualmente legítimo. Gracias a las búsquedas del cura y algunos datos conseguidos de su propia aldea, el árbol genealógico dio tupida sombra a su esperanza. Juan Alonso Alegre, su tatarabuelo —el casado con Ana Valleviejo— era hijo de Francisco Alegre y de María Fernández. María Fernández era hija de José Fernández y de Anunciación Aranda. El matrimonio Aranda-Fernández tuvo otro hijo: Manuel Fernández Aranda. Este Manuel, cuñado, pues, del padre de su tatarabuelo Francisco Alegre y hermano de la madre de su tatarabuela María Fernández, había contraído matrimonio con doña Catalina Miranda Valleviejo, hija de doña Concepción Valleviejo, matrimonio que no tuvo descendencia. ¡Estaba claro! Don Feliciano era heredero de doña Concepción, por la hija de ésta: Catalina, casada con el hermano de la madre de su tatarabuela.

IV. — *El testamento*

Cuando hubo formado una carpeta con documentos y llenado una libreta de anotaciones, don Feliciano escribió al abogado de Basamento, doctor José Beltrán y Verruguilla, "hombre cristiano y probo, muy letrado", según la recomendación del cura.

El letrado contestó: "Mi distinguido señor don Feliciano Alegre: Me es grato referirme a su carta del 17 de noviembre y mucho pláceme expresarle que he tomado vivísimo interés en el asunto que le preocupa, de la testamentaría de su parienta doña Concepción Valleviejo. He hecho obtener por uno de mis secretarios copia del testamento de doña Concepción, cabeza del voluminoso expediente, y le remito la misma, para su gobierno. Quedo a su disposición para lo que guste mandar..."

Don Feliciano leyó el testamento a su mujer, subrayando con énfasis párrafos y palabras. La copia no era completa. Frecuentemente don Feliciano bajaba la voz y leía: "aquí se hace constar que lo que sigue está borrado y comido por la polilla". Lo que leyó era lo siguiente, con excepción de los paréntesis referentes a lo borrado y comido por la polilla, que en el texto que se transcribe se sustituye por puntos suspensivos:

"Sepan cuantos esta carta-testamento vieren, que yo, doña Concepción Valleviejo, viuda del capitán don Felipe de Miranda y Rey, hija del capitán Bartolomé Valleviejo, como estoy enferma del cuerpo, mas sana del entendimiento, memoria y voluntad. y es mi deseo cual Dios y la Santísima Trinidad me lo permiten, profesando y creyendo en la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, habiendo recibido los Santos Sacramentos de la Comunión y Extremaunción, y estando

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en el perfecto goce de mis facultades, declaro: PRIMERAMENTE: Que mi cuerpo sea sepultado en la Santa Ermita del Santo Cristo de Basamento. Así mismo mando que el día de mi entierro digan misa por mi alma todos los sacerdotes que se hallaren presentes y se pague la limosna correspondiente de mis bienes y se me diga un novenario de misas. SEGUNDO: Declaro que fui casada y velada según lo ordenado por la Santa Iglesia con el capitán Felipe de Miranda, ya difunto, del cual matrimonio hubimos y procreamos los siguientes hijos legítimos: Felipe de Miranda, Bartolomé de Miranda, Santiago de Miranda, Feliciana de Miranda, María de Miranda, Mariano de Miranda y Catalina de Miranda... CUARTO: Declaro por mis bienes esta Estancia de "Mirasol", que heredé de mi legítimo padre... Declaro también como bienes míos las estancias de "Zanjón Seco", "Las Bravas", "Cerro del Indio" y potreros adyacentes. Declaro también por mis bienes las casas que lindan con la estancia de don Mateo Valleviejo. Declaro... tinajas... Declaro por mis bienes el trapiche de hacer miel, con sus respectivos fondos, y demás enseres, hornos, pailas, y tres o más suertes de caña dulce. Declaro por mis bienes los siguientes esclavos: Pablo, Miguel, Francisco, Juan Angel, Pedro, Luisa, Juana, María, Lucía y Domingo... NOVENO: Declaro que Felipe de Miranda mi hijo, fuera de los alimentos, vestido y sustento que como madre le he dado, me ha gastado cien pesos los cuales han de ser por su cuenta. Declaro que a Santiago de Miranda mi hijo, cuando se fue a Río Bravo, le di una mula de silla y dos caballos de estima. Además, declaro que el susodicho me ha gastado doscientos setenta pesos y éstos quedan de su cuenta. Declaro que Bartolomé de Miranda mi hijo, no me ha hecho ningún gasto, antes bien después de viuda, me hizo adelantar mis bienes, me favoreció y atendió, por lo cual le dejo una estancia aperada de lo más necesario... UNDÉCIMO: Declaro... y si alguna persona con su simple juramento dijera que yo le deba hasta la cantidad de un peso, mando que se le pague... DÉCIMO SEGUNDO: Declaro... y es mi voluntad que para cumplir y pagar este mi testamento, legados y obras pías en él contenidas, nombro por mis albaceas y testarios al licenciado doctor don Francisco de Soto y Marcial y al capitán Mateo Valleviejo mi hermano, y a don Bartolomé de Miranda y Valleviejo mi hijo, a todos tres juntos, a cada uno de por sí, a los cuales doy poder para que entren en mis bienes, cumplan y paguen éste mi dicho testamento y les pido por amor de Dios, acepten porque Dios les dé... Y cumplido y pagado éste mi testamento, mandas y legados y obras pías en él contenidas, dejo y nombro por mis legítimos y universales herederos de todo el remanente de mis bienes, derechos y acciones a Felipe de Miranda, Bartolomé de Miranda, Mariano de Miranda, Feliciana de Miranda, Catalina de Miranda, María de Miranda y Santiago de Miranda, para que todos me hereden, haciendo cuenta de los dichos bienes con la bendición de Dios y mía, por iguales partes, llevando tanto uno como otro, que yo quisiera tener mucho que dejarles... Y por ser mujer y que no sé leer ni escribir rogué y llamé al Benemérito Don Francisco de Soto y Marcial, mi confesor, para que me escribiese este mi testamento el cual lo ha escrito... Pido y ruego que guarden el secreto y que no se publique hasta después de mis días, que es fechado y otorgado en esta Estancia "Mirasol a veinticinco de abril de mil seiscientos y cincuenta y uno. A ruego de doña Concepción Valleviejo, otorgante, firma: Francisco de Soto y Marcial " (hay una rúbrica)... (Siguen constancias y notas con rúbricas). Es copia fiel. Basamento, junio 28 de 1940. El Secretario".

V. — *Diálogo*

Don Feliciano releía el testamento y las partidas y repasaba sus anotaciones a toda hora, diariamente. A veces, cuando advertía la presencia de su mujer, lo hacía en voz alta. Pero Paca meneaba la cabeza, desconfiada. Durante una sobremesa, después de cenar, don Feliciano meditaba sobre sus papeles mientras su mujer concluía de secar los platos.

—No me fío yo de esto —dijo ella, despreciativa y sin recoger su reto.

—Claro —cedió él—, no puedes entenderlo, así, de un repente. Me pasa a mí igual.

Y agregó, contundente:

—Pero son papeles, documentos... ¡Documentos!

Siguió repasando la carpeta y la libreta de anotaciones.

—No cabe duda, Paca. —Volvió a hablar, razonadamente, con impuesta serenidad—. Soy heredero de doña Concepción, en la parte de su hija Catalina. Mira, Paca, mujer: mi padre, que en gloria esté, tuvo tres hijos; sólo quedo yo: Martín murió y de Sebastián nada se sabe, pero era el mayor y ahora tendría sus ochenta años; no podemos contarlo. De mi abuelo, bisabuelo y tatarabuelo, ni qué hablar...

Doña Paca decidió entonces intervenir. No por ayudar a su marido sino por contradecirle, por entorpecer su ilusión, por quitarle su mala idea. No tenía clara conciencia de su propósito; un oscuro, áspero temor parecido a los celos —que nunca tuvo— la impulsaba. Esta herencia se interponía de algún modo entre Feliciano y ella:

—Dime, tú: ¿Cuántos hijos dices que tuvo la doña Concepción?

—Siete: Felipe el mayor, Bartolomé el preferido, Santiago, Feliciano, María, Mariano y Catalina. Cuento siete.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Se me ocurre preguntar, Feliciano, no por nada, sólo por preguntar: tu doña Concepción tuvo siete hijos, y tú heredas a uno de ellos, Catalina, que murió casada y sin hijos. Y bien: y si no la heredaron hijos y la heredó el marido, ¿no podían heredar a este marido, hermanos, sobrinos, como suele ocurrir? Tú has oído decir que a quien Dios no da hijos el Diablo le da sobrinos. Y que yo sepa, los sobrinos, aunque del Diablo, heredan . . .

Don Feliciano soportó la larga tirada de su mujer, tan desacostumbrada, con heroico fastidio, mas fue sobreponiéndose y cuando hubo de responder estaba serenamente dispuesto a conquistar la difícil adhesión de su Paca y a vencerla en sus mismas dudas. Ya que ella lo provocaba . . .

—Me agrada que preguntes, mujer. No tienes que saberlo todo—. Le agradaba el tono que logró y se afirmó en él. —El juicio dura ya doscientos años. No lo olvides. Y no se ha concluído por lo visto. ¿No leíste, no te leí que buscan herederos? ¿Y hasta suponen que puedan hallarse aquí, en este país, en la Argentina? A Catalina la heredó su marido, como bien lo has dicho; pero su marido era hermano de la madre de mi tatarabuelo. Mis tatarabuelos nunca fueron a América. Vivieron y murieron en España. Con seguridad que ellos ignoraron la herencia y si no la ignoraban y se hubieran presentado a reclamarla, no alcanzaron a concretar sus derechos. Y muerto tras muerto, en esa fila que lleva doscientos años, ahora me toca el turno, pero no muerto, a Dios gracias, sino vivo y bien consciente de todo. Mi tatarabuelo era Juan Alonso Alegre y su madre era cuñada de doña Catalina. ¿Ves qué claro? ¡Y mi mismo apellido! Nadie queda de los Alegre más que yo . . .

Doña Paca quedó abrumada. No esperaba tanto. Pero fue sólo un intento. Enseguida soltó otra pregunta, con suave inocencia, con tono temeroso —¡claro, qué entendía ella!—, sumisa en su ignorancia, pura ignorancia de las cosas, que ella exhibía sin culpa, sin siquiera el rubor de la vergüenza, con la pasmosa naturalidad de un zarpazo felino:

—¿Y quedarán bienes después de tantos años, Feli? Mira que son doscientos años. No resisten tanto tiempo las casas, ni los animales. ¿Y valdrá hoy la moneda de entonces?

Parecía triunfante. Feliciano no contestó de inmediato. Dejó rodar las dudas, como bochas sobre el apisonado suelo, en busca del bochín. No, no llegaban, por ahí se demoraban, corto el impulso con que fueron arrojadas. En el breve silencio, una sonrisa se dibujó en su rostro y se mantuvo. Alcanzó el tono de serena condescendencia, casi con la precisión anterior, y desde él, con lenta paciencia apenas apresurada por un comienzo —apenas una puntita de irritación, dijo:

ULTIMAS NOVEDADES

NOVELISTAS DE NUESTRA EPOCA

JULES ROMAINS: **El 7 de octubre** (Tomo XXVII de **Los hombres de buena voluntad**). **$ 160.—**
Ultimo tomo de un lúcido y gigantesco testimonio de nuestra época.

NATHALIE SARRAUTE: **El Planetarium. $ 130.—**
El Planetarium es la mejor obra de su autora y uno de los más notables logros de la escuela objetiva.

BERNARDO VERBITSKY: **La tierra es azul. $ 90.—**
Las constantes del mundo en que vivimos quedan registradas con agudo sentido novelístico.

POETAS DE AYER Y DE HOY

TUDOR ARGHEZI: **Poesías. $ 90.**
La obra del máximo exponente de la lírica rumana actual. Traducción y prólogo de María Teresa León y Rafael Alberti.

ENRIQUE MOLINA: **Amantes antípodas. $ 100.—**
Luminosos versos de uno de los más originales poetas argentinos.

PABLO NERUDA: **Cantos ceremoniales. $ 150.—**
Admirables poemas que revalidarán, una vez más, la influencia e importancia de Neruda en la poesía universal.

MANUEL F. RUGELES: **Dorada estación. $ 120.—**
Sutiles vivencias de la madurez, de la "dorada estación", del gran poeta venezolano.

CRISTAL DEL TIEMPO

FRANCISCO H. UZAL: **Hombre, Cultura, Nación. $ 125.**
Actualísimos y trascendentales ensayos, inspirados en una avasalladora pasión argentina.

OTRAS NOVEDADES

BENJAMIN CARRION: **El pensamiento vivo de Montalvo** (Biblioteca del Pensamiento Vivo). **$ 120.—**
Carrión, con lucidez y pasión, emprendió este estudio sobre su ilustre compatriota: "este don Juan Montalvo, voz ancha del pensamiento americano, largo y persistente grito de condenación a las tiranías".

ROGER COUSINET: **La formación del educador.** (Pedagogía).
Cousinet, profesor de la Sorbona, encara uno de los principales problemas pedagógicos: el aprendizaje de los propios educadores.

JOSE INGENIEROS: **Antología** (Panoramas). **$ 275.—**
Amplia visión de la obra científica, literaria, filosófica y política de Ingenieros. Tomo de 400 páginas con un prólogo, bibliografía y numerosas fotografías.

VARIOS: **Métodos de la nueva educación** (Pedagogía; Enc.). **$ 600.—**
Lorenzo Luzuriaga, Fernando Saínz, Antonio Ballesteros, Leonor Serrano, Concepción Saínz Amor, Carleton Washburne y Margarita Comas analizan el concepto y los métodos de la novísima educación.

JORGE VOCOS LESCANO: **El tiempo más hermoso. $ 55.—**
Evocación en prosa de la infancia del gran poeta cordobés.

BIBLIOTECA CONTEMPORANEA

JOSE INGENIEROS: **El hombre mediocre** (núm. 88). **$ 55.—.**
JOSE INGENIEROS: **Las fuerzas morales** (núm. 107). **$ 35.—.**
JOSE INGENIEROS: **Los tiempos nuevos** (núm. 132). **$ 45.—.**
JOSE INGENIEROS: **La simulación en la lucha por la vida** (núm. 152). **$ 45.—.**

EDITORIAL LOSADA S. A.

Alsina 1131 Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Te explicaré, Paca. Algo de razón tiene tu pregunta, pero muy poca. Sí, las casas se habrán desmoronado; la hacienda, claro está que se habrá muerto, aunque eso nada importa, pues se reproduce, como los humanos. Los esclavos también han muerto pero tampoco eso importa porque ya no hay esclavitud. Además, ¿qué harías tú con esclavos?—. Se acentuó su sonrisa, pero ahora no era despreciativa sino burlona, casi jocosa y se demoraba en ella—. Pero no se mueren las estancias, no desaparece la tierra, que es la misma que pisaron Adán y Eva y que no cambió gran cosa, salvo que ya no hay paraísos. No se mueren las piedras preciosas ni el oro, ¡tinajas llenas de oro!...

Doña Paca no sabía qué más preguntar. No estaba convencida. Meneó la cabeza significativamente, pero Feliciano no la miró, metida su cabeza en los papeles. Fue él quien dijo, en forma definitiva, rematando el diálogo:

—¿Tú te figuras? Ni en mil años, no en doscientos, podríamos juntar tanto...

El entusiasmo de Feliciano cayó como un pelotazo sin rebote sobre el derrotado silencio de doña Paca.

VI. — *Las Tribulaciones*

Llegó otra carta del doctor José Beltrán y Verruguilla. Decía así: "Acuso recibo del giro que se dignó enviarme en pago de los gastos y honorarios devengados por la obtención de una copia del testamento de doña Concepción Valleviejo, de cuyo importe he hecho donación a mi secretario. Respecto de la intervención que usted me solicita en el juicio de la "de cujus succesione agitur", en defensa de sus intereses de heredero, cumplo con el deber de informarle que un examen minucioso de los autos exigirá la interrupción de mis habituales tareas profesionales durante por lo menos un año. Tendré que ser, pues, remunerado con el equivalente aproximado de mis producidos normales, que estimo en la suma de 200.000 pesos de vuestra moneda, al cambio de hoy..."

Fue un rudo golpe para Feliciano Alegre. ¡Doscientos mil pesos! Su casa y su taller representaban ciertamente más que ese valor. ¡Pero era todo lo que tenía! ¡Y a empezar de nuevo, sin tener ya quince años, con la vejez acechándolo, con su Paca cada vez más rezongona! ¡Eh, Feliciano, piénsalo bien!

Sí, él podía quizá renunciar al fabuloso sueño de la herencia. Se resignaría sobrellevando con heroísmo la gran lesión en su esperanza y en su orgullo, pero a condición de que todos olvidaran... Y esto era lo difícil, porque había contraído un compromiso con el pueblo, y sus sueños eran ya los de sus buenos convecinos. ¿Cómo defraudarlos? En la cancha de bochas del negocio de don Perico Fuentes se festejaba

casi semanalmente su futura riqueza. Muchas eran bromas de amigos que divertían a todos. Pero él había hecho serias promesas, entre partido y partido de bochas, la copa de vino en alto, eufórico y agitado:

—Feliciano Alegre no será un ingrato con el pueblo. Aquí dejaré algo. Algo... No una iglesia, que la tenéis y buena... Pero dejaré algo, algo, para que veáis quiénes y cómo somos los Alegre.

—Un asilo, don Feliciano.

—Un edificio para la biblioteca.

—Una portada para el cementerio.

—Ya veréis —respondía don Feliciano—. Algo, algo importante dejaré...

Quería ser generoso y merecer el respeto de la gente. Adquirir señorío, perdonar deudas, donar obras, ayudar a menesterosos. El pueblo lo esperaba de él. Lo habían nombrado vocal de la Comisión de Fomento y hasta recibió ofertas de ingresar al partido político gobernante. ¿Don Feliciano concejal, quizá intendente? No, no por él, ciertamente, sino por lo que haría por todos con su dinero. ¿Cómo responder a tantos halagos? ¿Cómo caer de pronto en el silencio, regresar a la llanura inhóspita del anonimato, dejar de ser lo que ya era entre la gente, uno, él, Feliciano Alegre, distinto de los demás, y reincorporarse a su puesto, reo sin nombre, en la fila de prisioneros sufrientes, mudos, disciplinados, marchando por caminos sin árboles, desde ningún comienzo hacia ningún horizonte?...

Demoraba la respuesta al doctor Beltrán. Trabajaba en el taller y meditaba. Repasaba sus anotaciones y papeles. Espació sus visitas al negocio de don Perico. No asistió a las reuniones de la comisión de Fomento. Y comenzó a adelgazar, no mucho, sin que se notara casi en su fornido corpachón de abultado vientre, en su rojo rostro, ancho, de nariz carnosa, de robusta papada y en su corto cuello redondo. Su mujer sí lo notó, y le observó un día:

—No te noto bien, Feli. Como cansado o desmejorado.

—No, mujer. Es que tengo mucho trabajo y poca ayuda.

Lo de "poca ayuda" se refería a ella misma y era un reproche. Lo sintió más que comprendió doña Paca y no quiso, hábilmente, remover el tema. Hacía meses que nada le preguntaba de la herencia, dando el asunto por concluido. Quería volver a su vida sin agitaciones, sin el ardor que el esfuerzo imaginativo le creaba. Había ensayado verse en una suntuosa casa, dando órdenes a diez sirvientes, contemplando roperos repletos, oliendo finos perfumes, ella misma en ropas elegantes, paseando en un automóvil lustroso, conducido por un chofer engalonado. Trató de saborear esa vida. Pero se gastaba rápidamente el sueño y comenzaba a turbarla como una pesadilla y sentía la tortura

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de las miradas envidiosas o sumisas de sus vecinos, veía la avidez de modistas y tenderos, tropezaba con sus propias palabras y de pronto no sabía cómo pedir correctamente un corpiño, referirse al olor del cuarto de baño y ordenar su limpieza. Pero sobre todo se veía sola. Feliciano comía rara vez en casa; lo entretenían reuniones de negocios en bancos y sociedades de grandes oficinas; corría a los campos a vigilar apartes de hacienda o yerras; hablaba de sus haciendas, de sus estancias, de sus acciones, con gentes respetuosas y por las noches dormía agitado en la cama próxima y se despertaba sudoroso para tomar pastillas o encendía la luz y repasaba cuentas y papeles. Ya don Feliciano no le pertenecía. Y ella no tenía a quién quejarse de sus dolores reumáticos, de lo cara que estaba la vida, de los sucesos de la casa y de las casas del barrio. Ya no podía pretender que su Feliciano se deslizara de la cama, tan dispuesto siempre, y fuera a la cocina a prepararle el mate y se lo llevara, mientras ella demoraba el descanso grato de la siesta. Enfermeros de manos duras frotaríanle la espalda con el ungüento de doña Dorotea, y ella extrañaba la suave presión de los dedos de su Feliciano. No, no quería la soledad; no quería la herencia.

Pero Feliciano debía continuar. El dinero daba importancia y poder. Quería ser como los señores de Cambrán, en su casona del Alto. Tener tierras y arrendatarios. Recibir pedidos y lamentos. Ordenar, exigir, perdonar. Oir exclamar a la gente: "Este es don Feliciano Alegre. El pueblo de Pehuén depende de él."

Pretextó la compra de materiales para el taller y viajó a Bahía Blanca. Llevó sus anotaciones y sus papeles y visitó a un abogado. Nada que no supiera, aunque explicado de otro modo: "Sí, hay un derecho en expectativa. Pero nada podemos hacer desde aquí. Habría que ver el expediente, analizar los inventarios de bienes, ampliar declaratorias de herederos, pedir colaciones, reinvindicar bienes. ¡Tantos años! Es cuestión de ir allá, o encomendar las cosas a un buen abogado, de confianza." Sí, lo sabía. ¿Ir allá, comprobar por sí mismo, hablar con abogados y jueces? El lo había pensado. Pero, ¡ir allá! Un largo y costoso viaje, una permanencia de quién sabe cuánto tiempo y abandonar el taller y ¿vivir de qué? Consumirlo todo y esperar, esperar... Tenía 67 años. Si fuera un muchacho, solo, sería una magnífica aventura. Si en lugar de haberse dirigido como inmigrante a la Argentina, hubiera seguido el camino de sus antepasados... Estaba desilusionado.

VII. — *Nuevas Tentaciones*

A su regreso al pueblo halló una carta del Dr. Beltrán y Vérruguilla. Decía: "Mi estimado señor: Sin respuesta a mi anterior, le reitero la misma, rogándole hacerme saber su decisión respecto de la testamentaría de doña Concepción Valleviejo. El juicio se encuentra archivado tras años de inacción y luego de desechar pretensiones de falsos herederos que invocaban presuntos derechos. No creo que sea su caso y por ello le incito a decidir su intervención en los autos, estando dispuesto a representarlo en las condiciones de mi carta anterior, condiciones sobre las que espero su opinión para, en su caso, reconsiderarlas..."

Bueno, otra vez. ¿Podría entenderse con el Dr. Beltrán? Hizo cálculos. Tenía en el banco algún dinero. Podía prendar las máquinas del taller. Y ofrecer al Dr. Beltrán lo que reuniera. La Paca no tenía que saber nada de ello. Ya recuperaría con creces esta inversión.

Escribió al Dr. Beltrán y éste aceptó el ofrecimiento, "en atención a las razones de un buen cristiano y en el afán de cooperar con sus justos derechos."

Don Feliciano escribió también al cura, y éste le contestó casi al propio tiempo que el Dr. Beltrán:

"Mi apreciado amigo: Pese a mis años y a que me aqueja un lumbago que ya casi no me permite moverme, visité al señor juez de esta ciudad, para indagar sobre las posibilidades de usted como heredero de la difunta señora doña Concepción Valleviejo. Díjome el juez: "Diga a su amigo que no pierda el tiempo ni el dinero. En este mamotreto apolillado no queda nada por hacer." Le repito, por lo gráficas —y usted sabrá perdonar el lenguaje— las palabras textuales del señor juez. En cuanto al Dr. Beltrán le reitero que es una buena persona, devoto cristiano y honrado a carta cabal. Él intervino en el juicio y creo que se inició como abogado, hará unos treinta años, representando a presuntos herederos que, creo, fracasaron en sus peticiones. Tal cosa me hizo saber el señor juez y lo confirmé en esta parroquia, por cierto no en la confesión, sino por conversaciones con buenos y honrados feligreses." Y concluía: "Dejo a la comprensión suya y generosidad de hombre cristiano, el reconocimiento que me haga por el envío de esta información, que ha significado, créamelo usted, un agravamiento de mi mal y un consiguiente mayor gasto en urgüentos y otros medicamentos..."

Las cartas del cura y el abogado colocaron a don Feliciano en un columpio en intenso movimiento, y no encontraba la manera de detener el vaivén de sus reflexiones. ¿La aventura de la herencia futura a costa de inquietudes y dudas y de comprometer su actual estabilidad económica, o mantener su actual seguridad a costa de la derrota de su ambición? Releyó la carta del cura varias veces y comenzó a encontrarla amistosa y sintió finalmente que lo protegía de males inminentes. Las prevenciones del cura eran una amarra de la que podía asirse con confianza. Un alivio lo fue dominando y restituyéndolo a una realidad

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que reconocía como propia, que estaba en la base de sí mismo. Tomó su decisión: dejaría sin respuesta la carta del Dr. Beltrán y giraría mil pesos al cura.

VIII. — *Diálogo final*

—¿Tú crees, Paca mía, que ambicionaba la herencia?

Paca seguía en los quehaceres de la cocina, con movimientos justos y rápidos y no miró a Feliciano, sentado ante la mesa, frente a un diario abierto, ni le contestó.

—No, mujer —se respondió él mismo. —¿Qué puede necesitar un hombre para vivir? Quizá más de lo que nosotros tenemos, pero no mucho más. ¿Qué? ¿No trabajar? El dinero no suprime el trabajo ni la preocupación: hay que cuidarlo como una máquina, casi criarlo como a un hijo, depender de sus caprichos como de una novia, servirlo como a un huésped . . .

Guardó un momento de silencio. Hizo un gesto de duda. Su pensamiento giró un poco. Continuó:

—¡Claro, se puede vivir mejor! Tener mejor casa, y automóvil, y viajar. Visitaría mi aldea, te llevaría a ti a ver la tuya.

Su rostro se suavizó con una media sonrisa de satisfacción y su mirada se entrecerró en un ensueño dulce:

—¿Recuerdas tu aldea, Paca? ¿La reconocerías? Te quedarán parientes. Los irías a ver, bien vestida, gran señora, con baúles de obsequios. ¿Te imaginas?

Paca concluía su trabajo. La mesada quedó brillante, el piso de mosaicos respiraba un vapor limpio. Se había agrandado el ámbito, la vajilla en los estantes, la escoba y el cepillo en un rincón, sólo en el centro la mesa redonda y dos sillas. Paca finamente se sentó.

Feliciano la observó un momento y volvió a hablar:

—En cuanto a vivir esta vida nuestra, que depende de nuestro honrado trabajo, el tuyo y el mío, ¿qué mejoraría? ¿No tenemos lo nuestro? ¿Y nuestros hijos y nuestros nietos? Sí, todo fue duro y difícil en los comienzos; y sin embargo criamos a nuestros hijos y vivimos. Entonces, quizá, un poquito de dinero nos hubiera hecho más alegres. Pero ahora, a nuestra edad, Paca, ¿qué nos mejoraría ese dinero?

—Nunca me quejé, Feliciano. Te acepté como eras. Te ayudé como pude. Nunca me quejé, Feli.

—Te lo agradezco, Paca mía. Eres una buena mujer.

Entonces ella se levantó, porque su inactividad la abrumaba como una carga y porque no sabía cómo responder al marido y disimular su agradecimiento por sus palabras. Fue a tomar un tejido comenzado y regresó a su silla. Sus manos movían las agujas con un ritmo acostum-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EDICIONES PARA BIBLIOFILOS

FEDERICO GARCIA LORCA: **Llanto por Ignacio Sánchez Mejías** (con grabados en madera de Luis Seoane).

MIGUEL DE UNAMUNO: **Del diario poético** (con grabados en madera de Luis Seoane).

La Editorial Losada ha querido asociarse a los homenajes que en 1961 se tributaron a la memoria de Federico García Lorca y Miguel de Unamuno, de cuya desaparición se cumplieron veinticinco años, con dos bellísimas ediciones para bibliófilos. Una de ellas reedita el extraordinario **Llanto por Ignacio Sánchez Mejías** de García Lorca; la otra, **Del diario poético de Miguel de Unamuno,** es una antología del **Cancionero.** En el primer caso nos comprometía moralmente a este tributo el hecho de haber sido los primeros editores de las obras completas del poeta granadino, cuya importancia e influencia este cuarto de siglo póstumo ha confirmado y difundido definitivamente. También el incomparable **Cancionero** de Unamuno, verdadera autobiografía espiritual trazada por el cotidiano quehacer poético, tuvo su primera edición en nuestra casa. Ambos libros están enriquecidos con magníficos grabados en madera, impresos en color y en negro, de Luis Seoane, cuya vibrante imaginación plástica y fervor por la obra poética ilustrada se han expresado en forma magistral.

LLANTO POR IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

400 ejemplares numerados, con 9 grabados en madera de Luis Seoane.

Nº 1 Con una serie completa de los grabados impresos por separado, firmados y numerados por Luis Seoane, dos grabados fuera de serie y un juego de la impresión de cada color. $ **5.000** (adquirido).

Nº 2-15 Con una serie completa de grabados impresos por separado, firmados y numerados por Luis Seoane y dos grabados fuera de serie. $ **4.000** adquiridos).

Nº 16-75 Con una serie completa de los grabados, firmados y numerados por Luis Seoane y un grabado fuera de serie. $ **3.000.**

Nº 76-400 Ejemplares numerados con 9 grabados en madera de Luis Seoane. $ **1.500**

DEL CANCIONERO DE MIGUEL DE UNAMUNO

400 ejemplares numerados, con 11 grabados en madera de Luis Seoane.

Nº 1 Con una serie completa de los grabados impresos por separado, firmados y numerados por Luis Seoane, dos grabados fuera de serie y un juego de la impresión de cada color. $ **5.000** (adquirido).

Nº 2-15 Con una serie completa de los grabados impresos por separado, firmados y numerados por Luis Seoane, dos fuera de serie. $ **4.000** (adquiridos).

Nº 16-75 Con una serie completa de los grabados, firmados y numerados por Luis Seoane y un grabado fuera de serie $ **3.000.**

Nº 76-400 Ejemplares numerados con 11 grabados en madera de Luis Seoane. $ **1.500.**

brado y fácil, con un automatismo grato, que a la mujer la sosegaba y defendía. El hombre la siguió en sus movimientos, esperó que se sentara y continuó:

—Pienso, mujer, que no seríamos mejores con más dinero, pero ¿no te parece que seríamos más libres?

—¿Más libres? ¿No eres un hombre libre, ahora? ¿Libre para qué, Feliciano? No comprendo.

—Pues, ¿cómo decírtelo? Libres... No tener que medirnos, no vivir con el temor de que nos pueda faltar mañana algo que hoy tenemos... Aspirar a más cosas, sin pensar tanto en que una de ellas nos privará de otra... No temer, Paca, no temer permanentemente que nos falte algo. Si yo me enfermo, por ejemplo...

—Dios no lo quiera.

—Si yo enfermo, y el taller queda parado... No, no me refiero a que ocurra, mujer. Me refiero al temor de que ocurra, que es tan malo como que ocurra, pues lo tienes siempre, y siempre te está royendo los sesos. Ese miedo de lo que sigue, de lo que seguirá...

—Calla ya, Feliciano. Siempre se debe luchar por algo, por algo que no tienes hoy, para tenerlo mañana. Siempre hemos vivido pensando en el día siguiente. Y a esto le llamabas libertad. Tú decías: el deseo que tengo, es mi libertad. Tú desvarías ahora.

—Quizá, mujer. ¿Pero no sería hermoso tenerlo ya todo y no desear más? ¿Tenerlo para siempre? ¿Te das cuenta? ¡Para siempre!

Feliciano se detuvo, porque su mujer lo miró con reproche. Él sabía que el reproche iba dirigido al ímpetu de sus últimas palabras. Y al contener ese ímpetu, no supo cómo continuar.

Ella llenó lentamente, con reposada voz, el silencio, y dijo:

—Feliciano, mi pobre Feliciano: lo único que tendrás para siempre es la muerte, Dios libre y guarde. Eres libre mientras puedes luchar. ¿No es eso, Feli, no es eso lo que me decías antes?

—Sí, mujer, sí; lo decía... Porque quería ser feliz de todas maneras, porque quería que tú estuvieras conforme con tu vida—. Había una irreflexiva sumisión en su voz, que surgía desde lejanos anhelos y se estiraba secretamente hacia la mujer, como una caricia.

Paca se dejó seducir por la voz y ya lo estaba mirando con esa mirada quieta, ofrecida como un regazo, que tantas veces le prodigó cuando lo veía cansado, al término de su jornada de trabajo.

Pero Feliciano reaccionó de inmediato, como saliendo de una humillación y agregó:

—Pero ahora he visto...

—¿Qué has visto?— lo seguía mirando con la misma mirada, y al propio tiempo emergía de ella una fuerza dura y áspera, que comple-

taba sin embargo la mirada, que la sostenía, agregándole una segura protección hacia el hombre.

Don Feliciano creyó que podía continuar su queja; lo creyó, esperando el reproche de su mujer, que anhelaba como un castigo que lo redimiera:

—He visto el engaño, la desilusión; he visto el fracaso. No, no vivimos conformes con nuestra vida, Paca.

—Pues no has visto nada. Sólo que desvarías por esa maldita historia de tu doña Concepción...

Doña Paca midió el efecto de sus palabras, consciente de su dominio. Feliciano se dejaba arrullar por la reprimenda y era un niño dócil, pescado en una falta.

—¡Tu doña Concepción!—. Paca podía seguir, porque el hombre aceptaba con mansedumbre sus palabras y hasta se refugiaba en ellas—. No era mejor que tú, aunque tuviera esclavos, pues prefirió un hijo sobre otros, y anotó en su memoria con mezquindad cada favor hecho a cada uno..., y vivió con riquezas sin saber leer ni escribir...

—Sí, Paca, sí. Tienes razón.

Pero Paca no había concluido. Agregó, su mirada protectora desaparecida de pronto, con la voz ardiente, como para marcar su desacuerdo con Feliciano:

—Sin saber leer para enterarse de historias de herencias como tú, ni escribir para comunicarse con curas y abogados...

Se agitó entre ellos una onda de malestar, pero apenas los rozó. Paca vio sin embargo el peligro de que la onda se extendiera, sola, por su propio movimiento, por su propia fuerza expansiva. Y entonces dijo:

—Vé a lo de don Perico. Distráete con tus amigos. Se alegrarán de verte. Y me dejarás un poco tranquila a mí con tus necedades. Vístete y vé.

Pero Feliciano no se movió.

—Déjame quedarme, Paca —rogó—. Estoy cómodo así, a tu lado. Sólo que, ¿sabes?, me gustaría que me sirvieras una copa de ese coñac que guardas, y que tomaras también tú. Como si festejáramos, Paca. Como si festejáramos.

La mujer trajo la botella y dos copas. El hombre destapó la botella y sirvió. Ambos bebieron en silencio, a pequeños y espaciados sorbos. Algo muy propio, que les pertenecía como todo lo demás de su vida, se estaba disolviendo en lo vivido. Un conocido sabor se aromatizaba con nuevas esencias, y se percibía como un nuevo gusto. Era un fin que volvía a un origen. Feliciano y Paca festejaban un nuevo comienzo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

GLORIA ALCORTA

El juego de la muerte

I

La noche del viernes era una noche como todas, don Tristán; yo estaba esperando a Rafael. Sin embargo, el olor tormentoso de los pastos, que siempre parece provenir del mismo fondo del cerro, era más irritante que de costumbre.

Ya sé que soy una campesina, me lo ha dicho usted mil veces, y que ni los pensionados, ni las gobernantas francesas pudieron destruir dentro de mí ese amor a la tierra que suele volverme tonta. A pesar de sus precauciones, la huerfanita creció entre indios, con los ojos fijos en los animales, y temblando por la suerte de las cosechas. Cuando era sólo una niña, conocía más palabrotas que usted, señor escultor! Pero no se preocupe, no tengo la menor intención de tratar de enternecerlo con mis recuerdos, sino de informarle de ciertos hechos sobrevenidos en la vida de su ahijado Rafael en las últimas cuarenta y ocho horas.

Ante todo, le confesaré que desde que lo convencí a mi marido de abandonar su lujosa mansión de San Angel, para instalarse en esta comarca, me encuentro muchísimo más feliz. Mil veces creí volverme rabiosa al tener que rezar diariamente cuatro rosarios completos con sus tías, que me trataban como a una loca porque había vivido en California.

María Remedios fue la única criada que se atrevió a seguirnos hasta acá. Pero aunque esa bruja haya apretujado a Rafael en su pecho cuando el pobre era incapaz de defenderse, estoy convencida de que terminará por hartarse del "Far West", como dice ella, al referirse a nuestra hacienda. En cuanto a mi cuñada, ya no temo sus arañazos de viuda envidiosa; Agustina siente desprecio por la casa en donde he nacido. Dice que únicamente a una "extranjera" como yo se le puede ocurrir enterrarse con la indiada en un cortijo que, ni en su juventud, fue de buen rendimiento comercial.

Antes de anoche, la gobernanta se había retirado como de costumbre, los niños dormían y el aire que venía del cerro era rumoroso y cálido, como presagiando una tormenta. Pero a pesar de ello, mis hombros debajo del rebozo estaban helados.

Usted conoce la aspereza de nuestro valle, que los mugidos del ganado parecen envolver, a veces, en un rumor marino; conoce la casa

sevillana crecida en medio del pastizal y en cuyos muros vienen a frotarse las bestias. Usted sabe cuánta ternura siento por la sobriedad de su arquitectura y por los pocos muebles que mi padre distribuyó en sus habitaciones, con la autoridad de un señor. Pues bien, es aquí mismo, en la sala blanqueada con cal, entre imágenes de mártires, donde espero noche tras noche a mi marido.

Desde hace un tiempo, la espera se ha vuelto, para mí, una especie de profesión que no me embellece, y estoy perfectamente consciente de haber perdido la frescura de cutis que deslumbraba a los gringos cuando era su pupila en la ciudad de Los Angeles: "¿Han visto a la pequeña Adriana? . . . —decían—; parece un melocotón".

El melocotón era saleroso pero ha dejado de serlo, se lo aseguro, y si esta espera se sigue prolongando, acabará por marchitarse.

Le estoy viendo, don Tristán, su cejo se frunce y recuerdo perfectamente lo que usted me dijo cuando llegué de España y me descubrió en esta finca, acurrucada a los pies de mi madre muerta.

—Eres la hija de mi hermana; te daré un destino digno de tu raza.

No he olvidado nada, y si alguien ha deseado pertenecer a un ángel cubierto de madroños y siempre medio ensordecido por los estrépitos del triunfo, soy yo, la segunda Adriana, no lo dude. También sé que Rafael Castilla es un matador de alcurnia e hijo de poeta y por esa razón lo espero, y lo espero poco menos que enclaustrada en una hacienda que mi marido apenas conoce.

Además, estoy rodeada de enemigos desde que Rafael echó a nuestro primo de la cuadrilla y que éste se la pasa rondando nuestra finca cuando sabe que me encuentro sola en el patio. ¿Qué hace ese hombre?, me preguntará usted. Pues, espera. Espera que apremiada por el calor, yo me vea obligada a abrir las celosías.

Para no llamar la atención, baja de la sierra montado en un caballo sin apero de plata. Usted lo conoció en Coyoacán, acuérdese. Se quedaba sentado durante horas en la oscuridad del taller mientras usted trabajaba. Posee el don del silencio y además ¿cómo quiere que no tema a un torero sin talento? Severo no ha hecho sino recoger los restos de su amo. Mil veces lo he visto pasearse, a la tarde, del brazo de una mujer que se exhibía por la mañana en el cuarto de Castilla!

También le debo de haber puesto mi honra en peligro el día en que el muy perro decidió entregarme al mal deseo de su pariente, y eso, con el único propósito de impedir mi matrimonio.

Era una tarde de fiesta en Guadalajara. Castilla, pese a nuestro noviazgo, no me había dirigido la palabra sino brevemente entre dos corridas, y Severo ya me inducía, con un pretexto absurdo, a subir al

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

departamento del matador. La verdad es que no me engañaba en absoluto, porque todos sabíamos que un espada necesita reposo antes de bajar al ruedo, y que ya era muy tarde para que se permitiera visitas femeninas.

La tentación de encontrarme a solas con él, mientras una horda de reporteros se daban de narices en sus puertas, era violentísima. Mi futura cuñada, Agustina, muy instalada en el hall del hotel con las tías Zulema y Visitación, tejía sin dignarse enterarse de mi presencia. Alejandro y Pedro Castilla iban y venían con los miembros de la empresa. Los corredores rebalsaban de curiosos, y yo no me decidía a subir al departamento de Rafael. Pero el tiempo corría y siempre había visto al diestro cercado por un coro de adoradores, y como reinando sobre ellos. Gracias a la perversidad de Severo, iba a poder sorprenderlo sin testigos, en un cuarto trivial de provincia, donde su figura sería la de un muchacho moreno aprontándose para enfrentarse con el miedo.

Cuando entré en la habitación, Rafael salía del cuarto de baño. Un perfume a colonia flotaba en la pieza. Rosendo, el mozo de espadas, le tendía una faja granate, cuando sus ojos se posaron sobre mí. Afuera, los altoparlantes anunciaban los detalles de la fiesta, y los comentarios de los aficionados llegaban hasta nosotros. En el suelo brillaban los escarpines de charol, y en el respaldo de la silla, un traje blanco bordado con pasionarias negras.

Por primera vez me encontraba a solas con el hombre a quien usted me había prometido. Su mirada continuó su recorrido en la línea de mi cuello y a lo largo de mis brazos. El mozo de espadas, después de cerrar la puerta, había desaparecido, pero la presencia maligna de Severo traspasaba las paredes de la habitación. No me cabía duda de que el muy canalla cumplía con su venganza, echándome en el circo para que me devoraran los leones. Lo sentía en la mirada opaca y fija de Castilla.

El torero permanecía inmóvil cerca de la ventana. Cada tanto el aire de la tarde entreabría los paños de su bata. De pronto, su mirada se detuvo en mis hombros, luego sobre mi pecho. Era una mirada sin alegría; y en un momento dado, su garganta se contrajo y sus labios se hincharon como los de un niño engañado. Pero sin darme tiempo para enternecerme, extendió la mano y con un ademán imprevisto me abrazó y me arrojó en la cama.

Fue un hombre desconocido el que me apretó la cabeza y me estrujó para anudarme entre sus piernas; un hombre que olía ni a viento ni a corteza de naranjo. Ahogada por el peso del agresor, no distinguía su rostro enterrado en la almohada. Sentía solamente el latido de su deseo sobre mi cadera. El perfume a jabón había desaparecido y

mi cuello se estremeció de pronto bajo su boca abierta. Dos ojos sin ternura me hurgaron, y una cabellera vivaz me cepilló los pechos, mientras algo sombrío estallaba en el fondo de mi carne.

La vergüenza me crispó las mandíbulas. Con los muslos apretados y el vientre endurecido, me debatí, mientras el enemigo me hacía rodar de un lado a otro de la cama y me llenaba la boca de gemidos.

De las calles de Guadalajara, invadidas por una muchedumbre fanática, subía un jaleo de ruidos de autos y gritos de fiesta. "El ganado es de buena cría" decían los entendidos. Pero un viento socarrón había comenzado a soplar y a través de la puerta yo sentía crecer la impaciencia de los hermanos Castilla y la inquietud de la Empresa. "Un matador no se encierra con una mujer una hora antes de la corrida, a menos de haberse vuelto loco". El indio Obregón tendrá el triunfo fácil... Fue una tarde de esas en la que murió el Malagueño...

Voces humanas mezcladas con el repiqueteo de las agujas de tejer de Agustina, llenaban los corredores de ansiedad.

Hoy, querido tío, apenas me atrevo a confesar que salí vencedora de un combate con el mejor diestro del mundo. Un golpe enérgico en la puerta de la habitación puso término a nuestra lidia. Rafael se incorporó, y mientras mi cabeza caía pesadamente en el colchón, posó sobre mí una mirada que nunca he de olvidar. Era la de un labrador que acababa de descubrir un tesoro. "¡Serás mía —pronunció—, ya verás!"

Afuera, en el pasillo, los periodistas se habían desvanecido y nadie pareció haberse enterado de mi ausencia.

II

Antes de ayer por la noche, o sea la noche del viernes, Tristancito y Agustinita se acostaron sin recibir contestación a sus preguntas. "¿Crees tú que papá me traerá banderillas?" "¿Y aquella mujer rubia, crees tú que vendrá?... "Me prometió una barca de regalo." "¿Cuándo será papá, el primer matador?... ¡quiero que sea el primer matador!"

La hija de Rafael Castilla, sumergida en un piyama escocés, pataleaba en el piso de su habitación. Nunca se le había ocurrido que su padre pudiera morir en la plaza. Exigía que fuera el primer matador del mundo, eso es todo.

En la pared blanqueada, a los pies de la virgen del Milagro, un ramo de amapolas se ahogaba en un cacharro. A pesar de sus pretensiones de gobernanta, María Remedios nunca tuvo gracia para ordenar las flores en un salón amueblado por un aristócrata. En cuanto a mí, ni siquiera se me ocurría estirar la mano para remozarlas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

COLECCION
EL PASADO ARGENTINO

Dirigida por GREGORIO WEINBERG

PREMIO "CARLOS CASAVALLE" (DE LA DIRECCION GENERAL DE CULTURA DEL MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA)

ALBERDI, J. B. — **Fragmento preliminar al estudio del Derecho.** Prólogo de B. Canal Feijóo ..... 90.—

ARLT, R. — **Nuevas aguafuertes porteñas.** Selección y Estudio Preliminar de P. G. Orgambide ..... 160.—

BARROS, A. — **Fronteras y territorios federales de las pampas del sur** ..... 135.—

BEAUMONT, J. A. B. — **Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental (1826-1827)** ..... 135.—

BURGIN, M. — **Aspectos económicos del Federalismo Argentino.** Estudio Preliminar de B. Bosch ..... 300.—

CALDERON DE LA BARCA, P. — **La aurora en Copacabana.** Prólogo de Ricardo Rojas y notas de A. Pagés Larraya ..... 95.—

Cancionero tradicional argentino. Recopilación de H. J. Becco ..... 250.—

Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López. Recopilación, Notas y Estudio Preliminar de E. M. Barba ..... 145.—

El Drama Rural. Estudio preliminar de L. Ordaz ..... 175.—

ELFLEIN, A. M. — **De tierra adentro.** Cuentos y tradiciones. Estudio preliminar de J. Gómez Paz ..... 90.—

El Sainete Criollo. Selección y Prólogo de Tulio Carella ..... 195.—

Estampas del pasado. Lecturas de Historia Argentina. Recopilación de Busaniche, J. L. ..... 495.—

FALKNER, T. — **Descripción de la Patagonia y de las Partes Contiguas de la América del Sur.** Traducción y Notas de S. A. Lafone Quevedo. Estudio Preliminar de S. Canals Frau ..... 110.—

GERCHUNOFF, A. — **El Hombre Importante.** Apéndice de M. Kantor .. 125.—

GONZÁLEZ, J. V. — **La tradición nacional** ..... 95.—

GUTIÉRREZ, E. — **Croquis y siluetas militares.** Prólogo de A. Yunque .. 85.—

GUTIÉRREZ, E. — **El Chacho.** Estudio Preliminar de L. Benarós ..... 170.—

GUTIÉRREZ, E. — **La muerte de Buenos Aires.** Estudio Preliminar de J. C. Ghiano ..... 165.—

GUTIÉRREZ, E. — **Los montoneros.** Estudio Preliminar de L. Benarós .. 170.—

HOLMBERG, E. L. — **Cuentos fantásticos.** Estudio Preliminar de A. Pagés Larraya ..... 150.—

MACKINNON, L. B. — **La escuadra anglo-francesa en el Paraná.** (1846). Estudio preliminar y notas de J. L. Busaniche ..... 95.—

MANSILLA, L. V. — **Mis memorias. Infancia. Adolescencia.** Prólogo de J. C. Ghiano ..... 110.—

MERCANTE, V. — **Los estudiantes.** Estudio Preliminar de A. Villanueva 120.—

MITRE, B. — **Las ruinas de Tiahuanaco.** Prólogo de F. Márquez Miranda 85.—

OBLIGADO, P. — **Tradiciones Argentinas.** Selección y Prólogo de A. Pagés Larraya ..... 90.—

PARISH, W. — **Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata.** Traducción y notas de J. Maeso. Estudio preliminar de J. L. Busaniche 225.—

PAYRO, R. J. — **Teatro completo.** Estudio preliminar de R. F. Giusti ... 165.—

PRADO, Cdte. — **La conquista de la pampa.** Estudio Preliminar de G. E. García ..... 100.—

ROJAS, R. — **El país de la selva** ..... 85.—

ROSSI, V. — **Cosas de negros.** Estudio Preliminar y Notas de H. J. Becco 145.—

SÁNCHEZ GARDEL, J. — **Teatro.** Prólogo de J. C. Ghiano ..... 110.—

SARMIENTO, D. F. — **Viajes:**
I) **De Valparaíso a París.** Prólogo de A. Palcos ..... 110.—
II) **España e Italia.** Prólogo de N. Rodríguez Bustamante ..... 110.—
III) **Estados Unidos.** Prólogo de Antonio de la Torre ..... 110.—

SASTRE, M.; ALBERDI, J. B.; GUTIÉRREZ, J. M., y ECHEVERRÍA, E. — **El Salón Literario.** Estudio Preliminar de F. Weinberg ..... 85.—

WOODBINE HINCHLIFF, T. — **Viaje al Plata en 1861.** Traducción y Notas de J. L. Busaniche. Estudio Preliminar por R. A. Arrieta ..... 95.—

ZEBALLOS, E. S. — **Calfvucurá y la dinastía de los Piedra.** Estudio Preliminar de R. F. Giusti ..... 95.—

ZEBALLOS, E. S. — **Calfvucurá-Painé-Relmú.** (La trilogía en un solo volumen). Estudio Preliminar de R. F. Giusti ..... 150.—

ZEBALLOS, E. S. — **Viaje al País de los Araucanos.** Estudio Preliminar de A. R. Allende ..... 220.—

ZEBALLOS, E. S. — **La conquista de 15.000 leguas.** Estudio Preliminar de Enrique M. Barba ..... 175.—

ZINNY, A. — **Estudios biográficos.** Estudio Preliminar de N. Binayán .. 135.—

EDICIONES "HACHETTE - BUENOS AIRES"

RIVADAVIA 739/745 - T. E. 34-7819 - BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A medida que la noche avanzaba, se volvía más sofocante. Hacía varias semanas que no llovía en nuestra comarca y el calor era intolerable, hasta entre los naranjales del patio. Afuera, en las montañas, sé que existen galopes de caballos que bajan en dirección al mar, pero sin embargo no me importa. No me importa porque al quedarme, noche tras noche, sentada frente a una mesa vacía, sólo espero una cosa: el ronquido de un motor, acompañado por los ladridos de los perros que se precipitan al encuentro del amo.

Ese minuto en que podré aplastarme sobre el pecho de mi marido, harto de triunfo, es para mí el momento que justifica la nada de mi existencia.

Hace rato que no pertenezco a la vida pública de Rafael y el fausto que lo circunda me resulta tan desagradable como las zalamerías de sus tías Zulema y Visitación.

Detesto la sonrisa hipócrita de Rosendo, y detesto también el brillo de su pasado de Don Juan, que mi cuñada Agustina se complace en remover a cada rato. "¿Qué será de Amparito?... ¿Te acuerdas, Rafael, qué salero tenía?... ¿Y la argentina de la mantilla granate, se habrá muerto acaso?...

No, don Tristán. De las mujeres que mi marido ha tocado, no ha muerto ninguna; todas las palabras de amor pronunciadas por ellas, le han quedado engastadas en el oído. Lo siento cuando me abraza; parecería a veces que escuchara otras voces que la mía. Cuando Rafael se deshace de su chaquetilla y se quita la camisa, no crea que esté nunca desnudo. No, señor; está festoneado de elogios, trensillado de promesas y bordado de gritos. Ocurra lo que ocurra, detestaré siempre hasta el aliento de sus admiradoras, y si me he encerrado como una monja en este páramo insalubre, no es sólo en memoria de mi padre, sino porque sé que en medio de la indiada Rafael Castilla no tiene recuerdos.

¿Sabe usted lo que hago durante mis noches de espera, cuando estoy cansada de recoger naranjas en el patio y de contar las medallas de mi abuelo y las petacas de oro de mi marido? Pues me instalo en la habitación de Rafael, delante del ropero abierto, y observo los trajes de lidia colgados uno al lado del otro. ¡Este es el púrpura herido en el muslo una tarde de Aranjuez!, recito en voz alta. ¡Este es el color de azufre, lastimado en Valencia; este es el carmesí que un toro Mihura rasguñó en la espalda; y éste es el blanco bordado con pasionarias negras, herido él también, una tarde de viento en Guadalajara!

Doce cuerpos truncos se balanceaban bajo el rayo de luna. Todos igualmente manchados. ¿De qué raso y de qué tinta será el que la muerte elegirá para su colección? El miedo se trepa por mis venas, me sube a la garganta, y con los brazos anudados debajo del rebozo, camino

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Adhesión de

E. T. & H.

de cuarto en cuarto, estrangulada por una pesadilla, siempre la misma, que la figura de Rafael llena por entero, al revestirse con los cuernos de una fiera o al incorporarse a la muchedumbre erguida para devorarnos.

Jamás me abandona esa pesadilla y las malas sombras que me acechan me mantienen en continuo estado de zozobra.

Era aproximadamente las doce y media cuando un silbido estridente me hizo saltar del sueño. ¿Quién entre nuestras gentes o vecinos se permitía llamarme de esa manera? Ni por un momento puse en duda que el silbido me fuera dirigido. Desde el principio de la noche, la sensación de una presencia humana me obligó a conservar las ventanas cerradas.

Un soplo de viento cargado de insectos penetró por el postigo entreabierto y el aire se volvió más espeso. Escuché con atención el ruido mojado de las ramas de eucaliptos, sin atreverme a abrir las ventanas. El miedo me seguía persiguiendo hasta dentro de mi propia casa. Permanecí inmóvil, con la seguridad de que un día la mala noticia que espero todas las noches, me llegaría por boca de ese hombre resentido, que se había incrustado en mi sombra.

Castilla ya no podía demorar. Su horario era caprichoso y su llegada siempre tenía el resplandor de un lanzazo en el cielo. Pero desdichadamente, nunca se presenta solo en la morada de su mujer.

Nunca, aun en los principios de nuestro matrimonio, hemos estado libres de la presencia de sus hermanos o de sus tías. El mozo de espadas vigilaba en la puerta del cuarto de baño, mientras se estaba duchando, y los fotógrafos más indiscretos fueron siempre admitidos en nuestra intimidad. Hoy, cuando el auto de Rafael apunte en el camino, las risas de los peones, mezcladas con los ladridos de los perros, precederán al dueño. Un puñado de machos llena la casa de gritos y de loas. A estos desgraciados les pagan para que canten la gloria de Castilla, y mañana les pagarán para que lo olviden. Mientras beben y comen las viandas preparadas por María Remedios, los hermanos de mi marido conservan un silencio envenenado.

No tengo ningún afecto por esa gavilla de mercenarios. Desde que me casé con el amo, no soy más que la criada cuya misión consiste en servirles de beber, y callar.

¿Por qué he de preocuparme, me dirá usted? . . . Mi marido es un caballero. ¿Pero sabe usted lo que hará el caballero una vez encerrado en la habitación? Se dejará caer en la cama, de espaldas, y se quejará del calor. Alguna que otra vez se preocupará por un error cometido

durante la corrida. Un medio segundo de pánico lo apretará contra mí. "¡El cuarto de Maximiliano está mal!", dirá con irritación, necesita el de Pancho Villa. Se morderá los labios al recordar el aposento en donde durmió el caudillo, y que su rival Matías Obregón ocupa desde hace cinco años. "Tuve un vértigo —confesará, apretándome el brazo—: es culpa de Rosendo. Este animal insiste en que duerma la siesta antes de torear, cuando en realidad lo que necesito es ejercicio".

Luego, me tenderá sus zapatos para que se los desate. Siempre me estremezco al sentir sus pies cansados entre mis palmas. Los acaricio lentamente. Luego desabrocho el cinturón de cuero, alojo mi cabeza en su axila y empiezo a querer adivinar una por una, las fintas que tuvo que prever con la rapidez de un cirujano. Así agazapada, respiro el olor de la arena pisoteada, escucho el estertor de la multitud y veo con espanto abrirse la boca de una plaza erizada de anuncio. Hundo mis dedos en el pelo de Rafael y aplico mi boca en su pecho.

Esta vez, el silbido lanzado por mi perseguidor logró arrancarme un grito. Alcé los ojos y los mantuve fijos en la pared donde los insectos formaban una corona pegajosa en torno a la Virgen. Los brazos que tenían al niño abrazado se abrieron y Jesús cayó en la baldosa con un chasquido de goma. Dí un empujón a la mesa vacía y volé en su ayuda. Pero el suelo se hundía. El niño había desaparecido y un fuego amarillento me llegaba ya a la altura de las rodillas. Yo avanzaba a ciegas cuando tropecé con un cuerpo tendido en medio del camino.

El desconocido hizo un ruido de odre cuando caí sobre él, pero advertí que tenía dos cuernos plantados en el cráneo y las patas gallardamente metidas en el suelo. La plaza estaba desierta y un ramo de picas surgidas de la nada se aprontaba a abatirse sobre mi amigo. Quise gritar para prevenirle del peligro, pero el condenado posó sobre mí una mirada tan severa que tragué mi aullido. La primera pica le rompió el espinazo, luego los golpes se repitieron con la justeza de un metrónomo, hasta que la brecha se ensanchara.

Muy pronto, las gradas del circo rodaron como jirones de navío. Sin descanso, las picas prosiguieron con su labor en el lomo de su víctima, luego fueron canjeadas por un ramo de estoques, hasta que las piernas rosadas de los asesinos comenzaron a agitarse en torno de la bestia.

Pero en determinado momento, los rasgos del condenado, que no se había inmutado, se descompusieron; un chorro de sangre brotó de su boca y, al desplomarse en la arena, un lodo escarlata cubrió su cuerpo molido.

—¡Rafael ha muerto! . . . ¡Socorro! . . . —grité con todas mis fuerzas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero me había equivocado, el silbido que creí oir era un simple golpe de bocina; la luz amarilla de dos faros atravesaban mis celosías.

Dí un salto y me precipité fuera de la casa. Algo insólito estaba ocurriendo. Nunca hasta entonces, las luces de un automóvil habían logrado iluminar el valle sin que las precedieran los gritos y las chanzas de una cuadrilla.

Pese a ello, no cabía duda de que una bestia encendida avanzaba sobre mí. Un enjambre de mariposas excitadas por la tormenta se aplastó en el vidrio de la ventana. Un caballo relinchó y el olor a trébol quemado me subió a las narices. El automóvil se inmovilizó en el césped y los perros se pusieron a gruñir al ver saltar un desconocido trajeado de negro, de un auto vacío.

—¡Adriana! . . . Mi querida, ¿qué ocurre?

No pronuncié una sola palabra, ni pude esbozar un gesto. Hacía solamente un instante, que acababa de ver al que me abrazaba, tirado en la arena con los labios sellados por un coágulo de barro.

—¡Adriana, despiértate! . . .

El hombre se reía y me apretaba. De pronto, como si su risa quebrara, dentro de mí, un cerco de espanto, sentí mi sangre agitarse y encenderme la frente. Rafael estaba en la puerta de mi casa, Rafael vivo y solo, y me tocaba la mejilla y me acariciaba el cuello. . .

—Estás enferma —pronunció con dulzura—, entremos.

Detrás de nosotros los perros se pusieron a ladrar y el aire se llenó de saltos y de quejidos de alegría. Apenas habíamos penetrado en el salón, lamenté no haber tenido el coraje de ordenar las amapolas a los pies de la Virgen. Ahí estaban como al principio de la noche, tontamente ahogadas en un cacharro.

—¡Tengo hambre! —dijo mi marido.

Su rostro era más luminoso que de costumbre, sus ojos centelleaban como si estuvieran preparando una broma. Sin dejar de observarme, se quitó la chaqueta, se arrancó la corbata y se dejó caer en un sillón.

—¡Tengo sed! — agregó.

Y como si de pronto un chorro de luz me hubiera inundado, me precipité en la cocina para abrir los armarios y desparramar sobre una mesa los chorizos de Pamplona y las butifarras de tía Visitación. Las botellas de Jerez que María Remedios conservaba cuidadosamente para los días de ceremonia, se amontonaron entre los panes y las frutas. Hundí las llaves en todos los cajones e hice estallar las latas de hígado francés. Borracha de alegría, me reía como una niña demente bajo la mirada de Rafael instalado en un sillón frailuno, con las manos cruzadas y la cabeza inclinada en el hombro.

—¿Duermen los niños?

—Por supuesto que sí.

¿Dónde había dejado Castilla a sus compañeros? ¿Qué era de sus admiradores y del reguero de loas que sucede a sus triunfos? Algo extraño lo acompañaba, algo que me hacía violentamente feliz, algo inesperado y maravilloso, pero que yo presentía como el presagio de una catástrofe.

—¿Mi hermana no ha venido?

—¿Por qué había de venir?

—¿Entonces estamos solos?

El diestro se levantó y me tomó del brazo, pero al percibir una resistencia, aflojó la presión. Rafael hablaba poco y preguntaba menos, pero sabía que cuando yo me encontraba junto a él, respiraba siempre con cierta dificultad. Sus dedos me rozaron el cuello y se detuvieron en los botones de mi corpiño. Luego se pusieron a jugar con las borlas de mi reboso. Pero como yo no reaccionaba, se inclinó de pronto y posó su mejilla en la mía. Largamente, cuidadosamente, permaneció en esa posición.

—¡Escapémonos, Adriana! —murmuró.

Y como Rafael había logrado atraerme, me estrechó en sus brazos, contagiándome así un calor que venía yo necesitando desde hacía mil años. El silencio en torno a nosotros era tan bullicioso como una multitud enardecida, y yo sabía que si extendía la mano, podría tocar el vacío. Pero levanté la cabeza y posé mi cuello sobre el de mi compañero, como lo hacen los caballos en la montaña. El aliento entrecortado de Rafael me penetró y sus brazos me aprisionaron.

—¡Ven! —pronunció en voz baja, y sin desviar la mirada, seguí a mi marido fuera de la casa, a través de un erial que él ignoraba y que yo no reconocía.

III

La cabeza apoyada en un olivo y cruzado de brazos, bajo los nubarrones henchidos de lumbre, mi marido tenía un aspecto fantasmal.

—¡Le cogieron a Obregón! —dijo de pronto.

—¡Señor mío!

Esa frase, suelta en la noche, me hizo sobresaltar como si la esperara desde hacía largo tiempo, y sentí que un frío mordaz me recorría la espalda.

—No es de gravedad; justo lo necesario para hacer estallar todos los sollozos del público y la injusticia de los críticos.

—¿Y tu faena, Rafael?

—Tan bonita como olvidada ya.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La voz del torero era demasiado tensa, y su camisa abierta dejaba entrever un leve temblor del pecho que no le conocía. De pronto hizo un gesto para arrancarle una ramita al árbol en que estaba apoyado y le clavó los dientes.

—Mi faena ha desaparecido con la estupidez humana —agregó—, esa estupidez cabezuda que pide sangre de torero y que esconde la cara en cuanto la ve brotar.

—¿Por qué te fuiste?

—No te preocupes, mis hermanos están con él. Ya lo han transportado a la capital.

—¡Pobre Matías!

—El pobre Matías está recibiendo las loas de mis amigos en este momento. Nunca te olvides de esto: el gran torero es el que muere.

—Pero tú dijiste que...

—¡Estoy bromeando, vamos!... Si la vida de Matías estuviera en peligro no estaría yo aquí. Además, todos saben que el indio es inmortal.

A pesar del tono risueño, su expresión bajo la fijeza de mis ojos era la de un hombre profundamente lastimado.

—Fue en el quite —prosiguió—, una tontera. Siempre ese maldito viento de diciembre... Y sabes lo orgulloso que es Matías. Dicen que no se encontraba bien antes de la corrida. Pero quiso lucirse.

—¿De quién era el toro?

—Mío, y lo maté como pocas veces he matado. Lo maté en una plaza vacía. El público continuaba aparentemente en las gradas, pero en realidad estaba en la enfermería con las narices metidas en la herida de su ídolo.

A pesar de sus esfuerzos por conservar un tono ligero, Castilla no pudo impedir que se le atragantara la voz. De pronto, se inclinó y me tomó de la cintura.

—Quiéreme, Adriana —dijo en voz baja—. Quiéreme...

Sus labios me rozaron la frente.

—Eres guapa.

Rafael me observaba como nunca lo había hecho desde una tarde de Fiesta en el cuarto de Maximiliano. El cielo estaba cargado de rumores de tormenta. Encima de nosotros, agrupados en las copas de las palmeras, vigilaban inmóviles los buitres.

—No tengas miedo, chiquilla, todo ha terminado ya —pronunció—. Si lo deseas, de hoy en adelante, voy a vivir aquí mismo contigo. Ya verás cómo en esta tierra tuya sabré criar toros fuertes para que maten a toreros tontos.



UNICA TARIFA ECONOMICA EN JET

BOEING INTERCONTINENTAL

A partir del 1º de marzo, AIR FRANCE le ofrece la **tarifa económica** para su próximo viaje. Y, una vez más, con las siguientes ventajas **exclusivas:**

- Unico servicio en BOEING JET INTERCONTINENTAL
- 14 horas de vuelo efectivo a Europa
- Su característica cocina francesa
- La provervial atención del personal de a bordo

El pasaje de ida y vuelta a París costaba hasta ahora, en primera clase, u$s. 1.426,60 y en clase turista, u$s. 1.026,-

La **tarifa económica** que entró en vigor el 1º de marzo es de u$s. 833,40 y usted disfruta de un servicio idéntico al de la antigua clase turista.

Informes en Air France, Florida 894 - Tel. 32-7332
o en su Agente de Viajes

AIR FRANCE

CARAVELLE Y BOEING, LOS DOS MEJORES "JETS" EN LA RED MÁS EXTENSA DEL MUNDO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mi marido se rió y a pesar de mi inquietud me recosté en su pecho para que me amparara.

—También he de explorar los ríos en los cuales te has bañado —agregó—; me han contado muchas cosas.

—¿De qué cosas hablas?

—De nada. Escúchame bien. Te voy a hacer una promesa. Te la voy a hacer frente a la Virgen que llevas colgada en el cuello.

Su voz había subido de tono y resonaba en la noche como la voz precipitada de un niño.

—¡Te prometo no volver a torear!

Al oír esta palabras, que tanto deseaba oír, mi respiración quedó paralizada y mis ojos permanecieron abiertos a la espera de un desastre. Rafael se persignó, luego se arrodilló para apoyar la cabeza en mi falda y pude sentir con nitidez, entre mis dedos, el latido de sus sienes.

—Te estoy diciendo la verdad —insistió—. Me debes creer. Si a veces me duermo a tu lado sin tocarte, no es porque no te quiera, Adriana, es porque estoy seguro de que el día en que me decida a penetrarte, no volveré a dejarte sola, nunca más.

El cabello de Rafael era crespo y corto, sus labios tenían el mismo color que la piel de su rostro, y en la mejilla derecha brillaba una cicatriz en forma de ancla.

—¿Por qué he de seguir toreando? —preguntó, apretándome el cuello con las dos manos—, ¿por qué he de torear, cuando tu cuerpo posee el hervor de la arena, y hasta el anhelo de la muerte...?

Castilla me miraba en los ojos, y me estrujaba, como para quemarme el alma.

—Nuestros niños serán hombres, Adriana, ya verás. Mi pobre padre era poeta; no sabía de lucro ni de empresas. Creía en el coraje y deseaba que sus hijos fueran toreros porque no podían ser árboles. Escúchame bien. No voy a torear más. Me tengo asco, un asco profundo. Tápate los oídos.

No le obedecí, pero cerré los ojos para tratar de dominar el miedo que me invadía al imaginarme casada con un hombre a quien no tuviera que esperar noche tras noche, que merendara conmigo, que montara a caballo conmigo y a quien le pudiera decir: "Me duele la cabeza, Rafael". O: "Tengo sed".

Las manos del diestro habían cesado de estrujarme y me palpaban las caderas como si las quisiera reconocer. Luego me tendieron de espaldas en el pasto, y la tierra nos envolvió con un olor a lana y a leche traído por la tormenta. De pronto recordé que habíamos dejado abiertas las puertas de la sala y que los perros, atribulados por el vuelo irritado de los buitres, empezarían a ladrar.

—Volvamos a casa, Rafael.

—¿Para qué?

Mi marido me observaba bajo la luz de los relámpagos. Su boca se apoyó en mi cuello, largamente, recorrió mis pechos, y al penetrar en mi boca, su lengua me atravesó como un rayo de dulzura. Por primera vez en mi vida me sentí profundamente feliz, y mientras sus manos me oprimían el vientre como para arrancarle un grito, comprendí que sus rodillas se clavaban en la tierra entre mis muslos.

A lo lejos, el aullido de los perros llenó el aire de temblor. Los indios, asustados, ya estarían gimiendo en el umbral de las puertas.

—Eres blanca... eres dulce.

Con un gesto irreflexivo, apreté la cabeza de mi marido entre mis palmas y la cubrí de besos rápidos.

—¡Calla —dije—, calla!

Y Rafael calló, pero las nubes cargadas de incendio estallaron de pronto y una lluvia hirviente se desplomó sobre nuestra dicha.

Cuando desperté, el cuarto estaba lleno de fuego y de estrépitos. Las ventanas golpeaban y nuestras ropas amontonadas en el piso formaban un extraño conjunto de miembros entreverados. Castilla, de vez en cuando, sonreía y me besaba. Habíamos corrido como potros para escapar a la tormenta y ahora yacíamos desnudos en un lecho empapado.

—No te muevas —murmuró Rafael—, estoy vivo.

Luego volvió a dejarse llevar por la noche, pero el viento lo despertó.

—Mañana mismo quemaré todos los trajes que cuelgan de ese ropero.

Entregado al calor de mi cuerpo estrechado, Rafael se quedaba dormido. De tanto en tanto se erguía para protestar.

—¡Rosendo es un ladrón y yo soy un cobarde!

Hacia la madrugada se estremeció de pronto, y sentí la contracción de su vientre en mi espalda.

—¡Les demostraré que soy un hombre libre! —gritó, incorporándose en la cama—. Severo afirma que todos somos sirvientes de alguien o de algo, pero miente, Adriana. ¡Al diablo con las empresas!; ¡al diablo con la política! ¿Por qué no ha de existir un español apolítico, y por qué he de ser yo el mártir de un puñado de amargados? ¿Sabes tú quién fue el que mandó a mi padre a la muerte?... Pues fue tu tío, tu querido tío, mi padrino protector de los perseguidos... Y ahora, ya lo ves, me toca morir a mí porque tengo talento. ¡Los libres de España me han tomado prisionero desde chiquillo y ni siquiera me conceden el derecho de abrazar a mi mujer!...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Rafael calló un instante, y agregó luego con firmeza:

—No somos sirvientes de nadie. Severo miente.

En esa madrugada mojada que el aire de la montaña iba limpiando de sus cuervos y de sus temores, el nombre de Severo me hizo el efecto de un latigazo. Merced a las caricias de Rafael, yo había logrado olvidarme de la existencia de ese criminal durante varias horas.

—Severo ha muerto —dije.

—No te engañes, Adriana, los traidores no mueren. Tienen que terminar con nosotros.

Nuestras ropas yacían siempre en el piso, pero habían perdido su expresión humana para convertirse en un montón de trapos inertes. De tanto en tanto, la puerta del ropero se abría y se volvía a cerrar como para aventar las heridas sufridas por doce trajes de luces en Valencia, en Guadalajara, en Aranjuez...

IV

Bajo las ventanas de nuestro cuarto, las voces de la cuadrilla eran las mismas voces aguardentosas de siempre. Las reconocí a través de las paredes, casi sin haberlas oído. Castilla permanecía inmóvil en su lecho mojado, mientras sus lacayos rompían con el silencio. La voz de Mocho, el picador, parecía enronquecida por una emoción violenta. En cuanto a las de los banderilleros, seguían siendo todas igualmente desafinadas.

Con gran lentitud me desligué del abrazo de mi marido y salí de la cama sin hacer ruido. En el patio aguardaban nueve hombres con el sombrero en la mano, todos ellos gitanos o salamanqueños. Los hice entrar en la sala y me obedecieron sin pronunciar palabra. Alejandro estaba sentado —probablemente hacía rato— en el borde de una mesa, y jugueteaba con el látigo de mi padre.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Queremos que Rafael se venga con nosotros a la capital —dijo Rosendo.

—El maestro duerme.

Mocho, el grande, sacó su pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz. Luego, forzando el tono, agregó:

—Lo han transportado a la clínica.

—Me alegro por él.

—Castilla no es un desertor, señora, no lo ha sido nunca.

El silencio que subrayó esas palabras estaba cargado de recelo. Mocho, el grande, bajó la cabeza, mientras su hermano me observaba de

soslayo y los banderilleros hacían grandes esfuerzos para mantener una cierta inmovilidad cortés.

—Castilla no es un desertor —repitió el torero, como si esa sola frase fuera la llave de la situación. Su hermano asintió con un gesto expresivo de la boca.

—¡Sírvanse un poco de vino! —propuse, tendiéndoles una botella de Jerez. Pero nadie se movió, ni siquiera Rosendo, el mozo de espadas; fue Alejandro quien se dignó volver la cabeza para dirigirme la palabra.

—¡Dicen que Rafael pudo haber evitado el accidente!

Lo miré firmemente, como para demostrarle todo mi desprecio.

—¡Eso no es verdad!

—¿Y desde cuándo entiendes tú de toros?

—Entiendo lo suficiente para saber que ni Rafael ni nadie puede impedir que un matador de la talla de Matías Obregón cometa una locura.

Alejandro se encogió de hombros y se adelantó hacia la puerta de la habitación de su hermano.

—¡Déjalo tranquilo! —grité—. Rafael es mío.

—¡Tonta!

No avanzó la lidia entre mi cuñado y yo porque la puerta se abrió para dejar paso a Castilla. El torero estaba vestido de luto, como acostumbraba a hacerlo desde la muerte de su padre, y su sonrisa era la de un hombre que ha descansado plenamente.

—Buenos días —dijo—, les agradezco que hayan venido a molestarme para dictarme la cartilla, pero tengo treinta y cuatro años y pretendo hacer, de hoy en adelante, lo que a mí se me antoje. En cuanto a Matías, se portó como suele portarse cuando le domina la soberbia. ¡Que se lo lleve el diablo!

—¡Rafael!

El hombre de espaldas vencidas y piernas pesadas que había sufrido sesenta y cuatro heridas al servicio del amo, miraba a su amo con ojos de terror.

—No estás solo —dijo Mocho, el grande—, somos un equipo.

—¡Un equipo!... ¡No digas estupideces, vamos! Somos un equipo cuando os conviene. Pero cuando el público empieza con las injurias, ¿quién las recibe en la cara?... ¿El gran Mocho o Rafael Castilla?; ¿y cuál es el nombre del asesino que aparece durante días y días en los periódicos, el mío o el tuyo?

Mocho, el grande, conservaba la cabeza gacha.

—¡Vamos! —prosiguió Rafael—, tú bien sabes que tengo razón.

Los peones se miraron entre sí, como para consultarse antes de hablar, pero fue Mocho, el niño, quien dio el primer paso.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Y cuando uno de nosotros muere en a plaza —lanzó—, ¿qué dice el periódico? Dice que un peón recibió una cornada mortal, un peón de la cuadrilla de Rafael Castilla...

—Tiene razón el niño —exclamó un banderillero—, y sin embargo, nosotros somos los que velamos por ti.

—Estoy con Francisco —agregó Mocho, el grande—, no tenemos nombres porque somos parte de Rafael Castilla, y tú, Rafael Castilla, aunque no te guste, sin nosotros no eres nada.

Mi marido se había quedado inmóvil mientras hablaban sus peones, pero lo vi enrojecer de pronto y largar una especie de rugido como si fuera a pegarles.

—Pero no, no mereces la pena —dijo, alejándose—. Te conozco demasiado, Mocho. Os conozco a todos, con vuestras bravatas. Tenéis la mente de un jilguero y la piel del rinoceronte. Hasta te conozco a ti, Alejandro —dijo, avanzando sobre su hermano—. No pudiste ser torero porque te dominaba el miedo y preferiste la profesión de rufián!

El hombre se levantó de golpe y alzó el látigo.

—¡Calla, Rafael!... Calla, o...

—¡Por favor! ¡Alejandro, no!

Las palabras habían salido de mi boca sin que yo las advirtiera. Mi cuñado se volvió sobre mí, como si se extrañara que yo supiese gritar. Luego se encogió de hombros y se sentó otra vez en la mesa. Antes de darnos la espalda, dijo pausadamente:

—No te olvides, Rafael, que para varios millones de hombres eres el único rebelde que el caudillo respeta, es decir: la gloria de nuestro pueblo.

—¡De nuestro pueblo! ¿Has dicho de nuestro pueblo? ¿Pero qué pueblo es ese, por Dios?

El rostro de Rafael estaba descolorido por la indignación, y los ojos plantados en los de su hermano proseguía con una cólera que iba aumentando.

—¿Por qué he de matar toros, dime tú? ¡Cuando lo que vosotros quisierais que matase es un hombre, hipócritas!

El día después de la tormenta era claro y rumoroso y, como anoche, cuando entré en la casa del brazo de Rafael, me ofendieron las amapolas ahogadas en el pote de piedra. Detrás de la Virgen del Milagro, en el fondo de la sala, una puerta se abrió sigilosamente, y la cara empolvada de María Remedios apareció en el umbral.

—¡Eso sí que no —aulló Rafael—, que se vaya esa bruja donde le corresponde!... Yo me voy a casar y me voy a casar sin espías... A vosotros os regalo mis ropas de oro. Podéis venderlas por pedazos, como se usa desde el tiempo de Cristo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¡Rafael, escúchame!

Francisco, el banderillero más antiguo de la cuadrilla, le apoyaba la mano en el hombro, como para hacerse oír, pero el matador rechazó a su compañero.

—Déjame tranquilo, me voy a casar.

Nunca lo había visto a Castilla fuera de sí. Una vez, en la plaza de Puebla, el viento lo estaba volviendo loco, y recuerdo que le pedía agua a su mozo para mojar la muleta. Su nariz se había afinado y su frente se arrugaba, con el enojo, pero no tenía los ojos encendidos como los tenía al dirigirse a sus peones y a su hermano, ayer por la mañana.

Una sombra me rozó de pronto: era la de Rosendo, como siempre casi impalpable.

—Pobrecilla —murmuró en mi oído—, no le creas nada, absolutamente nada.

El mozo de espadas no había pronunciado palabra desde la llegada de la cuadrilla, y mientras los peones discutían, él había ordenado y limpiado la habitación de su amo. Ahora se deslizaba entre nosotros, como si todo lo que acababa de oír fuera simple charla de estudiantes alborotados por la ausencia del profesor.

El ruido oscuro de un motor quebró el silencio que siguió a la arenga de Castilla; al rato apareció, en el umbral de la puerta, la figura aparatosa de Pedro. El viento de la mañana le enrojecía la cara, y sin observar nuestra presencia se dirigió rápidamente hacia su hermano.

—¡Toma, es un mensaje de Murcia! —dijo, tendiéndole un sobre.

—¿Qué papel desempeña el viejo en este drama?

—Ya te enterarás.

—¿Y si a mí no me da la gana de enterarme?

—No hagas necedades. A propósito, me han dicho que renuncias al toreo.

Rafael asintió sin despegar los labios.

—Me imagino que no dejarás de darte cuenta de las consecuencias que traerá eso...

—Me doy cuenta y no me importa.

Pedro se encogió de hombros y se instaló al lado de Alejandro, quien estaba ocupado en deshacer minuciosamente el trenzado de mi látigo.

Rafael me miró antes de decidirse a tomar conocimiento del mensaje de su padrino, a quien había obedecido siempre, hasta en la elección de una compañera. Sus dedos se pasearon torpemente por el sobre y me di cuenta que le costaría romperlo sin hacerlo pedazos.

Todos callamos mientras Rafael leía. Los peones jugaban con los cordones de sus zapatos. Uno de ellos descubría los huacos expuestos en las vitrinas y meneaba la cabeza ante una figura obscena.

—¡Viejo de m...!

El insulto retumbó en la sala con la violencia de una blasfemia. Castilla levantó la cabeza y tiró el mensaje al suelo.

—¡Me vienen a hablar de deber y de justicia como si esas palabras tuvieran sentido! ¡Qué justicia ni justicia! ¿Acaso es justo que mi mujer no tenga marido y que se pase la vida con los brazos vacíos?

Rafael se interrumpió para recoger la carta que yacía arrugada en el suelo. La dobló con cuidado, para romperla en cuatro pedazos y volverla a tirar.

—Y también me habla de libertad como si esa palabra fuera el secreto de la dicha. ¿Acaso sabéis para qué luchamos, y ayunamos, y cuchicheamos de un lado a otro de las Américas? Pues os lo voy a decir: luchamos para imponer al pueblo una libertad que nunca deseó ni deseará. El pueblo no quiere libertad, quiere radio, cine, toros y calor en el invierno. ¡El pueblo no tiene nada que decir, bien lo sabéis, el pueblo no habla, grita!

Un silencio sin paz invadió la gran sala que el cielo mañanero llenaba de blancura.

Pedro se levantó.

—Cálmate, vamos, cálmate.

Pero a mi marido no le sosegaría una voz desprovista de cariño.

—Anda y dile a Murcia que mi faena ha terminado y que se contente con haber matado a mi padre para alimentar los sueños de todos los frescos que los explotan. Ahora quiero practicar la justicia con mi mujer y con mis hijos, que no saben de mí sino monstruosidades.

—¿Eso es todo? —preguntó Alejandro.

—Eso es todo.

El hombre se levantó y dio un golpe de látigo en las patas de la silla. Esta se tambaleó y rodó hasta la puerta del patio.

—¡Vamos, Pedro!

—Vamos.

Los peones parecían nueve niños que acababan de perder a su padre.

—Un poco de vino —propuse por segunda vez.

—¿Para qué?

Rafael no se había movido. Permanecía apoyado en la pared de su habitación. Cuando la puerta de la sala se abrió, como impulsada por el viento, estaba sonriendo. El hombre que entraba era un personaje sin rasgos definidos, simplemente una sombra más que atravesó el salón y se paró en el centro mismo del cuarto.

—¿Qué hay, Severo?

—Nada.

—¿Y para qué te quedas ahí como un mal rayo?

—¡Se ha muerto Obregón!

No hice el menor esfuerzo por mirar a los hombres apretados en torno al torero ni por escuchar sus lamentaciones. Sólo me fijé en la cara de mi marido que, en menos de un segundo, había adquirido el color de la piedra. Durante minutos interminables, Rafael logró conservar una inmovilidad absoluta, mientras un sudor solemne le goteaba por las mejillas.

Los peones, azotados con la noticia que los dejaba de golpe huérfanos de ídolo, se paseaban de un lado a otro de la sala, sin saber qué hacer ni qué decir. En un rincón de la biblioteca, los hermanos Castilla barajaban decisiones. El asombro de todos era gigantesco: ningún torero se había muerto de una cornada en el muslo. ¿Qué diablos había ocurrido?

Los lamentos llenaban la atmósfera como sonsonete conventual.

—No es posible, lo he visto hace unas horas, estaba chanceando... Aún no lo puedo creer. Obregón era invulnerable como Belmonte. Parecía algo más que un hombre. ¡Era un ángel!

Mocho, el grande, sentado en el brazo de un sillón, meneaba la cabeza como los ancianos y, de pronto, alzó los brazos.

—¡Es que le han matado... —aulló—, le han matado!

En el salón de mi padre, adornado con crucifijos de plata y urnas de barro, las voces de los peones tenían el ritmo de un responso. Fue Mocho, el niño, quien pintó el retrato del "invulnerable" en su última faena.

—Llevaba el traje negro bordado con claveles de oro —dijo—. Su cara tenía ya el color ceroso de los santos.

—¡Ahora sí que ha muerto el toreo! —respondió su hermano.

Apretada contra el hombro de Rafael, lo estreché para comunicarle la ternura que me subía a borbotones por la garganta. Desde el fondo de la sala, nuestro primo Severo me observaba. ¿Cómo pudo este hombre acecharnos toda la noche debajo de mi ventana y estar en la clínica de la capital para verle morir a Obregón? No lo sé. Su cara helada tenía la vibración incontenible del triunfo. Al acercarse a su amo recobró su paso y su acento de lacayo.

—Rafael —pronunció con énfasis—, eres el primer torero del mundo.

Castilla se pasó la mano por la frente y la tendió a su peón.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¡Mañana dormiremos en la cama de Pancho Villa! —exclamó Mocho, el niño.

A partir de ese momento, tuve la certeza de que Rafael se había despedido. Posado en mi hombro, su brazo tenía el peso indiferente de una rama. En su sangre, olores ajenos a mi erial habían desplazado al de mi carne. En su sangre, rumores de aplausos y perfumes de claveles pisoteados se trepaban por sus venas. El hombre que dos horas antes hablaba como un niño acongojado y se anidaba en mis brazos para recobrar el aliento, se había desvanecido para dejar lugar al primer matador del mundo.

—¡Matías ya está en el nicho con la Virgen de Guadalupe! —exclamó Francisco, el banderillero—. Rafael es la vida.

—Tienes razón —contestó Mocho el grande—: Rafael es la vida.

Todos aguardaban en silencio, con los ojos clavados en la figura de Castilla. El torero se agachó de pronto y recogió los pedazos de su carta, Don Tristán. Con dedos cuidadosos, los planchó uno por uno, los ordenó y los colocó devotamente en la cartera.

Luego, mientras los peones abrían las puertas de la casa como para una ceremonia y llamaban a los chóferes, mi marido posó sobre mí la mirada fría y tensa de los condenados a la gloria.

—En la carta dice tu tío que eres de nuestra raza, Adriana —pronunció como si esa frase fuera una orden—, y dice también que sabrás comprenderme.

Luego, sin esperar mi contestación, me tomó las manos, las llevó a sus labios y les besó las palmas, profundamente.

—¡Vamos!

La cuadrilla de Rafael Castilla, primer matador del mundo, se abrió como un abanico y se volvió a cerrar sobre el amo.

Esta noche ya no espero a mi marido. Con la muerte de Matías Obregón terminaron mis noches sin paz. El primer torero del mundo necesita aliados y no mujeres sedientas. Mi hija Agustina recibió el regalo que más le podía halagar y mi hijo Tristán tendrá una espada de novillero en el día de su santo. Ignoro si lo estoy llamando a usted para que me socorra o si estoy brindándole mi sacrificio con más orgullo que melancolía. Quizá, al leer estas palabras, sabrá usted si es preciso que me llame a su lado en su alegre finca de Coyoacán, o si le conviene dejarme para siempre sentada frente a mi mesa vacía, con los ojos fijos en los pies de la Virgen del Milagro.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

COMENTARIO

REVISTA TRIMESTRAL

En el número 28 colaboran Gustavo G. Levene, Gregorio Weinberg, Toni Hiller, César Rosales, Amitai Ezioni, Alfonso R. Kuntz, Phin E. Lapide, Fernando Guibert, Julio Arístides, Walter Santini, Juan Jacobo Bajarlía, Anselmo Leoz, José Isaacson, Natalio Kisnerman, Francisco Tomat-Guido, Fulvio Milano, Carlos A. Velazco, A. Blasi Brambilla, Ofeliz Kovacci, Luis Emilio Soto.

Publicación del Instituto Judío-Argentino de Cultura e Información.

A NUEVA YORK

A LAS MARAVILLOSAS CIUDADES DE

Y EUROPA

EN BARCOS ARGENTINOS DE PRIMERA CLASE

RIO DE LA PLATA

RIO JACHAL • RIO TUNUYAN

Y

ARGENTINA • URUGUAY

LIBERTAD



Reserves y pasajes en su Agencia de Viajes y en:

LINEAS MARITIMAS ARGENTINAS

CORRIENTES 389 T.E. 31-2493 (Europa), 32-6111 (EE.UU.)

JORGE RIESTRA

La sagrada familia

Todo había ocurrido de pronto y ya estaba allí, horizontalmente para siempre después de haberse negado tanto tiempo a estarlo, con las manos cruzadas sobre el pecho, quieto, quieto todo y no solamente las piernas, hasta la boca, que había sido la última en morir —porque los ojos se habían cerrado mansamente, pero cinco minutos después que el doctor Gómez hubiera dicho "Se acabó", los labios se entreabrieron dejando escapar, como un suspiro, la postrera, horrenda maldición.

Sin embargo, había sido un hombre silencioso. Había trabajado durante cuarenta años y, mientras tanto, con la abuela, echado al mundo siete hijos, cuatro mujeres y tres varones que, más tarde, le habían traido otros tantos yernos y nueras, y no mucho después un número de nietos suficiente para pedir la fundación de una escuela rural en la soledad de cualquier páramo. Había trabajado en silencio y con amor la madera y la carne, y era ya viejo cuando había empezado a hablar, mejor dicho a maldecir, a injuriar con la boca torcida y un águila furibunda en cada ojo. Viejo. Tenía sesenta y tres años y nadie le daba ni uno menos ni uno más.

Realmente lo habían obligado a desatar la lengua y a maldecir, de estrella a estrella y también en sueños, desde la cama de matrimonio que él había hecho con sus propias manos y que compartía con la abuela desde hacía cuarenta años, lo terreno y lo divino, la vida, el mundo, el más allá. Si no, hubiera muerto alguna vez trabajando en paz, desparramando hasta el último momento, por todos los pueblos situados hasta a cien kilómetros a la redonda, los juegos de dormitorio y de comedor, las cunas, las mesas de cocina, las sillas, los bancos de iglesia y de fondín y hasta algunas bibliotecas que él y sus tres hijos fabricaban, también de estrella a estrella y sin distinguir entre miércoles y sábado, porque el almanaque no mandaba en esa casa. Era noble como la madera de sus muebles; como la madera de un Cristo gótico, porque algo sabía de esas cosas. Cuando las muchachas se habían casado —y las muchachas bajaban ya, de dos años en dos, desde los cincuenta a los cuarenta, pero seguían siendo "las muchachas"—, nada que fuera hondamente perturbador hubiera podido notarse y anotarse. Se habían casado y mudado muy cerca de la casa del abuelo, a la vuelta o a la otra manzana y no más allá, porque ninguno de los cuatro maridos era chacarero: pequeños comerciantes —más no había— y empleados de comerciantes todos; como en familia. Iban y venían mañana, tarde y noche como si todavía no hubieran salido de abajo de las polleras de la abuela, solas y con sus maridos a la espalda, por decirlo así; no había para ellas diversión mayor que reunirse a conversar acerca de las mil y una menudencias de todos los días, ya desde el punto de vista de mujeres casadas que tan naturalmente habían adoptado. Salvo por esto, y por los cuatro maridos y los vagidos de algún crío, claro está, podría haberse dicho que el tiempo no había pasado. Aunque al abuelo no le gustaba Raffo. Nunca le había gustado, y lo había visto nacer. Pero quien se había casado con Raffo no era él sino su hija menor, tía Carmela, y, en definitiva, cada uno tenía su hogar. Pero no le gustaba Raffo. Y Raffo lo sabía, y quizá por esto, porque lo sabía y estaba acostumbrado a imponer su voluntad, había tratado de conquistar la simpatía del abuelo o de doblegar su antipatía. Del viejo sólo conocía los bigotes blancos y los ojos azules. Había terminado por dejar de visitarlo, aunque también estaba de por medio la política, lo que él y sus amigos llamaban política: la vida de comité, los asados en las chacras y las jiras semanales por el departamento. Pero tía Carmela no: si bien menos que antes, solía caerse con un paquete de ensaimadas bajo el brazo y entonces todas se juntaban y, decía mamá, eran tan barulleras como cuando, solteras aún, se preparaban para las fiestas de Santa Catalina, la patrona del pueblo.

Pero después se habían casado los tíos, los tres, uno tras de otro en seis meses, como si el casamiento hubiera sido un tobogán y apenas se hubo lanzado Roque, que era el mayor, los otros dos, Miguel y Tito, lo hubieran seguido sonriendo y con los ojos vendados. La casa era grande y daba para todos y para más también. En las tres piezas corridas e idénticas se instalaron las parejas. Cada uno de los tíos fabricó su juego de muebles y cada una de las mujeres lo dispuso y lo arregló de acuerdo con los dictados de su ciencia y de su arte. Sí, la casa era grande, pero no lo suficiente, porque ni aun el mundo es lo suficientemente grande para distanciar a aquellos que quieren combatirse. Bien pronto se vio que Teresa y Laura no se llevaban bien, Teresa, la mujer de Miguel, y Laura, la de Tito. Podrían haberse dado diez motivos para explicar ese choque —pues, después de todo, las cosas ocurrían entre mujeres—; pero había uno que, por sólo existir, era irremediable: Teresa había nacido y se había criado en el pueblo y Laura venía de Venado Tuerto, al que ella se obstinaba en llamar "ciudad". Quizá la vanidad de Laura fuera intranscendente —porque ella, sin saberlo o sabiendo, quizá, envidiaba a los rosarinos y a los cordobeses, no porque hubieran nacido en Rosario y en Córdoba, sino por las avenidas pavimentadas, los cines, las confiterías y las tiendas que tenían a su alcance, sin saber o sabiendo que los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rosarinos y los cordobeses se acusaban a sí mismos de vivir en ciudades chatas y aburridas, sin "personalidad", y que no cesaban de mirar hacia Buenos Aires, sin saber o sabiendo que los porteños, o bien soñaban con París o con Nueva York, o bien rogaban para que una gracia del destino, salvándolos de los agobios económicos y de la neurosis, los colocara de golpe en las calmas habitaciones de una casa de campaña, con un huerto y dos docenas de pollitos por criar—; pero Teresa no se la soportaba. Quizá también se originaba en que las dos eran bonitas y se celaban, y también en ese diploma que Laura había colgado, tal vez abusivamente, en el comedor, diploma que acreditaba un bachillerato comercial cursado en Venado Tuerto —como si en el país no hubiera habido tantos bachilleres como desocupados había— (lo que no era poco decir), y como si el país no hubiera estado camino de tenerlos en una cantidad igual a la suma de los trabajadores de todo tipo y especie. De cualquier manera, así habían comenzado las indirectas, las pullas, los enojos momentáneos y los airados sacudones de cabeza; y por debajo, como flotando en la penumbra, cautelosos, los chismes, los cuentos, los acarreos de intimidades y lamentos, y lo que, en definitiva, era inevitable: las cambiantes y fecundas alianzas entre cuñadas y concuñadas —porque todas intervenían para sosegar los ánimos, pero lo que generalmente lograban era arrojar al fuego leña de la mejor—. Y bien se dice que si las cuestiones entre mujeres son siempre enojosas y arduas, cuando en ellas se meten los hombres todo está perdido. Miguel y Tito empezaron a discutir por culpa de sus mujeres. En la carpintería no se había escuchado nunca una sola discusión. Allí se trabajaba en silencio, y la escuela del abuelo era la mejor herencia que iban a recibir los que quedaran. Pero ellos, cada mañana, traían, encendido, un cargo contra el otro, y éste tenía, rápida, a flor de labios, la réplica cortante y aquél, más rápida todavía, la palabra cáustica, hiriente, intolerante. El abuelo callaba —eran ya hombres, hombres—, pero andaba siempre con el ceño fruncido, él, que siempre había ordenado la vida de modo que nada pudiera perturbar la alegría del trabajo. Una mañana, Miguel había arrojado violentamente la garlopa al suelo y salido del taller; casi de inmediato se había escuchado un furioso portazo. Teresa lo había seguido como un perrito faldero y se había encerrado con él en la pieza. Al mediodía no se habían presentado en la cocina, y ya la sopera humeaba en el centro de la mesa. La abuela había ido a llamarlos, a buscarlos; pero había vuelto sola. "No queremos sentarnos al lado de la roña", le habían dicho. Esto se lo contó la abuela a mamá mucho tiempo después. Lo mismo el abuelo había tomado apenas medio cucharón de sopa y se había ido a recostar. También Roque había rechazado el segundo plato. Pero Tito, inmutable, había comido por los dos.

Después hubo dos escándalos sucesivos, sin respiro casi, a la misma hora del almuerzo, que nadie había osado jamás perturbar con una palabra dura. Porque ya querían abiertamente ponerlo al abuelo de juez, obligarlo a definirse, a embanderarse, a elegir entre la minucia y la estupidez, como si no hubiera habido en la vida nada más importante o bello con que quedarse y sin necesidad de amenazar, de golpear o de matar. "¡Ella, ella!", gritaban. "¡Porque ellos, ellos, ellos...!", y se acusaban por encima de la mesa, todos parados y con los rostros rojos de ira, y lo miraban al abuelo y lo urgían y volvían a atacarse y a injuriarse. Durante el primero el abuelo había mordido su pedazo de pan y agachado la cabeza, hasta que Roque los hubo separado y calmado y vuelto a separar. En el segundo había alzado los brazos como defendiéndose de un sol demasiado ardiente, o de un alud imprevisto o de una palada de escombros. Pero se cebaron y provocaron el tercero. Entonces ya no: se puso de pie, enorme el viejo, y aferró con las dos manos la tabla de la mesa que él había clavado y encolado para que, en torno de ella, la familia comiera día tras día —y por un siglo o más— el pan de la hermandad (y no se le conocía el grito, la vociferación): "¡Basta! ¡Basta! ¡Si ésta no es la casa de Dios, tampoco es la casa del Infierno!" Habían enmudecido, como alcanzados en mitad del vuelo por un balazo en un ala. Pero en medio del silencio, y sin mirar a nadie, el abuelo había empezado a maldecir.

Golpeaba la madera y maldecía, comía y maldecía, caminaba y maldecía, despierto o dormido, en medio de la noche, maldecía y maldecía. Secas y restallantes maldiciones llenaban el taller, la cocina, el dormitorio, surcaban el patio en tropel, como las hojas en el otoño. No se engañaba. Sabía que debajo de la quietud se afilaban las armas, menudeaban los conciliábulos, se renovaban las alianzas; sabía que más despiadada aún justamente por ser sorda, la lucha continuaba. Sorprendía palabras, gestos, silencios, ironías. Mamá le recriminaba constantemente a Tito su propensión a la violencia. Tito se limitaba a encogerse de hombros y a atusarse negligentemente el bigote. Pero una tarde, y estaban delante de la abuela, se encrespó. "Lo que podés hacer vos es meter un poco más la nariz en tu propia casa", le dijo. "Cuando tu marido no se tire el sueldo en las carreras, vení y vamos a hablar." Mamá se puso pálida y lanzó lo suyo: "Infeliz. Mejor que vayás a lavarle la cabeza a tu mujer con creolina, para sacarle esa porquería que se pone en el pelo." En ese momento entró el abuelo. Ya venía maldiciendo, y pasó sin mirarlos. Sus hijos. Era demasiado tarde para arrepentirse. Esa misma noche tía Rosa le reprochó a mamá su costumbre de inmiscuirse en asuntos ajenos, y tía Lina, que de todas las hermanas era la más compañera de mamá, saltó y la acusó a tía Rosa de hacer siempre causa común con

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Laura nada más que porque Laura era la esposa de Tito, que había sido siempre el niño mimado y malcriado al que todo había que aguantarle. Tía Rosa se enfureció, se enfurecieron las tres y gritaron hasta que Luis, el marido de tía Rosa, dejando el diario a un lado y ocupando el centro de la escena, habló pestes de toda la familia, incluidas su mujer y la mismísima sangre de sus hijos. Estuvieron todos una semana sin hablarse.

Fue por ese tiempo cuando reapareció Raffo. Raffo no podía perderse la oportunidad de arrojar una tonelada de agua por la grieta en la que ya cualquiera podía meter un pie y desbarrancarse. Había depurado sus maneras de caudillejo de parroquia o de futuro diputado provincial o algo así (porque de esto ya hablaba, y cruzaba las piernas y lanzaba, hacia arriba, espesas, opulentas bocanadas de humo): vestía trajes que compraba en la ciudad y prometía empleos y declamaba acerca de los derechos del pueblo trabajador. Reapareció en el momento oportuno y, además, sabía dónde había que herir. Comenzó a galantearla a Teresa, y no porque hubiera deseado conquistarla o seducirla —pues aunque lo hubiera deseado no habría podido—, sino tan sólo para avivar, metódicamente, uno de los focos un tanto descuidados del incendio. Y no fue precisamente Miguel, sino Tito, quien le aconsejó una tarde que metiera violín en bolsa y volviera a lo suyo, y no porque a Tito le interesara un comino el honor de su hermano o la fidelidad de su cuñada, sino porque detrás de Tito estaba Laura, azuzándolo para que pusiera término a la subida imprevista de las acciones de su rival. Raffo se evadió con un par de disparates y siguió yendo y viniendo y desparramando por el pueblo, como si se hubiera tratado de algo vinculado con la "cosa pública" (había escuchado por ahí esas dos palabritas y le habían gustado como le gusta a un chico un juguete de colores), las miserias de una familia que había trabajado cuarenta años para ganarse la reputación de sencilla, honesta y laboriosa. El abuelo no sospechaba nada, pero una tarde de domingo veníamos él y yo del puente, caminando al sol, cuando el turco Ale lo detuvo y, a boca de jarro, le preguntó: "Eh, Juan... ¿Qué pasa en tu familia...?" "¿Cómo, qué pasa...?", estalló el viejo y maldijo al Cielo y al Infierno. "Digo...", agregó el turco, "porque Raffo contó anoche..." Esa misma noche cayó Raffo por la casa. Pero no pasó de la puerta. "¡Charlatán!", lo abarajó el abuelo, con los puños en alto. "¡Te voy a cortar la lengua!!" "Usted chochea", dejó resbalar Raffo y escupió. Entonces el viejo lo mandó derechamente a buscar a su madre y a la madre de su madre, y ya se le abalanzaba, aunque no ignoraba que a Raffo jamás se le caía el revólver del bolsillo de atrás del pantalón. Roque y Tito lo frenaron, lucharon fieramente con él hasta que Raffo se escabulló arrastrando a tía Carmela,

que lloraba. Raffo no pisó nunca más la casa y tía Carmela estuvo más de un mes sin ir. Pero una mañana volvió —y Raffo andaba discurseando por los pueblos vecinos—. Abrazó a la abuela, que cada vez parecía estar más desamparada, como un pájaro solitario en el invierno, y fue a darle un beso al viejo. Pero el viejo no bajó la cabeza: maldecía hacia adelante poseído por una ira fría y ya casi impersonal.

Un día, a media tarde —y era verano y azotaban al pueblo polvorientas, asfixiantes masas de calor—, toda la sangre se le subió de golpe a la cabeza, como si un puño de hierro hubiera sido lanzado violentamente, por dentro, desde sus pies hasta el cerebro. Cayó redondo junto a la sierra, que siguió girando largo rato en el vacío, pues nadie —y eran varios los que corrían y gritaban— atinó tan siquiera a cortar la corriente. Estuvo ocho días entre la vida y la muerte en un hospital de la ciudad. Cuando lo trajeron de vuelta despertó en el medio de la ancha cama de matrimonio, con los flacos brazos extendidos a lo largo del cuerpo. Las venas, extrañamente verdes, se le marcaban en el dorso de las manos, que eran grandes, nudosas, torturadas. Estaban todos a su alrededor —menos uno, que debía de estar festejando todavía la caída, y no el retorno— y parecía que nunca había ocurrido entre ellos nada penoso o medianamente desagradable. Pero él no dijo ni siquiera "hola", y eso que, después de todo, volvía casi del otro mundo, de la sombra o la nada de la muerte, y no muchos podían estar allí para contarlo: abrió los ojos azules y maldijo minuciosamente la semilla y el fruto de la vida. Ya debía saber o intuir que nunca más podría mover las piernas. Pero no era por esto. Había sobrevivido para acusarlos de cuarto perfil, con las mismas cualidades del trueno, titánico, omnipresente, avasallador. Quizá su supremo desquite fuera sólo estar allí, vivo y maldiciente ante el silencio de todos.

Diez años amarrado a una silla de ruedas no es poco. La casa se fue despoblando, se introdujeron reformas en la carpintería y cortaron el aguaribay que había en el patio, pero él siguió allí, erguido en la silla como un taco de madera, fiero, con el rostro surcado de arrugas gruesas como hachazos, fumando, escupiendo y maldiciendo. Nunca más salió a la calle. Tenía vergüenza de que lo vieran convertido en un guiñapo, cuando de él la vida había irradiado como de un leño ardiente. Pasaba los días del verano en el comedor, detrás de la puerta cerrada; en medio de la penumbra fresca, todavía jadeaba. En el invierno hacía rodar la silla hasta la galería y se ponía al solcito, como un perro viejo que sólo podía gruñir y ladrar. Al llegar la noche bramaba para que lo metieran en la cama; pero no se acostaba; dormía sentado, siempre listo para despertarse e injuriar. Parecía no advertir o comprender que la casa no era la de antes. Miguel levantó su pieza y estableció un

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pequeño taller en Bombal. Le fue muy duro comenzar. Nosotros y la familia de tía Lina nos trasladamos a Rosario. Raffo consiguió al fin que lo eligieran diputado provincial y montó casa en Santa Fe. Seis meses después apareció por el pueblo manejando un automóvil de modelo quince años más nuevo que el del Dr. Gómez, que había ejercido durante media vida la profesión de médico para poder comprárselo. Al principio, mamá y yo viajábamos domingo por medio para ver a los viejos. Después mamá comenzó a hacerlo sola, y cada vez más espaciadamente. Cuando volvía de una de esas visitas, lloraba a escondidas durante una semana. Papá, tan reservado como siempre, hacía como que no se daba cuenta. Pero un día habló claro. "Una familia con hijos grandes es una cueva", dijo. "Si cuando éstos tengan veinte años no se van solos", agregó, y nos señaló a mí y a mis hermanos, "los voy a echar yo a uno tras de otro de una patada en el trasero. A ver si aprendemos."

Y ya estaba allí, definitivamente, entre cuatro cirios, y rodeándolo estaban todos —menos uno, que era mejor que no hubiera venido porque, de haberlo hecho, quizá al entrar habría escupido por un costado de la boca, y entonces habría sido imprevisible la reacción de Tito, a quien tan poco tardaba la sangre en írsele a los puños.

—Pobrecito —dijo la abuela por centésima vez.

Era más de medianoche y ya todo el pueblo había desfilado junto al cajón, los viejos y los hijos de los viejos, y los viejos de las chacras y de los pueblos vecinos, a quienes jamás Juan Lucaioli había debido un centavo, ni pagado un favor, ni retaceado una ayuda. Habían venido a pie, o en sulky, o en los Fords a bigote que no querían desencuadernarse para siempre, o en esas rápidas camionetas que ya empezaban a levantar airosamente polvo por los caminos rurales. También habían pasado las personalidades, las altas jerarquías de la zona, el cura, que ya le había administrado los santos óleos (y aquí no se había respetado la voluntad no rectificada del abuelo: "No quiero cuervos al lado de mi cama. Si Dios existe, quiero encontrarlo solo."), el presidente de la Sociedad Italiana, el gerente de la Cooperativa de Tamberos, el comisario y el jefe de la comuna. Habían tomado una taza de café y una o varias copas de anís o de ginebra, habían charlado un rato con la gente y se habían despedido.

—Pobrecito.

Había muchas flores, y su perfume era intenso y adensaba casi hasta el agobio la atmósfera de la sala mortuoria, en la que durante treinta años, silencioso, intacto, había estado el juego de comedor, la gran mesa oval, los dos trinchantes y las ocho sillas en las que jamás se había sentado nadie por más de diez minutos seguidos —salvo los chicos, a escondidas—, y sobre el que jamás tampoco se habría podido encontrar una

miserable mota de polvo, porque la abuela lo cuidaba como a su octavo y más preciado hijo. A veces, de afuera entraban oleadas de aire que no alcanzaban a alivianar el ambiente, porque sólo traían un tipo de calor más atenuado y un aroma que, si bien más lozano, no dejaba de ser aroma vegetal, insistente, parejo, inaprehensible. Pese a que era agosto y lo más natural habría sido esperar, para esa fecha, el frío, los grandes vientos, los cielos grises y las lluvias sin tregua. Y de esto habían hablado todos —tanto o más que del muerto—: de ese insólito veranito de San Juan que ya llevaba dos meses desparramando sol y calor sobre la tierra, y haciendo florecer los naranjos, los limoneros y los membrillos y parir a las ovejas. Pero las heladas llegarían y la tierra sería entonces traicionada.

—Pobrecito —repitió la abuela, y le tocó las manos.

—Vamos, mamá —dijo tía Rosa.

—Sería mejor sacarla de aquí —dijo Luis.

—Sí.

La abuela se dejó llevar, no sin seguir murmurando y repitiendo "Pobrecito, pobrecito", y vista de atrás, con la pollera negra que le cubría los tobillos y caminando entre Luis y tía Rosa, no era más que un pedazo de género, un trapito que colgaba no de un alambre, sino de dos robustos troncos de quebracho. Y fue algo extraño. Apenas ella salió hacia la cocina —puesto que, para el caso, Luis y tía Rosa no contaban—, y era chiquita, endeble, pareció que una presencia tan vasta como el mundo había abandonado la pieza, dejándola indefensa, desamparada, librada a un cúmulo de fuerzas oscuras que sólo ella había conservado a raya, como un domador a sus leones, que sólo a él obedecen y respetan. Ella salió y fue instantáneo: todos se miraron, los hermanos, las cuñadas, los cuñados, que estaban allí —y lo sabían— convocados por el penúltimo acto que era capaz de lograrlo —porque ya no habría Navidad, nuevo casamiento o bautismo que pudiera colocarlos en torno de algo que fuera el símbolo de la unión familiar o de los lazos de sangre, por lo menos. Roque tosió, Tito y Miguel empezaron a fumar, Laura se miró los labios en un espejito de cartera, tía Carmela bajó los ojos, mamá y tía Lina se apartaron tomadas del brazo.

Fue en ese momento cuando apareció Raffo. Pero no escupió, aunque tampoco saludó. Se quedó parado entre la pieza y el patio, medio vientre adentro y la cabeza afuera, y adentro también la medalla de diputado que lucía sobre el chaleco y sobre el vientre, la medalla de oro que los diputados, con dinero del pueblo cuyos intereses y virtudes habían jurado defender, se habían regalado en consideración a los inmensos servicios que le prestaban. Permaneció así, con las manos en los bolsillos del pantalón y el labio inferior que chupaba meditativa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mente al superior, y todos dejaron de mirarse para mirarlo, y todavía algunos dieron un paso atrás. Pero él no dio tregua y avanzó hacia Roque, que estaba en el centro, como el cuerpo de las dos alas quebradas de la familia.

—Quiero que dejemos todo arreglado esta misma noche —le dijo.

No tenía por qué haberse dirigido especialmente a Roque, porque Roque era el quinto de los hijos y apenas el mayor de los hermanos varones, pero hasta él debía saber y aceptar que a Roque lo respetaban todos —hasta él—, y que era el único que podía armonizar el caos, aunque más no fuera por el tiempo que tarda una vela en consumirse.

—Qué querés que arreglemos...

—La cuestión de la herencia. La sucesión del viejo.

El grupo se ciñó, se apretó a un costado del cajón en el que el abuelo dormía, esa vez con los dos ojos cerrados y al fin horizontal.

—Mirá, no hemos hablado nada de eso —dijo Roque—. Es demasiado pronto, me parece. No te olvidés que está la vieja de por medio.

—No hay mucho que hablar —insistió Raffo—. Se ve lo que hay, se lo divide por ocho y cada uno se lleva lo que le corresponde. Es fácil.

El grupo se apretó más, y ya Tito estaba en primer plano, casi pegado a Raffo. Pero éste no lo miraba.

—Bueno, Raffo, pero no vamos a desmantelar la carpintería —dijo Roque—. Dinero no hay. Está la casa, el taller y el campito.

—Lo que haya, así sean diez pesos. La ley es la ley —replicó Raffo—. Yo quiero mi parte. Se vende el campo y listo.

—Parece que estás apurado por cobrar —intervino mamá.

—No quiero líos con ustedes —le respondió, y no giraba ni un grado la cabeza hacia el otro lado, porque cada vez más cerca estaba Tito—. A mí me dan mi parte y ustedes se arreglan como mejor les parezca. No tengo por qué esperar a que se muera la vieja.

—Claro —dijo al fin Tito, y el otro no pudo menos que mirarlo—, seguramente vos trabajaste toda la vida junto al viejo para que ahora vengás con exigencias, ¿no?

—No tiene nada que ver —se defendió Raffo—. Mi mujer es tan hija del viejo como cualquiera de ustedes, y la ley es la ley.

—Entonces dejá que hable ella. Vos sos de afuera aquí ¿sabés?

—Ella hace lo que yo le digo. Para algo es mi mujer. Y si no, que te lo explique aquél, que estudia leyes.

Yo no reaccioné, aunque vi el dedo que me señalaba, porque estaba un tanto abstraído mirándola a tía Carmela, viendo cómo se restregaba las manos y cómo enrojecía de pena o de vergüenza. Pero papá habló por mí y dijo, con más agresividad, lo que yo habría dicho.

—No lo metás en estas cosas al muchacho, Raffo —dijo—. No lo mezclemos en las porquerías que hacemos los mayores.

—¿Sabés quién es aquí la porquería? —le preguntó Tito, mordiendo las palabras—. Este —y lo marcó a Raffo con la barbilla—. Este es la única porquería.

—Tené cuidado con lo que decís —le advirtió Raffo.

—¿Por qué? ¿Porque sos diputado? Sos una porquería. Una porquería.

—Tené cuidado, te digo.

Roque se metió entre los dos y los separó.

—Cuándo vamos a aprender a hablar sin discutir —dijo.

—Es una porquería y le voy a romper la cara —siguió Tito.

—Bueno, viejo, calláte —se enojó Roque—. Así no.

Miguel dio la vuelta y se colocó frente a Roque, como si se hubiera acercado para disputar una partida de truco. A su lado estaba Teresa, cejijunta, pálida.

—Yo creo que Raffo tiene razón —dijo firmemente—. Aquí somos todos iguales.

—Vos sos otra porquería —le largó Tito.

—Sabés bien lo que pienso de vos.

—Vos lo pensás y yo te lo digo, ésa es la diferencia. Cuestión de riñones.

Tía Lina se abrió paso y fue como si un pájaro hubiera aleteado entre la fronda.

—¡Tito! ¡Tito! —gritó, y aferrándolo por un brazo lo obligó a enfrentarla—. Dejá de ofender, ¿querés? Dejá de ofender.

Laura estaba allí, con su nerviosa, vigilante cabecita de perdiz.

—Dejálo tranquilo a mi marido —dijo.

Tía Lina giró hacia ella tan sólo la cabeza; pero era suficiente.

—Vos no te metás en nada nunca más, que ya bastantes desgracias nos has traído.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Yo? —chilló Laura.

—Sí, vos, vos, con tus coqueterías y mimos de hija única.

Tito se movió, aunque ya todos empezaban a moverse.

—Cambiá el tono, Lina —amenazó—, porque si destapo el pozo, va a oler feo ¿sabés?

—¡Hablá! ¡Hablá!

—Mirá, Lina...

Al lado de tía Lina apareció Carlos, su marido.

—¡Sí, hablá, hablá! —gritó—. No pensarás que te tenemos miedo.

—¡Ustedes, ustedes...! —vociferó Tito y levantó los brazos.

Roque se echó hacia atrás como si hubiera sido sobrepasado y revolcado por la estampida, y entonces todos comenzaron a increparse, a acu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sarse, a remover las brasas y las cenizas del pasado, gritando junto al cadáver del abuelo, cuyos dos ojos abiertos habrían bastado para mantenerlos en silencio otros diez años o cincuenta, gritando todos y moviéndose —menos papá y tía Carmela, que estaban un tanto afuera del tumulto como los inconmovibles polos de esa restallante nebulosa, tía Carmela, de vergüenza, y papá, de asco. Aunque el movimiento no era uniforme, sino que recordaba el quebrado y loco desplazamiento de una jauría que ha acorralado al fin al gato montés; nada más que allí no se sabía quiénes eran los perseguidores y quiénes los perseguidos, porque todos gritaban con la misma fuerza y se mezclaban, y entraban y salían y volvían a entrar cambiando de presa y mordiendo en todas direcciones. Hasta que de pronto regresó tía Rosa, no corriendo porque había que disimular el escándalo aunque más no fuera ante las estrellas, sino caminando un poco más rápidamente que cuando había salido llevándose a la abuela; pero venía mordiéndose los labios, patéticamente contenida.

—¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! —estalló, gritando con más intensidad que todos juntos. Pero los hizo callar—. ¡Basta! ¡Basta! Dios nos va a castigar a todos.

Raffo se revolvió en su sitio, alzó los hombros, volvió a moverse.

—Qué Dios ni qué ocho cuartos —dijo.

—Pero aquí no, Raffo. Aquí no. Pobre papá.

Entonces sobrevino un nuevo desplazamiento, pero no ya quebrado ni pendular como los anteriores, sino longitudinal y totalmente volcado hacia la derecha, donde estaba el dormitorio que había sido de los abuelos y que en adelante sería solamente de la abuela, como si el gato montés se hubiera realmente escapado y la jauría hubiera reanudado la persecución: entraron ruidosamente en la otra pieza y cerraron la puerta —eso sí, con suavidad—, hasta tía Carmela, porque después de todo era la esposa de Raffo y había jurado acompañarlo en ventura y en desgracia. Pero papá no: se quedó casi atrás de mí y nos miramos. Pero no por más de cinco segundos, porque él tampoco estaba solo sobre la tierra. La puerta volvió a abrirse y mamá asomó la cabeza.

—Vení, viejo, vení —dijo.

—Yo no —dijo papá.

—Sí, sí, vení ya. Tenemos que estar los dos.

Papá accedió o cedió, y era lo mismo, y entonces volvió a hacerse sentir en la pieza la pesada insistencia del calor y del perfume —y también lo otro, la presencia de la muerte, el peculiar perfume de la muerte, armónico e inextricablemente fundido con el de la lenta marchitez de las calas y las rosas y con el del mórbido calor de ese insólito agosto sin modelo. También el silencio se hizo compacto, mensurable, y fue como si el abuelo, horizontal y mudo para siempre, hubiera al fin vencido;

pero el vencido era él, pues el silencio no era más que el fruto del respeto que hasta un perro muerto arranca de los hombres. Toda la casa estaba envuelta en silencio, la galería, el patio desierto y oscuro y, allá al fondo, la cocina, en la que, ovillada sobre un banquito de tres patas, estaba la abuela, y a su lado, cebándole mate y conversándole de algo, Luis; mas no se escuchaba. De pronto las voces volvieron a crecer en la otra pieza, primero tres voces masculinas, definidas, potentes, y después las de siete u ocho hombres y mujeres que gritaban al unísono y cada vez con más fuerza, hasta que pareció que era una orquesta que marchaba hacia un "tutti" formidable y disonante en el que no faltaba el juego de timbales, pues, dominándolo todo, había un fragor de sillas empujadas y de golpes contra maderas, sordo, confuso, casi intolerable; hasta que todo pareció venirse abajo y algo de vidrio se hizo trizas limpiamente contra el suelo. Hubo entonces un paréntesis de calma, un silencio tenso y doloroso que tampoco duró, porque se escuchó un redoble apretado y solitario, como el galope de un caballo sobre la tierra seca y firme, y la puerta se abrió, la abrió Raffo, que arrastraba de un brazo a tía Carmela, que lloraba. Y Raffo estaba despeinado, tenía la ropa en desorden y un hilo de sangre le colgaba del labio.

—¡Ya me las van a pagar! ¡Ya me las van a pagar todas! —gritó, desencajado—. ¡Van a saber quién es Manuel Raffo!

Como una exhalación atravesaron la sala y desaparecieron en la sombra de la galería y de la noche, tía Carmela siempre a la rastra de su marido y llorando sin cesar. Entonces todos comenzaron a salir de la otra pieza, por fin silenciosos, y se fueron dispersando lentamente por el patio. Papá meneaba la cabeza, pero, en cambio, en el rostro de mamá se podía leer el orgullo del deber cumplido a conciencia. El último en aparecer fue Tito. Venía con la corbata floja y con el pelo tumbado en largas mechas sobre las sienes. Pasó junto al cajón sin mirarlo y, ya a mi lado, se levantó un poco los pantalones y prendió un cigarrillo.

—Tengo un hambre que me muero —dijo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La cita

I

Me despierta una lonja de sol comprimida entre dos varillas de la persiana. Un nuevo día. Abajo empiezan a orquestarse los pregones matutinos. La Nación, Clarín, pescado fresco, booooooootellero, banana, manzana, ciruéééé, tomate a ocho peso el kilo. La vida crepita afuera, los sonidos me pintan visiones violentamente sensoriales: ciruelas de pana morada, aromosos duraznos, sandías de vientre abierto que exhiben su carne astringente y fresca. Colores, formas, perfumes: un nuevo día.

La mañana me invade. Quiero apartar las mantas, abrir la ventana y atiborrarme de aire leve y bruñido. Ansío el latigazo estremecedor de la ducha. Luego la espuma, la lentitud filosa y tierna de la navaja. Por fin el traje. Mi invariable traje negro. Puedo elegir con ojos cerrados, mi ropero siempre me entregará un traje negro.

Comienzo a incorporarme, tembloroso de energía hormigueante y nueva. En ese momento mi deber me cae encima como una cobija de hierro. Hay que permanecer en la cama. Impotente, sin opción. Por lo menos dos horas más de horizontalidad. Dos horas que bastan para estropearme el humor.

Regreso al hueco de la almohada, reencuentro mi surco en el colchón. Un nuevo día: pero ahora me oprime como un alud.

Afuera la algarabía se abulta con el cotorreo de las mujeres que van de compras. Las amas de casa, obligadas a ocuparse de sus hombres, de sus críos. Oh el lujo de hundirse temprano en la mañana efervescente, anegada de sol y de ruidos. Mujerucas que alborotan la calle con sus canastas del brazo; no conocen ese remoloneo sin placer, esa imposición de reposo que esclaviza mis miembros. Las envidio a las mujerucas. Y a las dactilógrafas, a los obreros cuyo pan depende de una vuelta de llave en un reloj, los obreros que reciben bonos a cambio de andar más de prisa que la máquina, saltando sobre los segundos como quien vadea el arroyo sobre piedras limosas. Y los hombres de negocios que giran como trompos alrededor de una agenda repleta. ¡La riqueza de su día! Me gusta ponerme en su lugar, trasladarme a sus despachos de moblaje rebrillante, vivir sus problemas, sus úlceras, su demencia organizada. Cinco teléfonos llamando al unísono. Londres, Milán, Nueva York. Han subido tres puntos, avise a la oficina

de Zurich que venda inmediatamente. Pida comunicación con Moscú. No puedo esperar tanto, si los servicios son tan lentos tendré que comprar la empresa para imprimirle mi ritmo. *Mi* ritmo. ¿Que pertenece al Estado? Bien, llame al ministro y dígale que fije precio. Sí, hágalo ya. Mándeme tres taquígrafas, quiero dictar. Sí, a la vez y de inmediato. Se me van las horas, el día no me alcanza, dígale al gerente a ver si logra un entendimiento con Greenwich, pagaré los gastos...

Eso es vida, vida de hombres. Eso y no el estarse flojo en la cama con los músculos dolcridos de vigor que exige un cauce. El hombre de negocios, el obrero, las amas de casa. Pienso en ellos y la envidia me envuelve en densas volutas. Me sumerjo, me refocilo en la envidia. Es el único —el único— de mis quehaceres que cumplo con una apasionada autenticidad semejante al amor.

A media mañana la muchacha me trae el desayuno.

—¡Buenos días!

Es vulgar, chueca y pecosa. La tumbo sobre el lecho y le siento olor a lavandina. Me asquea esa sirvienta de pensión barata que se deja manosear con una risa de cosquillas, áspera y caliente. La toqueteo sin delicadeza hundiendo los dedos en sus nalgas carnudas.

—¡Qué hombre! ¡Es de lo que no hay! ¡Usted es el diablo!

El epíteto poco imaginativo la conforma. Definidas las cosas, puede entregarse al grotesco ejercicio. ¡El diablo, en verdad! Me le reiría en la cara. Pero no, ya no alcanzo a encontrar humor en ese ritual repetido hasta el cansancio, ineludiblemente, cada día. Me repugna la escena, me agobia la obligación de lujuria como antes me desalentó el deber de la pereza. Trato de hacerle entender que basta.

—Vamos, levántate que no me dejas respirar.

—¡Si usted mismo me tiró sobre la cama! ¿De qué se queja ahora?

—De que me falta el aire. Levántate y dame libertad de movimientos.

Es tan primitiva que ignora el disimulo; la decepción se instala en sus rasgos con impúdica evidencia.

Volverá una, dos, cuatro veces: a llevarse la bandeja, a traerme un diario, a indagar si necesito algo. Vuelve y empieza a rondar mi cama, el cuerpo apoyado ora sobre un pie, ora sobre el otro, móviles las caderas, provocativa, torpemente empeñada en incitarme a proseguir. La lujuria para ella es recreo; quizás el único que conoce. Lucido estaría yo si dedicara a un solo renglón de mi deber diario el tiempo y el interés que ella espera de mí.

Y así cada mañana, con aplastante regularidad. A veces la monotonía de mi vida me ahoga como una niebla espesa e irrespirable. El tedio se me anida en la entraña, gastando rebeldías.

Inútiles, tronchadas rebeldías. Un ser humano corriente, en mis

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

circunstancias, lo mandaría todo al demonio. Eso no cambia nada; al día siguiente todo prosigue igual. Pero es su lujo, su desahogo, su autoafirmación. Al demonio con todo, dicen, y por un rato son felices.

Pero es que yo *soy* el Demonio: me cargo sobre mis propias espaldas, no tengo escapatoria. ¿Sabéis lo que eso involucra? ¿Imagináis las rígidas leyes, el estricto esquema que preserva mi orden y el del universo? Seguramente no; pensáis en frenéticos desbordes, en libertad. Oh no, cuán equivocados estáis. Quizás eso sea cierto para los grandes pecados. Pero los vicios capitales pertenecen a la rutina; y son siete —siempre los mismos, ay—, siete para un inextensible marco de veinticuatro horas. Me están vedados el ocio feliz y la actividad sin propósito. Necesito la organización de un burócrata. Al ponerme bajo la ducha, ya he cumplido con la pereza, la envidia y la lujuria. A veces, mientras envidio a las mujerucas y a los hombres de empresa, pienso que mi condición especial, la misma que se asfixia con sus normas, me asegura en cambio una anonadante superioridad sobre todos los mortales. Es mi intento de desobligarme del orgullo. No es fácil el orgullo. Se puede liquidar la lujuria con media docena de ademanes, con unos toqueteos rápidos en una carne innoble. Pero el orgullo tiene su ámbito en la mente y ahí no caben transacciones. ¿Cómo pensar "soy superior", cuando la envidia me abruma? Y si lograra una real convicción de superioridad, ¿cómo envidiaría entonces? ¡Ah, menudo éxito tendría con las almas si llegaran a atisbar mi lucha! Si sospechasen que yo, el poderoso Demonio, me siento esclavo de dudas, de contradicciones, de asco y de tedio, como el más miserable entre los hombres. ¡Cuánta sabiduría intuitiva en la expresión "pobre diablo"! Por suerte los humanos no indagan, no investigan; se limitan a idealizarme, como a todo lo que conocen mal.

Y puesto que hablé de almas, debo reconocer que mi cosecha de los últimos tiempos no ha sido abundante. Mucho más mezquina de lo que se piensa. Nadie se imagina qué angosto margen me salva del déficit. La gente me supone rico, pletórico de almas; atribuye un valor de dogma a aquello de que basta un solo pecado mortal... ¡Ingenuos! Eso lo inventé yo, de pura malicia, en la época en que era más joven y mi ardor reclamaba esos refinamientos. Lo inventé para jugar con los hombres; entonces me divertía su miedo. Ahora ya no; ahora prescindo de la perversidad gratuita, lúdica. Abandoné los excesos de celo; con realizar lo mío me basta y me sobra. Me atengo a lo que en lenguaje administrativo se llamaría un programa mínimo.

Pero la noción subsiste y campea aún por el mundo: basta un solo pecado mortal... No es cierto, tienen que aceptarme totalmente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

REVISTA DE PSICOANALISIS
EDITADA POR LA ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA ARGENTINA
PUBLICACIÓN TRIMESTRAL
Volumen XVIII – Nº 3
1 9 6 1

SUMARIO:

Dr. Enrique Racker: **Aportación al psicoanálisis de la neurosis de transferencia.**
Resumen de la obra del Dr. Enrique Racker.
Dr. José Bleger: **La Simbiosis.**
Dr. M. Abadi: **Hipocondría - Proposiciones acerca de su temática inconsciente.**
Dra. R. Grinberg: **Sobre la curiosidad.**
Nota para una Semántica Psicoanalítica.
Revista de libros.
Revista de revistas.
Notas y Comentarios.
Memoria y Balance.

Redacción y administración: **Rodríguez Peña 1674 - T.E. 44-3518**

AIRÓN
REVISTA LITERARIA
Nº 5 Noviembre 1961
•
SUMARIO: Traducciones de J.-P. Sartre, A. Cesaire, Esenin. Poesía, cuento, crítica, por J. M. Bottaro, E. Costa, M. Ezcurra, A. Dal Masetto, L. Katz, M. Nafé.
•
El ejemplar: **$ 15.—**

El mejor regalo para todas las fiestas:
Svanascini
Esquema del arte de la India
Ruy
Poetas chinos de la Dinastía T'ang
Kakuzô
El libro del té
Ediciones Mundonuevo
Laprida 1635 — T. E. 84-5648

y sólo yo sé lo difícil que es. En realidad –y no lo digo para valorizar mi tarea– estoy convencido de que es mucho más arduo condenarse que salvarse. Mis largas mañanas sacrificadas a la pereza me inducen a la meditación, y poco a poco me van imponiendo su carga de amargas verdades.

No tuve ni el más leve signo premonitorio. Absolutamente nada. Siempre me pareció injusto el que el don de la omnisciencia haya sido otorgado exclusivamente a... bien, al otro. Yo soy más inteligente, más sagaz, mis procesos de lógica y deducción son más agudos. Pero debo llegar a las cosas, construir el puente mental que lleva al conocimiento. Nada me viene ya digerido, no tengo iluminaciones.

Era una mañana oscura y lluviosa. Creo que hubiera incluso disfrutado del calor de la cama si no fuera obligatorio. No había en la calle ni pregones ni voceo de mujeres; nada más que la reiteración de la lluvia sobre los cristales.

El desayuno estaba intacto en la bandeja. Sano y fuerte como soy, me apetece lo necesario. Lo superfluo –la imposición de la gula– me retuerce las vísceras en espasmos de asco. Dejo correr el día sin tocar alimentos, hasta que el hambre me taladre el estómago; entonces degluto grandes cantidades, tratando de que la prisa engañe la náusea. Es todo cuanto puedo hacer con el escaso desgaste que mi vida exige. Escaso quizás no sea el término: el hecho de vivir a contrapelo ya es, en sí, agotador. Pero el mío es un desgaste pasivo, no puedo aspirar al hambre sano de las mujerucas que enfrentan el alba con sus bolsas de red pendientes del brazo, o del obrero que debe ajustar su gesto al ritmo caprichoso de la máquina.

Tenía pues intacto el desayuno y ésa fue la excusa de la muchacha. Cualquier pretexto le sirve para remolonear en torno de mi cama, buscando taimadamente la culminación de la escena que siempre dejo trunca. Confío en la avidez de los humanos; ya se encargarán ellos de complementar mis torpes y desganadas caricias; la lujuria de los hombres es más ávida que la mía y no se desalienta con el olor a lavandina.

–¿Qué le pasa, señor Demonio, no le gusta el desayuno? ¿Está muy cargado el café con leche?

–Está bien. No tengo ganas.

–¡Qué va a tener ganas, si se queda haraganeando en la cama sin hacer nada! Levántese, muévase, va a ver cómo le vendrá el apetito.

Me limité a gruñir, como de costumbre. Después de la exhortación hizo un tímido ensayo de retirarme las mantas. La frené, cortante:

–¡Quietal Llévate la bandeja y déjame en paz.

Debo aclarar que no estoy obligado a ser grosero. En un programa tan sobrecargado como el mío, la descortesía sorprendentemente no figura. Su carácter optativo me la valoriza; aparte de su innegable función de autodefensa, a veces la ejerzo nada más que por placer: el arte por el arte en sí. De modo que le hice un innecesario gesto obsceno y de nuevo refunfuñé:

–Andate de una vez y déjame tranquilo.

Sus rasgos mal terminados se fruncieron en una clara demostración de enojo.

–Bien, bien, no me tiene que gritar, ya me voy. ¡Qué sujeto raro que es usted!

Recogió la bandeja y se encaminó a la puerta rumiando mi rareza. A punto de salir recordó lo que la había traído.

–Ah, está don Miguel, lo quiere ver.

–¿Miguel? Hazlo pasar.

Es bastante excepcional que yo reciba visitas. No tengo amigos. ¿Cómo podría tenerlos cuando hay tan poco que compartir? El mío es un destino esencialmente solitario. Pero tengo conocidos, satélites y aspirantes.

Miguel entró en el cuarto, arropado en su falsa desenvoltura.

–¡Hello, Dem! Linda vida, ¿no?

–Hola. Siéntate por ahí.

Miguel es uno de tantos. Desesperadamente hueco, desesperadamente infeliz, desesperadamente solo. Se fabricó una trama de evasiones: mujeres, alcohol, amigos, aturdimiento. Se tortura con los imaginarios celos de su esposa, que le dan la cálida noción de ser importante y deseado. Habla de "la barra" con ficticio entusiasmo de adolescente. Siempre que puede escaparse de su departamentito de dos piezas, dedica la noche a entretejer recuerdos para la noche siguiente; contabiliza las copas que toma, las conquistas que logra, la gimnasia sexual que ejecuta. No goza de sus experiencias sino que se adorna con ellas, las acopia para el futuro relato. Quizás sea eso –el vicio sin alegría– lo que nos vincula.

–Oye, Dem, necesito tu ayuda.

–Tú dirás.

Lo desprecio lo suficiente, puedo darme el lujo de ayudarlo.

–¡Fijate que anoche tenía un programa bárbaro! ¿Conocés a Luisa?

Asentí de modo vago. Las conozco a todas, esas mujeres con las que los hombres hacen los "programas bárbaros". En un tiempo creí que podía utilizarlas como aliadas. Me equivocaba, no sirven. Demasiado ingenuas, demasiado maternales. Todo lo que desean es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

restañar heridas, compensar fracasos. Samaritanas, las mujeres de vida turbia.

—Bueno, empecé por sondear el terreno y como vi que la cosa marchaba... El caso es que ya no le puedo decir a Elena que me quedé en la oficina por el balance. ¡Fijate que fui a dar a casa a las cuatro de la mañana! No, el asunto del balance está tan explotado que ya no da más jugo. Así que...

Vacila. He comprendido. Quiere envolverme en su aventura. Desbordará de gratitud ante mi aquiescencia.

—Le dije que estabas indispuesto y como no tenés familia... Claro, preguntó por qué no te acompañaban tus amigos solteros. Le contesté que los solteros siempre tienen alguna farrita de noche, no se puede contar con ellos para acompañar a un enfermo. ¿No te parece estupendo eso de que "los solteros siempre tienen alguna farrita"?

—Bueno, está bien. Cuando la vea no perderé la ocasión de mencionar mi enfermedad y tus buenos cuidados.

—Sos un amigazo, te lo agradezco con toda el alma. Estoy seguro de que Elena te creerá; te considera un hombre serio, hasta diría que la intimidás un poco. Y... ya sabés, si tenés interés en conocer a Luisa, decime y te la presento.

No pude evitar un pequeño encogimiento de horror. ¡Echarme una más sobre los hombros! ¡No! La mucama es vulgar, pecosa y huele a lavandina, pero está a mano y es fácil señalarle la puerta.

La visita de Miguel me dejó meditativo. Esclavo, él también. No elige sus noches, la lujuria, el adulterio: está obligado a ellos. Son distintos nuestros motivos, pero él tampoco tiene opción. En cambio le falta mi lucidez y ahí radica su ventaja. Puede disfrutar de sus menudos triunfos: la mentira exitosa a una mujer que sólo pide que el engaño sea medianamente plausible, la complicidad barata de un conocido que no lo estima. Y sobre todo puede hundirse en su comedia: el inventarse una existencia plena, complicada, rica de intrigas. No recurrió a mí para que yo lo justificara ante su mujer sino ante sí mismo; ahora soy su testigo, en cierta forma le ayudo a creer en su propio mito, le otorgo validez. Al hacerme compartir esa noche robada a la soledad y al temor, Miguel se siente enriquecido.

Bien miradas las cosas, eso involucra una especie de fe. Los humanos —aun los infelices como él— siempre se las arreglan para aferrarse a algo. Un asidero muy mezquino a veces, muy pobre y muy triste, pero una posesión al fin, a la que no renunciarían; la defienden al precio que sea: su integridad, su sangre. Supongo que es por el hecho de saber que algún día han de morirse: hasta el más desposeído se fabrica un tipo de inmanencia, se inventa un modo de *ser*. Mi eternidad prescinde de tales recursos; yo entierro milenios, anticipo milenios, permanezco: *soy*. Y porque soy no tengo asideros. Oh la envidia otra vez. Felizmente la envidia es mi prerrogativa, un lujo al que puedo entregarme sin reservas.

Es comprensible que al comprobar que hasta Miguel posee algo que yo envidio, la soberbia se me haga cuesta arriba. La entrevista me dejó de mal humor, disposición que habitualmente cultivo porque pavimenta el camino hacia la cólera. Pero era un mal humor sombrío, quejumbroso, casi un deseo de autocompasión; no parecía capaz de suscitar un desahogo viril. Entonces, harto de mí y de todo, tomé el diario que Miguel había olvidado en mi cuarto y me puse a leer.

En la etapa anterior de mi vida, cuando gozosamente me excedía en mis deberes, esa lectura me brindaba un placer inefable. Los diarios me afirman de modo tajante, perentorio. Salvo una que otra pequeña noticia perdida en la sección policial —"Pereció al salvar un niño que se ahogaba"— su contenido grita mi existencia, proclama mi poder. ¡Cómo lo disfruté entonces, qué dulce la embriaguez de la letra de forma! Pero fue pasando el tiempo y al final también eso me aburrió: ¿qué necesidad tengo de que me afirmen los diarios si *soy*, soy antes de Gutenberg, soy después que se haya desmantelado la última rotativa? Recuerdo con qué soberbia indiferencia he visto, en titulares de casi media página de alto, la palabra Hiroshima, uno de los más exquisitos homenajes que recibí de los humanos. Es que ahora me apacigüé, perdí los bríos, no logro olvidar que mi función no es recibir homenajes sino recabar almas. Y puesto que —como ya dije—, *no* basta un solo pecado mortal, Hiroshima no constituye garantía de nada.

Divago; me detuve a hablar de la muchacha, de Miguel, del cambio en mis gustos y reacciones; retardo el momento de relatar lo esencial. Confieso que me hizo impacto. Y yo ya había perdido el hábito de la emoción, mi paso en esa comarca es inseguro.

Por absurdo que parezca, la nota figuraba en la sección social bajo el título "Viajeros". En esa columna que mi vista rozó al azar leí la noticia. La más imprevista, la más descabellada, la más inverosímil. Me entró por los ojos, me invadió el cerebro como un alambre candente. ¿Conocéis la sensación de una punta de fuego en el cerebro? Desquicia, atormenta, estimula. Quizás produzca una suerte de placer, de un tipo especial, punzante y agrio; pero ya ninguna paz es posible.

Dios había llegado a la tierra. A la misma ciudad que habito. Dios hospedado en un modesto hotel del barrio sur. Bajo este mismo cielo gris y goteante. Dios.

Salté de la cama con un temblor de fiebre en los miembros. Pres-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cindí de la ducha, de la afeitada, de todo el ritual cotidiano. Ya no tuve conciencia de nada salvo del torbellino de mi seso. Me acerqué al ropero, hurgué a ciegas, tomé uno de mis trajes negros y lo vestí sin investigar la razón de mi apremio.

II

Hace tres días que lo veo rondando el hotel, horas al hilo. Tras los cristales, borrada mi cara por el *voile* de las cortinas y el encaje de lluvia, lo observo sin que él lo advierta.

Su actitud no es la del enemigo en acecho. Tampoco la del rival desafiante. Medio oculto entre las columnas de un viejo edificio parece aguardarme con la tímida obstinación de los enamorados de antaño. Mira la puerta del hotel con ojos tan intensos que me vienen deseos de salir a la calle para no defraudar su espera. Pasea la vista por todas las ventanas como si intentase adivinar cuál me alberga. A veces su mirada se detiene precisamente en ésta, mi ventana. Y me pregunto con un estremecimiento si me habrá descubierto.

Me pregunto: parecería absurdo, puesto que se me supone omnisciente. ¡Ah, los mitos, los mitos! Alguna vez tendré que derribar esos mitos idealizadores; me cuesta hacerlo, los humanos se sentirán muy desposeídos. Penosa tarea la que me impone deberes tan contradictorios como la verdad y la caridad. Un día tendré que decidirme a optar por la verdad; mi corazón ha de sangrar con el llanto de los hombres, pero encontraré para ellos una caridad sin mitos.

Sí, la fábula de mi omnisciencia. La realidad es que la virtud, como el mal, no es omnisciente; sólo que intuye con más agudeza.

Confieso que al llegar yo también pensaba en él y tenía deseos de verlo. De lejos, por supuesto; su mirada y la mía no deben encontrarse. No nos hemos visto durante un buen montón de milenios. Formulaba una serie de conjeturas: sobre su aspecto, su vida en la tierra, sus costumbres. ¿Estaría fatigado, se habría vuelto más débil? Noto que su figura se conserva ágil y elástica, sin trazas de cansancio, sus hombros no acusan desaliento. Sólo en sus ojos creo percibir un cambio. Esos ojos terribles, negras llamaradas que agostan las almas; me parece menos fanático su brillo. No quiero fiarme del todo de una impresión arbitraria, captada a distancia y a través de los velos de lluvia, pero diría que su mirada, por sobre todo, revela perplejidad. Perplejidad y anhelosa espera, mientras sitia la puerta de mi hotel.

¿Por qué habrá venido? ¿Por qué precisamente ahora y no antes: ayer, el siglo pasado, hace diez mil años? ¿Por qué me atisba, horas

20 libros de autores argentinos publicados durante los últimos 18 meses

Rodolfo Arizaga: MANUEL DE FALLA
Leónidas Barletta: PRIMER CIELO DE BUENOS AIRES
Silvina Bullrich: EL HECHICERO
Ariel Canzani D.: LA SED (Diario de mi amigo el monstruo)
Abelardo Castillo: LAS OTRAS PUERTAS
Arturo Cerretani: LA PUERTA DEL BOSQUE
Antonio Di Benedetto: EL CARIÑO DE LOS TONTOS
Hellén Ferro: NO HAY BURLAS CON EL SEÑOR
Juan Goyanarte: LAGO ARGENTINO (5ª edición)
Juan Goyanarte: FARSA
Alicia Jurado: LA CÁRCEL Y LOS HIERROS
Fernando Lorenzo: ARRIBA PASA EL VIENTO
Pilar de Lusarreta: POTRO BLANCO
Raúl Navarro: LA OTRA TIERRA
Ana O'Neill: CUENTOS QUIETOS
Dalmiro Sáenz: NO
Dalmiro Sáenz: QWERTYUIOP
Gregorio Scheines: UN DÍA Y MUCHOS DÍAS
Osvaldo Seiguerman: LA MUERTE DE UNA DAMA
Marcos Soboleosky: LAS AGUAS DE MARA

EDITORIAL GOYANARTE

PARAGUAY 479 Buenos Aires Tel. 31-3694/5163

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

al hilo, tras la columna, con el sombrero irisado de gotitas de agua? ¿Qué desea, qué busca?

En algún momento saldré de mi encierro y tendremos un fugaz encuentro. El primero, desde que lo expulsé de mi morada. Luego seguiremos nuestros caminos divergentes; él por su ruta de sombras, yo llevando a los hombres el verbo que es luz.

Eso será todo. A pesar de su ardiente plantón frente a mi ventana, eso ha de ser todo: un segundo de enfrentamiento. Yo, que siendo caridad, soy también justicia, pasaré a su lado sin desenvainar la espada: el tiempo no está maduro aún. Los corazones vacilan, hambrientos del verbo y ávidos de fraude a la vez. ¡Oh el tozudo apego humano al espejismo del mal! ¡Cómo cuesta amar a los hombres cuya imperfección lo justifica a ese que me espía apostado tras una columna! Mi virtud reclama su aniquilamiento: ha de llegar la hora de la espada y él será pedestal de mi triunfo. Mientras tanto me duele la humanidad, me duele el amor, me duele la búsqueda del metal purísimo que ilumine el verbo y transforme en docilidad de rebaño la saña de la jauría.

Ahora se impacienta, se agita. Cesó la lluvia y él abandona su refugio tras la columna. Se pasea a pasos cortos y febriles, como desbordado ya por la espera. Impaciencia, inquietud, ademanes furtivos: ¿*eso* es mi enemigo? Bastaría un solo gesto de mis manos... No, empiezo a creer en los mitos yo también. *No* bastaría un gesto; pero la lucha sería sin duda desigual. Si yo no tuviera sino el compromiso que me impone mi propia e insobornable esencia, tal vez no retardara más el momento de salir a la arena y aplastarlo definitivamente. Pero los hombres lo necesitan aún y yo necesito de ellos, yo vivo de las almas de los hombres.

¿Qué ocurrió ahora? La gente corre, se precipita, se arracima. ¿Habrá él intentado amotinarlos? ¿Aquí, bajo mi ventana? ¿Me provoca, intenta apresurar la hora de la espada?

Oh no, es sólo una pequeña contingencia humana. Un coche, un motociclista, la calle mojada, frenos, y ahora una masa sanguinolenta sobre el macadám. ¡Qué poca cosa es un cuerpo, qué diminuto y perecible! Pero contiene un alma, y él está allí.

Bajaré. Mientras haya un soplo de vida en ese bulto arropado en sangre, tengo el deber de disputársela. Y si no llegara a tiempo... quién sabe, quién sabe ha muerto con mi nombre en los labios. Ya es mucho el que se me convoque en algún momento. Aunque sea el postrero.

Se van apilando los días y su perseverancia no decrece. La otra tarde, junto al moribundo, me cedió el terreno sin lucha: parecía haber olvidado que las almas son nuestro campo de batalla. Alrededor estallaba la rebeldía que a muerte suscita; tan joven, decía la gente; y mi nombre de boca en boca iba tomando sabor de blasfemia. Una actitud suya hubiera atizado el incendio que se empezaba a gestar. Pero él se mantuvo a distancia. Sin un gesto. Solitario y expectante en su refugio tras la columna. Ni un segundo sus ojos se apartaron de mí.

Lo he vuelto a ver días más tarde. Me había sentado con unos hombres en la plaza, bajo la acuarela del ocaso, y les hablaba. Eran buenos hombres, casi justos, casi puros. Columbré su figura vestida de negro, a lo lejos, tras los árboles. Oculto, disimulado como la primera vez. Pero próximo, unido a mí por el secreto ardor de su mirada.

Después fue en la feria. Un sujeto vendía globos de color y los niños se apretujaban en torno al bastón florecido. Un pobre hombre, criaturas oliendo aún al tibio olor de la leche materna: yo tenía que estar ahí. Humildad e inocencia; pero yo sufría. Adivinaba ya el trabajo paciente de los dedos del vicio sobre esas boquitas frescas; en los desgarrones del traje del vendedor veía asomarse el feo rostro de la negligencia y del resentimiento. ¡Qué precarios mis asideros entre los hombres, qué maldición la lucidez cuando el desprecio no está vedado! Hubiera sido quizás mi más auténtico eslabón con ellos, el desprecio.

Y él me observaba de lejos, esta vez emboscado tras un quiosco de periódicos. El testimonio de su mirada ya casi hecho carne con mi ser. Una vigilancia que parecería aspirar a la más honda comunión conmigo, con mis pensamientos, con mi esencia que le es inaccesible.

Y el otro día, al borde del río, con los pescadores. Y de nuevo cuando me acerqué a las mujeres que lloraban frente a sus ranchos desmantelados por la tormenta. Y otra vez en el sucio cafetín donde entré crispado de horror, y advertí que la lujuria y el vicio tienen su precio en monedas. Y en la fiesta cívica, mientras los hombres cantaban himnos y se embriagaban con sueños de martirio generoso. En todos los sitios, en todos los momentos. Que yo lleve las manos cargadas de compasión o alzadas en el ademán áspero de la justicia; que busque a los buenos para hacerlos mejores o a los malos para constituirme en voz de su insomnio; que afirme mi propia verdad o que intente derribar sus ficciones; siempre, siempre lo encontraré atisbándome de lejos con la perplejidad en la mirada y el gesto paciente, de una paciencia tan infinita que sería fácil confundirla con la mía.

Hace ya mucho tiempo que habito la tierra; no lo cuento en días o años: poco significan para mí esas menudas fracciones de eternidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero desde que arribé a esta ciudad de hombres no he logrado estar solo con ellos. Invariable, persistente, obsesiva, siempre se interpuso esa mirada que yo suponía maligna y que, para mi desconcierto, no alberga sino perplejidad y una suerte de doliente avidez.

III

Recuerdo la regularidad de mis días, mis horas metódicamente ceñidas a un esquema de trabajo que a menudo me resultaba extenuante, y compruebo que eso era la paz. Mañanas lentas, desganadas escaramuzas con la pecosa mucama, ocasionalmente una visita —Miguel o alguna mujerzuela—, sórdidas historias, menudas comedias de alcoba: sí, eso era la paz y el orden.

Desde que él llegó mis días se han teñido de angustia y desazón. Se me atropellan las tareas, el tiempo se me va de las manos; es cierto que dispongo de la eternidad, pero el vicio es rutina y tiene que circunscribirse a sus marcos; los ámbitos nuevos lo desajustan.

Lo he estado siguiendo, observando, estudiando sin tregua, en cada oportunidad, en toda circunstancia. No por simple curiosidad ociosa, aunque confieso que deseaba volver a mirar su rostro, su rostro que he perdido hace milenios.

Lo he visto entre la gente, rodeado de hombres, mujeres, criaturas. Lo he visto en las calles, en las plazas, a la orilla del río, hasta en los turbios sitios que yo imaginaba mis dominios. Me aprendí de memoria sus gestos, su modo de andar, cada matiz de expresión de su cara. Mezclado con los humanos, patéticamente empeñado en parecérseles.

Y no obstante no se le confunde nunca. Aun la mirada menos sagaz que la mía no se dejaría engañar. Algo en él lo proclama distinto, de modo inexpresable y sutil. Algo más inmaterial que sus vestiduras blancas; a lo sumo su resplandeciente indumentaria lo haría pasar por un turista brasileño. Pero no son sus ropas, sus actitudes, nada que los sentidos puedan discernir. Donde quiera que esté se le siente *otro*. Ajeno, irremediablemente extranjero. Como yo.

De esta similitud nace mi angustia, mi indecisión, mis dudas. Dios entre los hombres, pero solitario, remoto, desligado. Dios entre los hombres pero sin vínculo con ellos: se parece extrañamente a mí.

Un claro propósito me llevó por primera vez a su hotel. Escudriñarlo con mi lucidez más filosa hasta descubrir sus puntos débiles; luego, trazar mis planes. Porque es obvio, es ineludible que lo debo tentar.

Ha llegado por fin la magna oportunidad. ¡Qué dimensión grotesca asumen las pequeñas tareas rutinarias, el menudo trajín del vicio! Me parece tener entre mis dedos el orden universal, reducido a la dócil

consistencia de cera entibiada; un movimiento, un solo movimiento decisivo y le imprimiré mi marca; entonces todo será irreversible.

Irreversible, definitivo: juego ahora con las grandes palabras, las grandes posibilidades. Vislumbro el fin de la lucha tenaz, ardua, ingente, que me cuesta cada alma; de la mezquina y tediosa labor de afirmar que existo, día a día; de los reiterados gestos que señalan mi condición de esclavo. También yo aspiro a la libertad.

Y con todo, vacilo, titubeo, postergo el instante, persisto en un espionaje que ya cumplió sus fines, sigo sus pasos, me aferro a una dilación que ahora nada justifica. Conozco la brecha en su armadura: su debilidad demasiado evidente fue pronta en apuntarme los medios.

Su debilidad: esa virtud total, absoluta, sin matices, esa virtud que es como el rostro del sol, imposible de mirar de frente. Esa virtud redonda, lisa. Insoportable como mi carga de mal.

De mí depende inventar una rugosidad sobre esa esfera. Resquebrajarla, contaminar esa virtud que me niega.

Y sin embargo me pregunto si él no me lo agradecería. Si sus dedos no se alargarían ávidos hacia la grieta: un asidero en ese absoluto que lo está matando. Me figuro su alivio, su gratitud. Los adivino, me cosquillean la imaginación con una insistencia casi voluptuosa. *Me tientan.*

Está solo entre los hombres; ése es su destino. Es también el mío y mi propia soledad me desnuda la dimensión de la suya. Desde que llegó y lo veo de lejos, blanco, solitario, sin raíces, parece que mi carga me doliera doblemente.

Y no puedo —*no puedo*— tentarlo por piedad. Condolerme, echar sobre mis hombros el peso de la angustia ajena es el lujo que me está vedado. Sería monstruoso que la más trascendente de mis obras se transformara en una autotraición. Más me vale dejarla incumplida. Penosa opción entre el fracaso y la infidelidad; yo eterno, yo inmortal, me encuentro ante una disyuntiva de hombres.

Me defiendo, evoco agravios, excito resentimientos. Yo habitaba su regazo y él me expulsó. Exacerbo los rencores más antiguos: pienso en la primera célula viva que yo malignamente estrangulé; recuerdo aún su mirada de triunfo cuando me señaló la vida multiplicada.

Pero es tarde, es tarde. Ya no me acucian rencores, hace mucho que no actúo por pasión. Y en cuanto a él, el triunfo ya no habita su mirada.

Ayer estuvimos más cerca que nunca: dos pasos nos separaban. Un mudo mensaje se cruzó entre ambos. Mis ojos le hicieron llegar una advertencia de peligro; él me contestó con la silenciosa amenaza de su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

justicia. Pero en el fondo —en el fondo— éramos dos solitarios que se reconocían.

Me rebelo, me afirmo a gritos, me zambullo en la gozosa locura de otros tiempos. Ayer, por fin, retuve a la mucama sobre mi lecho y coroné su vieja y ya tambaleante aspiración. Brutalmente; me repugnas, le dije, te desprecio. Ella rió sin comprender: los actos le bastaban. A mí también tendrían que bastarme: no pertenezco al ámbito del verbo. Me hundí en ella, traté de ahogar en su carne la absurda, la insólita noción de no valer mucho más que Miguel.

Después me fui a las afueras de la ciudad, asalté los ranchos, robé provisiones; modesto botín, por cierto. Pero vi la fiebre en los ojos hambrientos, vi puños escuálidos que se alzaron contra él. Me gustan los pobres, tienen pocos motivos para amarlo y la adhesión que le brindan es precaria.

También me gustan los ricos, los inmensamente ricos; sus manos están bien entrenadas, hasta durante el sueño repiten el automatismo de contar billetes. Fui a la bolsa y jugué con las cifras; aparté un puñado de hombres al azar y les entregué tanta riqueza que ya nada más cabrá en sus vidas. Me fui a los laboratorios y descubrí una nueva fórmula que permitirá arrasar diez mil ciudades con una sola bomba.

Busqué al sabio, al poeta, al rebelde, y les metí en la mente las preguntas más agudas que mi malicia inventó, el "para qué" y el "con qué fin" que atormentan los insomnios. Soborné al juez, azucé al delincuente, inspiré la voz meliflua del político. Un día pleno, completo, el alegre desquicio que antaño me salvaba del tedio. Pero no logro desterrar esa vocecita que susurra: le tienes compasión. Seguiré, seguiré hasta ahogarla. Desencadenaré gritos, maldiciones, crujir de dientes. No hay nada que yo no pueda destruir, tengo las manos llenas de recursos y a veces también los hombres me ayudan. Pero me asombra la magnitud de la destrucción necesaria para acallar una voz tan pequeña.

—¡No, no y no! He de tentarlo por amor al mal —el único amor que conozco— y no por amor a él. Cumpliré mi consigna a pesar de sus ojos de náufrago de la virtud, a pesar de su desgarrante soledad, y no a causa de ellos. Yo también estoy solo, solo hasta en mis huesos, pero tengo la mirada dura.

Ayer fue el día decisivo. Ya no me toleraba más esperas. Cerré la mente a la duda, templé mis fuerzas con sutil artesanía, me envolví en mis vestiduras de soberbia y partí en su busca.

Sabía dónde encontrarlo. Al atardecer, cuando el aire es fino y afelpado los solitarios andan por las plazas. El susurro de parejas ocul-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ultimas ediciones

Johannes Allen: AMOR JOVEN

Es ésta la historia de las primeras experiencias amorosas de una joven danesa de diecisiete años, narradas en primera persona. Una emotiva y dignísima novela, un verdadero *tour de force* de percepción y creación, que será recibida por el público de habla castellana con el mismo entusiasmo y aplauso con que lo fuera en Dinamarca y en los países de lengua inglesa.

Precio: $ 90.—

Antonio Di Benedetto: EL CARIÑO DE LOS TONTOS

El último libro de cuentos del extraordinario autor de *Zama* y de *Grot*, del ilustre novelista mendocino que, aun sin moverse de su lejana y bella ciudad, ha hecho levantarse alrededor de su obra y su nombre un mar de opiniones y controversias.

Precio: $ 68.—

Gregorio Scheines: UN DÍA Y MUCHOS DÍAS

"Yo persigo un fin humano. Yo no tengo ni uso fórmulas o slogans sociales ni estéticos. Si el contenido de un cuento es vivo, llevará un signo social, y si logro darle la forma adecuada, habré alcanzado un fin estético. Creo que las cosas deben contarse con sinceridad y belleza". G. Scheines.

Precio: $ 68.—

Abelardo Castillo: LAS OTRAS PUERTAS

Un libro enraizado a una honda búsqueda de justificaciones humanas: realidad y fantasía lo integran. Un nuevo filón del periodista y dramaturgo Abelardo Castillo.

Precio: $ 68.—

Silvina Bullrich: EL HECHICERO

Un libro aleccionador: la pintura de un personaje que gracias a sus artes de videncia se introduce en las familias y luego vende a precio de oro las confidencias que ha ido arrancando.

Precio: $ 40.—

Osvaldo Seiguerman: LA MUERTE DE UNA DAMA

Esta novela es el corte transversal de un amplio sector de la sociedad argentina: de una juventud desorientada en su rechazo de los valores tradicionales.

Precio: $ 68.—

EDITORIAL GOYANARTE

PARAGUAY 479 Buenos Aires Tel. 31-3694/5163

tas tras el follaje espeso les zumba alrededor, como miles de élitros agitados en vibración simultánea. Hay gritos de niños que remontan barriletes, y matronas de voz suave, deseables aún, que tejen con ojos distraídos. Hay calor, un calor humano difuso, impersonal, que llega en ráfagas aisladas al hombre que, solo en un banco, imita la meditación. La plaza es el hogar del solitario.

Salí a su encuentro. Iba por fin a llevarle el mal. El enemigo de siempre, el temido, el poderoso, el reverenciado, el que de algún modo siempre logró desplazarme entre los hombres. Dios. Pero yo iba hacia él y el mal que le llevaba no era redención sino aniquilamiento.

Tentarlo, corromperlo; ¡y sin embargo cuántas veces había temblado ante él! La perspectiva del enfrentamiento me entibiaba la sangre, los pasos que me conducían a la lucha sonaron resueltos sobre la acera y el atardecer era dulce.

Marché por las calles, ágil y fuerte. En alguna plaza de esta tierra de hombres me aguardaba la liberación. Caminé y tenía deseos de cantar.

Y de pronto, ese júbilo, la tibieza en mi sangre, la dulzura del día, definieron imprevistamente su esencia asumiendo un nombre. El nombre combatido, el nombre renegado. Piedad.

Tengo piedad, me dije. Supe que iba a redimirlo porque él estaba solo entre los hombres que no hablan su lenguaje de absolutos. Supe que lo buscaba por compasión, que mi marcha hacia él involucraba una entrega de hermano. Y mi paso cobarde no se detuvo: prosiguió, al margen de mi volición, rumbo a la plaza. El torrente humano se abría, me señalaba el camino. No pude, no quise desviarme. Era un atardecer dulce y sin prisa en una tierra de hombres y mi sangre corría cálidamente. Por un momento sentí que oscilaba al borde de la nada, más desamparado que un mortal. Traidor, traidor, me gritó mi voz más antigua. Pero los hombres se me apretujaban en torno y sólo me dejaban una ruta angosta que conducía a la plaza. Dulce la tarde, dulce el calor en mi sangre, y en esa tierra que les pertenece sólo los hombres trazan itinerarios. Avancé.

Cuando lo divisé por fin, comprendí que me estaba esperando.

IV

—¿Tú?

—Sí, yo. Vine.

—Viniste... Yo lo anticipaba. Algún día tendrías que venir.

—¿Me esperabas?

—En cierto modo. Aunque ignoraba el cómo, el cuándo. Me pregunto...

—¿Qué?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Dos grandes novelas argentinas por Juan Goyanarte

FARSA

Después de *Lago Argentino,* y luego de la presencia de obras intermedias como *La quemazón, Fin de semana, Campo de hierros, Kilómetro 25,* era de esperar la realización de otra obra de gran envergadura y de alcances universales como lo es aquélla, ya clásica de la literatura argentina. La espera está satisfecha.

Farsa es el escenario y son los personajes de un drama íntimamente americano, de nuestra actual América: la realidad social ha cobrado tal grado de cosa insólita (en decadencia y, por contraste, en altura), que se confunde con trazos de leyenda, y la leyenda es aprovechada con un sentido económico tal, que desfigura el rostro de la belleza. Probos o traidores, decentes o luctuosos, constructores o asesinos: los personajes enfrentan el rostro impasible del drama, que es general. Y el amor, al caer sobre ellos con una fuerza desencadenada, se parece a un alud de corrupción, de miseria y de pena.

¿En dónde cabía semejante acción? En América, en la América al mismo tiempo blanca, indígena y mestiza. No valía la pena aludir a determinado país. Sin pecar de exagerados, acertarán aquellos que descubran en el país de *Farsa* una síntesis de las realidades nacionales de este Continente.

Juan Goyanarte ha dado tiempo y constancia a su obra, es decir, a las necesidades de su oficio; pero además ha ido más allá y, en el sitio de la desgracia o de la desventura, ha puesto la crítica, y en el de la crítica ha colocado la piedad, y en el de la piedad ha hecho erguirse la esperanza. Su estilo eminentemente claro se impone con verdadera naturalidad. *Farsa* ha de perdurar en el recuerdo de todos cuantos se asomen a sus páginas.

Precio: $ 150.–

LAGO ARGENTINO

(5a. edición)

Los orígenes de este libro, que lleva ya cinco ediciones en castellano e incontables en otros idiomas, son bien modestos. El autor estaba haciendo un viaje de veinticinco días a caballo por el extremo norte de Tierra del Fuego, después de haber dejado su automóvil en las orillas del Lago Fagnano. De pronto vio un pequeño cementerio de tablas blancuzcas. Allí yacía la mujer de un estanciero, y estaba también la tumba de un perrito que murió de tristeza al perder a su dueña, y la de la empleada chilena que se había suicidado en las aguas del Canal.

Comenzó a indagar. Impulsado por un espíritu de piadosa curiosidad, descubrió, ya no sólo el paisaje casi insufrible de grandioso de aquellas regiones, sino, sobre todo, vidas humanas, conflictos, haciendas, triunfos, engaños, esperanzas, derrotas, nacimientos y muertes: las cosas del hombre... Tuvo Juan Goyanarte que atravesar dieciocho veces la Cordillera; después, de regreso en Buenos Aires, empezó a escribir un simple cuento inspirado en el trágico episodio de la vida de aquel estanciero; pero los recuerdos fueron atropellándose apenas los invocaba, y el cuento tomó las proporciones de este *Lago Argentino,* la gran novela de la Patagonia.

Precio: $ 150.–

EDITORIAL GOYANARTE

PARAGUAY 479 Buenos Aires Tel. 31-3694/5163

—Nada en especial. Me pregunto por qué ha ocurrido precisamente aquí, precisamente ahora...

Es el mundo, es la tierra, es una plaza de Buenos Aires. Podría haber sido cualquier punto del cosmos. Dos extranjeros de lenguaje vacilante, uno vestido de negro, otro de blanco. Extraño diálogo de interlocutores que se adivinan pero no osan mirarse en los ojos.

—Y sin embargo, una vez te expulsé...

—Es cierto.

—Nunca intentaste volver. ¿Por qué? ¿Me guardabas rencor?

—Por supuesto. Creo que tenía miedo, además. Reverencia. Me parecías tan fuerte, tan inabordable...

—Pero ahora viniste. ¿Ya no te parezco fuerte e inabordable como antes?

—Me pareces solitario.

—Tú también.

—Desde luego, yo también.

Otra pausa. No tienen prisa, no van a ningún lado, no se dirán palabras decisivas. Lo decisivo es que están ahí, que están juntos, diciéndose pequeñeces que aguardaron milenios para ser formuladas.

El del traje blanco vacila un largo momento antes de proseguir:

—Te confieso que... bueno, me defraudó un poco el que no intentaras volver.

—¿Deseabas mi vuelta?

—No sé... No, no puedo decir eso. De todos modos ya nada fue igual después de tu partida. Las cosas se hicieron... no sé cómo decírtelo... demasiado luminosas; herían los ojos. Donde quiera que mirase no encontraba mi vista un refugio de sombra, uno de esos claroscuros que enmarcan la luz y le dan relieve. Hasta estéticamente, ¿comprendes? Los pintores...

—Sí, los pintores necesitan la sombra para realzar sus motivos.

—Es tremenda la luz absoluta: enceguece. Sin puntos de contraste los ojos ya no la distinguen del negror total.

—Lo sé, lo sé; conozco el negror total. Nada se diferencia, todo da lo mismo, resulta...

——...aplastante. ¿Era lo que ibas a decir?

—Sí, aplastante.

Nuevo silencio. Bajo los pies de los transeúntes cruje el sendero. La noche coquetea con el atardecer. Han desaparecido los niños que remontaban cometas y las matronas que tejían. En cambio el susurro de los enamorados recrudeció y se dilata en torno: es como si habitasen los dos el corazón de un enjambre.

—¿Por qué te gustan las plazas?

—No sé; en algún sitio hay que estar, ¿no te parece? Los hombres me desean pero mi presencia los fatiga pronto.

—Sí, yo sé, a mí me ocurre lo mismo. Sólo que nunca busqué las plazas.

—Me imagino. Te refugias en esos lugares que la gente llama antros del vicio. ¿Te divierten?

—No. Me hastían.

—A mí tampoco me divierten las plazas.

Sólo entonces se miran en los ojos. Intercambian una sonrisa incierta, cohibida: la primera.

—¿Marchamos un poco?

—Sí.

Se levantan, cruzan la plaza, entran por una calle. La multitud es tan densa que se toman del brazo para no perderse. Los hombres se apresuran, el cansancio del día los empuja a sus casas, al calor de sus mujeres, a la risa fresca de sus novias, a la alcoba de sus amantes. Dos individuos sobre una tierra de hombres, en una ciudad de hombres. Ni jóvenes ni viejos, sólo su mirada es extrañamente antigua. Pero nadie se fija en su mirada, ni en sus trajes grises de corte convencional: son como todo el mundo.

—¿Por dónde quieres que vayamos?

—Tanto da.

Se mezclan al caudal humano, se confunden con él. Su paso se ajusta a la cadencia de los otros pasos. Ya nada los distingue. Corrientes, de aspecto borroso: se diría dos viajantes de comercio, hartos de rutas siempre repetidas, que ansían llegar al fin a su vasto, vasto hogar. Donde tal vez los aguarde también a ellos —¿por qué no?— el calor de un cuerpo amigo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FERNANDO DE ELIZALDE

El nudo

Era cuestión de resolverse y hacer bien las cosas, evitando riesgos inútiles, de modo de cortar de una vez con aquella gente. Eligió sin apremio el hotel que le serviría de refugio, en un pueblo a treinta kilómetros de la capital. La ventana del cuarto que reservó, se abría sobre el tejado de la casa lindera; descolgándose desde allí, un hombre podía sin dificutad ganar la calle del fondo en caso de necesidad. Por útimo, el dueño y su esposa, que atendían alternadamente el mostrador de la administración, no facilitaban datos de los clientes a extraños. Estas eran precauciones excesivas; los otros no tenían medios de dar con él, a lo sumo vigilarían un tiempo los lugares que solía frecuentar, donde encontraba a las mujeres que lo trataban despectivamente, repitiendo a sus expensas lo que les veían hacer a los demás.

Al día siguiente de ocupar la habitación del hotel, leyó en los diarios la noticia de la detención del compañero. Lo denunció para obligarse a tomar esa determinación: ahora no había posibilidad de arrepentirse y volver atrás. En realidad no le costaría ningún esfuerzo relegar en el fondo oscuro de la memoria sus antiguas costumbres y las imágenes que las rodeaban: la tranquilidad sólo aparente de esos hombres; la taimadez de los rostros; las miradas solapadas; los términos hirientes que le dirigían; las sonrisas a un lado de las bocas cuando le hablaban. El tenía voluntad de decencia; esto no lo entendían ellos y por eso lo humillaban.

La primera semana no salió del hotel. Se despertaba antes del amanecer; observaba las brumas que se esfumaban en el vidrio de la ventana y el día que a continuación se levantaba ante sus ojos. Con él pasaría eso mismo. Sabía que iba hacia la claridad. A fin de obtener en su nueva vida la necesaria confianza en sí mismo y en los demás, se esforzó en desatender las pisadas y las voces que provenían del corredor; abandonó la pistola en el cajón de la mesa de luz y no la volvió a mirar. Y esperó.

Durante esas horas de inactividad recordó fragmentos de su existencia. Su hermano siempre sostuvo que había que acercarse a los sitios en los que afluía el dinero. No cejó hasta lograr lo que quería. Eran casi muchachos cuando se trasladaron a la capital que se extendía como un pulpo voraz junto al río. Al principio compartieron una habitación con varios desconocidos en el inquilinato que subsistía en el

barrio comercial y progresista. Después su hermano se mudó a otra pieza con un mujer y él se quedó con los demás. En esa época él conoció momentos de verdadero placer; en los días de sol los vecinos se reunían en el patio, bajo la parra que filtraba luces y sombras sobre las caras. El viejo pescador participaba invariablemente en aquellas tertulias y no perdía oportunidad de repetir que nada valía tanto como una conciencia tranquila, en apoyo de lo cual relataba interminables anécdotas que a él le gustaba escuchar.

Distante, impenetrable, su hermano no se mezclaba con los demás. Sólo en una ocasión se arrimó al grupo formado en el patio. El pescador narraba el caso de un delincuente que había caído en manos de la justicia, pagando el precio de sus faltas con la condena que le tocaba. Una expresión de desagrado marcó las facciones de su hermano no bien oyó las primeras palabras. Bruscamente interrumpió al que hablaba: "Déjese de zonceras, che. Todos nacimos para bacán. Lo que pasa es que a algunos no les da el cuero para hacer lo que quieren— ésos son los que se desahogan hablando, como las mujeres". Miró a los presentes a los ojos, uno por uno; después escupió. Al ver que nadie reaccionaba, rio estrepitosamente. La hilaridad cesó de pronto, como se había iniciado. Acto seguido se retiró despacio, cadencioso, sin dicha en la cara, arrastrando los pies al final de los pasos medidos. A su hermano le gustaba desconcertar y su sola proximidad helaba la alegría de la gente. Poco después de esa escena se fueron a vivir a otro barrio.

Al término de aquella primera semana de encierro, nada indicaba que los otros estuviesen sobre su pista y esto lo indujo a abandonar las precauciones adoptadas. La mañana de sol anunciaba un día radiante y salió a la calle. Recorrió el centro del pueblo; se detuvo frente a los escaparates, estudiando de reojo la manera como se comportaban los que vivían sin temor. Los días siguientes fue al mercado a la hora de mayor afluencia de gente; no lo sobresaltaron las miradas que se fijaban en él, ni los objetos agudos que le rozaban la espalda. Poco a poco dejó de ver enemigos en todas partes y comenzó a observar el mundo con otros ojos.

Por las tardes concurrió a una confitería, cerca de la estación. Las mesas tenían manteles del mismo color que las cortinas; flores artificiales adornaban los vasos de metal. Los parroquianos no se crispaban con una puerta que se abría de golpe o con una silla empujada en forma ruidosa. Ahí la conoció a María. Tenía la piel morena; la cara traslucía mansedumbre y no dejaba oír la voz sino cuando le exigían una respuesta los que se hallaban a su lado. Aun así, antes de contestar centraba la mirada en un objeto cercano, tratando de que sus

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

palabras no llegasen más allá de la mesa que ocupaba. Supo cómo se llamaba porque los padres la nombraron en un tono alto que extrañaba los espacios abiertos al aire libre. Los ojos de él se clavaron en los de ella varias veces y la joven no volvió a levantar la cabeza en su dirección. Los padres hablaban de los trámites que realizaban para la escritura de una chacra y de las compras que efectuaban en las tiendas del pueblo.

El sintió que su existencia se ligaba a esa muchacha campesina. Por ella se redimiría en el trabajo de la tierra que abría surcos de esperanza. Un día le diría que su vida comenzó en el momento en que la vio. María lo comprendería y no le haría preguntas. No faltó ni una tarde a esa cita; la madre era la única que sonreía ante la insistencia de ese joven pálido y bien vestido que no apartaba la vista de ellos.

En el hotel la puerta del cuarto permanecía sin llave; una noche arrojó la pistola a un terreno baldío. La completa tranquilidad que se posesionó de él le dio conciencia de que le faltaba algo por hacer; ni una sombra del pasado debía amenazar a la mujer que amaba.

A la hora de la siesta, tirado de espaldas en la cama, veía desarrollarse ante sus ojos entreabiertos una escena que siempre se repetía. En una calle se agitaba un grupo enardecido de gente; él extendía los brazos, imponiendo silencio, y vertía palabras que cambiaban en compasión el rencor de los corazones. En los labios de la multitud se elevaba un clamor, pidiéndole que hiciese llegar a todos su voz de concordia y entendimiento.

Una mañana tomó la determinación. Bajó a la cabina del teléfono y discó el número. La voz bronca del que lo atendió se hizo más controlada al reconocerlo. Pidió hablar con su hermano y le respondieron que aguardase. Oyó los pasos que se alejaban, sin alterar el ritmo que no consentía apuro. Su hermano no acudiría, nunca hablaba por teléfono. Pero desde ese momento las cosas quedarían planteadas claramente. Los pasos volvieron: su hermano lo quería ver. El dio la dirección del hotel. El otro deletreó las palabras que anotaba y le dijo que lo irían a buscar.

Al final de la tarde estarían allí, antes no. Preferían actuar con poca luz. Salió del hotel y eligió una dirección distinta a la habitual. Seguido por el griterío de los chicos que jugaban, llegó a las afueras, donde el caserío raleaba. Ellos no entenderían la causa de ese llamado: lo trataban con menosprecio; lo llamaban "Chiquito". Su hermano fue el autor del sobrenombre. No iban a creer que los desafiaba a todos; tampoco supondrían que les tendería una trampa. Seguramente su hermano sería el más desconcertado.

Las impresiones le llegaban veladas; no sentía el contorno. Al

mirar el reloj, se dio cuenta que se le había hecho tarde para almorzar. Entró a una fonda y dejó pasar el tiempo.

De regreso al hotel avisó que lo irían a buscar. En su cuarto pensó en María. Una ola de emoción lo invadió. Ella le perdonaría aquella tarde de ausencia cuando se enterase de lo que hacía por su amor.

El teléfono interno sonó cuando la oscuridad empezaba a insinuarse. Unas personas preguntaban por él. Pidió que las hiciesen subir. Se arrojó de la cama, encendió la luz, se puso en mangas de camisa y abrió la puerta que daba al corredor. Su actitud trasuntaba confianza. Se peinó con gestos pausados, dando la espalda al lugar por el que ellos aparecerían. Dos hombres encuadraron la puerta; miraron dentro del cuarto y se quedaron parados, en postura recelosa. Los observó por el espejo del ropero ante el cual se encontraba. Un tercer hombre estaría abajo, en previsión de cualquier sorpresa.

Se volvió y los saludó. Les rogó que le alcanzasen el saco que había dejado sobre la cama. Comprobarían que tampoco allí ocultaba armas. Uno de ellos se corrió hasta el lugar indicado, sin quitarle los ojos de encima; palpó el saco y lo dejó con indiferencia en una silla próxima a él.

Les probaría que existían muchas maneras de tener valor. Salió de la habitación caminando adelante y descendieron la escalera. En la planta baja se les unió un tercer hombre. El dueño del hotel lo miró con inquietud desde el mostrador, él le dirigió un saludo amistoso en el momento de trasponer la puerta giratoria.

En la calle no había ningún auto. No les hizo preguntas: lo hubiesen dejado sin respuesta. Era la enseñanza de su hermano. Agrandar las cosas, rodearlas de un misterio mezquino y sucio.

A la vuelta de la esquina estaba el coche. El conductor aguardaba en el volante, con el motor en marcha. Arrancaron sin despegar los labios. Las casas desfilaron velozmente por las ventanillas bajo la luz vaga del anochecer. Afuera también pesaba el silencio. El sintió piedad por esos hombres y comenzó a hablarles. Al principio lentamente, después con rapidez. Les dijo que había descubierto el sosiego que se obtiene con el trabajo en la tierra; cómo por una mujer comprendió que no debía arrastrar un pasado que empañaba la bondad que había en el mundo.

Las palabras golpeaban sin eco contra sus acompañantes. La admiración por su hermano los cegaba. El resto del viaje se mantuvo callado. Al fin el coche se detuvo frente a la casa del suburbio. Bajaron y la puerta se abrió al primer llamado, dejando espacio para que pasasen de a uno. Hubo un conciliábulo; alguien murmuró "Al fondo". Allí se hallaba el cuarto de juego, donde trataban los asuntos reservados.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Se sintió un extraño entre esa gente y tuvo orgullo de eso. María lo separaba de ellos. Al avanzar pensó que era fácil no tener miedo. Sabía que María lo aguardaría al final de las tardes, bajo el sol poniente que teñiría las nubes.

Estaba encendida solamente la luz de la mesa del centro, sobre la carpeta verde, que dejaba el resto en penumbra. Adivinó a su hermano apoyado contra la pared. La brasa del cigarrillo se destacaba en la oscuridad. Había otro hombre a su lado. El se adelantó hasta la mesa iluminada, con los brazos separados del cuerpo. La brasa del cigarrillo cobró intensidad. La puerta se cerró tras el último de los hombres que entró.

—Vengo a decirte que voy a cambiar de vida —comenzó él.

Los disparos atajaron su voz. Al caer, una silla lo retuvo un instante. Abrió los ojos y vio la nube gris que envolvía la lámpara en oleadas sucesivas. Una nube sin brillo de sol crepuscular. María lo esperaba más allá, en el umbral de la felicidad.

Y sonrió.



"EL LIBRO ES LA CREACION QUE MAS BENEFICIA A LA HUMANIDAD"
— PROPAGARLO ES NUESTRO FIN

PERIÓDICO BIMESTRAL DEDICADO
ESPECIALMENTE A LA PROPAGACIÓN DEL LIBRO

DIRECTOR: **PEDRO RODRÍGUEZ SÁNCHEZ**

Letras — Doctrina — Reportajes — Informaciones
— Comentarios de libros — Cartel de bibliografía
Suscripción anual: $ 30.— moneda argentina

DIRECCIÓN: PERÚ 127 - BUENOS AIRES - ARGENTINA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El barrilete

Mi maestra dice que soy un mentiroso, que siempre estoy inventando cosas. ¿Qué culpa tengo yo, si lo que digo es la verdad?... Pero me doy cuenta que las personas mayores no hacen mucho caso de un chico como yo o como Juancito. Por eso, un día, cuando le dije a la señorita Susana, que es mi maestra, que yo tenía un barrilete mágico, primero me miró con una sonrisa y después con un poco de fastidio. Y me dijo que ya era bastante grande, que debía dejar de decir mentiras, que tenía que ser ejemplo para los demás chicos, y no me acuerdo cuántas cosas más.

Yo no tengo la culpa de haber tenido un barrilete mágico. ¿Ustedes nunca tuvieron uno?... ¡Qué lástima!... ¡El mío era tan lindo!... Cuando se remontaba alto, alto en el cielo, parecía una estrella verdadera. Era entonces que yo le pedía cosas y el barrilete me las concedía. Por ejemplo, aquella vez que estábamos Juancito y yo, y le aposté a que si pedía al barrilete una mariposa de oro, la conseguiría. Y no había terminado de decirlo, cuando llegó volando y se posó sobre mi mano, esa mariposa grandota, de oro, oro verdadero, esa que mamá llevó a la comisaría diciendo que era una joya perdida hallada por nosotros. Y no me quisieron creer cuando les dije que había llegado volando, que me la había dado el barrilete, que no era una alhaja. Por eso, desde entonces no volví a hablar de él.

El único que sabe de todas estas cosas es Juancito, el hijo de doña Cristobalina, que vive una cuadra más allá de la panadería. Con él, siempre nos íbamos con nuestro... con mi barrilete, a remontarlo en los campos que se extienden hasta los canales en los que muchas veces nos bañábamos, durante el verano. Claro, todas estas escapadas podíamos hacerlas cuando no nos veía Ramón Parral, mi padrastro, que siempre llegaba borracho y se la agarraba conmigo. Me odiaba, seguro. No sé por qué, pero me odiaba. "Vago —me decía—, será mejor que vayas a trabajar!"... Y ¡zas!, me largaba un cachetazo. Yo ya había aprendido a esquivarlo, pero algunas veces acertaba. Y cuando estaban todos acostados, saltaba por la ventana que da al patio de tierra apisonada, y corría a tenderme sobre el pasto, duro, cortante, del campo. Ahí, solo, lloraba; no sé bien por qué, pero lloraba. Y bueno, bah, uno también puede llorar a veces, ¿no es cierto?...

Un día, me acuerdo, en que estaba así, con la cara contra la tierra, llegó Juancito y me dijo: "Che, ¿qué te pasa?... ¡Estás llorando! ¡No

seas mujercita!"... Y entonces yo, que tenía una rabia tremenda y aún me ardía la cara por los golpes que me acertara Ramón Parral, me levanté de un salto y le di una paliza terrible a mi amigo. Después le pedí disculpas; claro, ¡qué culpa tenía él!... Pero no tenía por qué haberme dicho nada...

Ahora ya no está más mi padrastro, pero yo tampoco tengo mi barrilete. Y no quiero construir otro; no saldría tan bien como aquél y, además, estoy seguro que ya no sería mágico. Dicen que mi padrastro se fue, sin decir nada, a correr caminos. Todo el mundo, en el barrio, no habla de otra cosa; ahí está doña Amancia, que es gorda y buena y siempre me regala una carasucia cuando voy a comprar el pan, que me da un pellizco en la cara y me pregunta si no sabemos nada de Ramón Parral. Y después, moviendo la cabeza, dice: "¡Ese atorrante se mandó mudar vaya a saber dónde!... ¡Borracho de porquería! ¡En vez de trabajar y cuidar de su pobre mujer y esta criatura!... ¡Así son, así son!..." Claro, yo no le puedo decir lo que realmente sucedió, aunque, a veces, tengo una ganas bárbaras de hacerlo. Pero no me va a creer, ya lo estoy viendo. Juancito sabe pero, sin decirnos nada, hemos resuelto no hablar más del asunto.

Fue una cosa de lo más rara. Díganme, ustedes creen que un barrilete... Pero, bueno, mejor que les cuente todo... Resulta que hace dos semanas, aprovechando esos días de mucho viento, después de comer íbamos Juancito y yo al campo cercano a los tajamares, a remontarlo. ¡Nos divertíamos en forma!... Y al final de cuentas, no hacíamos daño a nadie. Pero un sábado, parece que mi padrastro espió cuando yo saltaba la ventana y corría a encontrarme con mi amigo, y nos siguió. Nosotros, sin mirar atrás, estábamos embobados mirando el barrilete, que bailaba alto, altísimo en el cielo; y justo cuando pasaba el tren para Galván, pitando y jadeando, y nosotros levantábamos la mano saludando a los que iban al balneario, siento en la cara un terrible golpe que me tira al suelo. Juancito dio un salto y disparó como cien metros... Bueno, bah, no tanto... Pero se puso lejos de la mano de mi padrastro que, mientras me insultaba, se sacaba el cinto para pegarme. Yo vi que el ovillo de mi barrilete se desenrollaba rápidamente, y tiré el manotón para salvarlo; Ramón Parral levantó el cinto y me lo dio en la cara, pero se enredó las piernas en el hilo. Y entonces yo, gritando de rabia y dolor, sin darme cuenta dije: "¡Ojalá que te lleve el viento, que no vuelvas nunca más!..." y aunque no lo quieran creer, el barrilete dio un tirón, mi padrastro cayó al suelo, otro tirón más, y cuando nos quisimos acordar, lo oíamos gritar como a seis metros de altura, cabeza abajo, enredadas las piernas en el hilo del barrilete. Juancito y yo mirábamos con la boca abierta, sin saber

La ficción y la vida

Winston Graham: MARNIE

La historia de Marnie es no sólo el suspenso elevado a su más bello nivel de virtuosismo literario; la hermosa Marnie, complicada en un torbellino de robos, rapto y sexualidad, pasa por los distintos universos de sus transfiguraciones, siempre enigmática, siempre torturada por sus extrañas obsesiones. Frente a la última versión de esta mujer ubicua, se juega el infinito capital de su amor en una única y definitiva actitud. Alfred Hitchcock está actualmente dirigiendo *Marnie*.

Precio: $ 90.–

Guy des Cars: ESA EXTRAÑA TERNURA

Es la historia de una aberración. He aquí un triple movimiento de pasiones: un hombre, un adolescente y una mujer. Guy des Cars, en la cumbre de su ingenio y de su maestría, se aboca con decisión a las características del amor equívoco, y eleva a éste a una categoría casi sublime.

Precio: $ 98.–

Pamela Moore: PALOMAS EN SAN MARCOS

Después de su genial novela *Chocolates for breakfast*, Pamela Moore ha trabajado durante cuatro años para lograr este profundo estudio novelado sobre los alrededores de la plaza San Marcos, que se transforma en el barrio más pintoresco de Nueva York con su invasión de los contingentes que desertan de Greenwich Village.

Precio: $ 120.–

Pilar de Lusarreta: POTRO BLANCO

No es ésta una novela de suspenso, pero toda ella tiene el temblor de un equilibrio peligroso entre la moral consagrada y el sentimiento del protagonista, elegido por la fatalidad para un puro sentir amoroso sin trabas de condición, tiempo ni sexo. Una prosa simple y noble.

Precio: $ 68.–

Ana O'Neill: CUENTOS QUIETOS

La autora es una enamorada del ser humano, y conoce sus abismos y sus cumbres. Ana O'Neill domina su materia con una seguridad que solamente puede provenir del largo camino que ha debido recorrer para llegar a ser dueña del sentido de la síntesis que campea en este libro admirable, en este admirable conjunto de cuentos.

Precio: $ 68.–

EDITORIAL GOYANARTE

PARAGUAY 479 Buenos Aires Tel. 31-8694/5163

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

qué hacer, mientras el barrilete se iba más y más alto, derivando rápidamente hacia el mar. Juancito gritó: "¡Se lo lleva, se lo lleva!..." Y los dos, sin decir nada más, nos pusimos a correr como locos por el campo, detrás del barrilete y mi padrastro, que se veían cada vez más altos, más lejanos, hasta que llegamos a un canal que nos cortó el paso.

Ahí nos detuvimos, la cara roja, jadeantes, zumbándonos los oídos, mirando espantados los dos puntitos que apenas se veían ya contra el cielo, hasta que desaparecieron.

Estuvimos allí un rato largo, no sé cuánto. Después, quise correr a decirle a mamá lo que había pasado. Pero Juancito tuvo razón. "No te va a creer", me dijo. Y era cierto: ¿cómo iba a creer que el barrilete se había llevado a mi padrastro?... Eso no sucede nunca, a menos que sea cosa de magia... ¡Pero es que mi barrilete era mágico, de veras, de veras! Y no siéndolo, ¿cómo pudo suceder aquello?... Por eso, cuando algún vecino me pide noticias de Ramón Parral, le digo que no sé nada, que nos parece se fue a correr caminos.

Y a mi maestra, que a veces me pregunta por "tu famoso barrilete mágico"... le digo que barriletes así no existen. Y entonces, sonriendo y acariciándome la cara, me contesta que así es y que se alegra que no diga mentiras. No se da cuenta que lo que le estoy diciendo entonces es una mentira gorda como doña Amancia; y que no me queda más remedio que contestarle de esa manera, ya que la verdad —que, como les he contado, es que tuve un barrilete mágico—, no la cree...

4 libros de excepción

Miguel Ángel Asturias: EL ALHAJADITO

El alhajadito es un niño sumergido en el trasmundo formado por el habla legendaria de las gentes: ese universo de su casona, de donde se han ido todos sus antepasados, violentamente pagano y sacrílego si se quiere, por la sustitución, en el altar, de Cristo por el Mal Ladrón; ese viaje realizado por el niño en busca de otro barco fantasma; y, al final, la pobreza vergonzante de su familia, la presencia de esas dos mujeres de las que el infante no sabe cuál es su madre: todo hace de este libro una obra de realidades infantiles que, como todas las realidades de los niños, no pasan de sueños mágicos.

Precio: $ 90.—

Alicia Jurado: EL ÁNGEL Y LOS HIERROS

El amor por un hombre, doloroso y frustrado durante el tiempo que dura el relato, podría parecer el tema principal de la novela, porque toda la acción gira en torno a él; sin embargo, el problema religioso es quizá el más importante, ya que, aunque no dirige los actos, transforma la psicología.

Precio: $ 68.—

James A. Michener: EL PUENTE DE ANDAU

Un libro flamígero, como que nació de las llamas. La tragedia de Hungría, narrada por una pluma dinámica, ágil, apasionada. El clima y la atmósfera de que se vale Michener son los de un infierno tanto más doloroso cuanto terrenal.

Precio: $ 120.—

Michèle Saint-Lô: CORAZÓN LOCO

Corazón loco se abre como una flor de desventura que, sin embargo, trajo al mundo la materia esencial de la existencia: el amor. He aquí la historia de un corazón enardecido. Todo lo amó: el amigo, la amante, el arte, la vida en sí. Y de cuanto amó extrajo solamente el conocimiento de las tormentas humanas no sometidas a ninguna ley, a ningún consuelo.

Precio: $ 90.—

EDITORIAL GOYANARTE

PARAGUAY 479 Buenos Aires Tel. 31-3694/5163

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El matrimonio Vil

LEVÁNTESE, señor Vil. ¡Por el amor de Dios! ¿Cree usted que tenemos tiempo que perder?

Burno tiró de la colcha pero quedaba la sábana. Tiró también de la sábana. El señor Vil, encogido como un mendigo, apareció inmóvil, con los ojos cerrados.

—Voy, voy —dijo. Y se deslizó por la cama.

—Lo espero afuera —dijo Burno.

Afuera llovía, pero la casa lo soportaba todo: el empuje, la persuasión, la cristalinidad de la lluvia, su fragancia a la vez pervertida e inocente... Burno se puso a pensar con las manos en la cabeza para defenderse del agua.

—Es lamentable, está lloviendo, Vil, lloviendo —gritó Burno desde el patio.

—Me lo imaginaba —respondió desde la habitación Vil.

Hubo un silencio.

—Voy por los pantalones —gritó Vil—. ¡Ya estoy!

—Cuidado, cuidado con desmayarse, señor Vil —dijo Burno mientras entraba.

—Estaba pensando en eso, justamente: cuidado con desmayarme.

La mujer dio un salto en el lecho, dormida. Vil se sobresaltó. Burno, entretanto, estiró las manos hacia las cortinas para descorrerlas. El cielo estaba sucio, helado, a lo lejos. Algunas ramas, desde fuera, llegaban a la altura de la ventana. Burno bostezó.

—Eres un pedazo de pan, Burno —dijo Vil.

—Pero hemos perdido la tarde.

—Bien. Pero eres un pedazo de pan.

—Sí, lo soy, lo soy, lo soy.

—Ayúdame, entonces.

—No.

—Entonces, deja que te ayude.

—No.

—Que te aconseje, por lo menos.

—No.

—Floreceremos, ¡verás!

La mujer de Vil se quejó ruidosamente desde el sueño. Una última claridad se entregaba en su negro cabello. Burno y Vil la miraron con impasible dulzura. La lluvia había cesado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Me cuesta desprenderme, Burno, créeme. Me cuesta separarme de mi mujer. Partiré, está bien. Pero eso no es todo. ¡Ah, si nos quedara alguna religión en el mundo!

Vil se sentó en el borde de la cama y estiró un brazo. Tomó una revista, se puso a leer, la dejó, luego avanzó hasta el ropero y echó una mirada a la ropa. Ordenó las corbatas. Se sintió de pronto feliz. Tenía deseos de dar saltitos como para consumir la encarnada energía de sus mejillas. Echó otra mirada a las corbatas. Vio a su mujer arropada como una momia. Le puso el sobretodo encima. Burno había salido. La lluvia comenzó de nuevo, pero Vil no podía escucharla, semidormido ahora sobre el escritorio bajo una lámpara impresionante. Sin embargo, en seguida despertó. Le dolía la cabeza de pájaro. Por un par de minutos vio flotar en el aire el silencio. Tal vez no fuese el silencio, sino algo más silencioso: ese silencio que suele estar por debajo del silencio mismo, esa especie de soledad subyacente del silencio.

—No volvamos atrás, Vil —dijo Burno mientras entraba.

—Creo que no.

—Tu madre te lo ordena, Margarita está dispuesta a romper...

—Intentemos dormir. Nada más fuerte que el sueño podemos oponer a esto.

—¡Dormir!

Burno salió.

"Por la mañana será más fácil —pensó Vil—, el corazón está descansado, menos comprometido con las cosas, más mecanizado." Pensó dar el golpe, lanzarse, lanzarse de una vez ante el estupor de su mujer y el estupor de Burno, pasar entre esos dos estupores. Sin embargo (y lo sabía muy bien, muy bien), ¿no había acaso en toda esa espesa bóveda cerrada la filtración de un pequeño rayo de luz? ¿Había observado bien? "¡Mi sobrina Esther!", gritó de pronto. "¡Ella me salvará!" "Sobrina Esther, adelante con tu viaje." "Salir a caminar contigo un domingo, entre el vapor de la ciudad y tu perfume."

Vil levantó la cabeza. Burno acababa de entrar nuevamente en la habitación, semidormido, con su grueso pantalón de dormir y el sobretodo azul sobre los hombros.

—Mi querido Vil —dijo Burno—, quiero recordarle que esta situación se prolonga indefinidamente. Esto lo perjudica. Usted terminará por olvidar que su mujer está dispuesta a obedecer, que su matrimonio está roto y que yo he entrado angelicalmente en él para conservar las pocas flores que aún podrían salvarse de la vida de Margarita. Entonces usted será nada, prácticamente. Absolutamente nada: un sonámbulo pernicioso, quizá. ¿No lo ve claramente?

En la calle sonaron algunos tambores. La ciudad comenzaba a despertar. Eran las cuatro. Volvió a llover otro poco, después paró.

—Burno, podríamos conspirar...

—¿Conspirar? ¿Contra quién?

—Contra la potestad de mi madre, por ejemplo.

Burno lanzó una carcajada. La mujer despertó. Se sentó en la cama, se restregó los ojos con las manos blancas y pálidas y le sonrió al espejo del ropero.

—Vil habla de conspirar —dijo Burno.

—No hemos avanzado un paso —respondió Margarita, que tiritaba entre blancas muselinas—. Mi querido Vil, te cedo el lecho. Duerme un poco, te hace falta. Luego despiertas, avanzas por el corredor, llegas a las habitaciones de tu madre, y te quedas allí. Para siempre. Ella nos obliga. Ella te arrastra. Ella nos impuso a Burno. Ella quiere recuperarte. Nuestro matrimonio está terminado. Vuelve a su regazo, Vil.

Entretanto, había aclarado bastante. Por la ventana se filtraba el cielo monótono, agujereado por las ramas. No hubiera sido extraño para Vil ver pasar frente a la ventana algún barco. La presión del aire contra los vidrios parecía capaz de hacerlos estallar. Los tres bebieron otro poco de agua. El nuevo día parecía imposible de ser soportado. Vil, sin embargo, se animó un poco bajo el sortilegio de los rayos de luz en la palma tirante de su mano. Quiso reflexionar. Admitió la inclusión de la casualidad en los planes de su vida. Se dijo: "las cosas suceden sin nosotros, sólo que a veces suceden con objetos de los que nos habíamos adueñado neciamente".

—Al comedor —indicó Margarita, erguida y frágil.

Burno abrió la puerta de comunicación y penetró en el iluminado ambiente. Detrás marcharon Vil y Margarita.

—El último desayuno —gimió Vil.

Burno lanzó su segunda carcajada del día, la mujer no supo qué decir y levantó la cabeza como quien trata de mirar sobre el horizonte de un paisaje.

Por la puerta del patio entraron dos criados, sin llamar. Se quedaron bajo el dintel, rígidos, vestidos de sucio blanco antiguo, esperando órdenes. En sus ojos pasados de sueño el día trataba vanamente de entrar. Vil les echó una mirada celestial, compadecido. Ellos le contestaron a su vez, sonriendo levemente.

—Pasen, pasen —dijo Vil.

—Adelante, queridos —agregó Margarita—. ¿Pero por qué no entran? ¿Tanto les duelen nuestras cosas?

Los criados entraron y se sentaron. Vil estiró una mano hacia ellos.

—Señor Vil —dijo uno—, permítanos ponernos de su parte. Él y yo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Operativo CELOFAN

Pro-Abaratamiento del Libro de Gran Calidad

5 obras por $ 180 m/n

GUY DES CARS: **El castillo de la judía.**
JOCELYN BROOKE: **El chivo emisario.**
JOHN SECONDARI: **La fuente del deseo** (3 monedas en la fuente).
ELISABETH CH. WEBSTER: **Ceremonia de inocencia.**

y un LIBRO ARGENTINO:

Potro Blanco de PILAR DE LUSARRETA o el último libro del autor de **No:**

Qwertyuiop (Teatro) de DALMIRO SAENZ.

Todo por sólo $ 180 EN TOTAL

En todas las buenas librerías y quioscos

EDITORIAL GOYANARTE — Paraguay 479
T. E. 31 - 3694/5163

Adjunto $ 180 m/n. para el envío de los 5 libros ofrecidos, LIBRE de flete.
Ruégoles me remitan también vuestro CATÁLOGO GENERAL y las condiciones para VENTAS A CRÉDITO.

Nombre .....
Dirección .....
Localidad .....

(dijo señalando a su compañero, que, cabizbajo, se esforzaba por contener el sufrimiento en las márgenes de la educación y la sobriedad) consideramos oportuno presentarle nuestro íntimo apoyo.

—Señores criados —dijo Burno, poniéndose de pie—, anteanoche no nos han dejado ustedes dormir con sus lamentaciones destinadas a desatar la batalla general en la casa. Esto cansa. Y relaja.

Los criados se estremecieron.

—No los torture —dijo Vil a Burno.

Burno suspiró en el silencio. Entretanto, Margarita sirvió café, paseó los ojos por la despoblada serenidad invernal de un recuerdo fugaz, y analizó las condiciones de la batalla, esa batalla incompatible con la leyenda, el oro, el encaje y la inflorescencia de su noviazgo, en otro tiempo.

Se frotó las manos, miró a Vil con ternura y alisó sus cejas, súbitamente encrespadas.

Salió el sol. Los cinco sonrieron sin mirarse. Vil, que ya había sorbido su café, se puso de pie. Echó una mirada a sus lentes. Los tomó. Avanzó dos pasos. Abrió la ventana: era miércoles. Dijo:

—Gracias, gracias, queridos míos. Criados como ustedes no se volverán a encontrar en todo el mundo. Créanme. Pero estoy abatido, muy abatido. Sin entusiasmo... Con sólo decirles que acabo de enterarme de la llegada de mi sobrina, que luchará a mi lado, y ni eso me alegra ya.

—¡Vil —gritó la mujer—, no seas infantil, no digas tonterías! Todos le temblamos a tu madre. Ella quiere que te separes de mí y regreses. ¡Bien lo sabes!

—¿Tú apenas cuentas, entonces?

—Pero yo sí, Vil —dijo Burno.

—Lo comprendo —agregó un criado.

—¿Qué es lo que usted dice comprender, señor? —interrogó Burno, poniéndose de pie.

—Esta porquería...

—¡Fuera, perritos! —les gritó Burno a los sirvientes.

Los criados ni se movieron.

—¡Fuera, fuera, fuera!

Los criados ni se movieron.

—¡Fuera!

—Vengan, amigos, hacia mí —dijo Vil—. Y nadie hable. Todas las palabras hieren. Nadie hable, ¿me oyen? No quiero oírlos más.

Los criados fueron hacia él. Vil los palmeó desde su butaca de cuero rojo, les ofreció té, que ellos rehusaron, les sonrió varias veces. Luego les preguntó:

—¿Qué creen?

—Que hay una conjuración contra usted. Que lo engañan.

—No, no me engañan. No es fácil.

—Señor Burno —dijo un sirviente—, sea franco. Confiese.

—No, Burno es fiel —respondió Vil.

—Vil —dijo Burno—, usted sabe perfectamente que su matrimonio no puede sostenerse.

—No, Burno, no se esfuerce. Usted es incapaz de creerlo.

—Confiese, señora —agregó por fin un criado—. ¿Es cierto que el señor Vil ha sido emplazado por su madre a abandonar esto?

—Burno —dijo Margarita—, no lo creía a usted capaz de decir semejante inexactitud. Decir que este matrimonio tambalea sería como no creer ya en nada, en absolutamente nada.

—Confiesen ahora ustedes —dijo Vil a los criados—. ¿Qué ven? ¿Qué han podido observar?

—¿Observar? Nada.

Vil suspiró largamente.

—Regrese, señor Vil, deles una lección. Su adorada madre es un ángel.

—La lección ya está dada por estos ojos míos —repuso acompasadamente Vil mientras se frotaba una mano con la otra y sentía que la claridad del día (ahora total) podía apoyar clamorosamente sus palabras.

—Más vale así.

—Yo soy un estratega —continuó Vil—. Cuando llegue el momento no sé si no me echaré por el balcón a la multitud como una flor marchitada a los pies del gremio de jardineros...

Se levantó, pasó al dormitorio, se echó en la cama y se cubrió los ojos. Luego abrió los brazos. Estaba contento como un verano bajo la lluvia. Pero pronto se estremeció de nuevo, como si hubiesen llamado a la puerta de su letargo. Los criados habían acudido a ambos lados del lecho y empezaron a sobarle las manos. Margarita, que acababa de penetrar en el cuarto, echó una mirada a la frente de Vil, invadida ahora por toda la claridad. Burno iba y venía por el espacio libre de la sala, lamentándose en voz alta.

La mañana tomó toda su fuerza y la echó sobre el cuarto por la ventana entreabierta. Un día de ceniza, ligero y desconsolado, siguió filtrándose después, lentamente, a través de los minutos. Vil llamó a su mujer, la mujer se acercó, le tocó la frente. Vil le retiró la mano.

—Es la hora, querida —dijo Vil—. Será lo mejor. Lo he meditado suficientemente. Ahora me compondré y saldré.

Hurtó sus manos a los calurosos masajes de los sirvientes, y continuó:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Esther, sobrina mía, si llegas a tiempo daremos la batalla...

—Como quieras —dijo Burno.

—Tengo mis derechos... ¡Si pudiera volar, Margarita! Lo sé. Mi madre me reclama. ¡Qué muros!

Burno aplaudió con los ojos entornados. Los criados empezaron a vestir a Vil, a una señal de éste. Con mucho esfuerzo consiguieron sacarle la camisa y ponerle otra, pues Vil permanecía echado en la cama.

—Gracias por todo —dijo un instante después, y se levantó de un salto. Los criados le abrieron paso como si una muchedumbre le cerrara la salida. La mujer miró a Burno con indiferencia. Vil se apoyó en el muro y pensó en su sobrina. Luego dijo:

—Burno, dime algo.

—No tengo nada que decirte. Me duele la cabeza.

—A mí también. ¿La nuca?

—Sí, la nuca.

—Se te pasará.

Y Vil comenzó a salir, escoltado por los criados. Burno y Margarita se pusieron a examinar el vacío que iba quedando en el cuarto, donde un perfume solar cada vez más voluminoso y coruscante mataba toda tentativa de llanto.

Vil ha bajado la escalera lustroso y macilento. Se detiene en el umbral. Mira la calle. Sube los ojos por la pared del edificio hasta encontrar su ventana. Burno, asomado, le deja caer un saludo. Luego aparece Margarita, que agita también su mano. Vil sonríe, baja la cabeza, vuelve a mirar la calle: está llena de hojas, de agua, un tranvía amarillo, un perro, una hoja de árbol por el aire. Eran las once. Vil tomó la calle Esperanza, después de meter las manos en los bolsillos. Empezó a silbar una melodía popular. La dejó. Llevaba un sobretodo castaño: volvió a encontrarse con sus antiguos bolsillos. Se detuvo, echó a andar de nuevo. Las calles estaban casi vacías. Llegó al edificio. Se detuvo a la puerta.

—Vengan —dijo a los dos guardias uniformados apostados a los flancos del portal, sobre cubos de mármol labrado.

—¿Sí, padre? —dijeron los muchachos, saltando desde los basamentos y acercándose.

—Vengan, vengan conmigo.

Los muchachos lo siguieron. Vil cruzó la calzada, entró en la plaza verde y fría de enfrente, se sentó en un banco. Sus hijos se sentaron junto a él.

—Hoy me entrego a mi madre —dijo Vil.

De la plaza venían, por la espalda, suspiros y luces. Los perros y los niños jugaban sin descanso como hermanos. Un coeficiente de alegría iba invadiendo la pesada caparazón de Vil bajo la mañana tersa y ruidosa. Los muchachos se quitaron algunas correas del uniforme, los guantes, las jinetas, y depositaron todo en el pedazo de asiento que quedaba libre. Después se estrecharon contra su padre y echaron la cabeza cada uno en un hombro, melancólicamente. Estuvieron así, sin moverse, un buen rato.

—Ustedes me dirán si hago bien. ¿Por qué no fueron anoche a dormir? Burno debía darles instrucciones...

—Estamos enamorados, padre.

—Pero ustedes no están al tanto, ¿verdad?

—¿De qué, padre?

—De que vuestra abuela me reclama para sí y me exige romper con vuestra madre.

—No introduzca usted, padre, más incertidumbre de la que ya tenemos —dijo uno—. No debemos reaccionar contra todo; no podemos, tampoco.

—Vayamos por orden —dijo el padre sacándose los lentes y secándose el sudor con un pañuelo—. Yo he esperado siempre demasiado de ustedes. Es la verdad. Quisiera pensar y me siento inhibido. Ay, quisiera morir con toda la familia o encontrar la salida para todos.

—Padre, nuestras novias volverán a pasar y lo encontrarán a usted llorando.

—Bien —dijo el padre—, quiero avanzar hacia la infancia entre ustedes, quiero que participen, que no se laven las manos...

—Sabe usted muy bien que hace varios años que no nos lavamos las manos, que participamos.

—¿Prefiere usted despedirse familiarmente? Pues bien: vayamos a casa, encendemos luces, hacemos cuanto usted ordene.

—Vengo de casa, justamente. Me despedí de todos, de Burno, de vuestra madre, de todos. Faltaban ustedes. Y hoy llega vuestra prima, mi único recurso.

—¡Ahí vienen nuestras novias! —gritó uno.

Ambos treparon a los cubos, después de atravesar corriendo la avenida, y allí terminaron de ponerse las correas del uniforme, agitadamente.

El sol caía como una lluvia. Dos mujeres vestidas de blanco llegaban trotando, embarazadas, agitando los brazos en el aire. Se detuvieron delante de Vil. Ambas, cada una en una mejilla, dejaron un beso al pasar. Vil se quedó tieso, mirando el sol. Luego las muchachas giraron, y cada una buscó los ojos de su novio. Corrieron los cuatro.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Puede que ahora comience a razonar —dijo Vil para sí. La escalinata estaba vacía. Vil se estremeció bajo el sol. Luego, se lanzó al vacío de las cosas.

Flotaba y reflotaba su ánimo en pugna con la desolación. La ciudad se llenó de caballos y perros en un instante: "la misma conmoción que la de mi casa paterna el día que mi abuelo perdió el ritmo", pensó. Un ruido y un perfume de mar sobrenadaron su cabeza inexplicablemente. "¡No conozco el mar!", dijo casi sollozando. "¡Si yo hubiese conocido el mar, las olas..."

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó bruscamente a dos ancianos que le cerraron el paso.

—Nada, nada —dijeron los ancianos, alejándose. Y a los pocos metros se volvieron para decir—: Nos habíamos detenido a cantar... ¿Usted es Vil, verdad?

—Soy Vil.

—Y nosotros somos sus vecinos. Síganos. Debe usted sobreponerse.

Vil sintió las huesudas palmas de los ancianos sobre la triste caparazón de su espalda, y se sintió mejor.

—¿Y adónde vamos? —preguntó Vil.

—A cualquier sitio. La cuestión es pasear. Día hermoso como pocos —dijo uno mirando el cielo.

Y en seguida la conversación se animó sobre la avenida llena de carruajes y transeúntes.

—Ustedes me hacen reír —dijo Vil.

—Tengo un plan —respondió un anciano.

—¿Para recuperar a mi mujer? ¿Para castigar a Burno?

—Deje eso —gritó el anciano—; un plan para otra cosa muy distinta. Un plan para alegrarlo a usted.

—¡Ya estoy alegre! —saltó Vil.

—Sí, se ve —le contestaron—. Si se viera la cara... En fin...

—¿Qué edad tienen ustedes? —preguntó de pronto a los ancianos, como quien no quiere la cosa.

—Cuarenta años. ¿Por qué?

—¿Cuarenta años? Me toman ustedes por un tonto. ¡Cuarenta años! ¡Por lo menos setenta!

—Bien se ve que es usted muy, pero muy joven, con ese juicio apresurado.

Vil empezó a dudar de sí mismo.

—Vamos, muchacho, la adolescencia no soporta un matrimonio intempestivo. Por eso ha fracasado usted, ¡por adolescente!

Vil rogó que se hiciera silencio. Pájaros lejanos, cegados por el sol, parecían mariposas. La comitiva dobló hacia la izquierda por la

calle de la Encarnación y los ancianos desaparecieron por el largo zaguán de una casa.

—¡Me lo esperaba! —dijo Vil—. Lo de siempre. Alguien que te dice barbaridades, que eres joven, que eres adolescente, y sólo para que lo acompañes algunas cuadras, hasta su casa. ¡Oh, vicio de este país!

Y por el mismo corredor por donde los ancianos habían desaparecido, avanzaron dos niños envueltos en viejos trapos de lana amarillenta, y mientras conversaban animadamente desembocaron en la desastrosa figura de Vil, apostado como un muerto en la puerta de su propio mausoleo.

—Ah, es usted —dijo un muchacho—. Relativamente podremos hacerle compañía.

—¿Y sus abuelos? —preguntó Vil con amargura—. Me acompañaban. Ellos se ofrecieron. Y yo estoy desolado. Ahora me abandonan.

—Nuestros padres, querrá decir.

—Bueno, sus padres.

—Allá ellos si quieren pudrirse con su ajedrez. ¿Ve usted qué solos estamos todos?

—Hijos míos —sollozó Vil—, me había acostumbrado a esa compañía.

—Bueno, salgamos. Nos han encomendado acompañarlo a usted hasta la noche.

Y los tres emprendieron la marcha.

—Me siento mejor con ustedes —dijo Vil—. Lo del ajedrez ha sido una suerte. ¡A florecer, qué diablos!

Rondaron por la calle Redes y hacia el fondo divisaron la catedral, por donde la figura de su sobrina corría a su encuentro.

—¡Aquí me tienes! —dijo Vil, trasponiendo el umbral de su casa materna—. ¡Aquí me tienes, casa! —Y se lanzó con su sobrina en brazos por el zaguán. Probó la puerta cancel, y cedió.

—¡Madre, aquí tienes a tu hijo! —gritó.

—Te siento, te siento —gimió una voz desde el fondo de un baño de vapor y entre ruido de frascos y porcelanas—. ¿Vuelves? ¿Deshaces tu matrimonio?

—No, no —se apresuró a contestar Vil, levantándose inmediatamente del suelo y estrechando contra su pecho la pesada cortina de la ventana.

—¿Dices que no?

—Madre, ¿puedes salir?

—Ahora, ahora. Pobrecito mío... Ese Burno...

La anciana peinaba tras el grueso cristal opaco los grises cabellos moribundos. Vil se había echado sobre la alfombra floreada y pensaba en muchas cosas...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¡He vuelto! ¿Te alegras?

—Sí, has vuelto. Pero es un poco tarde. Mi cabeza flaquea. Mis llamados fueron inútiles. ¡Cuánto hice por que volvieras hace años!

—Pues aquí estoy —sollozó Vil, con la mitad del rostro sumergido entre dos almohadones.

—Lo veo. ¿Necesitas repetirlo? Pronto, si Dios quiere, acabaré de peinarme, de empolvarme, de vestirme, y saldrá a recibirte como es debido.

—¿Has estado enferma, madre?

—Muy enferma. La cabeza pesada, los ojos nublados, el vientre hinchado y dolorido... ¡Uf!

Tras los vidrios la sombra de la anciana iba y venía, y por momentos una especie de maliciosa autonomía daba a esa sombra un vestigio de juventud inmarchitable.

—Ahora, el perfume de los cabellos —dijo pálidamente la anciana provocando un nuevo desorden (a juzgar por los ruidos) en la estantería de los frascos y las porcelanas del tocador.

Vil se estremeció. El vapor se colaba ahora por las hendijas. Qué no daría en ese momento por acostarse y dormir, acostarse y dormir, dormir. La madre lanzó una carcajada desde dentro y Vil volvió a estremecerse.

—Madre, por favor, no me confundas con un desesperado. ¿Pero qué haces ahora?

—Veo que comienzan mis dolores —suspiró lejana la anciana.

—¡Abre!

—...Me hincho que es una verdadera desgracia. Pobrecito Vil, encima te causo preocupación...

—Trata de sentarte en el banquillo. ¿Hay banquillo?

—El de siempre.

—Pues trata de sentarte en él. ¿Lo estás haciendo?

—Qué melancolía me causa tu voz...

Vil se miró las manos, último recurso antes de sollozar como él —único entre sus hermanos— sabía hacerlo.

Entretanto la sobrina encendió un velador en el pasillo. Se adivinaban en la ciudad, hacia abajo, algunos laberintos de trenes y paisajes. El tocador, repentinamente silencioso, volvía a su estruendo, pero Vil depositaba en los labios inseguros de su sobrina un largo beso rojo que ella devolvía incoloro.

—Me ayudarás, me ayudarás —decía en voz baja Vil, con los dedos aferrados a la untosa cabellera de la sobrina—. Sólo quedamos tú y yo para combatirlos. Eres lo único que tengo.

—El matrimonio nos debilitará para la lucha —dijo la muchacha—. Pero, ¿tienes confianza en mí?

—Sí, toda mi confianza.

—Nunca te has acordado de que existo.

—Ya ves, ahora me acuerdo. Nos casaremos.

—Eres un tigrecito, tío. —Y la muchacha abrió los brazos y dejó que Vil cayera entre las cintas y el encaje como una calabaza golpeada.

En seguida empezaron a llorar, sostenidos mutuamente por miradas, dolor que va y vuelve, tristeza infinita, de pie sobre la última alfombra sana de la casa, mientras bajo el vapor la anciana repetía:

—Bienvenido, querido. Ya no te disolverás como antes, en medio de ese mundo hostil. ¿Pero por qué no respondes a tu madre? ¿Me hurgas el ropero?

Vil tenía olvidado el ropero, pero de pronto revoloteó hacia sus embalsamados estantes y hundió las manos entre los mil pequeños objetos. Esther, subida a una silla, balanceaba entre las manos costureros almidonados y finos cepillos. El vapor había filtrado otro poco hacia Vil y su sobrina, y ellos, como en una nube anticuada, fosforescían ardientemente con las manos tomadas.

—Pero alguien está contigo —gritó la madre con repentina furia—. Me visitas, regresas, y así te portas.

Vil y su sobrina se soltaron las manos de pronto, llenos de pavor, y se quedaron mirándose como a través de un naranjo cuyas flores hubiera barrido hace un instante una ráfaga de viento. Pero como las porcelanas volvieron a su ruido blanco, las manos de Vil retomaron las de su sobrina y las retuvieron a la altura del corazón, donde temblaba. Vil comprendió que debía comunicar a su madre la presencia de Esther. La puerta estaba por abrirse y era preferible preparar el ánimo de su madre. Vil sintió sus propias manos empequeñecerse, su cabeza de pájaro achicarse dentro del enorme cuello blanco, sus orejas como roncas flores de pesada carne azucarada, sus pies diminutos con ganas de saltar y saltar.

—Eres un tigrecito, tío —repitió Esther tambaleando sobre la mesa, donde había trepado de un salto—. ¡Dame la mano, nos presentaremos ante tu madre!

—No, no —gimió Vil con los ojos afiebrados—. Podría rechazarnos.

—No es capaz de negarme nada —replicó Esther.

Y ya estaba otra vez en el suelo, de un salto, con las manos de su tío apretadas fuertemente.

—¡Sangras por la nariz! —dijo la sobrina—. Toma, límpiate, tigrecito.

Pero de pronto la puerta del baño se abrió sin ruido y una espesa nube de vapor llenó el espacio. La madre de Vil apareció como la figura

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

única de un mural en el fondo del mar. Un traje de ceniza, tieso y solemne, parecía sostener con esfuerzo una ancha cabeza húmeda, pálida y fulgente.

—¡Aquí estás, te veo! —gritó llena de regocijo la madre mientras dejaba caer la toalla embebida en zumo de limón. Corrió otro trecho y alcanzó el delgado cuello de Vil, lo rodeó con sus manos y estrechó todo el cuerpo del hijo contra el suyo, mientras lanzaba una rápida mirada a Esther. Vil devolvió el abrazo como pudo, puesto que sangraba ahora fuertemente, al punto que su madre, descubriéndolo, lanzó un grito estridente y arrastró a Vil de la mano al tocador, donde puso su cabeza bajo los surtidores. Mientras Vil empapaba su cabeza sentía los pasos de su sobrina detrás, y los de su madre, y otros estremecimientos sobre el piso: la diminuta oscilación de la vida bajo sus pies, el día que pasaba sin rastros...

—Y tú —dijo la madre señalando a Esther—, corre a tu casa. Suficiente por hoy. ¿Sabes cruzar la calle sola?

Vil se estremeció.

—Sí, sí —dijo Esther. Y echó a correr escaleras abajo. Sus pasitos resonaron en el oído de Vil y en toda la casa.

La madre levantó la cabeza de Vil y lanzó un alarido.

—¿Más sangre, madre? —preguntó Vil cerrando los surtidores.

—¡No, no; los dolores! ¡Mis dolores! No me siento nada bien. Sécate tú mismo. Te llamaré en cuanto pueda.

La madre se arrastró hasta el dormitorio y allí terminaron de resonar sus alhajas de plata. Vil absorbió nuevamente el jabón de la atmósfera y sintió sueño. Pronto halló consuelo entre los almohadones, mientras la mansa luna entraba por la ventana.

La madre volvió a quejarse en la habitación con un largo suspiro. Vil estiró las piernas y dijo: "Te escucho, madre".

—Sí, ya sé que me escuchas —y volvió a gemir, y siguió gimiendo.

Vil no hubiera podido incorporarse. Se sentía pequeño, helado, ciego.

—¡Ay! —gritó la madre.

—¡Sí, madre! ¿Te ayudo en algo?

—¡El vientre! ¡Estos dolores! Oh, martirio...

Vil cerró los ojos y empezó a sangrar de nuevo. Pronto, la húmeda camisa le transmitió a las manos una especie de secreta vida suelta. La madre apuró el ritmo de los gemidos.

—¡Me deslomo! —gritó alzando los brazos.

Vil tendía ahora a encogerse. La sangre le brotaba. No veía la sangre. Cerró los ojos. Tenía sueño. Árboles y plazas giraban.

—¡El vientre! ¡Resbala, resbala, dolor, y déjame!

Vil apenas escuchó, semidormido, el ruido de un agua, la cadencia de un corazón partido, el acorde mustio de su madre por dentro.

—Sí, te escucho, madre. Resbalo, madre —dijo sin pensar.

—El vientre...

Vil lanzó por fin un llanto desgarrador...

—¡No sufras por mí! —rugió la madre.

Pero Vil ya no podía sufrir por nada.

¿ESTALLO YA LA GUERRA?
La respuesta a la cuestión más candente de nuestro tiempo la trae:
"GUERRA REVOLUCIONARIA Y COMUNISMO"
COLECCION CLANGOR por Alan Yotuel
Ya publicados:
Tomo I El pensamiento Marxista
Movimiento comunista internacional.
Al actual conflicto mundial.
Tomo II La guerra contrarrevolucionaria en Grecia.
China comunista y su proyección internacional.
El asedio a Iberoamérica.
Tomo III Guerra ideológica.
Esbozo histórico de la Iglesia Ortodoxa Rusa.
Doctrina social de la Iglesia y Guerra Revolucionaria.
Subdesarrollo y Guerra Revolucionaria.
Tomo IV La Guerra Revolucionaria en Yugoslavia.
Una avanzada comunista.
Como nace un satélite artificial.
Carta del Dr. Ymre Balint al autor.
Si Vd. quiere documentarse sobre los orígenes y evolución del conflicto, no deje de leer:
"EL LICENCIADO, EL SEMINARISTA Y EL PLOMERO"
Pequeño glosario del comunismo en acción, por Alberto Falcionelli
En venta en todas las buenas librerías del país y del exterior.
Editorial La Mandrágora
Santa Fe 3117 84-5389 Montevideo 1763 42-3665
BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La metamorfosis de Sidney O'Hara

AQUELLA extraña historia de Sidney O'Hara merece ser guardada en nuestra memoria como un presente inapreciable para nuestros nietos, para aquellos que suspirarán tratando vanamente de reconstruir los "viejos buenos tiempos" que hoy día padecemos.

Más que una historia, es tal vez un corto fragmento de una vida que puede adivinarse a través de los últimos restos de sus cartas y su diario, de sus raras expresiones, cuyo fondo remonta a una región misteriosa en donde el hombre entra en comunión con el principio primero de las cosas.

Sidney O'Hara era, según el testimonio de sus amigos y conocidos, un hombre común de nuestro siglo, un humilde corrector de pruebas en la imprenta de un gran rotativo. Sin ningún atractivo físico especial, era un hombre medio, mejor dicho mediocre, con algún revestimiento literario de muy dudoso valor. En una palabra, era un excelente candidato a la felicidad y al éxito. Su trato social era afable y, en general, sus amigos le tenían buena estimación.

Parece ser que su problema comenzó un día 17 de enero, a juzgar por las líneas de una página suelta de su diario que ahora tengo ante mi vista:

New York, enero 17:

Hoy día no pasé a la taberna de Joe, como acostumbro hacerlo todos los días. Ese Greenwich Village está tan cerca de Canal Street que aun allí me parece sentir el gusto a plomo de las galeras de la imprenta. ¡Dios mío, que fastidio! Esa esclavitud del trabajo que no nos abandona ni siquiera en nuestros sueños. Preferí venirme a casa inmediatamente. Me duele de nuevo la cabeza. A ratos parece que me va a estallar. Posiblemente es la intoxicación producida por el aire irrespirable de la imprenta. Procuraré matar el dolor con el resto de coñac que aún queda en la botella...

2

En los días siguientes al 17 de enero no es posible hallar el rastro de esa dolencia, de esa enfermedad que, como mensajero fatídico, anunciaba una nueva realidad delante del alma de Sidney O'Hara. Solamente el 2 de febrero podemos leer unas líneas enigmáticas que hacen referencia indirecta a su mal.

New York, febrero 2:

El licor y algunas tabletas calmantes que compré en la farmacia me han ayudado a disipar el dolor. Me vuelve de vez en cuando pero no tan a menudo y, lo que es más curioso, me siento muy bien cuando ha pasado. Es decir, parece que el dolor me hace más inteligente, o tal vez menos tonto. Dejo de pensar en la imprenta, en las amigas, aunque siempre recuerdo a Jeanny (y a su amiga Elizabeth). Miro a través de la ventana. El día está gris. Sí. Eso me recuerda cuando yo tenía seis años. Entonces vi las cosas por primera vez. Todo el cielo era gris, como un abismo infinito teñido de media luz. En esa ocasión, como hoy, me pareció que aquel fondo gris palpitaba como una víscera, al ritmo inarticulado de una palpitación eterna. Y de ese palpitar se fueron formando paulatinamente, con mucha lentitud. las paredes que circundaban el patio de mis juegos infantiles. La palpitación del cielo gris se hizo entonces más agitada, más rápida, como para ayudar así al parto de mi realidad y de mi propia conciencia. Desde ese tiempo creo que la realidad nace de la matriz misteriosa del cielo gris y que se forma gracias o una concordancia de ritmos existente entre el cielo y mi propio espíritu.

Un ligero análisis de estas líneas nos permitirá descubrir rasgos interesantes en la personalidad de Sidney O'Hara.

Ante todo conviene anotar que nuestro hombre, en el fondo, no sentía gran simpatía por sus semejantes. De allí que se vuelve más inteligente y por eso deja de pensar en sus amigos.

En seguida, parece ser que era hombre inclinado a la melancolia y por eso amaba los paisajes grises y, en general, el color gris.

Pero lo que es más interesante de destacar es la concepción de la realidad que mantenía O'Hara. Para él, la realidad era una especie de nebulosa infinita dotada de cierta luz propia (una luz muy débil, como las primeras horas del amanecer) y de un cierto impulso rítmico "inarticulado", es decir, sin una ley que regulara su desarrollo. Por último, las cosas emergían desde esa realidad gris mediante una aceleración de su impulso originario. El tiempo era así el movimiento de la eternidad. La conciencia, la comunión, la relación del hombre con el hombre y con las cosas se originaban cuando los ritmos del tiempo de éste y de aquéllas eran *idénticos*. Pero como la nebulosa gris no tenía ritmo regular, era por consiguiente muy difícil obtener esa identidad. Parece ser que éste fue un problema capital para O'Hara, piedra angular de su sentimiento de soledad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

3

Hacia el 10 de febrero, su enfermedad se agudizó. Sin embargo, por lo que he sabido de boca de sus compañeros, O'Hara continuó asistiendo normalmente a su trabajo. El domingo 8 de febrero recuerdo haberlo visto en la Catedral de San Patricio, acompañando a su madre y a su hermana, ambas católicas como buenas irlandesas. Pero parece ser que Sidney dejó en esa fecha el catolicismo a juzgar por las notas de su diario.

New York, febrero 10:

Hoy se acabaron definitivamente mis dolores. Ahora no necesito tomar tabletas. Ya no pienso más en mis amigos, ni creo más en Dios. Vuelvo a ser como un niño y los niños no creen en Dios. No creo en las cosas y las miro como si fueran juguetes. Veo las cosas como los niños, es decir, como si fuesen vivas, como si me hablasen. Y lo que es más curioso distingo las relaciones que hay entre las cosas y yo. Las miro como si fuesen hilos de una niebla muy fina de un color gris radiante. Es raro, las cosas me parecen más opacas que sus relaciones. Cuando por ejemplo oigo la radio, observo que los sonidos caminan hacia mí describiendo cada uno una estela muy fina que persiste en el aire. Entonces no necesito imaginar lo que dice el locutor, pues eso lo veo dibujado en el aire, en una forma extraña que me recuerda las pinturas abstractas que examinaba un día en el Museo de Arte Moderno. Y esa forma extraña se destaca por sobre la imagen del aparato de radio que parece convertirse en sombra. Por esto mismo, no creo en Dios. Si las relaciones que hay entre las cosas y yo son más poderosas, más luminosas que las cosas, eso indica que las cosas son la sombra de sus relaciones y que yo con mi mirada penetrante puedo determinar el punto donde las relaciones "crean" las cosas. Dios ya no es necesario y hoy día ha sido reemplazado por la luz de mis ojos.

Debo reconocer que, debido a mi propia educación y tradición familiar (toda mi familia es también católica e irlandesa), la primera lectura de estas líneas de O'Hara me desagradaron sobremanera. Vi en ellas la expresión de una mente calenturienta que, en un arrebato satánico, pretendía colocarse por encima de Dios. Sin embargo, al leerlas nuevamente y al recordar los gestos silenciosos de O'Hara, su grave manera de bajar la escalera del edificio y, en general, la estimación que le mantenían sus amigos, cambié posteriormente de opinión. Ahora al tratar de reconstruir esta parte de su vida, pienso más bien que su enfermedad afectaba a su espíritu y que no tenía nada que

ver propiamente con su cerebro. Tal vez es la enfermedad de nuestra época, que todos padecemos sin llegar a tener una clara conciencia de ella, como la tuvo Sidney O'Hara.

4

Confieso con humildad que me ha costado mucho trabajo seleccionar otro fragmento del diario de O'Hara que arroje suficiente luz sobre el problema y las contradicciones que éste afrontaba.

Tal vez el pasaje del 12 de febrero sea uno de los más explícitos a este respecto.

New York, febrero 12:

Como ya decía antes, he tenido hoy otra vez la misma sensación. Al principio resultaba abominable. Después uno se va acostumbrando a ella. En efecto, veo que las caras de las gentes que me rodean van cambiando de fisonomía de un modo espantoso. Pero es curioso, ese cambio de fisonomía se me aparece de un modo análogo al fenómeno del aparato de radio que expliqué en mis notas del 10 de febrero. Al principio, comienzo a ver que las caras se van nublando, como si se convirtieran en una neblina espesa. Lo primero que desaparece son los ojos. Pero las pestañas se van alargando desmesuradamente en forma de filamentos grisáceos y brillantes. El pelo también se va extendiendo. Un fenómeno parecido acontece con las orejas; luego con las manos. En seguida puedo distinguir con toda claridad las relaciones que esas personas guardan con las cosas que las rodean. Es exactamente una repetición del caso de los sonidos de mi radio, que ya he explicado. Esas relaciones, las ideas, los sentimientos, el deseo y la ambición que los hombres sienten hacia las cosas yo las puedo ver convertirse en finísimas estelas, brillantes sobre un fondo grisáceo oscuro. De este modo, el mundo se va transformando en un mundo de arañas y la vida en un gigantesco entretejido de telas que toman las formas más caprichosas.

Al principio, la visión de este mundo me produjo náuseas. Hoy ya me voy acostumbrando a él y hasta me va pareciendo natural.

Es curioso observar aquí que en él todas sus características son totalmente diferentes al mundo en que vivía anteriormente.

Ante todo, cambia en él el sentimiento del espacio. Si yo estoy situado en un punto A y miro hacia un punto B no puedo imaginarme que pueda alcanzar dicho punto B caminando en línea recta. Forzosamente me imagino que debo hacer ese camino siguiendo uno de los filamentos de ese extraño tejido de telarañas que integran y estructuran la totalidad de mi nuevo mundo. Así mi visión del mundo se ha

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estrechado, se ha limitado asombrosamente: el mundo ha dejado de ser un imperio infinito y se ha transformado en una pequeña red de telarañas que el hombre teje sin cesar. De este modo, sólo puedo caminar a través de los filamentos que se van tejiendo gracias a las relaciones que guardo con los demás seres. Aún más, yo "solamente" puedo caminar y estar en mi mundo gracias a esas relaciones. Vivo en un pequeño espacio cuyas dimensiones se renuevan constantemente. Parece ser un espacio que tiene vida propia.

También la noción del tiempo se altera. Antes de tener estas visiones extrañas, el espacio y el tiempo constituían en mí casi una misma sensación. Por ejemplo, yo calculaba que la distancia entre Broadway y Minetta Lane era de unos 20 minutos, caminando al paso normal, según acostumbro. Es decir, medía el espacio en términos de tiempo y viceversa. Hoy ya no puedo hacer más esto. El espacio y el tiempo se han divorciado, han roto su unidad definitivamente. Como el espacio parece vivo, como nace y renace a cada momento, como todo en él es espontáneo, según la espontaneidad de formas caprichosas en que se entrecruzan las telarañas, ya no puedo distinguir más en él el "antes" y el "después". Ahora comprendo por qué los hombres de nuestro tiempo desprecian la tradición aunque siempre hablan en favor de ella. Todas las cosas y las relaciones que cubren y esconden a las cosas me parecen "simultáneas". Es como si se viviera en un presente siempre nuevo. La única sensación de tiempo que tengo ahora se produce a cada cambio súbito del sistema de telas que cubren mi mundo. Entonces me parece que cada cambio espontáneo salta milagrosamente fuera de la nada, nace por generación espontánea, y al nacer produce en mí la sensación de recibir un golpe de aire fresco sobre mi cara. Es curioso, el tiempo ya no me agota como antes. Al contrario, me rejuvenece. Ayer, precisamente, pude apreciar esta sensación con mucha claridad.

Llegué al departamento que tienen Jeanny y Elizabeth en Charles Street a eso de las 8 de la noche. Tengo la llave y así siempre puedo entrar fácilmente. Encontré a Jeanny y Elizabeth luchando sobre el sofá como si fuesen dos hombrecitos. Jeanny había arrebatado a Elizabeth una carta (tal vez una carta amorosa) y ésta, naturalmente, trataba de defender a la fuerza sus secretos íntimos. Ambas llevaban puestos pantalones de tipo "Pecos Bill", muy ajustados a sus cuerpos. Pero esa lucha la vi entonces como si fuera una rotación de anillos, de grandes aros que abrazaron desde diversos ángulos y con distintos centros, los cuerpos de las dos muchachas. Cada movimiento se me representaba como una nueva combinación giratoria que producía un ligero tintineo parecido al de las castañuelas y arrojaba sobre mi

rostro un delicioso vaho de aire fresco ligeramente perfumado. Luego vi que el juego de aros se iba disolviendo sobre el fondo ensombrecido de las paredes del aposento. Finalmente desapareció y comprobé entonces que las dos chicas descansaban. Al final, Elizabeth había podido recuperar su carta y Jeanny, para consolarse de su derrota, encendió un cigarrillo.

Pero lo más interesante de anotar, lo más importante para comprender la actuación de los hombres de nuestro tiempo, son las relaciones que forman mi nuevo mundo.

He dicho más arriba que dichas relaciones forman, plásticamente hablando, un sistema de telarañas. De este modo, la personalidad del hombre se me aparece hoy día como un ovillo del cual se desprendieran continuamente nuevos hilos y filamentos que se dirigen hacia las cosas, adhiriéndose a ellas fuertemente. Cuando un hombre me habla, veo que a través de los hilos que arrancan del ovillo de su alma se deslizan gotas de un líquido brillante y pegajoso. Ese líquido llega hasta mi piel y se desliza por ella volviéndola también pegajosa. Entonces siento que mi cuerpo no podría escapar jamás de mi piel y que mi alma deberá morir con mi cuerpo. La primera vez eso me produjo náuseas. Miro a los hombres y observo que han perdido su alma o bien que su alma se extingue poco a poco, según se desliza por los hilos de ese mundo convertida en gotas de líquido pegajoso.

Por eso me gusta visitar a Jeanny y a Elizabeth, porque en ellas sólo existe el juego, el movimiento sin sentido, un juego desinteresado, sin ambición de adherirse a las cosas o a las situaciones de compromiso con los poderes de este mundo.

Algún día seré completamente feliz. Iré con Jeanny y Elizabeth a orillas de un lago. Será un mediodía radiante de primavera. Ellas jugarán, nadarán o lucharán dentro del agua y el juego de aros que veré formarse alrededor de sus cuerpos se proyectará veloz en el azul del cielo, marcando así el sendero por donde caminan las cosas eternas.

Universidad Humboldt de Berlín Oeste, 1960.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Dos grandes éxitos editoriales

POSEÍDOS POR EL AMOR, por James Gould Cozzens

El 25 de mayo de 1960, la Academia Americana de Artes y Letras de los Estados Unidos (la máxima autoridad americana en la materia) concedió a *Poseídos por el amor* el premio instituído cada cinco años a la mejor novela publicada en ese lapso. Toda la crítica de habla inglesa en general calificó a la novela como la obra de ficción número uno escrita en los Estados Unidos en lo que va del siglo. Desde *Los desnudos y los muertos* de Mailer no se había visto un tema tratado con esa penetración sin prejuicios y esa potencia arrolladora. *Poseídos por el amor* es la técnica más depurada, una técnica absolutamente nueva, hecha literatura. El amor es analizado con prístina claridad en todas sus bifurcaciones. El amor de los padres y de los hijos, el amor al marido, al amante. El desordenado amor, simplemente carnal. La desolación de las entregas interesadas. Las luchas despiadadas, sórdidas, que se desencadenan cuando se halla ausente el amor verdadero, el sagrado vínculo de la pareja constituída para la normal continuidad de la especie humana.

Filial, paternal, erótico, equívoco; ora desmedido como una bestia en la playa, ora tamizado en el rigor del pensamiento; inhibido a veces para comunicarse, por la coerción de la timidez o de la cobardía; majestuoso y espléndido, otras, en la irrazonada certeza de la maternidad; de pronto orientado como una flecha ardiente hacia la inmensidad de Dios, y de pronto, también, consumiéndose en el minuto desbocado que no dejará huella: es, siempre, todo el amor, el origen, la razón y el objeto de la vida, abriéndose infinito y corriendo suavemente durante la existencia de un pueblo.

James Gould Cozzens se ha propuesto, en apariencia, llevar a cabo la demostración de dos equilibrios: el de la Naturaleza y el de la Cultura, y ello a través de una obra de ficción que arranca de la más pura y exacta realidad. Entre los tambores y los rayos de *Poseídos por el amor*, tanto como entre sus lagos y sus bosques, cree el lector oír el delicado pero patente aplauso de Balzac, de Tolstoi, de Dostoievsky. Y, en lo profundo de la novela, allí de donde ni aún el autor mismo nos podrá rescatar, el *¡Hágase la luz!* implacable mediante la actualización de la inconmovible sentencia de Dante: "El amor que mueve el sol y hasta las estrellas . . . ".

MANUEL DE FALLA, por Rodolfo Arizaga

Ya no cabe duda que la figura de Manuel de Falla asume los perfiles más netos y definidos del pensamiento musical español de todos los tiempos. Su obra —ampliamente difundida por el mundo, así lo viene corroborando, con una vigencia leal a las ideas trascendentes—, trasunta una personalidad que no admite discusión ni mera duda, aunque la vida que le diera forma y la hiciera substancia deba, por razones de estricta prudencia y piadoso respeto, acallar los impactos de una biografía que la anécdota no siempre veraz puede confundir, tergiversar o adulterar involuntariamente.

Así lo ha entendido el autor de este libro al eludir categóricamente, como lo expresa en su Prólogo, toda intención biográfica. Es que la vida de un hombre, por interesante que ésta sea, puede incluir —cuando los acontecimientos que la configuran son confusos, caprichosos o insólitos—, a erróneas maneras de enfocar un juicio histórico, y con ello, incurrir en la triste realidad de una deformada fábula que conspira contra los hechos verdaderos.

Rodolfo Arizaga —compositor y crítico argentino de vasta actuación en los círculos musicales más importantes de su país— ha elaborado este trabajo sobre Manuel de Falla teniendo en cuenta la urgente necesidad de ordenar la numerosa y dispersa información que existe sobre la obra de esta figura excepcional de la música del siglo XX, adosándole —como corresponde al crítico que opina—, una aguda pero certera síntesis de su juicio sobre cada una de las obras que llevan la firma del compositor andaluz.

EDITORIAL GOYANARTE

PARAGUAY 479 Buenos Aires Tel. 31-3694/5163

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MARCO DENEVI

Delfino o la vocación del fuego

El 22 de junio se nos murió Augusto Mario Delfino. Esa torre iluminada de la vida en un instante se apagó y se vino al suelo. Como era tan alta, como estaba tan colmada de cosas, el estruendo de la caída nos aturdió a todos. Todavía tenemos en las orejas como un zumbido. Lo mirábamos, y no podíamos creerle esa broma atroz de irse, él, que siempre venía, que había vivido acercándose, llegando, la mano tendida, los brazos abiertos para el abrazo. No le perdonábamos al gran generoso aquel primero (ay, y último) acto de egoísmo que nos perpetraba: abandonarnos, y llevarse con él su espejo dorado donde, corregidos por su bondad, nos veíamos mejores de lo que somos. Nos sentíamos repentinamente empobrecidos. Nos sentíamos, qué sé yo, robados, vagamente engañados. Al dolor se añadía una especie de irritación. De golpe nos encontrábamos despojados de una virtud toda nuestra: la de contar con su amistad. Cada vez que la tentación de juzgarnos severamente nos asaltaba, era suficiente recordar que merecíamos ser sus amigos para absolvernos. Y ahora, de pronto, dejábamos de contar con la posibilidad de esa indulgencia, su muerte nos privaba de ese montepío para nuestras pobres prendas. Y llorábamos (nosotros, los grandes egoístas), llorábamos menos por él que por nosotros mismos.

Recuerdo la noche que lo velamos en la SADE. Era la madrugada. Sonámbulos, lúcidos, drogados por la fatiga, el penetrante perfume de las flores, las conversaciones a media voz, borrachos de lágrimas bebidas y no lloradas, nos pusimos a cavilar, un grupo de sus amigos, nos pusimos a cavilar sobre aquella fúnebre ceremonia en la que los vivos nos juntamos alrededor de nuestro muerto y, durante un día y una noche (siempre es una tarde de estupor y una mañana de llanto, separadas por una infinita noche en la que rostros irreconocibles aparecen y desaparecen entre murmullos palúdicos) lo velamos con cirios y con flores. No queremos que nos lo lleven en seguida. Queremos retenerlo un poco más entre nosotros. Afirmamos un último derecho sobre él. Vamos y venimos, pero él es el imán que nos imanta. Vamos y venimos, pero entre cada ida y cada vuelta le echamos una mirada. Hablamos de cualquier tema, y lo nombramos. Después volvemos a mirarlo. Y cuando por fin nos decidimos a admitirlo muerto, a decretarlo muerto y llevarlo con los muertos, lo ponemos al frente de un cortejo que atraviesa ostensiblemente la ciudad de los vivos y nos vamos detrás de él,

bien altas las banderas del luto, para que, siquiera fugazmente y desde lejos, la multitud de los desconocidos se nos asocie.

Nos preguntábamos qué buscaríamos los vivos a través de esos fastos de la muerte. Barajábamos las hipótesis. Alguien citó a Homero y los bárbaros ritos de los mirmidones alrededor del cadáver de Patroclo. "En el fondo es lo mismo", dijo. Pero no dijo qué es lo que era lo mismo. Alguien opinó que necesitábamos esa camaradería con la muerte y adscribirla a las convenciones y aun a las trivialidades de la vida para hacer de algún modo soportable (aunque de ningún modo inteligible) su misterio. Alguien añadió que ese intervalo nos permitía prolongar una falsa presencia, una apariencia en la que pudiésemos (o simulásemos poder) filtrar lentamente y gota a gota el vacío de la ausencia, y hacernos así la ilusión de que la muerte es hechura de la vida y que es la vida la que en definitiva lo decide todo. Y alguien concluyó que ese rescate, primero, y luego esa remodelación de la muerte es lo que después, cuando encerramos a nuestro muerto en su tumba, nos colma de un nuevo horror, porque nos parece que ese muerto con el que compartimos aquel juego que nosotros le organizamos ya no debiera abandonar su papel de muerto en exhibición, de muerto para ser velado y contemplado, nos parece que encerrándolo entre la cal y el canto del sepulcro lo traicionamos, lo matamos por segunda vez y esta vez para siempre, le agregamos a su muerte propia una sobremuerte salida de nuestras manos, y hostigados por la culpa huimos del cementerio como del escenario de nuestro crimen, hasta que, después de un tiempo, cuando volvemos, el muerto se ha retrotraído del todo a su condición de muerto, está conforme y nos perdona, y ya podemos entablar con él ese coloquio mudo que gradualmente apaga los terrores de la muerte y transforma nuestro dolor en una especie de nostalgia que no recuerda bien su objeto.

¿O todo esto lo pensé a solas, dialogando conmigo mismo, y ahora lo atribuyo a un grupo de amigos que quizás estuvo todo el tiempo callado, mirando fijo la llama fija de la estufa de gas de la SADE, o conversando en voz baja de cosas baladíes? No lo sé. Pero sé que aquella noche todos tus amigos, Delfino, tratábamos de disolver el absurdo de tu muerte, tratábamos de hallarle algún sentido al *non sense* de tu repentina nada, y por eso hablábamos de cualquier tema, y hablábamos de ti como si hubieses estado vivo, y a cada rato, con un estribillo, repetíamos: "Qué barbaridad, pobre Delfino", y así salía a la superficie, igual que la humedad a través de los florones del empapelado, el estupor que buscaba enmascararse de serenidad, y en seguida volvíamos a nuestras conversaciones aparentemente cotidianas, o nos íbamos con tu hijo a comer, y seguíamos hablando de ti, vivo, y de nosotros, vivos, y mediante ese juego cobarde y como de soslayo queríamos mezclar aquel

goterón negro con los colores de la vida, y revolver, revolver, hasta que desapareciese, o hasta que fuese un color más, un matiz más, una tonalidad más oscura de todos los otros colores.

Recuerdo que a la mañana siguiente, cuando bajo una lluvia fina te dejamos en la otra ciudad, la amurallada y no sitiada, la almenada y no defendida, y con tu mujer y con tu hijo nos volvimos a la nuestra, nos volvimos a tu departamento de la calle Lavalle, donde a cada rato hacíamos girar la cabeza hacia los rincones, como cuando de golpe se interrumpe un ruido que no sabemos qué es y en el que no habíamos reparado hasta que cesó y se hizo ese silencio nuevo, me puse otra vez a reflexionar, me puse, según es mi costumbre, a imaginar cosas, y entonces imaginé que si en ese momento alguien que no te hubiese conocido aparecía y preguntaba quién fuiste, cómo eras, y entre todos tratábamos de reconstruirte para que el desconocido te conociese, le hubiésemos dado a leer tus libros, mostrado tus fotos, referido tus anécdotas, le hubiésemos hecho oír tu voz tal como quedó atrapada en una cinta magnética, le hubiésemos hablado de ti, de ti con nosotros, de ti en nosotros, de ti y de nosotros (y él mentalmente nos acusaría de vanidosos y de egocéntricos, porque ignoraría que es imposible aislar tu vida de tantas otras vidas con las que está como entretejida) y después de oírnos y de oírte en la *magneticband* y de leerte y de verte en fotografía, el desconocido se habría alejado sin haber conocido ni remotamente al Augusto Mario Delfino que fuiste.

Porque fuiste como una música que ningún pentagrama podía fijar. Perteneciste a ese linaje de hombres que sólo se dan plenamente en el ser histórico, en el ser temporal, en el ser total. De modo que lo que ahora te sobrevive es apenas la sal y la arena de un mar evaporado. Ni siquiera tus libros, Delfino. Los libros testimonian por el autor, no por el hombre. Y el autor siempre es el hombre menos algo. A veces menos lo peor del hombre, de acuerdo. Menos sus fobias, sus debilidades, sus dudas, sus envidias, sus rencores, sus indigestiones y su dolor de muelas. Otras veces, como en tu caso, menos lo más alto y quintaesenciado, menos las mejores esencias que sólo se destilan al nivel de la vida total. Aparte de que los libros, con el transcurso del tiempo, se independizan del autor, adquieren por mor de críticos y lectores una vida propia, entran en una especie de dominio común, y cuando eso sucede el hombre que los escribió es apenas un nombre y este nombre es apenas una porción del título del libro, una cifra buena sólo para la identificación y la catalogación del libro. Es doloroso pero es así, Delfino. Los libros son como peces vivos que, después de pescados, la gente devora sin saber (sin querer saber) quién fue el pescador que los pescó en su red.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No, no es fácil apresarte, Delfino. No es fácil seguir y perseguir esa gacela de tu imagen que huye, y huye cada vez más ligera, cada vez más azul y más traslúcida, y cazarla y momificarla. Yo mismo, ahora, doy vueltas y vueltas por este artículo donde pretendo evocarte, y ya ves, hablo de esto, hablo de aquello, voy, vengo, divago, filosofo, digo lugares comunes, digo tonterías, pero la imagen tuya que llevo grabada en la retina de mi espíritu no puedo reducirla a letras de molde, a letra muerta, ni puedo restituírsela a los demás, así que, acometido de pronto por una súbita rabia, renuncio y tacho lo escrito y pongo punto final a estas pobres frases con las que vanamente he intentado decir, Delfino, que quien más da a la vida más regala a la muerte, y que la muerte de un hombre como tú es un naufragio donde se pierden las mejores riquezas del náufrago, y tantas de nuestras riquezas, y tantas riquezas que ningún salvamento podrá rescatar.

Castillo de quema llamó Juan Ramón Jiménez al otro Ramón, al de las barbas de chivato y un brazo menos. Tú también tuviste, Delfino, la vocación del fuego, claro que no la del fuego de artificio, sino la del fuego de la llama de la lámpara.

¿Y cuál es la vocación del fuego, cuál es el destino del fuego? Lo ha dicho uno de tus ídolos, con el que a la hora de ahora estarás reunido y conversando: *arder, arder y nada más.* Pero el que arde se consume. La piedra incandescente está allí, pesada e inalterable, siempre igual a sí misma, siempre testigo y prueba de sí misma. En cambio los que testimonian por el fuego son aquellos que hacen danzar las sombras en las paredes.

Delfino, ¿me has comprendido?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SARA KRINER DE HAINES

Delfino íntimo

Cuando le conocí, Augusto Mario Delfino contaba apenas veinte años. Yo era amiga de Héctor, su hermano menor, a quien Delfino adoraba. Y esta sola condición bastaba para gozar también de esa comprensión y ternura que el poeta proyectaba generosamente sobre todos aquellos que rodeaban su intimidad.

Estábamos en esa edad en que desubicación es casi nuestro estado natural: suficientemente maduros para comprender ciertas cosas, pero demasiado pequeños para emprenderlas. Esta actividad siempre dubitativa servía para que Augustito —tal era el nombre con que lo llamábamos—, ejercitara con nosotros una suerte de docencia particular, hecha a base de anécdotas, explicaciones formales y cariño de hermano mayor. De esta manera, la información cumplía su función orientadora y —desprendida de la aridez de los libros de texto— aparecía revestida con un prestigio de encanto y de magia.

Por aquella época, Augustito conocía ya el sabor del éxito. Lector voraz y desordenado, había iniciado con fortuna su actividad literaria, compartiendo su tiempo entre las musas y las más hermosas mujeres de su círculo, entre las cuales hacía estragos su fina estampa de buen mozo y su descuidada elegancia de compadrito —con algo, en el andar, de boxeador o de bailarín de tango—. Sin embargo, jamás se deslumbró por su propio brillo. Conservó durante su gran época la misma proverbial sencillez del anonimato, tan sensible al poderoso como al humilde, al político encumbrado como al más modesto canillita.

Esta manifiesta incapacidad para la soberbia se traduce en una anécdota que el mismo Delfino me contaba con mucha gracia. Se había publicado su primer cuento en "La Novela Semanal". A la salida de su trabajo, Augustito tomó un ejemplar de la revista, lo puso bajo el brazo y —mientras silbaba "distraídamente"— comenzó a pasear por Avenida de Mayo su estudiada displicencia de publicista de 19 años. Después de recorrer cinco cuadras, advirtió que nadie lo miraba. "Pero qué pasa —explotó furioso—, pero es que estos idiotas no se dan cuenta que yo soy el autor del cuento de 'La Novela Semanal'...?" ¡Qué tremenda incompetencia para el ejercicio de la vanidad, capaz

de valerse de medios tan eficaces y sutiles! Recordando esta ingenua salida juvenil, Delfino concluía: "La vanidad es propia de mentalidades infantiles poco evolucionadas, que se avergonzarían si tuvieran conciencia de su situación".

A esta cualidad tan estimable, Augustito unía otra que era consecuencia de la primera, y que –inexplicablemente– se da pocas veces en la gente vinculada a la creación artística: el respeto por la labor del colega, la generosidad, la buena disposición hacia la crítica constructiva. Ni un frío señalador de errores, ni un indiferente a los aciertos de los demás, ni un acaparador de espacios u oportunidades; siempre pronto al estímulo, al aplauso merecido, a la intención distributiva. "Pero si hay lugar para todos –decía, a propósito de la postura egoísta de un colega–, este simpático amigo mío cree que el mundo es más chico de lo que es, y además no se da cuenta de que lo importante no es lo que pensamos nosotros, sino lo que se va a pensar después, si es que alguien se acuerda de pensar en cualquiera de nosotros". O, por boca de González Tuñón: "No se arañen, muchachos, a qué esforzarse tanto en desmerecerse si al final todos vamos a ser pelados".

Esta actitud ante la vida y el prójimo le deparaba esa alegría interior que sólo está reservada a los justos, y en la cual hay que buscar asimismo la explicación de su perenne juventud. Delfino desahogaba en el periodismo este soplo vital, o lo tremolaba en la plática con amigos y colegas, que eran las dos formas en que este pródigo de comunicación establecía contacto con los seres humanos. Por eso, su periodismo tenía tanto de charla cordial o diálogo amable, y su palabra tanto de agudeza y puntería periodística. Cierto es que su profesión –que él amaba, pero a la que se consagraba por motivos puramente económicos–, fagocitó más de una empresa literaria de alto nivel. "El diario –me dijo un día– es un gran horno que consume todo, la última actualidad que mata a la anterior, consume el papel, consume las noticias y a nosotros mismos".

Esta afirmación traducía, sin duda, su desconcierto íntimo para con esta actividad que le retaceaba el tiempo necesario para escribir. Para una naturaleza bucólica como la de Augustito, el periodismo debió significar un metrónomo desbocado, imponiéndole un ritmo que no se sintió capaz de seguir. En nuestra quinta, donde acostumbraba pasar sus fines de semana, lo oíamos repetir "...qué paz, qué paz, qué azul del cielo, qué dichosos los pájaros y qué paz, qué paz...", conteniendo nuestro afán de agasajarlo con un apacible "...bueno, bueno, pero todo muy despacio, muy tranquilo...".

Tal vez, Augusto Mario Delfino invocó alguna vez a la muerte como una meta. Quiso desperezar el trabajo febril de toda su vida en

una horizontal sin término y sin plazos, ese "dejarse estar" un poco vegetal, que alcanzó algunas veces en nuestra casa, mecido por la lealtad y la devoción de sus amigos.

La muerte tiene, sin duda, un don similar. Pareciera que, con un sentido protector, preservara el recuerdo de los muertos con un velo a través del cual las aristas son menos agudas y los colores menos agresivos. Con Augustito no cabe esta piadosa prevención. Muerto, a la luz de estos testimonios temblorosos, su figura vive en nosotros con los mismos valiosos atributos que lo distinguieron en vida. Que es la virtud de los que fueron grandes y puros de verdad.

ESTACIONES

Revista literaria de México

Sale con el ritmo de las estaciones del año

Fundador: **ELIAS NANDINO**
Director: **GUSTAVO SAINZ**

Número 21.
Pornografía y Literatura.

Colaboraciones de Salvador Elizondo, David Viñas, Georges Bataille, H. A. Murena, Noé Jitric, Henry Miller, Carlos Monsiváis, Alberto Hijar, Luis Guillermo Piazza, Alejandro Jodorowsky, Tomás Mojarro, Manuel Echeverría, Ernesto Mejía Sánchez.

●

Suscripción anual: **2 dólares.**
Número suelto: **0.50 dólar.**

●

Canje y suscripciones a: Apartado Postal 8184, México 1, D. F.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El percal celeste

Cada vez que sonaba la voz de "mama" llamándola, Ugenia se acurrucaba más entre las quinuas.

Ocupados los dedos en triturar las espigas, atajaba con los codos la gallina impaciente que trataba de encaramársele por rodillas y hombros para picotearle el trigo.

—Estéase quieta pués!...

Temía que el barullo de aletazos y píos la delataran. Y muy dueña que era ella de estarse quieta un rato a su gusto. Bastante fastidioso le sobraba el día. Y también la noche; porque cuando el mamón aullaba había de levantarse a tientas para alcanzarle el frasco de mate y bambolearlo hasta que se durmiera de nuevo. Y el chiquilín aullaba sin descanso desde que la "máma" no tuvo más leche. Y le menudeaban los "gómitos". De seguro que lo había empachado el verde. Mala suerte. De seguir así ya iban a ser tres los hermanitos que se murieron pese a haberlos llevado a la curandera para que les quebrara el empacho. "Pacencia". No por eso se le "afluejaba" la cincha. Pronto un nuevo crío llenaba el vacío del "angelito". Y todos nacían tan arruinaditos, tan gritones, como si vinieran al mundo de mala gana y ya deseando irse.

—¡Ugenia! ¡Ugenia!

Ugenia ni respiró. Sentía muy cerquita el chancleteo lerdo de la "máma" Y "güeno"... ¡Qué tanto apuro!... Despacito, grano a grano, le daba a la bataraza el trigo, acariciándola. ¡Tan linda que estaba la guacha!... ¡Quién iba a decir que era la misma pollita que trajo en el hueco de la mano!... Ya iba para seis meses que se la regaló Doña Aniceta, la puestera de "La Chilca". Fue el día más feliz de su recuerdo. La había mandado la "máma" como de costumbre a que le "empriestaran" galleta, y se quedó boquiabierta ante la pollada nueva que correteaba por el patio. Daba gusto verlos, bolitas de pelusa rubia como flores de espinillo. Ugenia no dijo nada, pero los ojos se le habían prendido tan engolosinados en los pollos que Dona Aniceta agarrando uno se lo ofreció.

—Tomá pa vos. Es hembrita. Si sabés criarla vos también pal año que viene tendrás pollada en el patio.

Le temblaron las manos al recibirla. No supo decir nada. Recién en el camino de vuelta, llevando contra el pecho el velloncito tibio e inquieto, empezó a definirse su emoción en ternura para esa bolita de vida que era suya. Por primera vez era dueña de algo. Y ese algo tan chiquito le llenaba el alma. Porque era una esperanza. Por el camino asoleado y polvoriento no veía más que el año próximo con el patio cuajado de polluelos. Y luego vendría otra nidada más, y otra. ¡Y todo eso sería suyo!.. Y el patio perdería esa "tristura" de camposanto en que sólo se oían los berridos del crío, los soponcios de la "máma", los rasguidos de la lechuza sobre el mojinete, y de tanto en tanto el "tata" que chaireaba el cuchillo cuando le invitaban a cuerear algún potro. La guachita aquella tuvo el gualicho de volverla "capaz" para enfrentar su suerte. Fue su distracción. Desde el amanecer, cuando entre dormida se levantaba para encender el fuego picante de biznaga y leña de vaca, la pollita ya se le venía al fogón a enredarle los pies. Pial de ternura. Salían juntas a buscar agua del pozo. El cielo tordillo le limpiaba "las vistas" y el viento frío oliendo a yuyo le barría el sueño. En una mano llevaba la lata que servía de balde y en la otra la guacha para no pisarla. Le picoteaba los labios. La vio crecer consentida. Por ella siempre Ugenia andaba "runciando" isocas y lombrices y también espigas ajenas.

La bataraza tragó el último grano. Ugenia se sacudió las pajillas y regresó muy tranquila a las casas.

—¿Llamaba, máma?

—¿No me oibas? ¡Cha que t' estás golviendo engreida! —reprochó la "máma" suspirando—. Andá a lo de Doña Casiana a ver si m' empriesta un poco de azúcar.

Salió sin prisa, buscando de reojo la guacha que ahuecando las plumas se había puesto a escarbar la tierra para despiojarse. Calculó que de regreso podía deslizarse hasta la orilla del trigal de "el vasco". Tomó a campo traviesa entre los cardales altos con mechones azulados. Tierra pródiga de espinas y avara de sombras. Había que andar cuidando siempre el pie de la hortiga, las piernas de la capa-caballo, y el lomo del sol. Ardía el cielo como una era. Allá al fondo se veía la chimenea humeante del rancho de Doña Casiana junto al ramillete verde de la higuera. De todos los vecinos, mejorando Doña Aniceta desde que le regaló la polla, era la gente que más apreciaba. Era donde iba más a gusto para los préstamos. Allí siempre estaban alegres. Las hijas siempre riendo o cantando y la madre siempre dicharacheando parecía haber nacido con el amasijo pegado a las manos. Y había un cachorro lanudo y saltarín que le lamía la cara. La reconoció antes de llegar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¡Juera, Chumo!

El cachorro la siguió retozando.

—Ya me parecía que eras vos, Ugenia —le dijo desde lejos la mayor que estaba sentada cosiendo bajo la higuera.

—Ansí es. Un encargo e la máma.

Pero sus ojos miraban encandilados sobre la falda de la moza un maravilloso percal celeste con florcitas rojas.

—¿Te gusta, eh?

—Ahá.

—Es un vestido pal baile que damos el otro sábado por el santo e la Palmira. —Había vuelto a su costura. Ugenia se mareaba en el percal celeste más lindo que una mañanita picada de verbenas.

—A propósito, ¿por qué no les pedís permiso a los tatas pa venir al baile? Ya sos mocita.

Ugenia quedó pasmada. "¿Pa qué había de dir ella al baile?"

—Pa que no te sigas criando tan arisca —repuso la otra riendo.

Se sonrojó hasta los caracuses. Arisca... ¡Si ella no lo era!... ¡Si por su "afición" ella siempre hubiera estado bailando y cantando como los molinos!...

—¿Nunca te dentró gana de dir a un baile? —preguntó la moza.

Ugenia movió la cabeza en negativa.

— Si no sé bailar... —contestó "boliada" pero sin querer parecerlo.

—Es fácil aprender... —empezó a retrucar la moza en el momento que salía la Palmira con un tacho de mondaduras para el chiquero.

Las dos hermanas tenían más labia que urracas. La empezaron a persuadir, a picarle la curiosidad y el deseo. En el tiempo que faltaba ellas le enseñarían a bailar; se acompañarían con el acordeón del hermano que no estaba en las casas. Ugenia cedía a la tentación...

—No tenés más que pedir el permiso. Y no te aflijas por el vestido que yo te empriesto el mío amarillo.

Fue el primer barquinazo de la ilusión. No se le había ocurrido. Recién vio sus sus ropas heredadas de la "máma", harapos del mismo color indecible del tiempo. Recién sintió el gusto de la pobreza, más amargo que jugo de altamisa. Recién advirtió el contrapunto de ese percal tiesito y atildado. Lo ansió con todas sus fuerzas. No quería ese traje amarillo con traza de pecho de venteveo. Y aunque no se animó a decirlo, cuando regresaba, dejando su promesa de volver a la siesta siguiente, iba enfurruñada mirando la coyuntura de la tierra y el cielo. Ella quería un vestido así, de color cielo.

Cuando llegó y la bataraza corrió a ella cloqueando advirtió que se había olvidado de pasar por el trigal de "el vasco".

Los "tatas" concedieron el permiso por no disgustar a vecinas "tan goluntarias siempre pa echarles una cuarta".

Ugenia volvió una siesta y otra a lo de Doña Casiana. Las polkas y los valses le cosquilleaban el cuerpo. El corazón se le hacía más baquiano que los pies para la música. Regresaba trastabillando, aturdida por la musiquita "dentradora" y el chachareo de las hermanas. Entre la caña caldeada que derramaba la siesta se le pintaban tantas cosas que nunca ni había maliciado. ¡Lo que debía ser un baile!... Luces, música, pasteles, los trajes de las mozas, y los mozos empilchados que a vista de todos la elegían y la sacaban a bailar y le decían bajito palabras más dulces que bayas de algarrobo... Ugenia menudeaba ahora sus escapadas con la guacha. Con ella podía dar rienda suelta a su exaltación. La "máma" se cansaba de llamarla. El "tata" cuando estaba "achispado" la reprendía. Sólo la bataraza le guiñaba sus ojillos de relumbrón. Ugenia la atiborraba de golosinas, le cosquilleaba la cresta, y asegurándose que no la veían repasaba los pasos de valse. Pero de pronto le venían los decaimientos. El dichoso vestido color cielo le lastimaba "las vistas" y el alma. Se imaginaba salir a bailar con un traje así, que esponjaría como la bataraza esponjaba sus plumas. Admirada por las viejas. Envidiada por las mozas. Y habría un mozo que le diría una décima en la guitarra... Los ojos se le llenaban de salmuera. La guacha le picoteaba las manos lacias. Y Ugenia entonces se confiaba en ella:

—Tendrás que darme muchos pollos pa que tenga plata y pueda lucir vestidos lindos en los bailes.

No era un consuelo. Miraba el camino en el que una mañana viera el año próximo con el patio cuajado de polluelos. Ahora era tan débil la esperanza que sólo veía el camino vacío, tal cual era. A veces con el punto negro de un jinete que se agrandaba. A veces con el bulto de un sulky o una jardinera que tartamudeaba entre los baches. Así una mañana sembrando plumas apareció Don Gervasio. Tal vez fue sólo Mandinga con la apariencia de Don Gervasio. Porque el bichoco que siempre pasaba al trote esta vez iba "cansao", al paso. Las jaulas castañeteaban entrechocándose. Don Gervasio tarareaba una "canzonetta".

—Güenas...

—Güenas...

El corazón, duro, le golpeaba el pecho. Los ojos se le prendían "emperraos" en las jaulas. La apoderaba un deseo fuerte y agrio. El carro ya iba de perfil.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Tsst. ¡Don Gervasio! ¡Diga!...

La voz era tan ronca como una "boquiada". Don Gervasio volvió la cabeza.

Ugenia le enseñaba la guacha, y sus manos temblaban igual que cuando la recibieron. El pollero detuvo el matungo. No supo negociar la pella. Sólo tenía prisa por que se la llevaran, como si le escaldase las manos. Además cuando Don Gervasio le ofreció un peso le pareció una suma fabulosa. Nunca soñó ser tan rica. Y se quedó tiesa, con los ojos muy abiertos y la garganta seca, sin comprender ni sentir, mirando cómo la jardinera volvía a arrancar zandungueando entre el griterío y revuelo de las gallinas que se acomodaban. Atontada estrujaba el papel. Hasta que de repente, goterones, empezaron a soltársele las lágrimas. Había aprendido lo brava que es de ganar la plata. No quiso volver a las casas. Tenía miedo que la "máma" le quitara el peso, y tenía miedo al recuerdo de una "presencia"... Resolvió escaparse al boliche donde el "tata" encontraba la caña y las amigas el percal celeste sembradito de flores. Le pareció que cuando lo tuviera entre las manos ellas extrañarían menos el plumón de la bataraza. Y se fue al galope, sin sentir los puazos de las espinas.

Le renació la alegría cuando ante el bolichero desconfiado vio extenderse el percal que ella le enseñara con el dedo. La ilusión, perdón de las miserias, la reabsorvió entera.

—Déme como pa un vestido, don.

El bolichero, buen catador de clientes, no las tenías todas consigo.

—Mirá que el metro cuesta sesenta centavos y en todo te hace como dos pesos.

Ahicito nomás estaba la ilusión y no había parejero capaz de alcanzarla. Sintió un derrumbamiento como por pamperada. Soltó la tela y se dio media vuelta. No quiso que la vieran morderse los labios hasta romperlos en sangre. Se volvió lenta con el peso entre la mano. La cabeza gacha no quería ver el trigal de "el vasco" ofreciendo espigas. Ni tenía que ver el camino en el que conociera una "güelta" a la esperanza.

Se acercaba a las casas. Alzó la cabeza. Le pareció percibir un rumor que reconocía. Lo había oído otras veces. Era un llanto monótono salpicado de soponcios. Debía ser la "máma" que lloraba. No le cabía duda. Lo recordaba de cuando murieron los hermanitos. Atravesó el patio sin mirar la tierra dura marcada con los huecos que marcara la bataraza. Entró al rancho medio ciega por la resolana. Sin ver la oyó la voz doliente de la "máma".

—¡También este se nos jué, Ugenia!...

Comprendió. Empezaba a distinguir algo y se acercó al montoncito de trapos. Vio la carita sumida que parecía de sebo desgastado, la boca entreabierta sobre la que se paseaba una mosca, las manitas cerradas como si hubieran querido apretarse la vida. "¡Pa qué!" Lo que es ella hubiera abierto la mano bien grande pa soltarla.

Entre dos resuellos la "máma" volvió a hablar:

—Andá a lo de Doña Casiana, Ugenia, a ver si t' empriesta alguna plata pal entierro.

Salió. Sabía que ya no iría ni ahora ni nunca más a aquel rancho. Fue a sentarse entre los quinuas donde solía sentarse a jugar con la guacha. Una pena honda la reaccionaba en rabia contra la "máma", contra el "angelito", contra la miseria, contra las hijas de Doña Casiana. Los odiaba a todos y ese cielo tieso y apacible como percal celeste. La garganta apretada levantó contra él los puños en una imprecación sin palabras ni lágrimas. Se acordó del peso que todavía tenía en la mano. Estrujado, sucio, eso era todo lo que le había quedado de la esperanza. Volvió a entrar y se lo tendió a la "máma".

—Ahí tiene pal entierro.

Revista Literaria Trimestral
Editada por la
Sociedad Hebraica Argentina

DAVAR

Nº 90 — *Julio - Agosto - Setiembre 1961*

HOMENAJE A SARMIENTO Y MORENO

Colaboraciones de Carlos Sánchez Viamonte, José Luis Romero, Luis Emilio Soto, Luis Franco, Josué Gollán (h.), Florencio Escardó, Cnel. Augusto G. Rodríguez, Gregorio Weinberg, José Luis Lanuza, Juan Mantovani, Francisco L. Romay, Norberto Rodríguez Bustamante, Juan Carlos Ghiano, Simja Sneh, Meier Bursuck, León Klenicki, Bernardo Ezequiel Koremblit, Juan Pinto, Ester de Izaguirre, Leonardo Glusberg y Natalio Kisnerman..

Dirección y Administración
Sarmiento 2233 | 48 - 5740 / 48 - 5880
Buenos Aires

Suscripción anual:
$ 110.— m/arg.
Exterior: 2 dólares

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Guillermo de Torre o el crítico

Guillermo de Torre ha nacido en Madrid casi a la par del siglo. Como tantos españoles luego dedicados a las letras, cursó los estudios de la licenciatura de Derecho, primero en la Universidad de Madrid y los terminó en la de Granada, donde se graduó en 1923, el mismo día que Federico García Lorca, otro ejemplo de jurista frustrado. En la realización de estos estudios medió la influencia paterna, pues el padre de Torre era abogado y notario y, como tantos padres españoles, pensaba que era bueno hacer abogado al hijo, sin perjuicio de que éste, más adelante, siguiera otra orientación. Todavía en los cursos 1924-26 estudió Torre en el Instituto Diplomático y Consular, pero éstas fueron sus últimas actividades en el campo del Derecho, pues ya en 1925 publicaba su primer libro importante, y antes había participado, desde casi adolescente, en tertulias y movimientos literarios.

Empezó a escribir muy joven y por la fecha de nacimiento vemos que su adolescencia coincide con el comienzo de la guerra europea y su juventud se inicia con la postguerra. Datos significativos que es preciso tener en cuenta.

Hacia 1919 surgió en España un movimiento literario renovador, paralelo de los entonces registrados en Europa. Con el final de la guerra, y aún antes, se había recrudecido la corriente exploratoria que fecundaba el mundo del arte: expresionismo en Alemania; Dadá en Suiza y luego en Francia; futurismo en Italia; surrealismo incipiente... No sólo los jóvenes; artistas maduros sentían inquietudes cada vez mayores y aspiraban a renovar al hombre, renovando la literatura, las artes plásticas, la música... Por todas partes, la inquietud fermentaba y surgían movimientos estéticos de diversa sustancia y resonancia.

En España fue Ramón Gómez de la Serna el primer francotirador de la vanguardia. Solitario y genial, luchaba desde todas las trincheras y con todas las armas contra las formas expresivas anquilosadas, pretendiendo incorporar nuestro país, la literatura de nuestro país, a la inquietud general. Fue (en esta oleada) el primero, pero no estaba solo.

De 1918 datan los *Poemas árticos* y *Ecuatorial*, del chileno Vicente Huidobro, que residió algunas temporadas en Madrid, inventor del creacionismo y uno de los precursores en cuanto a utilizar la nueva imaginería, eliminando los enlaces lógicos del verso e intentando la ruptura total de las viejas formas para "crear" el poema como un compuesto verbal, de validez autónoma y absoluta. De él arranca la teoría del objeto poético, que en España influyó sobre Juan Larrea y Gerardo Diego, especialmente, y en Francia alcanzó excelente fortuna a través de Pierre Reverdy y luego (a veinte años de distancia) de René Char y Francis Ponge.

A su modo singularísimo, Juan Ramón Jiménez, por encima de los ismos, combatía por limpiar el ambiente del país de la vacua y estragada retórica triunfante en academias, ateneos y redacciones. Moreno Villa apuntaba por su lado en la misma dirección y, por su parte, Rafael Cansinos Assens aparecía como cabeza de un pequeño grupo de renovadores.

Ramón vivía en relación con los escritores europeos de avanzada, especialmente franceses e italianos; en cambio Cansinos, escritor hoy injustamente olvidado, influía en reducidos círculos madrileños. Había nacido a la vida literaria en los comienzos del modernismo, cuando Juan Ramón Jiménez y los hermanos Machado, pero pronto se alejó

de ellos y de los caminos transitados por los mejores de su generación, para refugiarse en una semibohemia pontificante en cuyos ritos le asistían personajes oscuros cuyos nombres apenas son recordados por memoriosos eruditos de lo contemporáneo.

Guillermo de Torre ha dedicado a Cansinos un excelente ensayo[1], analizando con pulcro cuidado "el caso". "Generoso, sí —dice de él—, pero con más entusiasmo que reflexión, transmisor de exaltaciones, pero al mismo tiempo desenfocado. Todo rigor de pesas y medidas le es ajeno. Su falta de conceptos, de ideas centrales, no queda suplida por la delicada sensibilidad." "Crítica en simpatía" es la suya, y por ello momentáneamente persuasiva, pero inoperante a la larga. Vierte sobre todo —lo excelente, lo mediocre y lo aborrecible— un entusiasmo lírico parejo, sin curarse gran cosa de estos dos primordiales requisitos críticos: situación, valoración". Pero si el autor de *El movimiento V.P.* ha pecado por falta de discernimiento en el empleo de sus dones, hacia los años veinte logró reunir alrededor suyo unos cuantos jóvenes coincidentes en la continuada aspiración de cambiar la literatura, y en la incertidumbre acerca de los medios y métodos adecuados para lograrla. Por un momento pudo parecer que algo interesante podía salir de allí, pero los nuevos tiempos no se parecían a los que Cansinos viviera a comienzos del siglo, y la tentativa de ejercer magisterio duradero sobre los jóvenes chocaba con las exigencias de rigor en el saber y de orden y claridad en la exposición que la gente moza exigía. Ortega y Gasset atraía ya irresistiblemente a los mejores.

No podía faltar en España un ismo más, semejante a los que en aquellos años brotaban por todas partes, pues pese al relativo aislamiento hispánico y al hecho de que el país permaneciera al margen de la primera guerra mundial (o de la primera fase de la guerra, pues pocos lustros después continuaba en España misma, y luego en Europa y otras partes del mundo), las fronteras espirituales permanecían abiertas y el clima de la península acusaba más porosidad y permeabilidad que de ordinario. Esto explica que en 1920 surgiera aquí un movimiento literario renovador paralelo de los emergentes en otros países. Y justo es reconocerlo: fue en el grupo orientado por Cansinos donde nació la tentativa transformadora. Este primer ismo español de la entreguerra se llamó Ultraísmo y su manifiesto, titulado *Vertical*, lo escribió Guillermo de Torre, el talento más claro y la vocación más segura entre los ultraistas. Se llamaron así por autodesignación, para dar a entender su voluntad de ir más allá de los ambientes hasta entonces explorados, de las esferas tradicionalmente acotadas por la literatura, ejercitándose en zonas intactas. Había en ellos reminiscencias de futurismo, atisbos de dadaísmo, influencia de señeros escritores aislados, franceses especialmente, y decidida voluntad de combatir por la transformación del arte, situándolo a la altura de los tiempos.

En la entreguerra se experimentó la clara sensación de vivir un paréntesis, provisionalmente, entre el armisticio y la eventual ruptura de hostilidades. Los movimientos políticos subversivos ganaban progresivamente a las masas y también a ciertas minorías intelectuales. No sólo habían quedado arrasados los campos de batalla, sino los valores sobre los cuales se fundaba la civilización occidental. Voces apocalípticas se dejaban oír; unas con acento intimidatorio, otras con intención admonitoria, y aún los en apariencia más seguros de sí y de la perdurabilidad de la cultura se unían de un modo u otro al coro. La civilización en riesgo planteaba el problema de si la cultura sobreviviría. Desde la altura de su engañosa serenidad Paul Valéry declaraba que las civilizaciones son mortales y constataba que la nuestra podía perecer y desaparecer.

En la política, la violencia predominaba. Levantando acta de tanta destrucción, en lo espiritual y en lo moral, co-

[1] Véase *Las metamorfosis de Proteo*. Losada, Bs. As., 1956.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mo la guerra y la postguerra produjeron, hombres audaces aspiraban a regir el mundo, e incrédulos respecto a cuanto no fuera la fuerza, propugnaban el empleo ilimitado de ella. Pero la violencia es contagiosa y la subversión se extendía con distinto, y a veces contradictorio signo, a diversos países y ámbitos variados. La subversión, en lo relativo a las artes plásticas y a las letras, aparecía con el carácter de una necesaria revisión de actitudes y realizaciones. Parecía necesario que el artista se pusiera en claro con su tiempo y recogiera en su obra indicios de lo que estaba ocurriendo en el mundo. Sólo siendo fiel a la época podía ser también fiel a sí mismo.

Lo mejor del ultraísmo fue el impulso; las realizaciones no estuvieron a la altura de los propósitos, y la más curiosa se debió al mismo Torre: el libro de poemas titulado —muy significativamente— *Hélices*. Rótulo al gusto de la época y composiciones que revelaban (salvo algunas, según ya advirtieron en su día Federico García Lorca y Juan Ramón Jiménez) más capacidad para captar el aire del tiempo que verdadera inspiración lírica. No era éste el camino reservado al autor, quien no tardó en reconocerlo así, pero el libro queda como documento curioso y es la expresión más lograda de las intenciones y deseos del grupo ultraísta.

Es frecuente minimizar el aporte de éste y hasta ignorarlo y olvidarlo al escribir la historia de la poesía española contemporánea; tales actitudes son injustas y urge revisarlas. Los ultraístas hicieron bien en borrarse ulteriormente, los que se borraron, y en desaparecer, los que desaparecieron. Pues más vale la eliminación voluntaria que sobrevivir en la mediocridad. Sin duda la espléndida floración subsiguiente, la briosa irrupción en poesía de la generación de 1925, con sus vivas y animadas revistas y los preciosos libros iniciales: *Marinero en tierra, Versos humanos, Libro de poemas, Presagios,* contribuyó a que se olvidara más fácilmente el fracasado empeño de los ultraístas. Pero el adjetivo "fracasado" debe entenderse en términos de creación poética; no de fecundidad renovadora. No hubo, entre los ultra, un Guillén o un Lorca, como en la oleada que siguió al ultraísmo, que es el vanguardismo por antonomasia; no apareció dentro del ultraísmo un libro como *Cántico* o *Romancero gitano,* pero el reconocimiento de la superioridad de quienes los escribieron no puede hacernos olvidar que los ultraístas fueron la vanguardia de la vanguardia y desempeñaron papel de exploradores, que en arte como en guerra es siempre arriesgado y ocasionado a fracasos.

El ultraísmo fue una fuerza de choque: desbrozó el terreno para los demás, desempeñó briosamente su papel y cubrió sus objetivos. José Rivas Panedas, César Comet, Pedro Garfias, Isaac del Vando-Villar... representan poco en la historia literaria, pero el movimiento integrado por ellos —y otros— y las revistas que publicaron han sido útiles para quienes, al mismo tiempo, desde otros ángulos, se libraban al intento paralelo de transformar la poesía española. García Lorca fue contertulio del cenáculo ultraísta, en el café del Prado, y a pesar de su gran personalidad pueden hallarse en su obra reminiscencias del movimiento. Téngase en cuenta que por los años del ultraísmo Juan Ramón Jiménez había iniciado, con la publicación de *Indice* (1921-1922), la incorporación a la literatura de los poetas de la generación vanguardista.

El ultraísmo se manifestó, como era natural, en revistas minoritarias; las más importantes fueron *Grecia* (publicada en Sevilla, 1919-1920); *Cervantes* (fundada en Madrid por Villaespesa y más tarde dirigida por Cansinos Assens, que llevó a ella a los jóvenes, 1919-1920); *Ultra* (que dio nombre al grupo, 1921-1922) y *Tableros* (1922). Mezclados con los ultraístas aparecieron escritores luego agrupados en la generación de 1925, a la cual hubieran pertenecido los primeros de no bifurcarse radicalmente sus caminos en determinado momento. Guillermo de Torre es el único del equipo ultraísta que, inscribiéndose con plenitud de derecho en la generación citada —sin que deje de pertenecer también a la siguiente— ha defendido siempre la significación y el valor representativo del ultraísmo dentro de nuestra literatura.

A veinte años de distancia de la aventura, Pedro Garfias publicó en *Heraldo de Madrid* unos artículos en que hablaba de los orígenes del ultraísmo y de su justificación. "Movimiento y no escuela dice. El manifiesto ultraísta no contenía programa ni normas estéticas, como el futurismo. Pretendía solamente renovar, airear la literatura de entonces, excitar a los jóvenes a buscarse, huyendo de la imitación y del tópico". Después precisaba con claridad que la renovación, según luego la practicaron los poetas de la generación del 25, no se dirigía contra los grandes de la generación anterior, sino contra los simuladores de toda laya: "En todo el ultraísmo —añade— no se escribió una palabra contra los maestros auténticos, aquellos en cuya lectura nos habíamos formado: Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. Únicamente se arremetió contra los falsificadores del arte, que pululando por las revistas ilustradas lo infectaban todo de ramplonería y vulgaridad".

Casi todos los ultraístas abandonaron la literatura. Isaac del Vando-Villar tiene en Sevilla una galería de arte; Eugenio Montes, inicialmente también mezclado al grupo, se dedicó al periodismo político; Comet desapareció del horizonte literario visible; Rivas Panedas y Pedro Garfias reaparecieron durante la guerra española convertidos en "poetas sociales"; el último se instaló luego en México donde escribe y pronuncia conferencias.

En 1925 Guillermo de Torre, superado el avatar ultraísta, bien pertrechado y documentado irrumpe en el terreno que desde ese momento va a ser suyo: el de la crítica literaria. Es el año de *Literaturas europeas de vanguardia,* primera tentativa de presentar al público español un panorama coherente de las letras occidentales contemporáneas. Y ya en ese instante inicial de su esfuerzo crítico mostró las virtudes de información cabal, precisión expositiva y seguridad de juicio que iban a convertirle en uno de los escritores más responsables de estos años. Leído a más de treinta años de su fecha el libro interesa por el rigor con que está escrito (sorprendente en un joven de 24 años, y más aún sabiendo que la mayoría de sus capítulos fueron escritos entre los 19 y los 23 años) y por el notable caudal de noticias acumulado, pero, sobre todo, por el buen sentido y la penetración crítica que permiten al autor situar a cada escritor en el lugar y con la jerarquía que le corresponden. No serán muchas las rectificaciones de fondo registrables en la segunda edición, anunciada para pronto, pues el buen olfato de Guillermo de Torre, le permitió discriminar, en plena efervescencia de los *ismos,* cuáles eran las personalidades de relieve, y captar perspicazmente las corrientes literarias más sugestivas.

Poco antes, en 1923, había iniciado su publicación la *Revista de Occidente,* fundada y dirigida por José Ortega y Gasset. Es un momento decisivo para la transformación de la cultura española. Ortega se hallaba en plenitud de vigor y de esperanza, y acometía, con magníficas perspectivas de éxito, la tarea de dotar a España de los instrumentos culturales que necesitaba. Aparte su labor de cátedra y la publicación de sus libros, ejercía su influencia a través de *El Sol,* el diario fundado por don Nicolás María Urgoiti bajo la inspiración del filósofo.

Convencido como lo estaba de la necesidad de crear, instruir y ejercitar adecuadamente grupos selectos que actuaran sobre la masa del país, creando en las distintas zonas de él núcleos de la máxima permeabilidad y receptividad, quiso contar con una revista propia, en donde pudieran intentarse dos objetivos igualmente importantes: por un lado, traer a España lo mejor de la cultura extranjera; por otro, poner a los escritores jóvenes en comunicación con un público reducido, pero entusiasta, a quien pudieran dirigirse en su propio lenguaje, sin necesidad de achabacanar la expresión, ni de alicortar el vuelo del pensamiento. Por eso fundó la *Revista de Occidente* y muy pronto, labor paralela, la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

editorial dependiente de ella, inspirada en idénticos principios de exigencia y calidad.

Guillermo de Torre, como los restantes miembros de la generación del 25, que en los años del 23 al 36 vivió su período ascendente, intervino en los trabajos de la revista y publicó en ella numerosos trabajos críticos. Es en esa época cuando a su labor de crítica literaria, añadió la crítica de arte. Desdoblamiento afortunado, pues su sensibilidad le hizo reaccionar con agudeza frente a los fenómenos del arte actual y cooperar a la mejor comprensión de éste. Hasta entonces Eugenio d'Ors había sido en España casi único paladín de las nuevas tendencias plásticas, y curiosamente de Torre mantuvo con él una polémica que durante mucho tiempo le dejó amargo regusto. Pero, cuando falleció el viejo maestro, a diferencia de quienes aprovecharon su muerte para atacarle insidiosamente, incluso sin nombrarle, esforzándose por disminuir su talla, el adversario de ayer le dedicó un *Requiem* en donde declara: "no todos los días se encuentra un antagonista de su talla".

En 1927 aparece *La Gaceta Literaria*, dirigida por Giménez Caballero, con Guillermo de Torre como secretario. No parece aventurado atribuir a éste el tono civilizado, europeo y auténticamente literario que tuvo la revista en su primera época, sin duda la mejor. Se trataba de un quincenario impreso en formato de periódico, al que Giménez Caballero dio la animación, pero también la extravagancia, de su indudable talento, y Guillermo de Torre la curiosidad intelectual propia de su carácter. Fue la más importante de las revistas generacionales y no es casualidad que su publicación se inicie el año del centenario de Góngora, cuando la promoción se mostraba más acometedora y resuelta en su designio de transformación. Fue una revista combativa, polémica, viva, y sirvió para aglutinar esfuerzos hasta entonces dispersos, contribuyendo a darles sentido. Por esos mismos años Guillermo de Torre comenzó a colaborar en *El Sol*, de Madrid, y siguiendo la línea de su vocación inequívoca todos sus artículos fueron de crítica. No hubo en él vacilaciones y continuó en el diario la labor iniciada en la revista: exposición, comentario y valoración de escritores y tendencias artísticas. Era el escritor mejor informado de las novedades nacionales y foráneas y quien, con amenidad de pluma, lograba más fácilmente hacérselas digerir al receloso celtíbero.

En 1928 marchó a la Argentina, y en Buenos Aires entró en contacto con el mundo americano, estableciéndose como colaborador asiduo de *La Nación* y otros papeles periódicos importantes de aquella ciudad. Casó con la pintora Norah Borges y fue secretario de la revista *Sur*. Desde entonces hasta el regreso a España, en 1933, desarrolló intensa actividad en la prensa bonaerense. *La Nación* hizo para él las veces de *El Sol*, y *Sur* las de la *Revista de Occidente;* ambos diarios y ambas revistas estaban dentro del mismo clima espiritual e inspiradas por idéntico afán liberal y renovador.

La crítica diaria, la crítica de urgencia y, en cierto sentido, de combate le fue útil, pues dio a su prosa incisividad y soltura. Su estilo es claro, expresivo y tiene en cuenta al lector. Cualidad de buen escritor que sabe adaptarse a las exigencias de las colaboraciones en periódicos, según revela la elección de temas y el modo de tratarlos en forma atractiva. Si no inventó, por lo menos fue cultivador afortunado de un periodismo literario (género de tan ilustre tradición en el mundo hispánico desde Larra, pasando por Martí y Darío) muy distinto del anteriormente practicado por escritores como Azorín. Acertó a presentar los temas literarios y a comentar las obras de arte del modo más atractivo; lo periodístico mejor servía para incitar a la lectura, y la claridad del estilo y lo ordenado de la exposición hacían sencillo y transparente lo antes complicado. Muchos artículos de esta época se recogieron luego en volumen y que pudieran soportar la prueba del libro acredita su calidad, muy por encima del valor puramente transitorio a menudo atribuible a trabajos periodísticos. El ejercicio de la crítica en los diarios, pues, agilizó las dotes naturales del escritor, sin perjudicar la solidez de sus trabajos; Guillermo de Torre encuentra placer al escribir y escribe con plenitud de conciencia y entusiasmo.

Rico en lecturas y de curiosidad inagotable, su buena memoria fue convirtiéndose en vastísimo almacén de noticias curiosas que, emergiendo en tiempo oportuno y circunstancias adecuadas, añaden a sus escritos el picante de una amenidad siempre compatible con la densidad y el rigor del esfuerzo. Así llegó a ser lo que es hoy en el mundo de las letras hispánicas, y tal vez en el mundo literario a secas: el crítico mejor informado, el erudito más competente en literatura contemporánea, demostrando que la erudición no ha de referirse necesariamente a un pasado más o menos remoto, sino que puede servir para aclarar y precisar el panorama de lo presente, revelando las conexiones entre movimientos y escritores de diversas latitudes y situados (a veces) a relativa distancia en el tiempo.

El año 1932, cuando regresó a Madrid, encontró a España cambiada. Eran los años de la República; las esperanzas de quienes la trajeran aún se mantenían en alto, pero la discordia civil presagiaba la guerra que no tardaría en comenzar. No fue en *El Sol*, arrebatado a Ortega algo antes, donde Guillermo de Torre reanudó sus actividades críticas, sino en *Luz*, y más tarde en *Diario de Madrid*, diarios de la noche dirigidos por Fernando Vela y Corpus Barga, respectivamente, que trataban de continuar la trayectoria del periódico perdido. La política lo invadía todo y lo político tendía a imponerse como criterio decisivo en diferentes ámbitos de la vida nacional. Guillermo de Torre supo defender y mantener su posición de escritor independiente, y no permaneciendo indiferente a los planteamientos polémicos de la época, sino negándose a subordinar su trabajo a los dictados politizantes.

No era tan fácil como, visto a la distancia, parece. La discordia crecía y crecía y quien se oponía a ella corría riesgo de ser considerado enemigo por los dos bandos en pugna. La *Revista de Occidente* le atrajo de nuevo y allí la independencia del escritor se encontraba todavía salvaguardada. Intervino entonces en dos empresas disímiles y ambas importantes: la publicación de *Indice Literario*, en el Centro de Estudios Históricos, y la fundación de la Sociedad de Amigos de las Artes Nuevas (ADLAN).

Pedro Salinas había creado en el Centro de Estudios Históricos una sección dedicada a la literatura contemporánea, y como parte de ella la revista *Índice Literario*, casi en su totalidad redactada por él y Guillermo de Torre. La publicación insertaba exclusivamente trabajos de crítica, todos anónimos. Salinas escribía para cada número un ensayo extenso. De Torre, por su parte, redactaba las reseñas. Intentó y consiguió un tipo de nota bibliográfica más descriptiva que crítica, mediante el cual informaba de la forma y el contenido de los libros, sin apenas formular juicio de valor, sin añadir comentario o glosa. Excelente ejercicio de estilo para habituarse a la descripción objetiva de los textos. La colaboración Salinas—de Torre produjo buenos resultados y la colección de *Índice Literario* es testimonio de cómo se trabajaba entonces en el Centro de Estudios Históricos y de cómo éste se interesaba por la literatura actual.

Según dije, hacía tiempo que Guillermo de Torre se interesaba en los problemas de las artes plásticas. Su matrimonio con Norah Borges, pintora de delicada sensibilidad, no podía sino contribuir a aumentar ese interés, y en su segunda etapa de vida madrileña se ocupó casi tanto de cuestiones artísticas como de temas literarios. Con el escultor Angel Ferrant, el arquitecto Luis Blanco Soler, el músico Gustavo Pittaluga, el poeta y pintor José Moreno Villa y el crítico Eduardo Westerdahl fundó en 1935 la sociedad ADLAN, a que acabo de referirme. En el Centro de las Artes de la Construcción, Carrera de San Jerónimo, Madrid, se celebraron diversas exposiciones organizadas por el grupo, todas de no-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

table calidad; entre ellas las del escultor Alberto, la pintora Maruja Mallo y Pablo Picasso. La última constituyó un sensacional acontecimiento artístico, y no sólo atrajo a los intelectuales y artistas, sino a vastas masas de público perteneciente a sectores por lo general impermeables a este género de manifestaciones. Torres prologó el Catálogo de la exposición picassiana, pequeña guía, precisa y documentada, de la genial pintura del malagueño y la mejor introducción a su obra de cuantas hasta entonces se habían redactado en España.

Bastante antes (antes del primer viaje a Buenos Aires), Guillermo de Torre participó en la fundación de la Sociedad de Artistas Ibéricos, de la que, así como de Adlan, fue secretario. Vale la pena destacar la frecuencia con que en sociedades y revistas ha desempeñado este cargo, pues es indicio revelador de que no era en ellas elemento pasivo, sino, al contrario, de los más activos y dinámicos, y quien en realidad se ocupaba de todo.

Ya he dicho que polemizó con Eugenio d'Ors, con quien, por encima de tantas diferencias, tenía de común el amor al arte vivo y la propensión proselitista Ellos fueron, junto a un puñado de gente desinteresada y entusiasta, los ganadores de las primeras batallas renovadoras. Vencieron en lucha desigual, pues contra esta minoría auténticamente selecta luchaban las fuerzas de la pereza mental, el apego a lo hecho y lo confortable de las ideas recibidas. El combate fue áspero (aun sigue siéndolo) en el campo de las artes plásticas, en parte por el peso de los intereses creados y más innegablemente porque academicismo quiere decir, entre otras cosas, disfrute de prebendas, reparto de cargos y dividendos, y defensa de privilegios que el empuje de los renovadores pone en peligro. A los jóvenes les interesa el arte en sí; a la academia, el escalafón, el lento avance de premio en premio y de medalla en medalla, sin saltos bruscos ni pretensiones desmedidas. Un orden jerárquico en donde la antigüedad se anteponga al talento, y un sistema de convenciones, normas y resguardos que frenen el libre juego de éste.

Guillermo de Torre no entró en el juego establecido, ni admitió las reglas. Se puso del lado del talento contra la jerarquía; del ímpetu y el dinamismo contra el estancamiento tradicional. Fue la suya, como digo, crítica de combate, pero, al mismo tiempo, y como paralelamente venía efectuando en lo literario, asumió la tarea de interpretar y justificar las tendencias nuevas, constatando la conveniencia de exponer al lector el sentido y la intención de ellas. Su aportación tuvo singular valor y le situó entre los críticos de mayor empuje.

En aquella situación (y todavía ocurre lo mismo) la defensa de la actitud aventurera abarcaba todos los ámbitos de la creación artística. Nunca he podido comprender a quienes por un lado se muestran partidarios de la pintura moderna, mientras se desinteresan de la poesía o la música contemporáneas. El movimiento renovador tiene una raíz común y se produce paralelamente en todas las artes, aunque con las variantes naturales, dada la diferencia de técnicas y los distintos modos de evolución y enriquecimiento. Por eso entre poetas, músicos y artistas plásticos se establece cierta coincidencia de actitudes y se llega a una comprensión mutua muy completa.

Defendiendo a Picasso, se defendía a Federico García Lorca y a Rafael Alberti. Un comentario sobre Apollinaire obligaba a tratar de los pintores cubistas, de quienes el poeta francés fuera defensor y escoliasta. La posición de Guillermo de Torre en los años 1925-1935 ofrece curiosas similitudes con la del poeta francés quince años antes. Como él, se convirtió en teorizante de las nuevas escuelas, y en amigo y defensor de los artistas adscritos a ellas. Esto explica que, algún tiempo después, escribiera un excelente estudio sobre Apollinaire y las teorías del Cubismo, publicado como introducción a una antología del poeta francés.

La guerra civil española cambió la vida de Guillermo de Torre, pues le hizo

volver a Buenos Aires, donde arraigó y lleva viviendo más de veinte años. Pero no pudo cambiar su destino de escritor; una vocación como la suya no es posible desviarla. Si el lector me permite una declaración personal, me atreveré a decir que no he conocido caso de vocación por las letras, de afición a la tarea de escribir en su más puro sentido, comparable al de Torre. Ha vivido entregado a ella, cumpliéndola, y durante años ni se preocupó por recoger en volumen los escritos que pródigamente iba lanzando en diarios y revistas. Lector incansable, todo su tiempo le era preciso para leer y escribir. Su infatigable curiosidad no le dispersaba; lecturas y conocimientos se incorporaban a un sistema de ideas ordenado, sencillo y claro.

Los años de Buenos Aires fueron fecundos. En 1943 publicó dos obras importantes; una breve y la otra extensa: *Menéndez Pelayo y las dos Españas*, se titula la primera; *La aventura y el orden*, es el rótulo de la segunda. La interpretación de Menéndez Pelayo atiende fundamentalmente a expresar la complejidad de la figura; por un lado subraya la grandeza del crítico; por otro, analiza su actividad como polemista, calificándole de "banderizo". No estoy seguro de que esta presentación bifronte responda exactamente al verdadero ser del autor de *Historia de las ideas estéticas*. Para la mayoría, la interpretación es correcta, pero si se estudia de cerca el esfuerzo del Maestro, se advierte cómo su obra y su persona tendieron invariablemente a superar las limitaciones ideológicas y alcanzar una comprensión total de lo español y lo universal mejor.

De Torre divide su libro en dos partes: *El titán* y *El banderizo*. Nada hay que reprochar a la primera, dedicada a los aspectos casi fabulosos de la personalidad estudiada; con acierto caracteriza a don Marcelino como artista, sostenido y alentado por el fuego creador. Con justicia señala que la capacidad para reconstruir el pretérito era en él "pareja —si no mayor— que la de un Mommsen, un Gibbon, un Burckhardt, un Macaulay"; con Menéndez Pelayo la crítica literaria en lengua española adquirió por vez primera jerarquía estética. Mis discrepancias con Torre se centran en la segunda parte, pues si es evidente la fobia antikrausista del Maestro y notoria su rigidez en cuanto a la religión católica, profesada por él con indomable vigor, no es menos verdad que con el tiempo su generosidad y su capacidad para sentir y gozar la belleza artística le hicieron tolerante y comprensivo para cuanto no fueran ataques frontales a la ortodoxia. Temperamentalmente don Marcelino Menéndez Pelayo era liberal y, para decirlo con la exactitud debida, añadiríamos, siguiendo el rótulo de su adscripción política: liberal conservador.

Los belicosos comienzos, la famosa polémica de *La ciencia española* y los *Heterodoxos* señalaron una dirección que se grabó como la única posible en la mente de los lectores. No es discutible el hecho de que don Marcelino, por su formación y su ambiente, perteneciera a "la derecha". Pero a estas alturas, más que su alineación en tal o cual sector de la política española, importa registrar la connatural propensión a entender la diversidad de lo hispánico; la resuelta animadversión a levantar barreras y el decidido propósito de salvar cuanto pudiera ser salvado. Su bandería es ocasional; su voluntad de comprender, permanente. Estas discrepancias, muy personales, no disminuyen en nada el valor de la obrita de Guillermo de Torre, compuesta también con evidente deseo de "salvación" y concordia.

La aventura y el orden es libro más ambicioso. En él reunió algunos de los ensayos hasta entonces dispersos. Es de singular interés el que da nombre al volumen, pues en él sintetiza lo esencial del debate entre los conceptos de *aventura* y de *orden*, referidos al dominio del espíritu. En esos dos términos quedan resumidas dos constantes propensiones: el espíritu creador, inquieto, curioso, temerario, y el deseo de vivir dentro de una tradición, alimentándola y alimentándose de ella.

Guillermo de Torre se sitúa, sin duda, del lado de los aventureros, pero según

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

podrá comprobar el lector (pues tal ensayo se incluye en esta antología), su defensa del espíritu de aventura no le impide reconocer los valores de lo tradicional. Como él dice, el prefijo *neo*, aplicado a tendencias artísticas, tiene poco sentido, pero es obligado entender que la aventura, aunque parezca mirar exclusivamente hacia adelante, está siempre partiendo de una realidad asentada en lo pasado y de la cual no puede prescindir para realizarse. Los movimientos de retorno suelen ser estéticamente de poco valor y rara vez queda algo de ellos, mientras los renovadores, incluso si no dejan obras de gran clase, conforme sucedió con *Dadá* y el Ultraísmo, sirven para vivificar el ambiente.

Acaso lo más certero de las apreciaciones de Torre es la consideración de que aventura y orden no son tan opuestos como a primera vista parece; coexisten, y la aventura de hoy a menudo es el orden de mañana. Vistos a la distancia, ni la novelística proustiana, ni el cubismo parecen desligados de la tradición. Al revés son etapas decisivas de movimientos seculares. Claro es que lo importante, lo que les da tono aventurero, es el hecho de constituir una etapa progresiva en la evolución de las artes. Esto distingue ciertas obras de las que implican un retroceso hacia formas superadas. Guillermo de Torre advierte: "hay dos tradiciones, la tradición del orden y la tradición de la aventura; no es menos arquetipo Góngora que Herrera, Scève que Boileau, Dostoyewski que Dickens y Picasso que Ingres, Bach que Strawinsky, Bramante que Le Corbusier". No sería difícil escribir una pequeña historia de la literatura dividiéndola en dos corrientes, y allí se vería si la aventura está menos sólidamente arraigada en la realidad que el orden.

Complemento natural de ese primer ensayo de *La aventura y el orden* son los restantes del volumen, concurrentes a reforzar, desde otros puntos de vista, y con diferentes técnicas, las ideas expuestas en el inicial. Así los dedicados a Herrera Reissig, Paul Valéry, Jules Supervielle y Rainer María Rilke añaden precisiones al debate. El capítulo dedicado a Valéry, con referencias a la evolución y el intelectualismo del poeta, y a la polémica sobre la poesía pura es muy aleccionador. En sucesivas ediciones el autor dividió el libro en dos volúmenes, dejando en el que conserva el título original los trabajos inspirados, de cerca o de lejos, en la tendencia indicada, y publicando aparte, bajo el rótulo: *Tríptico del sacrificio*, los ensayos sobre Unamuno, García Lorca, Machado y alguno más.

No pretendo comentar uno por uno los libros de Guillermo de Torre, pero, antes de escribir acerca de sus dos obras más importantes, se me permitirá alguna referencia a tres estudios breves, aparecidos casi al tiempo. 1948 fue para Torre un año fecundo; no menos de tres libritos publicó en él, además de reeditar *La aventura y el orden*. El primero de aquellos es el estudio dedicado al pintor Torres García, notable figura del arte contemporáneo, precursor en muchos sentidos de doctrinas estéticas avanzadas y estimable explorador de los mundos de la abstracción. El crítico le hace justicia, situándole en su debido rango y subsanando omisiones, o malévolas o torpes, como la observable en la pseudo *Historia del arte abstracto*, escrita por el francés Michel Seuphor.

Casi al mismo tiempo aparecieron *Lope de Vega* y *Valoración literaria del existencialismo*. El primero es una separata de la extensa introducción antepuesta al tomo de *Teatro*, de Lope, publicado por Clásicos Jackson, y nos presenta al autor fuera de su habitual campo de trabajo. Se trata de un estudio claro y original; de una imagen viva del dramaturgo. A través de la pluma de Guillermo de Torre le vemos contemporáneo y cercano a nuestra sensibilidad, pues el crítico se compenetra con la humanísima figura de Lope y destaca cuanto hay en él de permanente.

Valoración literaria del existencialismo es trabajo breve (relativamente breve), muy del gusto y las aficiones del autor; en él presenta temas tan sugestivos como la continuidad de las escuelas literarias, la alternancia de los géneros; la aparición de Sartre y el curso de su evolución; las influencias norteamericanas; la estética y filosofía del absurdo; existencialismo y marxismo, y otros aspectos del problema no menos interesantes. Es muy sugestivo el estudio de los precedentes, entre los cuales no olvida Torre los españoles, tan importantes y decisivos: Unamuno, Antonio Machado, Ortega y Gasset. Con su habitual sagacidad establece vínculos y señala deudas que cronistas extranjeros suelen olvidar.

En los años de Buenos Aires la actividad de Guillermo de Torre ha sido múltiple. Asesor literario de Editorial Losada, recopiló y prologó los ocho volúmenes de *Obras completas* de Federico García Lorca, por vez primera reunidas en colección; las *Poesías completas*, de Herrera Reissig, y la preciosa *Antología para niños y adolescentes*, de Juan Ramón Jiménez. Como director de "La pajarita de papel" presentó al público de lengua española (en sendos prólogos) libros tan importantes como *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, de Rainer María Rilke; *Canto a mí mismo*, de Walt Whitman; *Cervantes, Goethe, Freud*, de Thomas Mann; *El muro*, de Jean Paul Sartre; *En la bahía*, de Katherine Mansfield, y varios más de análoga importancia.

Prologó igualmente a León Felipe (*Antología rota*); Antonio Machado (*Los complementarios*); Ramón Gómez de la Serna (*Antología y Obras completas, Vol. II*); Victoria Ocampo (*Lawrence de Arabia y otros ensayos*); Eduardo Mallea (*Todo verdor perecerá*), y a otros escritores.

Tradujo obras de Max Jacob, Verlaine, Angel Flores, Stravinsky, Camus y Anouilh, y colaboró en las revistas y periódicos más importantes de España, Hispanoamérica, Estados Unidos, Francia, Bélgica..., saltando todas las fronteras, hasta ser uno de los escritores más universales de nuestra época.

Desde 1956 es profesor de Literatura Española moderna en la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Letras, y en los años cincuenta su experiencia americana se acreció con diversos viajes por países del hemisferio austral, pronunciando conferencias en universidades y centros culturales de Montevideo, Santiago de Chile, Lima, Quito, Guayaquil, San Juan de Puerto Rico, Caracas, La Habana, etc. Sin contar las pronunciadas antes y después en diversas capitales de Europa. Un librito reciente, *Claves de la literatura hispanoamericana* (1959), es excelente testimonio de su interés por el "nuevo mundo", cada día más ligado y vinculado entre sí y con la parte del viejo que solíamos llamar Europa.

En 1951 publicó *Problemática de la literatura*. Si hubiera de resumir en una frase la pretensión de Guillermo de Torre al escribir este libro, destacaría el propósito, claramente enunciado en el texto, de restaurar la dignidad de la crítica (y de la razón) frente a las fuerzas oscuras. El autor, aleccionado por la dura experiencia de los años penúltimos, comienza el estudio de los fenómenos artísticos de nuestro tiempo, buscando antecedentes remotos y analizando las consecuencias de ellos. Escrito a poca distancia de la guerra en sus páginas se trasluce preocupación por nuestro destino, temor por el futuro y deseo de conjurar los espíritus tenebrosos que, planeando sobre la literatura y el arte, proyectan sombra hostil sobre la vida entera del hombre. Recapitulando lo acontecido en las décadas anteriores a la guerra, encuentra en el irracionalismo predominante fermentos peligrosos que pueden llegar a ser muy dañinos, y los denuncia abiertamente, aunque sin extremismos neo-racionalistas. Según notamos al comentar *La aventura y el orden*, Torre encamina su crítica a lograr un equilibrio entre los contrarios. Nótese bien el punto: no hay en su pasión ningún eclecticismo, ninguna vacua tentativa de igualar o equiparar valores desiguales, sino voluntad de entender las posiciones más diversas, desde la suya propia, sin dejarse arrastrar a perturbadores extremismos. En actitud equilibrada y justa se esfuerza por humanizar la significación de las tendencias en pugna. Y ese esfuerzo de comprensión y puntualización

Archivo Hispánico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

constituyê una de las características más destacadas de este crítico y acaso la que mejor le distingue de sus colegas.

Defensor de una actitud humanista, de una reflexión serena en defensa de la persona, ha debido permanecer alerta frente al instinto. No para rechazar cuanto pudiera provenir de él, sino para reducirlo a sus propios límites. Mucha gente ha sentido, durante años, oscura atracción por la sombra, por las zonas abisales del alma, y olvidó, con demasiada frecuencia, que la persona es ente de razón.

La boga de lo irracional viene de lejos. Se corresponde con la del Romanticismo sombrío y la novela "negra". Sus orígenes aparecen claros; se debe "al espíritu irracionalista y anti-intelectualista que lleva encapsulado en sus entrañas". Torre no ataca al Romanticismo, sino a su corrupción, sin llegar nunca a los extremos algo histéricos registrados durante y a raíz de la última guerra entre ciertos escritores franceses que acusaron a los románticos alemanes de impulsores y promovedores del hitlerismo y sus peores excesos. Hay en Guillermo de Torre una cautela temperamental, una innata propensión al equilibrio que le ha permitido evitar las exageraciones y puerilidades en que cayeron críticos menos serenos.

Mirando hacia dentro, no ha dejado de percatarse del conflicto en que su alma se debate, como la de cualquier ser consciente de la multiplicidad de corrientes que le fecundan: "por una parte —escribe—, como a todo espíritu radicalmente libre, temperamentalmente estético, no dejan de solicitarme los llamamientos irracionalistas en cuanto son expresión de ineludibles impulsos y gérmenes de estilo personales; por otra parte, hay en mí un fondo coherente que repugna lo arbitrario, un afán de claridad y de rigor que no pacta con la tiniebla del caos".

En esta declaración queda perfectamente expresada la ambivalencia natural antes aludida, y también sus raíces. El hombre estético, como él dice, no puede desoír los llamamientos irracionalistas, pues si las oscuras corrientes arrastran elementos revueltos, turbios, caóticos, de ellos cabe extraer la clave de fenómenos que interesan vitalmente. Nadie, y menos el artista, dejará de sentir como operantes y fecundas esas presencias, o larvadas, o diluidas, o enmascaradas, que desde las tinieblas hacen gestos difíciles de descifrar, susurran palabras apenas audibles y pugnan por llegar hasta nosotros a través de una bruma que, alternativamente, se espesa e impide toda visión, o se disipa a trechos, como alejada por una ráfaga de viento, y permite ver de modo fugaz el perfil de algo que casi conocemos o creemos reconocer, pero que, con más frcuencia, niega su figura cabal y produce inquietud vaga, insatisfecho afán de identificación.

La porosidad mental de Guillermo de Torre, abertura de diafragma que le hace comprensivo, le sitúa en la zona templada de la crítica. Es crítico sin extremismos, sin alharaca, y al mismo tiempo audaz y justificado en sus referencias. No vacila en escoger y en luchar por lo más valioso, pero cuida con ejemplar escrúpulo de examinar los varios aspectos de cada cuestión, y expone las razones o la parte de razón de sus adversarios. Modelo de pulcritud intelectual son los difíciles capítulos dedicados en *Problemática de la literatura* a exponer los puntos controvertibles y controvertidos, y tan candentes que muchos se abrasaron con sólo rozarlos, de la literatura comprometida y las culturas planificadas.

Al tratar estos temas mostró ecuanimidad y serenidad. Y esto no significa falta de firmeza en las convicciones, sino, al contrario, señal de tenerlas bien arraigadas, lo que le permite acercarse sin prejuicio y sin pasión a los problemas. Por influencia de pasiones partidarias es corriente que los escritores contribuyan a enturbiar las cuestiones disputadas, en lugar de ponerlas en claro. Esto no sucede en el caso de Torre; para él escribir es analizar sn problema desde todos los puntos de vista: dialogando, permitiendo dialogar a los interlocutores que habitan dentro de uno, sin forzar la mano al que no tiene la razón, procurando la demostración sin violencia y sin acritud.

La literatura contemporánea nos acostumbró a escritos como los de Jean Paul Sartre y escritores de análoga orientación, a quienes mejor llamaríamos polemistas que críticos, en el mejor sentido de la palabra, según puede aplicarse a un Croce, un Brandés, o un Menéndez Pelayo. Ha caído en desuso la exposición correcta de los problemas; el comprometido en bandería o facción imprime a cuanto toca una inflexión determinada. Guillermo de Torre figura entre los críticos actuales que supieron sustraerse a esa asechanza; está comprometido, ciertamente, pero no con un partido, sino con la verdad.

El polemista puede ser crítico y crítico muy agudo en algunos aspectos, pero crítico injusto, pues pone su trabajo al servicio de la tesis que quiere probar. Refiriéndose al propio Sartre, su *Baudelaire* constituye buen ejemplo de crítica inteligente y sagaz, mas injusta a sabiendas, con la dañina intención que en ocasiones posee al autor y le incita a emplear (con elocuente furor) su talento, en construir sobre bases falsas un edificio dialéctico de sólida apariencia. Por extraña deformación mental, esa poderosa inteligencia se regodea insuflando consistencia a lo de suyo inconsistente. Su ataque contra el poeta de *Las flores del mal* es perfecto ejemplo de lo que él mismo llamaría "crítica de mala fe".

Problemática de la literatura es una correcta exposición de las causas a que obedece la crisis de la literatura, del concepto de literatura, y se realiza bajo la forma de una descripción objetiva de los fenómenos. Sería abusivo tachar de polémica tal descripción, pero fatalmente adquiere ese carácter en cuanto constituye una toma de partido frente a los hechos, siquiera realizada por vía del análisis más imparcial. Como las novelas de Balzac, escritas por un conservador, constituyen, por la fidelidad con que reflejan la realidad de la situación social de su tiempo, la mejor acta de acusación contra la sociedad por él descrita, los análisis de Guillermo de Torre, sus puntualizaciones en relación con los ataques sufridos por la literatura, sea desde el lado político-social, sea desde el del pensamiento o del costado poético, resultan reforzados y más eficaces por su misma objetividad.

En 1956 publicó *Las metamorfosis de Proteo*. El breve prólogo proporciona la clave del versátil talento de este escritor; allí se dice cómo el crítico debe poseer una capacidad de mutación análoga a la del mitológico Proteo; debe adquirir todas las formas posibles "haciendo de sus metamorfosis otros tantos espejos de su identidad, distintos rostros del mismo espíritu de veracidad y libertad intelectuales". O, dicho en otras palabras: el crítico deberá acercarse a obras y autores partiendo de los supuestos en que aquéllas fueron escritas y de las actitudes vitales de éstos. Nada tan necesario como entender, y la comprensión sólo es posible por la simpatía, adaptándose al ambiente en donde surgió y se logró la obra que se pretende estudiar.

Las metamorfosis de Proteo no es libro dedicado, como *Problemática de la literatura*, al análisis de una cuestión única. Se trata de una colección de ensayos sobre temas diversos, coincidentes en referirse a la literatura, y unificados por el método crítico con que son estudiados. Puede considerarse como complemento del anterior volumen, y como él ilumina las mejores cualidades del autor.

Desde el comienzo de su labor, Torre ha mostrado que en su obra el hombre no está ausente cuando habla el crítico. Su crítica, resueltamente objetiva, nunca es impersonal. La impersonalidad sería mortal, mientras la objetividad es uno de sus grandes dones y no está reñida con el tinte, tan singularmente subjetivo, de sus textos. El tono personal se manifiesta, no sólo en la frecuencia con que hace uso de recuerdos personales, sino en el acento entrañable con que sabe acercarse a los escritores. Los ensayos dedicados a Ortega y Gasset, Gómez de la Serna

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y Juan Ramón Jiménez, muestran la feliz conjunción entre el analista objetivo y el hombre que pone en lo dicho acentos inconfundiblemente suyos.

Refiriéndose a Ortega, y en el apartado cuyo título es: *El ensayo como obra de arte*, encuentro opiniones que bien pudieran aplicarse al propio Torre: "en efecto —dice—, aunque la finalidad artística no sea la última meta orteguiana, sucede que constitutivamente hay siempre, en todas sus páginas, la expresión de una sensibilidad artística". Y más adelante: "el apetito de luz, el afán de claridad que le domina, ¿qué otra cosa traduce sino una vocación estética indeclinable?" Ambas notas convienen a quien por medio de la crítica literaria expresó cabalmente su preocupación por los problemas del presente, y analizando los de carácter estético supo dar una imagen precisa de la atmósfera en que estamos inmersos. El también está poseído por los afanes de claridad y rigor notorios en Ortega; quiere ser claro, ver claro y sentir claramente. Su obra, según podemos verla hoy, con suficiente volumen y perspectiva, constituye una interpretación muy certera de este siglo confuso. No parece dudoso que las obras de Torre hayan servido para poner un poco de orden y verter un poco de luz en el caos ideológico de nuestro tiempo.

Entre la aventura y el orden oscila sin cesar. Su ambición última es encauzar la aventura para hacerla posible, fecunda y durarera, o, de otro modo: crear un orden dinámico, capaz de estar constantemente revisándose y corrigiéndose. Sus libros, ensayos, artículos, conferencias, han servido para despejar el ambiente, para hacer inteligible y claro lo que a algunos parecía difícil y oscuro. Por su valor de atalaya e intérprete, por su objetividad y su sinceridad y por su limpia pasión de verdad, Guillermo de Torre es uno de los más lúcidos "testigos" de nuestra época.

RICARDO GULLÓN

Universidad de Texas, 1961.

ADELA GRONDONA

¿Por qué escribe usted?

Contesta Enrique Williams Alzaga

A. G. — Usted y yo tenemos un punto de vista común y es el río. El "río color de león", de Lugones, el "río inmóvil", de Mallea, que vemos desde nuestras ventanas en distintos puntos de la costa, ese río que desgraciadamente la ciudad ha tapado y de cuyo horizonte todos los porteños deberían gozar mejor. Ese río que canta Jorge Luis Borges: "Y fue por ese río de sueñera y de barro / Que las proas vinieron a fundarme la patria / Irían a los tumbos los barquitos pintados / Entre los camalotes de la corriente zaina". Usted siente muy hondamente la quinta, la estancia y todo el paisaje nuestro. Ese paisaje que ha sido su marco desde hace muchas generaciones, —ya que creo que llevamos dentro a nuestros antepasados—, ¿fue acaso el que lo llevó a escribir *La pampa en la novela argentina*?

E. W. A. — Creo que el sentimiento de la naturaleza es congénito en el hombre: se tiene o no se tiene. Pero influye también para despertarlo, para intensificarlo, el factor externo, el medio. He tenido la suerte de estar siempre en contacto directo con los árboles, con los pájaros, con las nubes, con el río. Con ese río grande, que usted y yo vemos todos los días desde nuestras ventanas. Con ese río grande, sin orillas, que a veces se encrespa como un mar y, a veces, con la luminosa serenidad de un lago, refleja el vapor violáceo en los crepúsculos silenciosos. Mi infancia —mi vida entera— está toda allí, en esa quinta, enredada a la casa, a las viejas magnolias, a los portones, a las estatuas. A todos los momentos, a los murmullos diversos del día, a las voces de la noche, a los colores cambiantes del follaje, al eco del aljibe, al ruido del viento en la veleta del mirador. Yo sabía muy bien que al volver la primavera, aparecían una mañana, como manchas de tinta, las bandadas de tordos en la transparencia del cielo. Poco después, con el perfume de las acacias y de los paraísos, llegaban las calandrias, los zorzales. En abril, los siriríes y las pavas del monte, volando alto, anunciaban los primeros fríos. Todo ello, todo ese marco agreste, contribuyó, sin duda, a acentuar mi afición por la naturaleza. ¿Pero por qué elegí, entre todos los paisajes, la pampa, para tema de mi libro? Porque es el más nuestro, el más típico, el que se confunde con la esencia de la patria misma, el que llevamos todos los argentinos —queramoslo o no— en lo más profundo del alma. El más espiritual, también. Hay paisajes para ser descritos, para ser pintados: simétricos, armónicos, definidos. Esencialmente espirituales otros, escapan al color, a la forma, a la palabra; lo que pierden desde el punto de vista descriptivo o plástico, lo ganan en hondura, en emotividad, en sugestión metafísica. Tal la pampa. Sólo la música quizá sea capaz de interpretar, mediante la expresión melódica, su verdadera esencia. Asimismo el río —vuelvo siempre al río— tiene algo de pampa; ya lo dijo Sarmiento: "Una inmensa llanura de agua en cuyos límites se pone el sol".

A. G. — Ese libro hecho de libros argentinos que refleja todos los aspectos de nuestra pampa, y que merece, a mi parecer, el gran premio nacional, lo ha trasladado a usted constantemente de norte a sur, de la costa a la Biblioteca Nacional. ¿Cuánto tiempo le llevó escribirlo?

E. W. A. — Mucho, mucho tiempo. Años... tres, cuatro... todo libro que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

exige una investigación previa requiere tiempo. Desgraciadamente, nuestro país, en este aspecto, no ha alcanzado todavía el grado de perfección que existe en Estados Unidos, por ejemplo, o en casi todos los países europeos. Los catálogos son deficientes, incompletos; la documentación se halla dispersa en diarios, en revistas, en bibliotecas públicas y privadas. No es fácil orientarse. Resulta una tarea apasionante, sin embargo. Al realizarla, uno siente la impresión de estar construyendo una casa; hay que hacerlo todo: el trabajo del peón, del albañil, del arquitecto, del decorador. Mientras componía *La pampa en la novela argentina*, caminando por las calles de la ciudad, en el automóvil, en el hondo sosiego de las noches, más de una vez recordé el pensamiento de Churchill: "Escribir un libro es como tener a nuestro lado a un compañero y amigo a quien podemos acudir en busca de consuelo y de pasatiempo, y cuya compañía se hace más atractiva al aparecer en el espíritu un campo de interés nuevo y siempre creciente".

A. G. — ¿Y cuántos libros debió leer para escribir *La pampa en la novela argentina*, o cuántos compendios? ¿Los leyó enteros o posee usted esa facultad que tenía Sarmiento, quien encontraba, con sólo abrir un libro, lo que le venía bien?

E. W. A. — ¿Cuántos libros? No podría decir con exactitud el número. Novelas en que la acción se desarrolla íntegramente en la pampa, no existen muchas. La dificultad estriba, sobre todo, en saber dónde hemos de hallar pasajes rústicos en las novelas urbanas. Para ello es necesario leer, leer mucho. Pero también, evidentemente, se requiere algo de sabueso, de sabueso de caza. Sí, Sarmiento, usted me habla de Sarmiento ¿cómo con sólo abrir un libro no iba a encontrar lo que le venía bien? ¿No tenía él mismo, acaso, mucho de Calíbar, el rastreador a quien inmortalizó en sus páginas? Creo oportuno recordar aquí que su intuición genial lo llevó a describir la pampa sin conocerla, sin haberla visto nunca. Y la pintura que de ella hace en *Facundo* es magistral. Con razón exclamaba don Pedro de Angelis, el cortesano de Rosas, al mostrar cautelosamente a los Guido Spano el volumen: "Esto se mueve, es la pampa, el pasto hace ondas agitado por el aire... se siente el olor de las hierbas amargas".

A. G. — ¿Influyeron también, quizá, para escribirlo, recuerdos de su infancia, de su hogar?

E. W. A. — Posiblemente. En mi infancia he oído hablar siempre de la vida de estancia: de los arreos, de las hierbas, de las tormentas, de las inundaciones, de las sequías. Mi abuela recordaba a menudo los viajes en diligencia, cuando el ferrocarril no iba más lejos de Chascomús. Allí se trasladaban a la galera, tirada por cinco o seis yuntas de caballos, seguida de una tropilla para la remuda. Al grito de arrieros y postillones, envuelto en densa nube de polvo, avanzaba el carruaje durante horas enteras por la desolada planicie. De tanto en tanto, un rancho —una posta, una pulpería— jalonaba la inmensidad del desierto. Era ésa todavía la pampa primitiva, la pampa de Hernández, de Mansilla, de los viajeros ingleses. En Rauch, yo he conocido una antigua estancia de mis antepasados, "San Cayetano", donde existían aún las casas, de macizas paredes, circundadas de rejas para contener el avance de los malones, y he alcanzado, allí mismo, en mi niñez, algunas indias casi centenarias, de largas trenzas, que fumaban tabaco en chala y referían por las noches, junto al fogón, en rueda de peones, espeluznantes historias de martirios y cautiverios.

A. G. — ¿Y usted, qué leía cuando era chico?

E. W. A. — Creo que como todos los chicos: los "Cuentos de Calleja", "Las mil y una noches", "Robinson Crusoe". Después, ya más grande, "Corazón", de Edmundo de Amicis —lo recuerdo especialmente porque me emocionaban las heroicas hazañas del pequeño protagonista— y Julio Verne, por supuesto. En cambio, nunca me gustaron las novelas policiales, que leían todos mis compañeros de colegio, aún a hurtadillas, durante las clases. En casa, mi padre, desde muy chicos, nos inculcó a mi hermano y a mí la afición por los libros. En la quinta, durante los atardeceres largos del otoño, nos hacía leer en voz alta fragmentos de "El genio del cristianismo". de Chateaubriand; "El mar", de Michelet; "La vida de las abejas", de Maeterlinck. También los clásicos españoles: Valera; "Las novelas ejemplares", de Cervantes; las "Cartas" de Santa Teresa, y los libros nuestros —he tenido siempre predilección por todo lo nuestro, por los libros, por los paisajes, por las cosas de la tierra: "Juvenilia", "La gran aldea", "Martín Fierro", "Amalia", "Recuerdos de Provincia". Nunca podré olvidar el día que un amigo mío, educado en un ambiente culto, muy europeo, me preguntó con curiosidad qué estaba leyendo. "El Temple argentino", de Marcos Sastre, le respondí. Han pasado muchos años; me parece aún ver su expresión de intenso asombro ante el título de un libro que él ignoraba totalmente, que jamás había oído nombrar.

A. G. — ¿Fué usted un buen estudiante?

E. W. A. — Confieso, sinceramente, que no puedo vanagloriarme —lo que es una lástima, pues ello significaría estar muy a tono con esta época de "les blousons noirs"— por haber sido un mal estudiante. Todo me interesaba, hasta el latín, hasta la química, hasta las matemáticas. En las clases de álgebra sentía un verdadero placer mientras llenaba el pizarrón de fórmulas, que deberían convergir al final, como por encanto, en la tesis enunciada. Claro que tenía mis predilecciones: la literatura, la historia, la filosofía. ¡La geografía!: ese dejarse ir, sobre el mapa, hacia legendarios países, hacia mares azules, hacia islas remotas, de arenas tibias, refrescadas en las tardes por el abanico suave de las palmeras; esa ilusión, un tanto angustiosa, de otras vidas, de otros mundos; esa ilusión de evadirse, de liberarse de la jaula —todos estamos presos en una jaula— que no iba a abandonarmos más a lo largo de la existencia. Los días lejanos del Colegio Nacional —del "Colegio Nacional de Buenos Aires" con las campanadas graves de San Ignacio; con el flamear acelerado de banderas; con el revuelo de palomas en las ventanas abiertas al cielo radiante—, cuentan entre los más felices de mi vida.

A. G. — Sé que está escribiendo usted ahora la vida de Martín de Alzaga.

E. W. A. — Sí, efectivamente. Es Martín de Alzaga un personaje muy atacado, muy discutido. Una existencia llena de contrastes, llena de luces y de sombras, es la suya; pertenece a aquellas que, impulsadas por un ciego fatalismo, no se detienen ante ningún obstáculo y terminan, irremediablemente, en una victoria o en una catástrofe ruidosa. Su fuerte personalidad llena el escenario colonial durante los años que precedieron a la Revolución de Mayo. Siguiéndole de cerca, podrá arrojarse nueva luz sobre hechos fundamentales de nuestra historia, aún en la penumbra. Es interesante ahondar en las vidas, descubrir los caracteres, descifrar los móviles que llevaron a la acción; retomar los hilos, como la araña, para reconstruir la tela deshecha.

A. G. — Posee usted una cualidad poco común en los historiadores, un don que no es frecuente encontrar: el sentimiento evocativo. Es usted un historiador poeta.

E. W. A. — Esto me trae a la memoria una pregunta que se formulaba en cierta ocasión Maurois: ¿Es posible que una biografía posea valor poético? Y el ilustre escritor respondía afirmativamente. Bueno, para que la historia deje de ser una fría enumeración de nombres propios, de hechos de armas, de episodios más o menos trascendentales, no puede prescindirse de la parte humana. Hay que presentar a los personajes con sus

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

virtudes y sus defectos, con sus pasiones, inyectarles calor de vida, no olvidar nunca que fueron hombres de carne y hueso, como todos los mortales, expuestos a las mismas contingencias. A la historia, por otra parte, hay que "colorirla", como aconsejaba Groussac —él emplea ese verbo— vale decir, crear el ambiente, la atmósfera donde actúan los protagonistas. Groussac lo realizó con mano maestra —pienso en dos de sus libros: "Pedro de Mendoza" y "Santiago de Liniers", hoy ya clásicos en nuestra literatura—. Escribir un libro de historia, encarado así, con este criterio, es un poco como escribir una obra de ficción. En la novela, en el cuento, el autor crea los personajes, pero éstos, después, con el andar de los acontecimientos, adquieren vida propia, se emancipan. A los personajes históricos el autor no los crea, los descubre, que es, en cierto modo, otra manera de crear. Y una vez descubiertos, —descorrido el velo de los años— actúan y se mueven por sí solos, como los otros, como los imaginamos cuando han dejado de pertenecer al autor.

A. G. — Volvamos a la barranca, a la paz de la quinta, al río que se torna violeta en la tarde, al tren del bajo que pasa, al barquito que trepida en la noche, al zorzal que ensaya su canto de primavera, al olor penetrante de las retamas. Es ahí, en su marco, donde le pregunto: "¿Por qué escribe usted?"

E. W. A. — ¿Por qué escribo? Pues sencillamente porque sí. Porque es la razón fundamental de mi vida. Considero, además, que escribir, aparte de tender un puente, de salir de esa isla angustiosa de soledad en que todos vivimos, es una forma de realizarse. No basta la meditación. Al escribir, el escritor se pone en presencia de sí mismo, se produce un desdoblamiento de su personalidad, se entabla, casi diría, un diálogo. Al fijar el pensamiento, lo precisamos, lo perfeccionamos; sale a luz lo más profundo y auténtico de nosotros mismos.

Acaba de aparecer el Nº 3 de UNA HOJA, Revista con colaboraciones de Arthur Miller, Ezequiel Saad, Eva Dominik y otros.

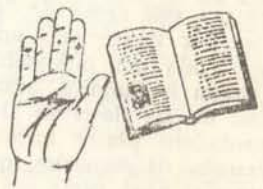
Revista Literaria

UNA HOJA

en quioscos y librerías

PSICOLOGIA DE LAS MANOS

La personalidad completamente descubierta, en un estudio profundo y científico.



ESTÚDIELA EN SU CASA
Escriba a
Instituto Privado de Investigaciones Quirológicas
CASILLA DE CORREO 1275 - Correo Central - Buenos Aires - Argentina

















1 Luise Rinser
2 John Gunther
3 Pamela Moore
4 James Gould Cozzens
5 Truman Capote
6 William Saroyan
7 Felicien Marceau
8 Michèle Saint-Lô
9 Cesare Pavese
10 William Faulkner
11 James Michener

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL MUNDO AL DIA

EL PUENTE DE ANDAU

Una evocación de la Revolución húngara

JAMES MICHENER, el novelista americano más difundido del momento, el autor de "Hawai" —el mayor best-seller de los dos últimos años en idioma inglés—, de "Los puentes de Toko-Ri", del romance japonés "Sayonara", etc.

Precio: $ 120

ARRASTRADO POR LA CRECIENTE

de **JOHN GUNTHER**

Después de escribir "Rusia por dentro, hoy", Gunther nos da esta precisa exposición del desarrollo material de Estados Unidos al compás de la anecdótica biografía de Albert D. Lasker, el genio de la publicidad, quien con su cerebro privilegiado manejó la evolución publicitaria de las mayores industrias, la política, la investigación científica, la filantropía...

Sólo Gunther, el máximo observador de nuestro mundo actual, el viajero infatigable, podía ofrecernos una pintura tan bella de ese conjunto de afanes hechos carne con la industria y el comercio. Muchacho humilde y modesto, empleado desde pequeño, Lasker recorrió en pocos años todos los peldaños de la escala social.

Se pregunta uno de dónde sacó tiempo para hacer tantas cosas y tan bien hechas. Parécese estar ante la figura de un demiurgo. Pues Lasker, el hombre público, tuvo también una intensa vida privada, en la que el amor, los hijos y los amigos ocuparon una parte considerable. Fue el arquetipo del **american way of life,** el hombre de imaginación y gran corazón que, con el solo poder de su cerebro, alcanzó a reunir una fortuna personal de 45 millones de dólares.

Esta nueva obra de Gunther es, pues, el reverso de "Rusia, por dentro, hoy". ARRASTRADO POR LA CRECIENTE está siendo editado simultáneamente en Londres, París, Nueva York y Buenos Aires.

Precio: $ 150

EUROPA POR DENTRO, HOY

de **JOHN GUNTHER**

El último aspecto de Europa Oriental y Occidental que cierra la moderna trilogía integrada por RUSIA POR DENTRO, HOY y ARRASTRADO POR LA CRECIENTE. Precio: $ 200

Próximamente:

MISION PARA MI PAIS

por **S.A. Real Mohammed Reza Pahlavi, Sha de Persia**

Es la historia de los últimos años de un país de leyenda, magníficamente escrita por su propio soberano; sus luchas por mantener su independencia, aquel doloroso sacrificio de su amor por la bella Soraya para salvar la dinastía, y finalmente el reciente y feliz nacimiento del heredero que disipa todos los temores sobre el futuro del imperio persa.

Solo frente a Rusia como baluarte occidental de aquella parte de Asia, con el Irak a su izquierda y China allá cerca, ha tenido que luchar durante varios lustros, primero contra las amenazas de la Alemania nazi, luego contra las de los propios aliados y últimamente con Rusia.

Hoy, S.A. Real Mohammed Reza Pahlavi continúa su lucha titánica para conseguir el bienestar de su pueblo. A ello dedica una gran parte de las entradas que le proporcionan sus inmensas riquezas, como así también los cuantiosos **royalties** que le producirán MISION PARA MI PAIS, que está siendo editado simultáneamente en Teherán, Londres, París, Nueva York y Buenos Aires, derechos que están íntegramente destinados a la construcción de hospitales, dispensarios y policlínicos.

Precio: $ 140

OTRAS OBRAS RELACIONADAS CON LA ACTUALIDAD RUSO-CHINA

RUSIA POR DENTRO, HOY

por JOHN GUNTHER

Una nueva edición, corregida y actualizada, con mapas ilustrativos. $ 240.—

VIDA Y EPOCA DE NIKITA KRUSCHEV

por el periodista inglés Roy MacGregor Hastie. La biografía de la personalidad más sorprendente de nuestra época. $ 100.—

SE OYEN LAS MUSAS

por Truman Capote. Un relato ágil de la actuación en Moscú de la compañía americana de color "Porgy & Bess". $ 60.—

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA CANCION DEL ARROZ

por Eileen Chang. La China comunista de hoy, vista por una joven universitaria pequinesa. $ 50.—

EL TREN EN EL PRADO

por Robert Nathan. El tren se ha detenido en el valle: ¿es la Cortina de Hierro?... ¿es el abismo profundo que separa a dos mundos? $ 40.—

¡ESTAMOS EN UN PAIS LIBRE!

por Ben Ames Williams. Una pareja que enfrenta con desesperanza la pobreza y la monotonía de una vida con alternativas felices, lo que la lleva a sacrificar hasta la inocencia para escapar a la desilusión de una existencia gris. $ 40.—

EL MUNDO AL DIA
en otros países

OCEANIA

Norman Mailer: **LOS DESNUDOS Y LOS MUERTOS.** El hombre, solo y desnudo ante la muerte, encuentra su más profunda y honda significación. Millones de ejemplares vendidos en los EE.UU. y repetidas ediciones en la Argentina. $ 200.—

AUSTRALIA

Nancy Graham: **EL JACARANDA PURPURA.** La gran novela australiana de suspenso. Ramalazos de trágicas luchas de espionaje en el pequeño puerto australiano, que se asoma a los mares tan disputados por las dos grandes fuerzas que se enfrentan en el mundo actual. Una trama más apasionante que la más intrincada novela policial. $ 100.—

INDIA

Bhabani Bhattacharya: **EL QUE CABALGA UN TIGRE...** La India moderna vista en sus diversos enfoques por un hijo de la tierra. $100.—

JAPON

Hiroshi Noma: **EL GRAN VACIO.** Una visión del Japón de postguerra visto por uno de los más famosos novelistas de la nueva generación. $ 80.—

VENEZUELA

Rafael de Monteys: **EL MUNDO EN VENTA.** Un hombre sufre en carne propia la violencia de las luchas intestinas de un país convulsionado. $ 80.—

NICARAGUA

Domingo Rizzo Baratta: **PASION Y MUERTE EN NICARAGUA.** El gran personaje de esta novela es el trópico devorador, aniquilante. $ 60.—

GUATEMALA

Miguel Angel Asturias: **WEEK-END EN GUATEMALA.** La rica prosa de Asturias, la intensa dramaticidad de los seres y el paisaje de su tierra natal y su sentido de la justicia para el hombre, en serie de relatos magistrales. $ 80.—

ESPAÑA

María Teresa León: **JUEGO LIMPIO.** Una visión de la guerra civil española contemplada desde el escenario de una compañía de teatro ambulante. $ 90.—

PALESTINA

Lanza del Vasto: **JUDAS.** Toda la complejidad de ese grave misterio que es el Mal. $ 90.—

ITALIA

Melton S. Davis: **TODA ROMA TEMBLO.** Es la historia del "affaire" Montesi, que inspiró a Fellini para realizar "La dolce vita". El diplomático, los miembros de la corte de Pío XII, aristócratas de sangre real y hasta los más encumbrados personajes de Estado se vieron complicados en la muerte de aquella joven que apareció en la playa desierta, como el monstruo del film tan discutido, sin vida. Y la Nación, dividida en dos bandos, exigió la verdad de los hechos. $ 150.—



1



2



3



4



5

1 Jean Giono
2 Guy des Cars
3 Melton S. Davis
4 Eva Hemmer Hansen
5 Bhabani Bhattacharya

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA MUJER EN LA FICCION

PALOMAS EN SAN MARCOS

por PAMELA MOORE

Después de su "Chocolates for Breakfast", esa precursora genial de tanta literatura sobre la "dolce vita", Pamela Moore, ha trabajado de firme durante largos años para lograr este profundo estudio sobre uno de los más pintorescos barrios del East Side neoyorquino: la Plaza San Marcos, en Greenwich Village. Este libro está siendo editado simultáneamente en las cuatro capitales más importantes del mundo occidental, lo mismo que "El puente de Andau" de Michener, "Arrastrado por la creciente" de Gunther, "Misión para mi país" del Sha de Persia, "Marnie" de Graham y "Esa extraña ternura" de Guy des Cars. PALOMAS EN SAN MARCOS es, sin duda alguna, la obra que quedará como uno de los más sólidos pilares de la literatura americana de ficción. $ 130.—

CORAZON LOCO

por MICHÈLE SAINT-LÔ

CORAZON LOCO se abre como una flor de desventura que, sin embargo, trajo al mundo la materia esencial de la existencia: el amor. Esta es la historia de un corazón apasionado. Todo lo amó: el amigo, la amante, el arte, la vida en sí... Y de cuanto amó extrajo solamente el conocimiento de las tormentas humanas no sometidas a ninguna ley, a ningún consuelo. $ 90.—

DANIELA

por LUISE RINSER

Una obra ya clásica en la moderna Alemania Occidental. Daniela, la maestra de los pobres, será probada para el amor divino a través del amor humano, en su unión —fatalmente inevitable — con el Ministro de Dios. $ 110.—

ESCANDALO EN TROYA

por EVA HEMMER HANSEN

El caso más brillante de rapto o fuga que se conoce en la historia ha sido tratado aquí por la brillante escritora escandinava con un fino humorismo, que hará de la clásica epopeya un regocijante episodio de ficción. $ 90.—

LA CARCEL Y LOS HIERROS

por ALICIA JURADO

La protagonista, que narra su historia, es una mujer joven, casada y con varios hijos. Hay en su vida dos grandes problemas: el amor por un hombre, doloroso y frustrado durante el tiempo que dura el relato, y el problema religioso. La muchacha ha abandonado en la adolescencia las creencias y dogmas de su infancia; sabe que es demasiado racionalista para recobrarlos, pero intuye a Dios. Sin apoyo alguno, sin otra orientación que los tratados sobre mística y los textos sagrados de diversas religiones, trata de buscarlo; ahonda dentro de sí para descubrir ese misterio que, según comprende, es lo único que vale encontrar en la vida. $ 68.—

CUENTOS QUIETOS

por ANA O'NEILL

La técnica más moderna, una fina sensibilidad, la valentía de apartarse de los moldes clásicos en una búsqueda afanosa de nuevas formas de pintar hechos, situaciones, las reacciones más sorprendentes del alma... Ana O'Neill da aquí muestras de hallarse magistralmente dotada para imponerse en el difícil género del cuento. $ 68.—

Otros libros

LA MUJER EN LA FICCION

Silvina Bullrich: **TELEFONO OCUPADO**	$ 40.—
Estela Canto: **EL ESTANQUE**	$ 40 —
Carmen Da Silva: **SETIEMBRE**	$ 60.—
Nancy Graham: **EL JACARANDA PURPURA**	$ 100.—
María Teresa León: **JUEGO LIMPIO**	$ 90.—
Pilar de Lusarreta: **POTRO BLANCO**	$ 68.—
Pamela Moore: **CHOCOLATES FOR BREAKFAST**	$ 60.—
Nicole: **SE LE SOLTARON LOS LEONES**	$ 50.—
Siegtraut Tesdorff: **CONFIDENCIAS A UNA BOTELLA**	$ 38.—
Elizabeth Ch. Webster: **CEREMONIA DE INOCENCIA**	$ 50.—

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL HOMBRE EN LA FICCION

POSEIDOS POR EL AMOR

por JAMES GOULD COZZENS

El 25 de Mayo del año 1960, la Academia Americana de Artes y Letras de EE.UU. (la máxima autoridad americana en la materia), concedió a POSEIDOS POR EL AMOR el premio instituído **cada cinco años** a la mejor novela publicada en ese lapso. Toda la crítica de habla inglesa en general calificó a la novela como la obra de ficción número 1 escrita en los EE.UU. en lo que va del siglo. Desde LOS DESNUDOS Y LOS MUERTOS, no se había visto un tema tratado con esa penetración sin prejuicios y esa potencia arrolladora. POSEIDOS POR EL AMOR es la técnica más depurada, una técnica absolutamente nueva, hecha literatura. El amor es analizado con prístina claridad en todas sus bifurcaciones. El amor de los padres y de los hijos, el amor al marido, al amante. El desordenado amor, simplemente carnal. La desolación de las entregas interesadas. Las luchas despiadadas, sórdidas, que se desencadenan cuando se halla ausente el amor verdadero, el sagrado vínculo de la pareja constituída para la normal continuidad de la especie humana. Precio: $ 280.—

MARNIE

por WINSTON GRAHAM

Winston Graham ha logrado captar los más sutiles matices de la moderna forma de contemplar el mundo de la ficción. MARNIE, su última novela, va a ser publicada próximamente en los volúmenes de grandes obras del "Reader's Digest", como fué publicado el año pasado "Compañía nocturna". Hoy, Winston Graham es el autor más leído en los países de habla inglesa, y lo será probablemente también muy pronto en los de habla española. Precio $ 98.—

Otras novelas de WINSTON GRAHAM

COMPAÑIA NOCTURNA, LOS PEQUEÑOS MUROS, LA FORTUNA ES MUJER, FUEGO GRIEGO (cada uno) $ 90.—

ESA EXTRAÑA TERNURA

por GUY DES CARS

Después de cada guerra, ha habido siempre en Francia un cambio radical de orientación, de enfoque, de manera de presentar una obra literaria. Muchos apegados a los viejos moldes, se resisten con todas sus fuerzas a admitir a los nuevos valores. Guy des Cars, hijo del duque des Cars, y nieto del general que conquistó Argelia para Francia, ha revolucionado la ficción francesa introduciendo en ella el elemento **suspenso** en su más bella, en su más apasionante variedad de matices. Precio: $ 98.—

Otras novelas de GUY DES CARS

AMOR DE MI VIDA, LA CORRUPTORA, LA IMPOSTORA, EL CASTILLO DE LA JUDIA, HIJAS DE LA ALEGRIA (cada uno) $ 98.—

AMOR JOVEN

por JOHANNES ALLEN

La "dolce vita" escandinava, expuesta con el transparente, lírico realismo del cine sueco. Precio: $ 90.—

TENDENCIA A LA CORRUPCION

por R. E. BARKER

Un análisis profundo de uno de los problemas que han angustiado al mundo editorial contemporáneo $ 70.—

EL CHIVO EMISARIO, por Jocelyn Brooke	$ 40.—
GRETTA, por Erskine Caldwell	$ 50.—
EL LIBRO DE MI MADRE, por Albert Cohen	$ 50.—
FOLIES BERGERE, por Paul Derval	$ 40.—
LUZ DE AGOSTO, por William Faulkner	$ 120.—
LOS SALVAJES, por Vardis Fisher	$ 60.—
* **UN TIRO EN LA NOCHE,** por David Garnett	
VIAJE POR ITALIA, por Jean Giono	$ 40.—
LA CASA DEL ALIENTO, por William Goyen	$ 50.—
Y LA LUZ SE HIZO, por Jacques Lusseyran	$ 90.—
CARNE Y CUERO, por Félicien Marceau	$ 60.—
SAN JENARO NUNCA DICE NO, por Giuseppe Marotta	$ 40.—
EL TREN EN EL PRADO, por Robert Nathan	$ 40.—
ALLA EN TU ALDEA, por Cesare Pavese	$ 40.—
EL HERMOSO VERANO, por Cesare Pavese	$ 40.—
COSA DE RISA, por William Saroyan	$ 50.—
EL TIGRE DE TRACY, por William Saroyan	$ 40.—
LA FUENTE DEL DESEO, por John Secondari	$ 60.—
EL JUICIO DE PARIS, por Gore Vidal	$ 80.—
EL LIBERTINO, por Frederick Wakeman	$ 60.—
VISPERAS DE GLORIA (La vida novelada de Amedeo Modigliani), por Frederick Wight	$ 100.—

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LATINOAMERICA

ARGENTINA

* Rodolfo Arizaga: **MANUEL DE FALLA**	
Vicente Barbieri: **EL INTRUSO**	$ 30.—
Leónidas Barletta: **PRIMER CIELO DE BUENOS AIRES**	$ 100.—
Silvina Bullrich: **TELEFONO OCUPADO**	$ 40.—
Estela Canto: **EL ESTANQUE**	$ 40.—
Ariel Canzani D.: **LA SED** (Diario de mi amigo el monstruo)	$ 68.—
Tulio Carella: **CUADERNO DEL DELIRIO**	$ 60.—
Abelardo Castillo: **LAS OTRAS PUERTAS**	$ 68.—
Arturo Cerretani: **LA PUERTA DEL BOSQUE**	$ 120.—
Salomón Chichilnisky: **LA VERDAD**	$ 28.—
Fernando de Elizalde: **EL CAMINO**	$ 38.—
Antonio Di Benedetto: **EL CARIÑO DE LOS TONTOS**	$ 68.—
Alvaro Fernández Suárez: **SE ABRE UNA PUERTA...**	$ 40.—
Hellén Ferro: **LOS TESTIGOS**	$ 38.—
Hellén Ferro: **NO HAY BURLAS CON EL SEÑOR**	$ 68.—
Joaquín Gómez Bas: **ORO BAJO**	$ 50.—
Juan Goyanarte: **LA QUEMAZON**	$ 50.—
Juan Goyanarte: **LUNES DE CARNAVAL**	$ 50.—
Juan Goyanarte: **FIN DE SEMANA**	$ 50.—
Juan Goyanarte: **TRES MUJERES**	$ 40.—
Juan Goyanarte: **KILOMETRO 25**	$ 64.—
* Juan Goyanarte: **FARSA**	
* Juan Goyanarte: **LAGO ARGENTINO** (5ª edic.)	
Alicia Jurado: **LA CARCEL Y LOS HIERROS**	$ 68.—
Bonifacio Lastra: **EL PRESTIDIGITADOR**	$ 50.—
María Teresa León: **JUEGO LIMPIO**	$ 90.—
Fernando Lorenzo: **ARRIBA PASA EL VIENTO**	$ 120.—
Pilar de Lusarreta: **POTRO BLANCO**	$ 68.—
Ezequiel Martínez Estrada: **TRES CUENTOS SIN AMOR**	$ 50.—
Raúl Navarro: **LA OTRA TIERRA**	$ 80.—
Ana O'Neill: **CUENTOS QUIETOS**	$ 68.—
Pedro G. Orgambide: **LAS HERMANAS**	$ 28.—

* En prensa.

Fernando Rosemberg: **LOS CARPIDORES**	$ 28.—
Dalmiro Sáenz: **NO**	$ 68.—
Osvaldo Seiguerman: **LA MUERTE DE UNA DAMA**	$ 68.—
Gregorio Scheines: **UN DIA Y MUCHOS DIAS**	$ 68.—
Marcos Soboleosky: **LAS AGUAS DE MARA**	$ 110.—
Bernardo Verbitsky: **UN NOVIAZGO**	$ 60.—

URUGUAY

Enrique Amorim: **LOS MONTARACES**	$ 70.—
Siegtraut Tesdorff: **CONFIDENCIAS A UNA BOTELLA**	$ 38.—

GUATEMALA

Miguel Angel Asturias: **WEEK-END EN GUATEMALA**	$ 80.—
Miguel Angel Asturias: **EL ALHAJADITO**	$ 90.—

MEXICO

Armando Ayala Anguiano: **EL PASO DE LA NADA**	$ 68.—

ECUADOR

Alberto Borges: **LA RESACA**	$ 50.—

BRASIL

Carmen Da Silva: **SETIEMBRE**	$ 60.—
Erico Verissimo: **NOCHE**	$ 40.—

VENEZUELA

Adriano González León: **LAS HOGUERAS MAS ALTAS**	$ 38.—
Rafael de Monteys: **EL MUNDO EN VENTA**	$ 80.—

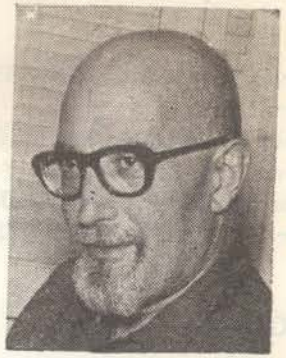
NICARAGUA

Domingo Rizzo Baratta: **PASION Y MUERTE EN NICARAGUA**	$ 60.—

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar


1


2


3

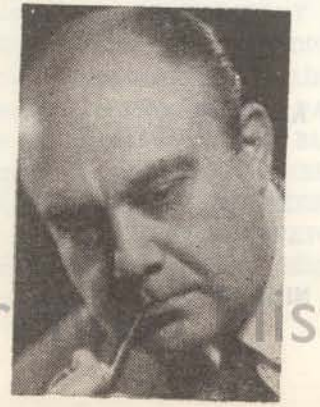

4


5


6


7


8


9


10

1 Miguel A. Asturias
2 Alicia Jurado
3 Arturo Cerretani
4 Dalmiro Sáenz
5 Hellen Ferro
6 Juan Goyanarte
7 Abelardo Castillo
8 Ana O'Neill
9 Leónidas Barletta
10 Pilar de Lusarreta


1


2


3


4


5


6

1 Gregorio Scheines
2 Rodolfo Arizaga
3 Osvaldo Seiguerman
4 Fernando Lorenzo
5 Raúl Navarro
6 Marcos Soboleosky

CONDICIONES DE VENTA

- Los precios de este catálogo son en pesos argentinos y están sujetos a variaciones.
- Los gastos de envío, incluído embalaje, son por cuenta del cliente.
- Todos los envíos se efectúan por correo certificado, salvo que el comprador indique expresamente otra vía.
- Los envíos son por cuenta y riesgo del comprador, no admitiéndose reclamos por pérdidas o sustracciones una vez salidos los bultos de nuestros depósitos.
- No se admitirán devoluciones de obras pedidas, salvo que se observen defectos de impresión o encuadernación.
- Toda correspondencia y remesas debe dirigirse a EDITORIAL GOYANARTE, Paraguay 479, Buenos Aires.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

COMPRE A CREDITO

OFERTA ESPECIAL DE "FICCION" en su 5° ANIVERSARIO

PRECIOS ACTUALES:

N° 1	$ 240.—
N° 2	„ 120.—
N° 5	„ 60.—
N° 9	„ 240.—
N° 11	„ 120.—
Nos. 24-25	„ 150.—

El resto a m$n. 30 el ejemplar (24 números).

TOTAL 5 AÑOS

$ 1.620.- m/n.

1 30 volúmenes con más de 6.000 páginas de texto...

2 Casi un millar de artículos, cuentos, crónicas, con toda la actividad literaria mundial de último momento...

...en 8 CUOTAS MENSUALES DE $ 200.- C/UNA...

SIN ANTICIPO

A. **Las colecciones o números sueltos que sean abonados al contado, gozarán de una bonificación del 15%.**

B. **Al adelantarse a pagar sus mensualidades antes del vencimiento correspondiente, se obtendrá el mismo descuento del 15% sobre las cuotas adelantadas.**

C. **Se pueden comprar en la misma forma de CREDITO los números que falten en su colección; en 8 cuotas mensuales.**

Las personas que no puedan solicitar personalmente su crédito, pueden hacerlo por carta, y le enviaremos la solicitud de crédito y el Catálogo General de nuestras ediciones.

IMPORTANTE:

Si le sobrasen algunos de los números de alto precio, en buenas condiciones, se lo canjearemos por ejemplares de $ 30.- m/n.; es decir, que por el N° 1 o el 9 de FICCION, por ejemplo, le daríamos 8 ejemplares comunes, etc.

PARA NUESTROS SUSCRIPTORES QUE DESEEN OBTENER LA COLECCION COMPLETA DE FICCION, O ALGUNOS NUMEROS ANTERIORES, NO SE NECESITAN REFERENCIAS. BASTA EL ENVIO ADELANTADO DE LA PRIMERA CUOTA.

REVISTA-LIBRO FICCION - Paraguay 479 - Buenos Aires

Adjunto cheque o giro por $ 200.- en amortización de la primera cuota de una colección de 5 años de FICCION, que les agradeceré me envíen, como así también mi solicitud de Crédito.

Nombre y Apellido .....

Domicilio .....

Localidad .....

Revista - Libro FICCION
Paraguay 479 **31-3694 y 31-5163**
Buenos Aires (R.A.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Nacido en París, pertenece a una de las más añejas familias de la aristocracia francesa. Su bisabuelo, el duque des Cars, comandaba la división que dió Argelia a Francia en 1830. Su madre era chilena, nacida en Santiago. Movilizado en 1939 como teniente de infantería, hizo la guerra 1939/45 después de haber dirigido como voluntario un cuerpo de franco-tiradores. Conquistó la Cruz de Guerra.

En cada una de sus obras, Guy des Cars muestra su inigualable talento para presentar casos patológicos en relatos apasionantes. Sus páginas plantean con claridad los más complejos problemas que son siempre de candente actualidad.

Guy des Cars es leído en todos los países del mundo. Algunos de sus libros han sido traducidos ya a 18 idiomas.

(Ver nómina de sus obras en páginas 8 y 9).

e d i t o r i a l
GOYANARTE
PARAGUAY 479
Teléfonos: 31-8694 y 31-5163
Buenos Aires

Catorce opiniones exhaustivas de Jorge Luis Borges, Premio Internacional de los Editores 1961.

Los símbolos de la Poesía. - Perplejidad del Tiempo. - El lugar común. - Los libros innecesarios. - Literatura sin política. - Política sin ética. - Creaciones del ocio divino. - La fecunda imprudencia. - Amor y pedagogía.

La belleza un tanto áspera pero no inculta —algo así como esas nobles tierras rústicas donde los fuertes campiranos han perdido ya los últimos pelos de la dehesa y, en consecuencia, tienen la hermosura de la campesinidad sin lo zafio y lo cerril— del promontorio donde en el extremo septentrional de la isla de Mallorca se levanta la ciudad de Formentor, ha sido, paradójicamente, el sitio donde se ha otorgado a un escritor y un poeta esencialmente intelectuales y absolutamente desvinculados del labrantío, el agro y la agrología, el "Premio Internacional de los Editores" dotado con diez mil dólares y una notoriedad universal equiparable a la del Premio Nobel, y desde un punto de vista exclusivamente literario, más valioso aún dada la composición del jurado. Los especialistas en literaturas contemporáneas que, nombrados por los editores fundadores del Premio, dieron el fallo proclamando el nombre de Jorge Luis Borges —quien compartió el laurel con el brillante Samuel Beckett— fueron Alberto Moravia, Carlo Levi y Elio Vittorini, por "Giulio Einaudi Editore"; Marcel Arland, Michel Butor, Roger Caillois, Jean Paulhan y Raymond Queneau (piénsese en la autoridad de este formidable areópago), por "Librairie Gallimard"; William M. Alen, Alfred Kazin y Mark Schorer, por "Grove Press"; Bedir Alemunn, Walter Jens y Hans Mayer, por "Rowohlt Verlag"; Max Aub, José María Castellet, Camilo José Cela, Emilia Criado, Jaime Gil de Biedma, Octavio Paz, Juan Petit y Antonio Vilanova, por "Seix Barral"; y Angus Wilson, Iris Murdoch y Peter Quennell, por "Comité Nacional Inglés". Las deliberaciones y las detenidas meditaciones en torno al pro y el contra de la decisión que cada uno de los jueces debía tomar, adquirieron un subjetivismo propio de los integrantes del jurado y un ritmo helicoidal acorde con las opiniones inevitablemente opuestas en tan disímiles pontífices de la literatura moderna. La primera de las dos últimas sesiones decisivas, realizadas en el "Club de los Poetas" —que desde el lunes 1º de mayo último pasa a ser la antonomástica sala-tribunal del Hotel Formentor de Mallorca— fue el torbellino dentro de cuyo vórtice se encontraron, entre otros estupendos escritores, Alain Robbe-Grillet, Juan Goytisolo, Gadda, Jorge Luis Borges, Claude Ollier, Samuel Beckett, Douglas Woolf y Max Frisch, y cinco votaciones consecutivas no consiguieron deshacer el empate a tres votos entre Borges y Beckett. A las diez de la noche —hora en que el faro de la luz fija-blanca con destellos por períodos de treinta segundos que se levanta en la cumbre del Cabo Formentor alcanza su máxima potencia— el señor Carlos Barral, de la editorial epónima, pudo leer el intenso veredicto: "Los editores fundadores se someten a la decisión de la mayoría del jurado para dividir excepcionalmente este año el "Prix International des Editeurs". Así, pues, este premio ha sido concedido por primera vez (...) a Samuel Beckett por la tetralogía *Molloy, Malone Meurt, L'Innomable* y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Comment c'est, y a Jorge Luis Borges por el conjunto de sus relatos y por su volumen *Ficciones* (...)" Los participantes a esas memorables jornadas pasaron al salón isabelino donde se sirvió la cena de gala, durante la cual no se habló tanto de la suntuosa comensalía y el lujoso bodegueo como de las apasionantes incidencias previas a los premios y el carácter de los mismos, que no tienen precedentes en la historia editorial.

No hemos preguntado a Jorge Luis Borges "qué impresión recibió al notificársele del premio" (es un horrendo lugar común que el creador de *El Aleph* habría rechazado parapetándose tras su insobornable originalidad), ni es necesario que hagamos ahora una hipotiposis de su persona ni una exégesis de su obra. Pero puede conocerse su pensamiento a través de sus catorce respuestas a otras tantas preguntas sobre los más variados asuntos de la vida y la literatura.

—Borges: Henri Brémond ha dicho que la poesía es hermana carnal del humor y que en todo poeta verdadero dormita un mistificador. Chesterton, defiende el humor, pero refuta a Brémond y dice que solamente en la Poesía puede encontrarse la verdad. ¿Qué opina usted de Brémond y de Chesterton y qué dictamina sobre esta cuestión?

—En este caso, como en tantos otros, estoy de parte de Chesterton, a quien debo tanto. Además, estar de parte de Chesterton y sostener la seriedad esencial de la Poesía y refutar su carácter caprichoso es no sólo estar de parte de Chesterton, sino estar de parte de Aristóteles que, ya lo sabemos, escribió aquello de que la Poesía es más verdadera que la historia; es decir: para mí, en los símbolos de la Poesía hay una verdad esencial y si esa verdad no existe, los símbolos no valen nada; son meros simulacros de símbolos.

—Muchas gracias. Ya se ve que la cátedra borgiana es como la bondad de Gracián: si breve, dos veces cátedra. Y vayamos ahora a una cuestión que sus lectores están impacientes por conocer qué dice usted: Cuando he conversado o discutido con alguien sobre usted y su obra, especialmente si se alude a su tarea literaria tan diversa, he dicho siempre: a Borges le interesa una sola cosa: Todo. Aunque usted esté de acuerdo conmigo —y con más razón si no lo está—, ¿puede decirme qué es lo que más le interesa en la literatura?

—En cuanto a la primera parte de su pregunta, yo querría interesarme en muchas cosas y no soy digno de ese deseo mío. Yo, por ejemplo, creí interesarme en las matemáticas. Leí, o traté de leer a Bertrand Russell y a Poincaré, y no los comprendí o no estaba a la altura de ese interés. Ahora me he convencido de que hay dos cosas que me interesan: una de ellas, es el lenguaje, el lenguaje en su aplicación poética, los problemas del lenguaje, las etimologías, las simpatías y diferencias entre los diversos idiomas. Y luego hay algo que siempre me interesó y aun me aterró desde que yo era niño. Ese algo es, como ya lo sabe quien haya hojeado mis libros, el problema del tiempo, la perplejidad del tiempo, el infinito remolino del tiempo.

—Los objetivistas de lo temporáneo y los metafísicos de lo intemporal encontrarán en su respuesta una salida al antiguo cuodlibeto que los tienen separados. Y como para los psicólogos de las elocuentes revelaciones del Tiempo, el llamado *tiempo psicológico* es el intervalo que transcurre entre la excitación (digamos, en su caso, inspiración) y la reacción, el lector comprenderá ahora la razón y el origen de muchas de sus páginas e inclusive de sus libros. Y a propósito: vayamos a los libros (no a los suyos, precisamente). Usted ha dicho que muchos libros argentinos adolecen del pecado original de no ser necesarios. Naturalmente, pienso como usted, y quizá —permítame— con más énfasis y menos indulgencia que usted. ¿Pero puede decirme cuándo un libro tiene la virtud de ser necesario?

—Un libro es necesario, me parece, cuando se escribe no por decisión del autor, sino porque el libro insiste en que lo escriban; es decir, un libro necesario es un libro que acaso se escribe contra la voluntad del autor, un libro que se escribe por medio del autor, y a veces contra el mismo autor, y eso lo vemos en el caso de todos los libros esenciales que van más allá de los propósitos conscientes de su autor. Bástame recordar a Cervantes, que quiso elaborar una parodia de los libros de caballería. Bástame recordar a nuestro Hernández, que se propuso escribir un panfleto político y escribió un poema que sigue interesándonos más allá de los problemas de las lenguas y de las fronteras.

—Se ve que usted no mezcla confusiones con contusiones... Borges: Ortega y Gasset dijo que el lugar común es un tranvía que lleva a todas partes; Gide los llama "serviciales lugares comunes", y Julien Benda dice que la adopción de un lugar común no excluye la sinceridad más profunda, como cuando se expresa: "¡Ah, Dios mío!" Teniendo en cuenta que usted es uno de los escritores más antilugarcomunistas de nuestro idioma, ¿cómo juzga las declaraciones de Ortega, Gide y Benda?

—Cuando yo era joven, tenía mucho temor del lugar común, y quería que cada frase mía fuera única y memorable. Ahora, en cambio, que no tengo derecho a los errores de la juventud, y quizá tenga derecho a los errores contrarios, pienso que negar el lugar común es negar lo que han pensado, lo que han sentido, lo que han dicho las generaciones anteriores, y creo que en este caso particular la frase de Ortega resulta débil precisamente porque en lugar de usar la palabra vehículo o medio, que serían el lugar común en este caso, ha querido eludirlo, ha querido ser moderno y nos muestra un tranvía.

—Ya se ve que la originalidad, al revés de la victoria, da derechos. Y siguiendo, en cierto modo, con la cuestión: Ricardo Molinari, Luisa Mercedes Levinson, César Tiempo, Ernesto Sábato, Abelardo Arias, entre otros indudables poetas y escritores, han coincidido conmigo en la necesidad de redactar un Gran Manifiesto Literario que contribuya a la redención de nuestras *bonnae litterae*. ¿También usted cree pertinente un manifiesto literaturaterápico?

—A mí no me gusta estar en desacuerdo con mis interlocutores, especialmente tratándose de esas personas que usted ha nombrado y de usted mismo. Pero en principio no creo en esos manifiestos; creo que los manifiestos son unas de las *redoutables* invenciones francesas; creo que cuanto menos política haya en la literatura, y quizá en todas partes, mejor.

—Pasemos rápido, velozmente, a otra pregunta, para olvidar los efectos de la palabra política. Como usted ha discutido y refutado tantos libros y tantos escritores y tantos argumentos (muy natural en quien ha dedicado su vida a la literatura), le voy a recordar una declaración de Menéndez y Pelayo para que me diga qué opina de ella: "no hay nadie —decía— que tenga razones suficientes, sea quien sea, para tratar la obra de otro con dureza, sea quien sea también el que va a ser juzgado". Perdóneme, Borges, que me adelante antes de que me conteste: si usted me dice que ha refutado ideas con otras ideas, pero no con dureza, le recordaré que, como decía Erasmo, toda crítica es dura aunque el crítico no se lo proponga. Lo escucho.

—Estoy plenamente de acuerdo con lo afirmado por Menéndez y Pelayo. Si los buenos modales son necesarios y deseables en todas partes, no sé por qué los malos modales deben cultivarse en literatura. Pero suele ocurrir que uno es duro con un escritor cuando uno critica en ese escritor sus defectos propios. Yo, por ejemplo, publiqué hará un año o dos, no recuerdo bien la fecha, un poema en el cual yo censuraba mis propios defectos y mis propias limitaciones bajo el pretexto o la máscara de Baltasar Gracián. Entonces fui duro, porque el Baltasar Gracián de mi poema no era el Baltasar Gracián de la dureza, el arte y el ingenio, sino un Borges ligeramente disfrazado.

—Esto que ha dicho tiene que servir de ejemplo para vacunarnos contra la enemistad literaria, gracias a ese auto-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas, www.ahira.com.ar

borgicidio y esa borgifobia. Estimado Borges: ¿Qué opina de las leyes y de la ley? Yo pienso que si se cumplieran para todos nadie estaría en libertad. ¿Y usted?

—Entiendo que hablar de las leyes y de la ley es algo demasiado general, ya que por un lado tenemos las leyes del comunismo, las leyes del fascismo, y por otro tenemos las leyes redactadas por personas razonables y justas, de suerte que este tema me parece demasiado amplio y demasiado minucioso para que lo agotemos y para que lo abordemos siquiera en el exiguo tiempo del que disponemos.

—Pasemos entonces a otro más interesante. En el trigésimo tercero de sus *Proverbios del Infierno*, el insenescente William Blake dice que "lo que hoy es evidente, una vez fue imaginario", y después expresa: "Todo lo creíble es imagen de la verdad". Como usted es un maestro en esta clase de subjetivismos y metafísicas, ¿puede decirme si cree decididamente que lo posible es tan valedero como lo real y si todo lo real pudo no haber sido ni siquiera sospechado?

—Lo que más exacto sería decir es que todo lo real empezó siendo meramente posible. En el caso de las empresas humanas esto es muy claro. Esas grandes empresas empezaron siendo conversaciones, charlas de café, proyectos en los que acaso no creyeron sus propios ejecutores; y quizá si pudiéramos penetrar en el abismo de la divinidad, en el abismo previo a la divinidad, anterior al tiempo, veríamos que Dios antes de crear el mundo no creyó mucho en la posibilidad de hacerlo; y el mundo antes de ser una realidad, una dolorosa y compartida realidad, fue acaso imaginación, o un capricho, quizá un ocio de la mente divina.

—Hay que agradecerle, Borges, que haya explicado exotéricamente lo que es tan esotérico. Lo felicito por la equis. Y si le parece bien, seguiremos en ese plano. En otros tantos 17 de febrero —distintos años, ya se sabe— murieron Molière, Enrique Heine, Lenormand y Borodin, y en igual fecha nacieron Bécquer, Melanchton y Laennec; y creo que también Eduardo Zamacois. ¿Cree usted en un misticismo numerológico, le sugieren algo esas coincidencias? Me anticipo a suponer que quizás no, porque fue un 24 de agosto, fecha en que usted nació, que se produjo la noche de San Bartolomé. Pero usted dirá...

—En cuanto al 24 de agosto se dice que es la única noche en que el diablo anda suelto. En cuanto a las otras coincidencias señaladas por usted sospecho que ese misticismo numerológico sirve más para los propósitos de la literatura y especialmente de la literatura fantástica que para la verdadera meditación. Desde luego no creo en la astrología, no creo en las virtudes de la cifra 365, de suerte que pienso que podría escribirse un buen cuento partiendo de esas coincidencias, pero no creo que podamos llegar a un pensamiento útil partiendo de ellas.

—Borges, disculpe la pregunta..., o quizá me la agradezca. ¿Qué opina de la Política?

—Que en nuestro tiempo es quizá un mal necesario. La Política se contradice con la ética, pero espero que haya épocas futuras, próximamente futuras, en que pueda olvidarse la Política y dedicarse a temas más interesantes, como el silogismo, la metáfora, la parábola...

—Pienso como usted, pero si me permite, ¿no cree que hay una contradicción entre los términos *mal necesario*? Porque si es un mal podría no ser necesario y si es necesario quizá no sea un mal...

—Quiero decir que aunque prefiramos pensar en otras cosas nos vemos obligados a pensar en la Política. Sobre todo el escritor no puede ser insensible a ciertos problemas. Recuerdo que durante la dictadura las personas insensibles a ese problema eran no sólo insensibles sino muchas veces cómplices y muchas veces cómplices voluntarios.

—¿Y cómo juzga a aquellos para quienes la literatura, la estética y el arte están por debajo de la obligación moral de ser político o por lo menos politizante? Antes de contestar, permítame que le recuerde lo que dice Sartre sobre Flaubert y Goncourt: que fueron responsables, en cierto modo, de la represión que siguió a los sucesos de la *Commune* en 1848, por no haber escrito una sola línea contra

ella. Claro que Sartre omitió agregar que el maestro Flaubert dejó escritas *Madame Bovary* y *La educación sentimental*... La escucho.

—Yo sé muy poco de historia francesa. No sé si la represión fue exagerada o no, pero creo que tiene que haber una relación entre la literatura y la ética. Sospecho que precisamente la buena literatura se diferencia de la mala porque el fondo de la buena literatura, aunque sea una literatura triste, es siempre valentía, fe y esperanza.

—Usted, que es un panléxico informador de todas las materias, ¿puede decirme qué opina de Tolstoi, comprometido con la buena moral; de Dostoyewsky, el supremo indulgente; de James Joyce y de Proust? ¿Cree que Proust es el último gran novelista?

—En un catálogo de novelistas actuales yo me atrevería a incluir un nombre que no ha sido incluido aquí (desde luego, no se trata de una lista exhaustiva), pero aprovecho todas las ocasiones posibles para hablar de aquel gran novelista, no sé si inglés o polaco o ambas cosas, que se llamó Joseph Conrad. En cuanto a la novela, ya que empecé hablando de Chesterton voy a citar a Chesterton. Dijo Chesterton que la novela casi ha nacido con nosotros y bien puede morir con nosotros. Yo creo que más importante que la novela es el cuento y el cuento es tan antiguo como el hombre, y así como en la niñez del hombre están los cuentos, así como a un niño le gusta oír cuentos, así los cuentos que se llamaron mitologías o cosmogonías están al principio de la Humanidad y son más importantes, me parece, que la novela, forma típica de nuestro tiempo y acaso sólo típica de nuestro tiempo y no de todos ellos.

—Yo pienso, Borges, que la prudencia enseña que hay que pensar muchas veces lo que se ha de hacer una sola vez. La imprudencia consiste en hacer muchas veces lo que se ha pensado una vez sola. ¿Cree usted que hay mucha sabiduría en la prudencia y que es muy grave ser imprudente?

—En el caso de la literatura, ya que este diálogo es esencialmente literario...

—Esencial, absolutamente literario...

—...creo que es mejor que los escritores sean un poco imprudentes. No conviene que estén vigilándose todo el tiempo. Esto puede inhibirlos. Hace un rato hablé de Hernández y podríamos hablar de Shakespeare también, a quien le interesaba escribir piezas de teatro para los cómicos de su empresa y no escribir obras inmortales. Quizá lo mejor para un escritor sea desertar de la teoría y entregarse a la práctica.

—Borges: después de todo lo que ha dicho, ¿le interesaría, ahora, decir algo sobre lo cual yo no le haya preguntado?

—Hay un libro que se titula *Libro de todas las cosas y de otras muchas cosas más*. En este caso creo que no hay ningún tema que no hayamos tratado hoy.

—Es verdad. A lo único a que no nos hemos referido es a aquellas cosas que se dicen por debajo de las palabras y con los labios cerrados. Pero lo mismo que las luces de la cárcel disminuyen cuando se hace pasar la corriente por la silla eléctrica —una guiñada uruguaya, como la que se hacía en otro tiempo en Montevideo a las ocho de la noche— así ha empalidecido la ciencia literaria después de lo que usted ha dicho con omnisciencia, esteticismo y pedagogía.

BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT

LOS PREMIOS (*)

Hay en *Los premios*, primer novela del cuentista Julio Cortázar, un esfuerzo narrativo sin desfallecimientos que funde el misterio vital de los personajes con el sondeo poético de lo argentino. Pero hay, también, una madurada concepción de la novela, para lo cual deseo, ante todo, dar algunas claves al lector. Me refiero, fundamentalmente, a tres comentarios de Cortázar en *Realidad*. En el primero (núm. 8 de esa revista) expone sus ideas sobre la novela contemporánea. Dice allí que la novela, "uno de esos monstruos que el hombre acepta, alienta, mantiene

* *Los premios*, por Julio Cortázar. Ed. Sudamericana, Bs. As., 1961.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a su lado", comparte el uso de un lenguaje nominativo (al que se aferra el lector que busca amenidad, fantasía, fluidez) y un lenguaje de revelación poética. Advertimos entonces que Cortázar ha acudido en *Los premios* a ambas posibilidades del lenguaje; a veces en síntesis sutiles, a veces por cauces diferenciados, como ocurre en los soliloquios de Persio, donde lo poético y lo metafísico se funden en páginas de intensa sugestión. Otros conceptos del artículo citado aluden al armazón arquitectónico de la novela, que tan precisamente regula el organismo de *Los premios*. a veces hasta en lo excesivo. No sólo la fábula tiene muy bien distribuidas sus galerías interiores, sino que agrega un epígrafe, un prólogo, un epílogo, una nota al final y hasta una impertinente solapa aclaratoria, recursos que revelan la duda sobre el lector, sobre su capacidad para alcanzar el juego sutil de la novela, viaje hacia la intimidad de unas almas, de un país.

El propósito de sumir al lector en un aura de *encantamiento* poético (del que Cortázar habla en el artículo que recordamos) es evidente en todo el curso del libro y trasciende a las situaciones y los diálogos, aún en los momentos y frases más realistas y minuciosos. La búsqueda de una síntesis arquitectónica, la fusión poética a que se someten todas las motivaciones, es la que hace sentir falsas algunas escenas y falsos algunos personajes. en la medida que se ofrecen como "muestras" parciales de una alegoría.

El segundo artículo de *Realidad* (núm. 13) es una reseña inteligente sobre *El poder y la gloria* de Graham Greene, válida en cuanto supone una penetración de la aptitud narrativa para injertar las situaciones, el mundo de los seres, la problemática trascendente del hombre de hoy. Obsérvese que Cortázar no sigue el fácil camino de copista de las cosas, que quiere mirarlas por dentro, indagar su misterio. Pero es un tercer artículo, sobre *Adán Buenosayres* (1948) publicado en el número 14 de *Realidad*, el que más interesará a los futuros exégetas de *Los premios*. La novela de Marechal, peronista notorio, fue juzgada por Julio Cortázar, antiperonista notorio, con independencia de ese factor político, y con verdadera admiración. En un medio opaco, esa actitud reveladora de una honda disposición ética bastó para difundir la nota de Cortázar, que poseía además valores intrínsecos. Subraya precisamente la imbricación de dos lenguajes y la aptitud poética creativa de Marechal, dos valores ya analizados en sus páginas anteriores que aparecen patentes y ricas en *Adán Buenosayres*. Es evidente que en la elaboración de *Los premios* ha contado fundamentalmente el módulo de aquella novela, en sus líneas maestras, en su íntimo juego irónico, y hasta en mínimas notas como el escape hacia el encuentro telúrico con cierta contención y reserva. El artículo de Cortázar sobre el libro de Marechal parece señalar el encuentro de un camino propio. Lo cierra obligándose a no desconocerlo como "fuerza viva", como "enérgico empujón hacia lo de veras nuestro" y denota una fascinación que obligará siempre a considerar a *Adán Buenosayres* como el punto inmediato de referencias de *Los premios*.

Ambas novelas son, en el plano más íntimo, alegorías del *viaje*, de este viaje misterioso y breve, por caminos distintos: lenguaje liberado de pudores falsos, capaz de ascender intrépidamente a lo ontológico; desconsuelo y desconcierto frente a una Argentina que se da como proyecto, desde un angustiado caos presente; aspectos de la obra que pueden desglosarse sin perjuicio "del color y del calor de novela propiamente dicha" (libros VI y VII de Marechal; los 9 soliloquios de Persio-Cortázar insertados en *Los premios*). El desajuste en todos los planos del ser que desasosiega al argentino se expresa novelísticamente en Cortázar y Marechal con la misma valerosa ansiedad, a través de unas pocas existencias en todas sus atmósferas, actitudes vitales y en la palabra que las *revela*. A pesar de que las situaciones se diversifican, también aquí seres distintos tienen que aceptar la convivencia en el azar del viaje imprevisto, y aún, acaso, ambos libros se unen en un mismo desacuerdo entre la ambición (sumamente avisada en el texto y sus aclaraciones) y el desnudo texto narrativo: tampoco en *Los premios* —como

apuntó Cortázar sobre *Adán Buenosayres*— se cumple el propósito de dar "una superunidad que amalgamara las disímiles sustancias allí yuxtapuestas".

Apuntemos finalmente la presencia común de una prosa personalísima, de una expresa voluntad de estilo. La prosa de Cortázar es flexible, cálida, nerviosa, plegada a cada situación, capaz de instantes de nítida belleza, a la que sólo debe imputarse una estricta falta de dominio en la tendencia a la observación ingeniosa, inteligente, que a veces detiene el curso puro de lo novelesco.

La novela de Cortázar, como una película de "nueva ola" traducida al porteño, no ahorra escabrosidades, costumbrismo, psicología en trazos fotográficos, violaciones, aberraciones y otros cuadros de seguro interés. Hay en cambio un plano en el que toda esa apariencia se supera. Cortázar se ha cuidado bien de separarlo, hasta en el tipo de letra. Así, el libro se dirige a todos los sectores, a todos los gustos. Cierta minoría que gusta descifrar elucubraciones abstrusas, o empaparse de poéticas intuiciones, beberá los monólogos de Persio que, según el mismo autor, representan la "otra dimensión" de la novela. Como soy curioso y testarudo, y además la costumbre de leer los libros completos no me permite saltar ni una línea, hallé en dos párrafos la linterna que pudo iluminar esa "otra dimensión". Vale la pena copiarlos, porque ellos ejemplifican el estilo de esos monólogos y resumen la idea que —por otra parte— surge quizá sola de todo el resto, si Cortázar no nos hubiese prohibido buscarle intenciones alegóricas. Los dos párrafos se encuentran en páginas sucesivas (319-320) y se complementan:

"Los sentidos dejan poco a poco de ser parte de él para extraerlo y volcarlo en la llanura negra; ahora ya no ve ni oye ni huele ni toca, está salido, partido, desarado, enderezándose como un árbol abarca la pluralidad en un solo y enorme dolor que es el caos revolviéndose, el cristal que cuaja y se ordena, la noche primordial en el tiempo americano". (p. 319).

"...¿Qué debía quedar de todo eso, solamente una tapera en la pampa, un pulpero socarrón, un gaucho perseguido y pobre diablo, un generalito en el poder? Operación diabólica en que cifras colosales acaban en un campeonato de fútbol, un poeta suicida, un amor amargo por las esquinas y las madreselvas. Noche del sábado, resumen de la gloria, ¿es esto lo sudamericano? En un tiempo de presente indefinidamente postergado, de culto necrofílico, de tendencia al bostío y al sueño sin ensueños, a la mera pesadilla que sigue a la ingestión del zapallo y el chorizo en grandes dosis, ¿buscamos la coexistencia del destino, pretendemos ser a la vez la libre carrera del ranquel y el último progreso del automovilismo profesional? De cara a las estrellas, tirados en la llanura impermeable y estúpida, ¿operamos secretamente una renuncia al tiempo histórico, nos metemos en ropas ajenas y en discursos vacíos que enguantan las manos del saludo del caudillo y el festejo de las efemérides, y de tanta realidad inexplorada elegimos el antagónico fantasma, la antimateria del antiespíritu, de la antiargentinidad, por resuelta negativa a padecer como se debe un destino en el tiempo, una carrera con sus vencedores y vencidos? Menos que maniqueos, menos que hedónicos vividores, ¿representamos en la tierra el lado espectral del devenir, su larva sardónica agazapada al borde de la ruta, el antitiempo del alma y el cuerpo, la facilidad barata, el no te metás si no es para avivarte?" (p. 320).

Por si no bastara, hay también en estas páginas un *leit-motiv*, una obsesión que vuelve como las olas a la playa, y que contiene, en sus dos elementos fundamentales, los dos extremos del alma literaria argentina. La obsesión es un cuadro: "el guitarrista de Picasso que fue de Apollinaire"; y los dos elementos: la guitarra, que es módulo del pensamiento y el canto nuestro, en conjunción con alusiones al arte europeo. Este *leit-motiv* es pictórico, pero el tratamiento de las divagaciones "pérsicas" es más bien musical. La acumulación de palabras extrañas en estos trozos puede tener varias explicaciones: una el "no crea que sólo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sé hablar como mis otros personajes"; otra, la intención poético-musical; otra, en fin, la tomadura de pelo.

Los personajes, que comienzan hablando y actuando cada uno en su estilo como los de *Rosaura a las 10*, de pronto se imponen al autor con independencia "nivolesca" y unamuniana. Como reflexiona Cortázar, esto no es nuevo. Y no lo es porque son personajes llenos de vivacidad y marcan derivaciones que, como en las películas, a veces no han sido humanidad, tanto que adquieren una marcadas por el autor, sino por el Director... Quien haya sido aquí ese Director, es cosa que solamente podría aclararnos Persio, el silencioso corrector de pruebas de Kraft, en alguno de sus intrincados monólogos frente a la noche.

La conducción de los grupos elementales se va intrincando según leyes psicológicas irrefutables. Cada uno habla su habla con la abundancia, el léxico, el repertorio de alusiones y chistes que le corresponden. Los cuatro puntos cardinales de la ciudad están representados: Barracas (la familia Pressuti), Caballito (familia Trejo), el barrio Norte (Paula-Raúl) y el centro (Claudia-Jorge); y además Chacarita, barrio donde Persio se encarga de comunicar la tierra con los astros, en un fantástico connubio de la vida, la muerte, la ilusión y la astronomía. Pero aparte de esta comunidad urbana, palpita en la novela esa otra apenas visible, sospechada, enemiga o prescindente que es la comunidad marina de "glúcidos" y "lípidos", como se califica —el mayor acierto del libro— a los tripulantes del *Malcolm* desde la inicial travesura de un libro precoz.

El comienzo del libro tiene todo el color, la temperatura, el ruido y el sabor de un lugar típico porteño. Vamos viendo cómo se reúnen en un lugar arbitrariamente señalado (el espacio infinito) todos los elementos que constituyen sociológicamente a Buenos Aires; cómo se van agrupando y segregando de acuerdo a atracciones y repulsiones naturales; cómo un azar que los ha reunido los moverá sin que nadie sepa de dónde, a dónde ni por qué es movido, y cómo, finalmente, esos elemenntos irán dirigiéndose y replanteando sus relaciones, exactamente como las sustancias del caos inicial bajo el mandato ígneo de la voluntad divina. Pero ese grupo ya fundido se enfrenta con el misterio. Aparece el Árbol del Bien y del Mal, la zona prohibida, el desafío a la libertad, la tercera mano... Y el comportamiento de cada grupo, de cada ser, marca los deslindes y lleva a la resignación, a la rebeldía o a la muerte. Todo esto hubiésemos considerado alrededor de *Los premios* si no nos hubiese traído, en el capítulo final, un poco más acá —a cierta realidad política cercana o simplemente a cierta situación policíaca. De todas maneras subsiste la impresión del Viaje mítico, de un *proceso* misterioso, cuyos efectos no se reflejan en un solo personaje, sino en una pequeña multitud representativa de lo que es, de lo que ha resultado después del caos, "lo sudamericano" o, simplemente, lo argentino.

En el mundo de unos seres lanzados a un viaje impreciso, irrumpe de pronto el misterio y se borran los límites de lo real. Seres distintos de Buenos Aires, seres del mundo y de aquí, se ven al pie de una aventura forzosa y común. Tienen que mirarse las caras, acaso las almas: a todos los arroba el vértigo de lo desconocido. El *Malcolm* cobija lo imaginario y favorece los escapes líricos y filosóficos del novelista; pero cobija también a unas vidas, a unas criaturas humanas que el artista envuelve en unánime piedad. Esa piedad que satura el libro se nos impone. Lo que comienza siendo volatinería para distracción y juego de un escritor inteligente, se traslada a un plano de revelación y poesía. El premio, el viaje, no es el producto de un fervor utópico sino una manera de penetrar, lejos de la limitación realista, un enigma acuciante. Aunque el relato enfile hacia climas de alucinación —al salir del campo habitual de la mentira, los horarios, la cama y el espejo— y hacia ese otro Gran Tiempo que satura al primero, este Gran Tiempo aparece en las zonas entarecidas y desvitalizadas de la novela, donde lo novelístico linda con la indagación crítica. Sin embargo, nunca las situaciones (que podríamos calificar pedantemente de investigación fenomenológica) de la novela, despegan de la Argentina. Aun renunciando, como lo pide la nota final del libro, a la notoria alegoría, los personajes andan y desandan nuestros caminos, nuestras calles, nuestras constelaciones, nuestros Decretos, nuestra trivialidad, nuestra esperanza.

Cortázar desecha voluntariamente el alegato fácil: esas vidas, la ilusión de "los premios" la confrontación con las experiencias menudas, pueden sugerir unas nociones de este infierno, de este mundo larvado, al que el artista no aliviana de sus incomprensibles disparidades ni somete a una apologética narrativa. Cortázar ha esquivado con rara pericia esos escollos. Por eso su novela es de las que han de quedar, según Persio lo presiente cuando en los reclamos de su última página ve que entre la música sin dueño, el suceder sin raíces y el barco que flota sin rumbo, cuenta también "una novela que se acaba". En esta Argentina atónita de 1961, en esta Argentina desposeída de mitos y valor, llena de seres prudentes, de Fiscales y de ministriles que urden en oscuros subterráneos decretos suprimiendo la luz, la desnudez y la risa, *Los premios* es un testimonio de búsqueda limpia, de pasión de verdad, como lo es *Uno* de Elvira Orphée, novela que tiene con ia de Cortázar algunas líneas de contacto. En un país donde se escribe mirando a derecha e izquierda, atrás y adelante, entre ademanes de cortesía o de temor, *Los premios* es una novela llena de valentía moral. En cualquier parte sería una falacia ridícula querer una novelística conducida por designios éticos. En el caso de nuestra Argentina de hoy no lo es. Las exhortaciones piadosas, la hirviente búsqueda de estos seres premiados tiene algo de la vibración apocalíptica. Todos son un poco *tú* y un poco *yo*. A través de esos espejos que nos dan nuestro yo se siente una suerte de tonificación moral.

Esa Argentina de las calles, los cafés, las casas, las noches, los días, las melancolías, los fantasmas que abandonan dolorosamente la "pluralidad", ese país que nunca podrá alcanzar el Inspector del *Malcolm*, es el que se indaga y rescata, con un fuerte raudal de poesía, en las páginas de *Los Premios*. Como otras novelas argentinas, imperfectas y precarias, ésta, escrita por un ausente que parece un habitante íntimo de cada menudo proyecto de realidad nuestra, contará sin duda, no sólo en la trayectoria de la novela, sino en la del espíritu nacional.

ANTONIO PAGÉS LARRAYA

DOS NUEVAS NOVELISTAS ARGENTINAS

En todo primer libro suele haber algo de azarosa aventura. Ocurre, en mayor o menor grado, que se vuelca en él un caudal de ingredientes personales que supera la ordinaria medida. Se dice así, a menudo, más de lo reclamado por el libro propiamente dicho. El impulso es lógico y es humano: años de contención no se borran en un día, cuando la oportunidad de hablar se presenta. Por algo dice Azorín que, ya en camino la obra, se le demandan al escritor sacrificios muy penosos y que la renuncia a lo marginal, lo innecesario, es virtud de escritor viejo.

Tales reflexiones se me ocurren a propósito de dos novelas recientes, por cierto que muy prometedoras: *La breve curva*, de Jorgelina Loubet [1], obra recomendada por el Fondo Nacional de las Artes, y *La hora undécima*, de María Ester de Miguel [2], también recomendada en el concurso Emecé de 1960.

Es la primera un libro de ciudad. Dos historias hay en ella entrelazadas: la de Hilda Maral, profesora de literatura con vocación, mujer sincera y espontánea en sus procederes; y la de los adolescentes Lucila y Miguel Costa, criaturas en formación, simples y complejas a un tiempo.

Hilda como Eduardo, su amante, y sus amigos Tommy Howel y Luis Agrelo, ha vivido la crisis de la dictadura y trata de orientarse en el vacío y la confusión

1 *Editorial Losada*, Bs. As., 1961.
2 *Emecé Editores*, Bs. As., 1961.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dejados por ella. Ha conocido algunos maestros (entre ellos Horacio Costa, padre de Miguel), pero le fueron sustraídos dos cuando más los necesitaba. Se siente a gusto envuelta en las buenas maneras de Eduardo, pero no puede vivir con él una relación profunda porque, ni éste tiene vida interior como para compartirla con ella, ni se resigna a hacerla penetrar en el círculo donde se desenvuelve con despreocupada vanidad. Tampoco la cautiva Howel, un galán simpático y deportista, mientras el amor no lo pone cargoso. Más sinceridad halla en Agrelo, pero le teme, quizá porque la obliga tácitamente a enfrentarse consigo misma para revisar los valores en que ha cimentado sus actos.

Frente a estos seres, jóvenes pero maduros, el mundo de los adolescentes, con sus reservas, sus trucos, su latente hostilidad (recuérdese el rencor de Miguel por Sara, su madre, y la conmiseración con que Lucila trata a Clara, la suya). Ese mundo en formación ha sido trazado con acierto y las almas a mitad de camino parecen, ya transparentes, o ya se cierran como una crisálida que no se decide a salir a la luz.

Hay en casi todos los personajes, además, una inquietud que parece comunicarles el ambiente en que viven. Y en este sentido el libro es bien nuestro. Tiempo de transición, ellos lo sufren en carne propia, lo pagan con su desorientada búsqueda. "Los seres que piensan están desamparados. A menos de haber logrado dar el salto. Pero, ¿sobre qué garrocha apoyarse?". Justamente les falta una fe, la garrocha. También los adolescentes lo padecen: "Miguel y Lucila aprendían así a comulgar en desazón". Junto a esos toques certeros, la ampulosidad de ciertas frases choca, a veces, porque suena a pedagogía. La referencia concreta a pensadores (caso Huxley), o la hinchazón en el diálogo (reflexiones sobre la docencia), revelan ese dolor ante la renuncia que se denunciaba al comienzo. Ello es subsanable, porque hay muchas ideas valiosas que, con su retoque formal (deslizándolas, tal vez, de un modo menos afirmativo), ganarían en sugestión.

Parece también que, en la parte final del libro, hay demasiado lugar dedicado a Horacio Costa, el profesor íntegro que termina enseñando con su muerte, como lo hiciera antes con su ejemplo. El espacio que él ocupa va en desmedro de otros pormenores, de modo que algunos cabos quedan sueltos. Las historias que tán bien entrelazadas están resultan así coronadas sólo a medias. No podemos pedir, por cierto, que vidas jóvenes resuelvan sus problemas de modo definitivo. Pero Horacio Costa es, durante todo el libro, un personaje en penumbra. Pasa con él, hacia el final, como con esos presentantes que, por extenderse demasiado, le roban el tiempo al conferenciante.

La hora undécima, libro de ambiente campero en casi toda su extensión, plantea, desde el título y el epígrafe, el tema del amor del Padre por sus criaturas. La trama refiere la equívoca relación que se entabla entre Víctor Martínez Vargas, rico hacendado, ateo, concentrado, separado de una mujer de su clase que lo traicionó, y Fernanda Weimberg, maestra rural, fervorosa cristiana y profundamente disponible para el amor.

No bien descubren el mutuo cariño que los une, Víctor comprende quién será su enemigo: "Dios o No-Dios que quieres quitármela... defiéndete". Fernanda ha llegado tarde a él y lo advierte a su pesar. Otro ha dejado una huella imborrable en esa mujer leal; Dios no permitirá su deserción. Por sobre el pecado carnal media una fidelidad que no puede quebrarse, porque Fernanda cree con esa simplicidad que parece un catecismo grabado en su corazón. Los medios a que Víctor acude son los comunes: despertar su piedad, esgrimir la soledad propia como una bandera, desear un hijo de ella para encadenarla. Todo el proceso de la lucha recuerda a Graham Greene en *El fin de la aventura*. Como Sara frente a Bendrix, Fernanda escapa en el momento en que está a punto de cortar todos los vínculos con su fe. No la guía, es cierto, como a la otra heroína, una ofrenda provocada por el miedo. Su acto de amor es total y absolutamente desinteresado. Cuando los dos sacerdotes a quienes consultan les dicen lo que ya sabían, su renuncia es un precio; lo paga a sabiendas de que, de tal modo, se destruye en lo puramente humano, para salvar la otra mitad, en ella y en él.

Acude entonces Fernanda al padre Mateo, su confesor del tiempo en que era una adolescente sometida. Es un sacerdote dulce y comprensivo. Le facilita el camino. Por momentos flaquea; inclusive otro amor humano la solicita, pero lo rechaza para no estropear de tal modo su fidelidad a los dos rivales. Cuando la lucha es más árida y más oscura, recuerda las palabras del sacerdote joven a quien, en su momento, habían recurrido: "Pero Dios es bueno". En esa apelación a una misericordia que no exige más que lo humanamente soportable está su virtud de humildad, la que permitirá su triunfo. Cuando las soluciones desaparecen, la entrega total, a ciegas, permite salvar la mejor porción. Esa fe de la protagonista salvará, podemos creerlo, también a Víctor Martínez Vargas, el arrepentido de la última hora. Sin el sacrificio de Fernanda, sus ojos no se habrían abierto. Porque no estaban vacíos, sino cerrados.

Libro limpio en su mensaje y su realización, con elementos muy positivos (por ejemplo, la presencia de un paisaje que se reconoce sin acudir a pintoresquismos). *La hora undécima* revela a una escritora capaz de vivir con sus personajes y transmitir la honda crisis espiritual de éstos. Puede objetársele, como al anterior, el ser a veces demasiado explícita para deslindar el lado moral de las cosas, ciertos valores que se erigen en verdades como para que nadie incurra en confusión. Puede asimismo señalársele algún barniz romántico que aflora a menudo en frases-síntesis para caracterizar el amor de Víctor y Fernanda. También el desenlace, innecesariamente violento, pues a la protagonista bastaba una muerte entre sus pobres. Por último, la serie de hechos que siguen a esa muerte y que pasan por milagros, donde, otra vez, se recuerda la novela de Greene y que, como en ella, nada añade y quita verosimilitud al relato.

Con tales salvedades, cabe aplaudir libros como los analizados. Hay en ellos un caudal de sinceridad, una aproximación con amor hacia el ser humano y sus problemas y una aptitud para crear seres vivos, que revelan con toda felicidad a novelistas de valer. Ojalá el trabajo futuro de las autoras no desmienta esta esperanza.

FEDERICO PELTZER

LA CARCEL Y LOS HIERROS*

Este libro es la historia de una búsqueda. Sería aventurado fijar el punto en que ella se inicia e ingenuo considerarla terminada en la situación aparentemente calma de la última página. El amor, como el heroísmo y el arte, se consumen en la llama del tiempo sin hallar permanencia en terrenales hallazgos. Su realidad es la incesante persecución —en los límites de la forma humana— de la bloqueada conexión con lo eterno.

La mística, el sexo, el arte, son medios para traspasar el muro. La gran sed termina en el misterio de la muerte.

Julia, protagonista de *La cárcel y los hierros* —título inspirado en una frase de Santa Teresa— siente la ansiedad constante de *algo más* en la cadena de sensaciones que despierta en ella cuanto la rodea. La intuición de un orden en la lucha cruenta de la naturaleza, el goce de la belleza y la disconformidad con los hallazgos —siempre imperfectos para su visión interna— la condenan a una inquietud lacerante. Si consiente en ellos es sólo por conmiseración a sus fuerzas, rendidas pero no agotadas.

Incorpora Julia esa sed de infinito a un voluntarioso afán posesorio. La acomodación a las circunstancias es sólo una espera, una ocasional oportunidad de acecho. Su amor a Diego quizá esté en relación con la evasión de éste. Pero ese amor

* *La cárcel y los hierros*, por Alicia Jurado. Editorial Goyanarte. Buenos Aires, 1961. 115 págs.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

es el hilo conductor de la novela, ocupa casi todas sus páginas e impregna su atmósfera.

La autora de esta obra nos presenta paulatinamente el despertar confiado de la infancia de Julia, su adolescencia con las dudas inherentes al dogma religioso y la ilusión del primer amor, el matrimonio, el deslumbramiento del primer hijo, la aceptación jubilosa del segundo, la reposada y tierna admisión del tercero... La felicidad, en fin, y la fatiga de los menudos hechos diarios.

En este mundo íntimo, Julia cultiva su propia dimensión. Así, mientras acuna al hijo, crea la canción que va modulando: "Mi cuerpo —dice— no era pasajeramente sino eso: una voz ajustada y clara que trazaba figuras en el aire."

Esa realidad, que siente conectada a una fuerza dominante, la expresa en otro momento con estas palabras: "En el baile una se transformaba en movimiento y se enajenaba un poco durante unos minutos, como si le fuera revelada otra faceta de la realidad, completamente inexpresada."

La existencia cotidiana sigue deslizándose. Llega el quinto año de matrimonio. Julia advierte que el marido la engaña con una amiga. La minúscula brizna de pasto en la solapa del cónyuge y en la malla de la amiga constituye la prueba.

La característica de *La cárcel y los hierros* es la de estar enfocada desde diferentes planos: el mundo social, la naturaleza, la metafísica. El conocimiento que la novelista tiene de ellos, la gracia y el leve deslizar de la pluma, los inesperados toques de humorismo como consecuencia de alguna equilibrada disquisición, atraen al lector. Incitan a pensar y, a veces, a sonreír, dadas las consecuencias que saca la autora al observar los convencionalismos sociales.

La inclinación de Julia, aunque temporaria, a la soledad y a la naturaleza —al milagro vegetal— la llevan a hacer suya la frase de Kipling frente a un árbol: "Somos casi de la misma naturaleza tú y yo."

Menciona después el encantamiento del idioma que la inducía a recordar en voz alta, en medio del bosque, pasajes de sus libros preferidos: "Allí la felicidad se complicaba con incontables refinamientos intelectuales." "Qué hermosura la del idioma, la magia y esplendor de las palabras."

"Todos eran caminos —explica— para encontrar algo cuya busca no advertía siquiera."

El amor a Diego, en su evasión, también es un camino. La intriga de la novela está centrada en esa deserción. Es, a no dudarlo, la sobreabundancia de los dones que Julia ofrece lo que intimida al hombre cuya sola explicación es: "me colmas, me rebasas".

Amar con dolor —manifiesta Julia— abría insospechadas vetas a lo cotidiano. "Mis sensaciones eran desmesuradas, como si hubiera tomado una droga." Y reconoce en otro momento: "La cárcel del cuerpo aprisiona pero es a un tiempo el instrumento de liberación."

Y ese amor va separándose del hedonismo para adquirir un sedimento de trascendencia. Mas esto no aparece en sesudas meditaciones lejos del mundanal ruido sino en el transcurso de reuniones y de paseos por la ciudad en que la pasión ronda y, a veces, vence.

El amor se convierte en obsesiva y única realidad: "Diego se había vuelto infinito y omnipresente. El tintero, el vaso, la sal, eran él; lo contenían las páginas de cada libro, los pregones confusos de la calle y el temblor del sol sobre las tablas del piso; estaba en las canillas, en los tenedores, en el quejido amortiguado del ascensor, en las estridencias del teléfono que era casi un sinónimo del desengaño. Todo lo poblaba, lo transía con su propio ser hasta que el más prosaico e insignificante de los objetos se volvía digno de ser amado."

Esa enajenación es para Julia el ascenso al plano en que se adora a Dios en una de sus criaturas: "Mi amor invadía todo, la calle, las macetas con los geranios, las paredes tiznadas de hollín, las ventanas, el aire, y la hermosura terrible del universo me apretaba la garganta."

Pero la mujer siente al hombre huyendo de su posesión pese a que "palpitaba en su sangre, sueños, lágrimas y vísceras".

Diego es incapaz de desbordar, de arrancar de sí mismo. Y, ante la masculina reserva, empieza a apaciguarse esa fuente viva que es Julia. Se refugia, entonces, en la estancia y se sumerge en la naturaleza que tiene, al fin, su misma encarnizada lucha por vencer, poseer, acaparar, dominar.

Las páginas en que describe los más insignificantes pastos y aves de la llanura, tan opacos y neutros, cobran jerarquía antológica: "Todo en mi llanura era austero —expresa— como si hubiera rechazado la menor ostentación en un voluntario voto de pobreza." Poco después agrega: "Las plumas repetían en el aire los pelos de las tropillas que galopaban sobre la tierra: eran bayas y lobunas, alazanas y zainas, a menudo tordillas o tobianas."

Pero el *leit motiv* —la esquivez del amado— llega a la exacerbación. Donde quiera que se pose el pensamiento de Julia, ayer, hoy o mañana, está Diego. La corriente vital no encuentra cauce para volcarse y Julia busca en la sabiduría de los místicos experiencias para dominar la materia. Se agosta, su salud declina. Y un viaje es la solución de rigor. Se ausentará sola, sin mayor entusiasmo.

El recuerdo de un vaticinio —repetido en varias ocasiones— convierte ese desalentador período en un compás de espera.

Ayudará Julia al pronóstico embarcándose rumbo a Italia, dispuesta a vagar sin alma, con el solo consuelo "de unas pobres palabras con que pretendemos traducir el universo".

En el camarote llora la derrota de sus sueños. Pero, más tarde, en el puente ve a Diego, abstraído, contemplando el horizonte.

El vaticinio se ha cumplido. Y la novela se corta. Aparece un vacío en el tiempo, un paréntesis sin contenido.

Luego, Alicia Jurado presenta, como proyectado por una linterna mágica, el cuadro final que —en su enfoque pacífico— es también una expectativa, una espera.

El argumento de una novela puede ser toda la novela o, como en este caso, el tronco del que nacen ramas llenas de bellísimas hojas. Lo que Alicia Jurado expresa a través de las vicisitudes de los personajes de *La cárcel y los hierros*, o al margen de ellos, constituye el valor de la obra.

Valga como ejemplo de lo dicho la consecuencia de su intenso observar un pequeño yuyo "vigoroso, ignorante y remoto": "Era lindo, era la manifestación del mundo, era yo misma, era Dios."

CELIA DE DIEGO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Moderato cantabile y el film de una novela *

El arte del cine. Nos resulta difícil pensar hoy que se haya necesitado tanto tiempo para imponer la existencia de esta nueva categoría estética, para persuadir a los "especialistas" de que había nacido una nueva forma de expresarse y de emocionar que no era un "divertimento", sino en verdad un *arte* completamente nuevo, capaz de retener en sus redes, como los demás artes, duraderos —si no eternos— fragmentos de verdad humana.

Cierto es que el cine ha vivido mucho tiempo de préstamos mal asimilados. Al principio debió todo a la pantomima y al teatro. Luego intentó liberarse por medio del empleo inmoderado de elementos de plástica pura. Vinieron después, con el cine sonoro, las mareas de palabras y de música que estuvieron a punto de ahogarlo. Pero esos préstamos están ahora casi del todo digeridos, y es con sus propios medios cómo el cine nos ofrece, en adelante, una imagen particular, baja o gloriosa, de nuestra condición.

De lo que más le cuesta desembarazarse es de sus lazos con la literatura. Parecía natural (a algunos les sigue pareciendo) que, puesto que una película cuenta una historia, acudiera el cine a la inmensa reserva de la novela universal o de los libros de éxito. Con la utilización de una trama sentimental, cuyo efecto en los corazones ha sido demostrado, se cree que ya está ganada la mitad de la partida. Y entonces conténtase con adaptar perezosamente, con más o menos fortuna o esmero, a los clásicos y a los *best-sellers*. Los resultados de esta negligencia son, generalmente, mediocres. Bajo el ojo insensible de la cámara, las sutiles o tiernas historias se deshacen, y no queda sino una trama vulgar, en el límite del artificio. Aun cuando el cineísta logre su propósito, el aficionado a la literatura ha de ver siempre que la imagen de la pantalla es desbordada por la que había levantado su imaginación durante la lectura y que sigue siendo, para él, más apasionante.

El empleo torpe de la literatura es, por consiguiente, el último lastre que ha de abandonar el cine para liberarse por completo. Y parece que va alcanzándolo por un camino imprevisto: por medio de la simbiosis (si puede decirse así) o de la mezcla verdaderamente íntima de ambos artes.

Fenómeno completamente nuevo es éste de las novelas que no pertenecen a la escena, que no han sido escritas para el cine y que, sin embargo, pasan del texto a la imagen sin perder nada de su sustancia ni de su propio sentido, como si realmente se tratara de una misma partitura ejecutada con dos instrumentos distintos. *Moderato cantabile,* film de Peter Brook según la novela de Marguerite Duras, es el más perfecto ejemplo reciente del desdoblamiento de una misma obra.

Los primeros libros de Marguerite Duras (*Un barrage contre le Pacifique, Les petits chevaux de Tarquinia*) habían aportado la pauta de un gran talento que empleaba poderosamente los elementos tradicionales: curso sostenido del relato, veracidad de los personajes, situaciones nuevas y conmovedoras. Los sentimientos eran humildes y comunes; el idioma era vivo y cálido, sin rebuscamientos ni afectaciones. *Le square* y, sobre todo, *Moderato cantabile* han hecho pasar a Marguerite Duras al campo de lo que se llama, un poco tontamente, la anti-novela.

Como se sabe, la novela se convierte, para esta nueva escuela, en relato y se reduce a un número muy pequeño de personajes empeñados en una aventura interior tan tenue, que parece casi inexistente. El decorado está apenas indicado. El diálogo se conforma con palabras familiares. Por último, el narrador describe sus personajes desde afuera, minuciosamente, pero sin emoción y sin tomar partido.

Estos elementos se encuentran, en grados diversos, en las obras de los novelistas reunidos en las *Editions de Minuit*: Nathalie Sarraute, Claude Simon, Michel Butor, Robbe-Grillet. No obstante, Marguerite Duras permanece, aun en *Moderato cantabile,* más fiel a sí misma que a tales nuevos principios. Extrae de la escuela del *nouveau roman* (nueva novela) la modestia, la humildad de los medios consabidos, la voz baja y como sofocada, el rigor, la economía del relato. Pero no puede impedirles a los personajes que estallen en pasiones. El tedio, la monotonía, los sentimientos que forman su existencia se hacen, al impulso de su pluma, tan violentos y tan ruidosos y furiosos como los de las tragedias más atroces.

Moderato cantabile puede narrarse en pocas palabras. Ana Desbaredes arrastra una existencia ociosa y vacía, de gran burguesa, en una pequeña ciudad industrial cercana a Burdeos. Para su marido, ella forma parte de los elementos de su fortuna; solamente su hijo le da un sentido a su vida El azar la lleva un día ante un drama: en un café, un hombre mata, por razones oscuras, a la mujer a quien amaba. Ana se siente perseguida y profundamente turbada por esa muerte. Vuelve, errante, al café, valiéndose del pretexto de que sale a pasear con su hijo. Un hombre, semi-obrero y semi-desclasado, la aborda y seduce. La historia de la pareja del drama, que ambos vuelven a inventar a su manera, les sirve de vínculo inicial, y el amor los conquista a ambos; un amor casto y turbio al mismo tiempo, en que el recuerdo de la mujer asesinada introduce una especie de aureola sórdida y grandiosa. Habrán de separarse sin haber llegado a ser amantes, con un pánico mutuo: su pasión es demasiado íntegra, demasiado soberana para realizarse, para contentarse con el rostro vulgar del adulterio.

Este discreto juego de amor y muerte, este nudo de pasiones en que el deseo se hace contenido y no quiere ser por sí solo todo el amor, estos sentimientos sutiles y devoradores, son ofrecidos por Marguerite Duras con una sobriedad ejemplar. Como contrapunto, está la sonata de Diabelli, *moderato cantabile,* que le enseñan al hijo de Ana y cuyas notas desgranadas, más o menos intensas, subrayan cada episodio del drama.

Hace muy pocos años, llevar a cabo un film con esta diminuta historia hubiera parecido un desafío. ¿De qué modo el cine, que es sólo movimiento, hubiese podido presentar los oscuros recovecos de un alma? El film de Peter Brook ha llegado, no obstante, a hacerlo admirablemente, y siguiendo, por cierto, la novela frase por frase. Cubriendo la pantalla, los rostros de Jeanne Moreau y Belmondo traducen, en un permanente cambio, los episodios de su pánico con tanta precisión como las páginas del libro. Los paisajes, fríos y rigurosos como diseños japoneses, que desfilan a todo lo largo del film ilustran, también, la naturaleza de su pasión. Y la pequeña frase de la sonata de Diabelli refuerza todavía más ese clima con su punzante estribillo. De esa lentitud, de ese estatismo de los acontecimientos, nace algo como un movimiento superior que mantiene al espectador tan jadeante como ante las peripecias de un *western*. Extraño milagro que nunca antes el cine nos había dado con tal persuasión.

Al releer la novela y volver a ver la película, se comprueba cuánto ambos se deben uno al otro, cuánto ambos se refuerzan mutuamente. Las imágenes de Peter Brook no le quitan ni agregan nada al personaje. Y no podrían tener otro rostro que el que les prestan el de Jeanne Moreau y el de Jean-Paul Belmondo.

Observemos algo más. Vivimos hoy bajo el signo de la aceleración de la historia. Nuestra vida es agitada y ansiosa, y un movimiento sin tregua parece arrastrar-

* Marguerite Duras: *Moderato cantabile*. Ed. de Minuit, 155 págs. Versión castellana en las ediciones Fabril, Buenos Aires, 1961.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nos a no sabemos qué aventura en la cual la velocidad desempeña un papel esencial y absurdo. Y, sin embargo, ésta es la época que la novela y el cine —nuestras principales fuentes de evasión— eligen para adoptar un ritmo mesurado y lento, un *moderato cantabile* que nos proporciona el tiempo necesario para recobrarnos y ser. Este nuevo "tempo" en la literatura y en el film no sería, pues, un simple asunto de moda, sino que correspondería a una verdadera necesidad de nuestro ser, excesivamente agitado. De ahí el sentimiento de plenitud y de satisfacción que tales obras nos procuran, a pesar de su contenido dramático. Y ahí podría tenerse un principio de demostración —si fuere menester— de que el ritmo profundo del hombre sigue en desacuerdo con la civilización acezante que no cesa de reducir el campo de nuestra vida interior.

Toda la desgracia del hombre —decía Pascal— proviene de que éste no ha sabido permanecer en su habitación. ¡Ay!, existe una desgracia mayor aún: es la de hastiarse en ella.

FÉLIX CATTÉGNO

Trad. Hugo Acevedo

LA RESPONSABILIDAD DEL ARTISTA *

Se inicia esta obra con un error de traducción en una frase de Gide citada en francés por Maritain. Dice Gide: *Pour pouvoir penser librement —dit Renan quelque part— il faut être sur que ce que l'on écrit ne tirera pas a consequence.*

El traductor vierte perfectamente al castellano el principio de la frase, no así el final: "Para poder pensar libremente —dice Renan en alguna parte— es necesario estar seguro que lo que se escribe no tendrá ninguna trascendencia." Creemos que la traducción del final guardaría fidelidad de esta manera: *...que lo que se escribe no acarreará consecuencias.*

A raíz de este pensamiento, Maritain afirma que el artista debe ser completamente libre, añadiendo que el mundo del arte y el de la moral son autónomos.

Poco después manifiesta que el artista debe ser juzgado sólo por sus obras, porque aunque el hombre esté sujeto a las leyes sociales, éstas jamás deben ser confundidas con los valores de la producción artística.

Para reforzar su opinión, Maritain trae a colación la frase de Oscar Wilde: "El hecho de que un hombre sea un envenenador nada dice en contra de su prosa."

Y a renglón seguido, recuerda la opinión de Santo Tomás sobre el tema: "La clase de bondad que el arte persigue no es la bondad del hombre sino la bondad de las obras."

Maritain hace suyos estos axiomas diciendo que la primera responsabilidad del artista se refiere a su obra. Y añade que cuando se está al servicio de algo absoluto se es cautivo de un amor que exige todo el ser, carne y espíritu. Su deber es, entonces, adquirir prudencia, agudeza y destreza en su arte.

Maritain no está de acuerdo con la frase que estampa Cocteau al final de *Orfeo*: "Porque poesía, mi Dios, eres Tú."

Según Maritain, Cocteau no quería significar que la poesía fuera Dios mismo, sino "que Dios era el primer poeta y que la poesía recibe todas las virtudes de El".

Pese a la interpretación de Maritain, la frase de Cocteau es inobjetable: la poesía es Dios. Y no titubeamos en añadir que crear es vivir en Dios.

A veces Maritain ha dejado su pensamiento algo oscuro, o no ha fijado exactamente las palabras que corresponden a su idea. Así, cuando dice: "Si el artista ama a Dios sobre todas las cosas, lo hace en cuanto hombre, no en cuanto artista."

El artista —reflexionamos— no lo es durante las veinticuatro horas que componen el día y la noche, sino en contados momentos y entonces está en comunicación con Dios; después, sigue su vida de hombre aunque su forma de vivir en el mundo sea la del artista. "El arte —dijo

---

* *La responsabilidad del artista*, por Jocques Maritain. Trad. A. L. Bixio. *Emecé Editores*. Bs. As., 1961. 111 págs.

el abate Bremond— es una plegaria." Y una plegaria es un momento de unión con Dios, de lo contrario se trataría sólo de palabras vacuas pronunciadas mecánicamente.

La inspiración es para la forma humana como la transubstanciación de la hostia después de la consagración, según la definición de J. A. García Estrada.

Manifiesta Maritain más adelante que "si bien el arte y la moral son dos mundos autónomos, cada uno de los cuales es soberano en su propia esfera, no pueden ignorarse ni desdeñarse uno a otro pues el hombre pertenece a esos dos mundos en su condición de hacedor intelectual y en su condición de agente moral, autor de actos en los que compromete su propio destino. Y porque un artista es hombre antes que artista, el mundo autónomo de la moral es, por ende, superior al mundo autónomo del arte y más amplio que éste. No hay ley contraria a la ley que da fundamento al destino del hombre. En otras palabras, el arte está indirecta y extrínsecamente subordinado a la moralidad".

Por el párrafo precedente no hay lugar a dudas de que Maritain después de citar a Wilde y Santo Tomás como coincidentes con su pensamiento, se aparta y demuestra abiertamente su parcialidad subordinando un mundo a otro.

En el capítulo II retorna Maritain a ese conflicto que, al parecer, lo mantiene en constante vigilia. Y vuelve a unificarse con el pensamiento wildeano y tomista.

No es muy clara tampoco su posición al hablar del arte por el arte. En cambio llega Maritain a una gran lucidez cuando se explaya sobre la teoría del arte para el grupo social. Fustiga el arte de propaganda y el arte que los existencialistas llaman comprometido. "Un artista —dice— que se somete a este anhelo de reglamentación hace que se fustren por eso mismo sus dones, su vocación y su capacidad propia". Y estampa una frase que basta para que su obra cobre indubitable valor: "El hombre es un animal que vive de lo trascendental".

Encuentra, luego, la explicación de por qué no quería Platón dar cabida en su República a los poetas: Platón sabía que la poesía mientras fuera poesía jamás podría convertirse en instrumento del Estado.

Pero —esto es lo curioso— Maritain consiente en que para salvaguardar las necesidades del pueblo, si bien no hay que expulsar a Homero es necesario tratar de domesticarlo.

Este hecho invalida la acertada exposición del pensamiento platónico. Pues expulsar a los poetas es más noble y lógico que cortarles las alas. En este caso dejarían de ser poetas.

El vaivén del pensamiento de Maritain puede atribuirse a que el volumen está conformado por cuatro conferencias que, quizá, hayan sido escritas en distintas épocas.

Pero aún así es poco comprensible la falta de unidad en las ideas tratándose de tan alto pensador.

Queremos abandonar este libro con una de sus magníficas aseveraciones: "Precisamente en la medida que la poesía es inútil y no comprometida es necesaria, por cuanto ella ofrece a los hombres una visión de la realidad que está más allá de la realidad, una experiencia de las significaciones secretas de las cosas, una confusa penetración en el universo de la belleza, sin la cual los hombres no podrían vivir, ni vivir moralmente".

C. DE D.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mi hermano James Joyce

Por Stanislaus Joyce *

Tal como lo hace notar T. S. Eliot en su prefacio, "la curiosidad respecto a la vida de un hombre público puede ser de tres clases: la útil, la inocente y la impertinente... Es útil cuando es un hombre de letras, si se arroja luz sobre sus obras..." Cabe asimismo mencionar el hecho conocido de que por cada obra maestra brotan como hongos centenares de textos explicativos, aclaratorios, etc., que generalmente sólo sirven para poner en evidencia la vanidad y acaso la erudición del autor, puesto que la tal obra maestra no lo sería si necesitara de la luz de tantos reflectores —o velas— para su comprensión. La obra de arte no necesita vademecum. Cada cual tomará de ella o la interpretará de acuerdo a sus posibilidades. Aun en el caso de Joyce, y pese a su propio empecinamiento en actuar de guía de su propia obra, sus valores han de residir menos en constituir la catedral de un simbolismo cerebral, por ingenioso que sea, que —sospechamos, a pesar de su autor— una inagotable fuente de vivencias o epifanías, aunque a veces tengan la belleza de un paisaje helado. De la desbocada imaginación de Joyce queda "Finnegan's Wake" —nacida de una canción folklórica— prácticamente intraducible, orgía del genio enfrentado a su propia imagen, ad infinitum, y cuyo mejor comentario será siempre la sonrisa irónica de su propio autor.

En el caso de este libro puede decirse que la luz que arroja Stanislaus Joyce sobre la obra de su hermano no es ni mucha ni necesaria. En las primeras páginas aclara, refiriéndose a *El Artista Adolescente*: "...Aun cuando el tratamiento es objetivo, estamos situados del principio al fin en el centro del cerebro de Stephen... El propósito de estos recuerdos es dar un retrato del modelo desde afuera, ser el otro ojo que acomoda el foco y precisa los contornos."

No creo que James le hubiera agradecido la intención ni el esfuerzo. No tiene ningunísima importancia —perdóneseme el barbarismo— rastrear el origen de las "epifanías", los motivos de sus cuentos o la verdadera identidad de los personajes de *Ulises* (entre paréntesis le hubiera agradecido que, ya que estaba en eso, nos proporcionara la filiación de Malachis Mulligan, co-protagonista de la magnífica entrada al *Ulises*). El señor Stanislau muestra un pueril empeño en atribuirse la paternidad de muchas inspiraciones de Joyce. Bien aviados estaríamos si tuviéramos que sacarnos el sombrero —es una forma de decir— ante las fuentes de nuestra inspiración. La creación del escritor no necesita reconocer otra paternidad —por supuesto me refiero a la creación auténtica— que la propia alquimia de su imaginación. Creando, el autor es muy dueño de transmutar su oro en barro, o viceversa: la única realidad es la de su imaginación, como bien lo dice el propio James Joyce. En cuanto al relato más o menos circunstanciado de la sórdida infancia, adolescencia y primera juventud de James Joyce, no quita ni pone al asunto. Es decir, constituiría un vigoroso relato de por sí —con el agregado de que el señor Stanislaus tenía su propio y nada despreciable talento, un fino y oportunísimo sentido del humor y buena dosis de sentido común— de no haberlo hecho como a vuelo de pájaro y demorándose sólo en la medida que consideraba indispensable como telón de fondo. Esto en lo que a lo circunstancial del libro se refiere.

---

* *Comp. Gral. Fabril Editora.* Trad. Berta Sofovich. Bs. As., 1961. 282 págs

En cambio, donde el hermano de James nos rinde un servicio bastante útil es al darnos una semblanza, que a falta de otro epíteto y con perdón de este último, daríamos en llamar "moral", del agudo —y más que agudo, erizado— autor de *Ulises*.

De las páginas animadas por tanto encontrado sentimiento —pero bregando siempre por la honestidad— surge el Joyce que corresponde al *Ulises*: un hombre que ha hecho de su misión el destino de su vida, que se entrega a ella con el ímpetu que pusiera en su fe primera y a la que sacrifica todo —hasta su propio bienestar y el camaleónico recurso de "ganarse el pan" con la pluma— conscientemente, sin escrúpulos o con ellos. Nada ha de distraerlo de su meta, aunque muchas veces oscila peligrosamente al borde de esa misma "nada". Hasta la primera guerra mundial —no digamos las querellas domésticas de "la vieja marrana", cariñoso epíteto con que designa a su patria— sólo parece significar para él el temor de no poder recuperar, ante el avance germano, un libro necesario, que dejara olvidado en su departamento de París. No es, como intenta explicar su hermano —o por lo menos no es solamente eso— que deteste la guerra o la violencia bajo cualquiera de sus formas, sino más bien una anestesia casi total de su sensibilidad, que sólo arde en el vértice de su único y apasionado interés: su misión de escritor. Sería interesante imaginar, a este respecto, un diálogo entre Joyce y Sartre, o Camus. Mientras tal cosa no se lleve a cabo, agregando otro volumen a la ya cuantiosa bibliografía sobre este autor —y de nuevo cabe imaginar su irónica sonrisa al verse objeto de tanta actividad por parte de quienes en vida hubiera, y lo hubieran, ignorado olímpicamente— sólo tenemos como premisa inicial la propia declaración de principios de Joyce, hecha innumerables veces, pero que en la cita que reproducimos, en palabras de su hermano, corresponde al texto de una conferencia: "...Combatió la idea de que el arte debe servir a un fin moral o nacional, así como las vagas teorías del arte por el arte de la escuela esteticista. Sostenía que el arte no tiene finalidad, que todo fin preestablecido lo falsifica, pero que tiene una causa llamada necesidad, la imperiosa necesidad de la imaginación de recrear la vida en una síntesis ordenada. Habló de la importancia del artista para la comunidad e insistió en el derecho de desenvolver libremente su personalidad, de acuerdo con su propia conciencia artística, sin colocarse en movimiento alguno ni hacerse vocero del mismo. *La lucha con su propia alma le traía suficientes dificultades.*" De ahí su *leit motiv* y su línea de conducta: mantener la más estrecha correspondencia entre su vida y su obra, siempre que preservara su libertad de creación.

Por lo demás, la lectura de este libro es realmente apasionante; tiene el sabor de una larga charla —no exenta de puerilidades y lugares comunes, como cabe esperar— con la persona más allegada —e infidente— a un ser simultáneamente querido, discutido y envidiado.

A la propia obra de Joyce —por lo menos a *Ulises*— cabe aplicar sus propias palabras proféticas, al término de la ya citada conferencia, cuando aboga por un realismo más penetrante, iluminado por la imaginación, que fuera como el mitológico árbol Yggdrasil "cuyas raíces están profundamente hundidas en la tierra y en sus ramas más altas brillan y relucen las estrellas del firmamento".

Cabe destacar la obra del traductor y el esfuerzo que supone entresacar del *Ulises* el equivalente de las citas en el texto original. Sólo es de lamentar —sin que tenga capital importancia— la traducción de las citas poéticas, que generalmente las hace aparecer mucho más tontas de lo que en realidad son.

ANA O'NEILL

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Giani Stuparich

"Ho difeso questa mia libertá di solitudine con tutta la mia astuzia e con tutte le mie forze" dice Simone cuando se halla detenido en el campo de concentración que los seres ultrajados destinaron a los hombres salvados de la dominación, y bien parecen esas palabras pintarnos algo de Giani Stuparich, ese triestino largo y flaco, de profundos ojos claros, que el 7 de abril muriera en Roma.

La novelística italiana llena, colmada, de grandes prosistas perdió este año a un clásico de la forma idiomática, a un clásico de los temas eternos. Allá por 1925 se inicia en las letras con el libro *"Coloquio con mi hermano"*, trabajo que hace decir a Italo Svevo: "Un libro que parece un templo" y que con *El retorno del padre* nos permite completar todo un ciclo de las letras del novecientos italiano. No podría construirse una historia de este siglo sin Giani Stuparich; a lo largo de setenta años de fe, de trabajo ininterrumpido, supo formar a su costado un anillo de afecto y de bondad. Era casi transparente en esos menesteres y su palabra calma, sentenciosa, suave, casi de ruego, de culpa-duda, nos sumergía en historias de Trieste, de su Trieste "amatissima e amarissima cittá, in cui la vita é tormento e continua vigilia".

Con qué placer escuchábamos de su boca anécdotas de Joyce, ese irlandés casi triestino, que cuando se enojaba decía malas palabras en dialecto; con qué sorpresa descubríamos por sus labios que el Blum de *Ulyses* era Svevo; cómo nos llenábamos de historia de las letras cuando nos hablaba de Giulio Camber Barni y nos decía que la *Buffa*, esos magníficos poemas, se escribieron en trinchera en la guerra del 14.

Como en un film se sucedían los recuerdos en esos martes literarios en la casa de Anita Pittoni. Allí revoloteaban en su voz los dolores, los egocentrismos, los sueños de Umberto Saba, la pureza de Virgilio Giotti, los valores de Silvio Benco, esos nombres que fueron, que marcaron el siglo de oro en las letras de Trieste, la sufrida Trieste que tiene por collar las montañas del blanco-rojo Carso, el golfo azul del final del Adriático y el viento bora, duende de su misterio.

Sus obras publicadas son muchas; en *Trieste de mi recuerdo* todas sus anécdotas, su historia, la historia de su ciudad, quedaron impresas para siempre. Respecto de sus novelas pienso que la obra capital es *Simone*, esa extraña ficción que todavía, a pesar de estar agotada, no ha tomado el verdadero valor que tendrá en el futuro para las letras de Italia. Así como en *L'Isola* nos tropezamos con un Stuparich azoriniano, triestino por sobre todas las cosas, exacto en su idioma de belleza hasta en el dolor, en *Simone* nos conmovemos por la trama de fantasía, de irrealidad, de universalidad, que rodea a los hombres prisioneros, aislados, por los dominadores misteriosos del planeta terrestre. No puedo dejar de transcribir algunos pequeños párrafos de esa prosa tan peculiar de Stuparich. Cuando habla de la nueva raza dice: "Hanno sul volto, che in certi momenti vorresti riconoscere umano, una maschera impenetrabile. Anche noi, quando governavamo il mundo, avevamo una maschera, ma era altra cosa. Una maschera decrepita, che si sfogliava a strati: sotto vi potevamo leggere tutto. Il nostro teatro era per noi ben comprensibile. Il loro, se anche loro fanno teatro, é ermetico chiuso...", y cuando nos menciona, cuando menciona a los mejores hombres que la nueva raza dejara como cobayos de laboratorio, dice: "A forza di girare in noi stessi eravamo arrivati anche a concludere che tutto ció che l'umanitá s'era illusa d'aver construito era fondato sul nulla", o sino "Il piú nobile trucco del nostro teatro: piangere su noi stessi!".

No puedo dejar de citar, para que el lector argentino tenga una lista aproximada de sus trabajos, sus títulos más importantes: *Ritorneranno*, que lleva ya la séptima edición, *Giochi di Fisonomie, Scipio Slateper, Ginestre, Il Giudizio di Paride, Stagioni alla Fontana*, obras en su mayoría en segunda edición. La Editorial "Lo Zibaldone" de Trieste, ha publicado antes de su muerte *Recuerdos Istrianos*, formado por 28 cuentos donde como siempre aparece ese amor a la tierra y al mar de Stuparich, que no fue nada más que el amor que siempre sintió este poeta de la prosa por el hombre universal y único.

Recordando a Scipio Slateper decía una vez don Gianni: "Quando un'opera respira coi nostri polmoni e ce li allarga e ce li tonifica como fosse ossigeno, quando in quell'opera sentiamo circolare la vita e noi ci si ritrova vibranti, caldi di partecipazione: quella é veramente opera di poesía", y esa fue su vida, una vida caliente de participación en la vida de la dura Trieste, ciudad de frontera.

Cerca de las dos de la tarde, primavera en Roma, a los cuatro días de haber cumplido 70 años murió este prosista, este novelista completo. El Parlamento, en su totalidad, le rindió homenaje póstumo, y sus amigos, sus lectores, lo vieron irse hacia la eternidad, hacia la gloria, y pienso que su mayor alegría será hoy la de contemplar, desde su inmaterialidad, en todas las librerías de Italia, en las vitrinas, su libro *El regreso del Padre*, índice del cariño que el amante de la buena prosa siente y sentirá por su obra.

ARIEL CANZANI D.

Opatija (Yugoslavia), octubre de 1961.

- LITERATURA
- TEXTOS
- PRIMARIOS
- SECUNDARIOS
- UNIVERSITARIOS

Librería HUEMUL

SANTA FE 2237 – T. E. 83-1666
BUENOS AIRES

57 años
sin cobrar intereses!...

Desde 1904, fecha en que "La Piedad" inauguró el más liberal sistema de ventas a crédito que existe en el país, nunca quiso cobrar a sus clientes un solo peso de interés. Y a través de 57 años, siguió demostrando con nuevas y valiosas ventajas que el Carnet de "La Piedad" es una auténtica facilidad para comprar al contado!

EL CRÉDITO

LA PIEDAD

ES EL CRÉDITO Nº 1
Bmé. Mitre y Cerrito

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Dos Momentos de la Plástica

DOS MOMENTOS DE LA PLASTICA

1. *Algunas realizaciones.*

Para quien durante uno y otro año mantiene su ojo avizor para las artes plásticas y ha escrito una y otra vez sobre exposiciones y artistas de nuestro medio, y ha buscado el estímulo del arte de otros países y continentes, desea al cabo quedarse con unas pocas realizaciones, con unos pocos nombres y pocos cuadros, como síntesis de un gozo estético eminente.

No voy por tanto a trazar aquí un panorama detallado como tantas veces lo hice, sino a anotar apenas unas pocas realizaciones, y una esperanza también. El arte ofrece al crítico ese noble espectáculo sensible e inteligente, a la par, de presente y futuro, y es legítimo que lo comparta con su lector o su público.

De la nueva presentación de la Colección del Instituto Torcuato Di Tella en el Museo Nacional de Bellas Artes, celebro cuatro o cinco piezas de gran calidad. Basta la mención de "Mujer recostada" de Picasso, "Barco descansando" de Klee, "Naturaleza muerta" de Morendi, "Los dos amantes" de Chagall o "Ejercicio en abstracto N 2" de Líbero Badii; bastan estas obras para reencontrar el placer de la contemplación a que toda obra de arte invita por sus esencias.

Existe, a mi juicio, una enorme distancia entre los artistas que realizan polemizando contra esto o aquello, como diría el veraz Miguel de Unamuno, y aquellos que realizan creando belleza, o plenitud en la que conviven el artista y el hombre. Al primer tipo de realización plástica corresponde la labor de un Antonio Tapies (y la de un Lucio Muñoz, en galería Bonino), a la del segundo un José Fernández Muro y un Clorindo Testa, y al tercero un Rómulo Macció. Pintor dotado de una técnica impecable, artista inteligente y de expresión misteriosa y poética, éste es el momento de señalar la obra de Fernández Muro como una de las realizaciones sorprendentes con que cuenta hoy nuestra pintura. Ejemplo de plenitud entre el artista y el hombre, lo es Macció en los cuadros que presentó para el Premio Di Tella, y en su exposición de la galería Rubbers, en donde dos o tres composiciones —un Cristo, por ejemplo, magnífico—, realzan su potencia realizadora por la materia, el espacio y la expresión. A la categoría de Fernández Muro, pertenece la obra de Clorindo Testa, ganador del Premio Di Tella, expositor en Bonino de un conjunto de óleos que evidencian la sutileza de su visión y la agudeza de su estilo. Pero lo terrible del arte actual es la apremiante necesidad de aventura y de cambio (el rostro de la pintura no está jamás quieto); así Fernández Muro, el impecable artista del Museo Nacional, tendrá que salir otra vez de sí mismo para volver a reencontrarse en otras formas inéditas y por igual cautivantes; en el caso de Testa, ya está atrapado en su modo de hacer no menos impecable, pero al que tendrá que clavarle cuchillos para no perder la sangre vivificadora de su arte.

Y puesto que mi propósito, en esta nota, es ser breve y contundente, valga el nombre de Luis Barragán, en su muestra de Rubbers y por el valioso libro que esta galería acaba de consagrarle, especialmente un óleo, para mí de verdadera maestría por la síntesis abstracta, la calidad de su escritura rítmica y el fondo aéreo, de bellas texturas; una pintura (el número 10 del catálogo), cuyo preanuncio está en el número 1 ("Hacia la luz"). Esta pieza

de selección aproxima a Barragán al inconmensurable Juan Sebastián Bach, por su resonancia espiritual.

2. *Y una esperanza también.*

En esta página he expresado reiteradamente mi juicio acerca de los movimientos artísticos actuales de la plástica. Abstracción, informalismo, arte otro, son distintas denominaciones que apasionan a los artistas de estos días. Lo evidente, y deseo recalcarlo, es la legitimidad que acompaña a dichas búsquedas. Se trata nada menos que de revelar "la faz desconocida de la tierra", según feliz expresión de Edouard Jaguer, entendida esta aptitud como contemplación y acción simultánea a través de una experiencia profunda, imaginativa y lírica. Cambiar la vida, fue el grito de Rimbaud en la hora en que los impresionistas estaban en el camino del gran cambio de visión, seguidos por artistas y tendencias grupales que han llegado a la supresión contemporánea de la realidad aparencial. La realidad aparencial ha dejado paso a una realidad más íntima y profunda, y el tiempo quiere unirse con el espacio para una renovación sustancial no sólo de las formas del arte sino de la existencia toda. Creo que estamos en presencia de un fenómeno importantísimo, pues se están superando las meras explosiones anárquicas y formalistas, para penetrar en el espíritu creador con absoluta libertad en busca de la más vibrante espiritualidad. Estamos en presencia del espíritu, son su mundo de sueños y de realizaciones potenciales.

Estas ideas han ido ordenándose en mí a medida que visitaba la reciente exposición del grupo SI, de La Plata, en la Sala del Departamento de Artes Plásticas de esa ciudad, y también en el grado en que escuchaba el modo de pensar de sus integrantes, preocupados por la lectura de textos orientales o de interpretaciones del budismo Zen, de la filosofía, la pintura y la poesía chinas, en donde el espíritu impera por sobre la materia, en esa necesidad de fundirse en el gran Tao. Piensan integrantes cultos de ese grupo juvenil —ninguno ha alcanzado los treinta años— que el arte es un acto de fe, de pasión, de amor, y la obra es el diálogo que nace de la unidad de esas energías del alma en su comunicación técnica y en su realización estética. Y en verdad el hecho de que la imagen preceda a la forma, viene a colmar cabalmente las expresiones más logradas de esa muestra.

Quiero destacar los trabajos de Omar Gancedo, de Eduardo Painceira, de Carlos Pacheco, de Alejandro Puente, de Ambrosini, de Stefonini, de Horacio Elena, de Nelson Blanco. En ellos la pintura es menos un hecho experimental y más una indagación en el espíritu del arte y en su mensaje de los tiempos nuevos. Porque, evidentemente, importa el uso de los materiales, pero mucho más el logro en la creación de esos materiales transfigurados en la expresión artística. Están comenzando a decir cuánto sienten o desean expresar en su sentir emocional y culto, y aunque aquí y allá por demás aparezca todavía el andamio o la trama, veo a estos jóvenes pintores en una decidida y clara actitud. y les doy mi simpatía y mi apoyo.

El núcleo SI está integrado también por César Blanco, Saúl Larralde, César Paternoso, Horacio Ramírez, Sánchez Vacca, Dalmiro Sierabo, Sitro, Soubielle, Vigo, Rivas y Antonio Trotta. La pintura, en La Plata, se renueva por conducto de aquéllos y estos pintores intrépidos. A un tiempo pienso en Graziella Lorenzo, que exhibió sus composiciones en la nueva galería Surco; y también en Carlos Aragón, en una etapa propicia a su renovación y afirmativo arte, en Teodolina García Cabo, en Celia Cailliat, que trabajan con fervor en el "arte otro', aptas para expresar sus íntimas esencias.

Una ciudad de artistas ilustres —desde ese fundador insigne que se llamó Faustino Brughetti a Emilio Pettorutti, desde Francisco Vecchioli a Mateo y tantos otros, hasta estos nuevos valores, en los que parece renacer la pintura—, se ubica en la avanzada por la cual el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

arte es creación del anhelo del hombre de dialogar con su existencia superior y con "el cosmos", libre de ataduras convencionales, sin más instrumento válido que su herramienta espiritual. Ojalá que así sea. No cabría así la angustia suicida, el dolor y la derrota, sino el vivir una existencia por el sueño hecho realidad de los creadores. Y las posibilidades humanas suplantarían toda imposibilidad radical frente al mundo. ¿Estamos soñando? El artista se alimenta siempre de esa sustancia inasible, razón de ser de su vida.

ROMUALDO BRUGHETTI

galería

Bonino

Pintores Argentinos y Extranjeros

MAIPÚ 962 - 31-2527
Buenos Aires

galería

Van Riel

FLORIDA 659
Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BALLET

Paltas a la Chauviré

Almorzar con Ivette Chauviré es correr el riesgo de quedar aprisionada entre dos fiambres —pomelo y paltas abundantemente comidos sin reparar en que se salpica el conjunto Dior— y tres postres, cinco o seis platos leves y caprichosos que son sólo el pretexto para entablar una larga conversación sobre danza. "En Rusia me llamaron la bailarina del espíritu y del corazón", aclara, como si fuera necesario añadir un *slogan* a lo que todos ven en cuanto ella comienza a moverse en cualquier escenario del mundo.

Es que Chauviré sabe bailar aunque no se mueva, en la pose que desde hace siglos inauguró Baujoulais. La vio bailar Kniasef y decidió que era una gran bailarina, porque ella se mecía estrictamente en el aire como si estuviera firmando, con la punta de su zapatilla de raso, un permiso de vacaciones para los ángeles. "Viajo a Londres, a Nueva York, a Berlín", comenta, con un excelso aburrimiento que nos hace pensar en el Garrick de la poesía, porque sin duda no hay otro. Pero no está aburrida de bailar "La Nereida" o "Gsovsky" o la "Muerte del cisne" de Saint-Saëns para recordar que Pavlova fue un cisne, no; está aburrida de vivir todo el resto del tiempo en que se divide un mes, un año, sin que el día se justifique con la "pirouette" presurosa o el temblor de una coreografía signada por Saint-León.

Porque quien está acostumbrada a ser "Giselle" durante varias veces en su vida, no puede empezar una mañana siendo una señora que firma autógrafos y se pone su malla gruesa para hacer sus ejercicios en la barra. No, cuando se es "Giselle" como Chauviré, se necesitan para respirar palabras de Gautier, y claro de luna mortuorio y un amor tremendo que traspase las carnes de injusticia. ¿Qué hombre puede dar el ilusorio y acaramelado amor de Albrecht si alguna vez se lo ha tenido?

Chauviré come paltas, buscando vanamente en el restaurante el paso de la reina de las willis. Es inútil que el camarero traiga unas frambuesas "flambées", todo es inútil si no resuena el clarín de caza anunciando que llega la escolta real. Por eso Chauviré se aburre aunque elogia a Vinogradova y a Burmeister y cuando mueve la mano explicando que la calle Corrientes se detiene en un obelisco, ella refrena el gesto del mirto del viejo bosque y aunque come paltas para encontrar el sabor de un fruto misterioso, sólo consigue evocar nuevamente la sonrisa de Albrecht tan tonta, y sin embargo, la única soportable.

Chauviré guarda en sus valijas resina del Maryinsky, equilibrio de L'Opera, aplausos de La Fenice, gastado terciopelo del Colón y el aire que le dio Taglioni para que lo usara los jueves. Es evidente que a veces necesita respirar de vez en cuando y entonces se convierte en encaje —lo dice Irene Lidova. Así baila, absurdamente dedicada a vivir encarnada en una protagonista que le pertenece más que a ninguna y deja a Ivette Chauviré, por ejemplo, en el restaurante mordisqueando distraída sus paltas. Quizás con un poco de suerte alguna vez se pueda coincidir con Chauviré y encontrarla al lado mismo de esa figura que la suele representar, vestida de negro, mirando aburrida hacia cualquier parte. Ahora advierto que el símbolo supremo de la ausencia radica en los postres y los fiambres: en cuanto los concita a su alrededor, ella parte para ser "Cloe" de Skibine o la "Dama de las camelias". Señora Chauviré, ¿me permite que le diga que, en nombre de los balletómanos, odio sus paltas?

CLASICA Y GITANA MARIEMMA

"¿Es cierto que uno se recibe primero de gitano y luego aprende a bailar?", le pregunto en cuanto me saluda en su

camarín, moviéndome un poquito para que las camelias y los almohadones puedan respirar.

He dicho, sin duda, una impertinencia y entonces la discípula de Miralles comienza a hablar; pero es inútil porque aunque ella crea exponer razones, inicia una corrida y ya está requebrándose en su homenaje al Marqués de Cuevas, que por suerte se hizo marqués para ayudar a los bailarines y a veces lo consiguió. "El baile español tiene un gran futuro, siempre que sepa aprovechar los caminos que le han abierto los músicos renovadores como Falla, Granados y Albéniz" opina seriamente. Pero está en el escenario y finamente marca un punteado o tiembla en la "Evocación" de Albéniz y es un pequeño tapiz antiguo junto a Paco de Ronda. Sabe moverse, es evidente, con todos los matices de la escuela bolero y aunque no le gusta la danza flamenca "siempre hace confundir" —explica— se aferra a sus castañuelas, ubica sus brazos, mueve el traje de cola y se arroja al baile con un guitarrista que la sigue desde la bordona y se piensa en Lorca, y en claveles, y en la muerte instalada alegremente en el corazón de los gitanos como una reina triste que usara las lágrimas para gobernar. Hay profundidad, hay transparencia, hay una mantilla que le bordea el rostro y se estremece con sus paseos. "Un maestro puede enseñar mucho en el baile español: puede enseñar colocación de brazos... pero a colocarlos hermosamente, no". Ella coloca todo hermosamente: la jota Navarra la transforma en brío y en imagen de una danza perfecta. Mariemma que baila muy bien, meciéndose entre faraláes como la Argentina y Encarnación López, similar a Pastora Imperio por la fama, idéntica a Escudero por su sugestión. Mariemma se va a bailar porque le falta poco para la función y se mueve como le enseñó Estampío, condensada en su oficio como la uva cada otoño. Mariemma que baila seriamente hacia las antologías.

INES MALINOW

MARCELO EGUREN

Discos

ULTIMAS NOVEDADES EN Odeon

MAHLER: *Canciones para los niños difuntos* y *Canciones de un caminante*, por Kirsten Flagstad (soprano) y la Orquesta Filarmónica de Viena. Dir.: Sir Adrian Boult. Sello LONDON LLC-17951 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.)

Para afrontar exitosamente estas dos obras capitales de la literatura mahleriana, es necesario disponer de dos aliados insustituibles: un teclado vocal capaz de cubrir sus escarpadas tesituras, y una estatura interpretativa digna del contenido de sus secuencias dramáticas. Hay un buen trecho entre el conflicto sentimental del caminante —y su elegíaco consuelo bajo la sombra del tilo schubertiano— y el trágico discurso inspirado en la muerte de los niños. Ambas partituras, sin embargo, han sido subrayadas con igual densidad. Y es que para el joven Mahler de 1883 —musicando sus propios textos—, el amor no correspondido ha de haber ocupado el mismo plano sensitivo que para el Mahler maduro de 1904, la verídica historia que Friedrich Rückert cuenta —con bastante endeblez— en sus poemas.

Kirsten Flagstad, la ilustre —y aparentemente inextinguible— soprano escandinava, desarrolla ambos ciclos con su proverbial autoridad. Se trata de una grabación relativamente reciente (1957) y sus dotes naturales acusan algunas limitaciones propias de la edad. No obstante, Flagstad no traiciona su línea de canto, siempre afirmada en los pilares de una técnica sin trucos ni entreguismos. Como siempre, una cátedra viva de calidad sonora y control expresivo. Colorida y experta la conducción orquestal de Sir Adrian Boult.

VERDI: *Aída* (ópera completa). Orquesta Filarmónica de Viena. Dir.: Herbert Von Karajan. Intérpretes: Renata Tebaldi (soprano); Giulietta Simionato (mezzo); Carlo Bergonzi (tenor); Cornell Macneil (barítono); Arnold Van Mill y Fernando Corena (bajos). Coros de la Sociedad Amigos de la Música. Sello LONDON SLLC 17948/50 (una caja con tres discos de 33 r.p.m. de 30 cmts.). Estereofónico

Concebida con una finalidad de gran espectáculo —su estreno durante los actos celebratorios del Canal de Suez (1871)—, *Aída* es una ópera apta para

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la opulenta proyección ambiental de la técnica estereofónica. Sin ánimo de amenguar sus reconocidos valores musicales —la gran tradición italiana orillando tenues concomitancias con el drama lírico de Ricardo Wagner—, es forzoso reconocer que buena parte del prestigio y favor de que aún goza, los debe a la grandiosidad de su montaje escénico, al movimiento de masas y a los exóticos *ballets* con que los coreógrafos tratan de distraer a Faraón. Estos elementos de atracción están verazmente patentizados en esta edición de *Aida*. Los recursos sonoros de la estereofonía permiten crear efectos monumentales en ciertos cuadros como el Desfile de los Vencedores, la escena del Nilo o la Sala del Trono, los cuales han debido someterse siempre a las disminuciones de la escala escénica. Este proceso, al que podría llamarse experimental, ha llevado la técnica a algunos extremos preciosistas no muy recomendables, pues más de un período se diluye o pierde relieve entre los afanes de direccionalidad o ubicación de los personajes. Sin embargo, el saldo final es positivo, a lo cual no es ajeno el concurso de los artistas que pueblan el reparto: Renata Tebaldi recrea la *Aida* que le hemos escuchado, agudizadas ahora las deficiencias de su registro extremo; Carlo Bergonzi es un *Radamés* de heroicos arrestos y eficacia expresiva; en la hija de Faraón, Giulietta Simionato exhibe su imponente y cálido patrimonio vocal, y el resto del elenco cumple su parte con corrección. Al frente de la Orquesta Filarmónica de Viena, Herbert Von Karajan conduce la versión con entusiasta y sabia batuta. La estereofonía ha escalado un nuevo peldaño.

MUSICA VOCAL DEL RENACIMIENTO FRANCES, por la Agrupación Vocal e Instrumental que dirige Nadia Boulanger. Sello DECCA LTC 9554 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.)

Además de ser una deliciosa antología de la canción del período renacentista francés, este disco es nada menos que uno de los eslabones de un proceso genético que había de culminar en la sonata barroca, la *suite* y hasta la sinfonía primitiva. Trasladada al lenguaje instrumental, en la segunda mitad del siglo XVI, la polifonía vocal engendró estas nuevas formas, sobre las cuales se fue estructurando —y transformando sucesivamente— la expresión musical.

La Agrupación Vocal e Instrumental que dirige la eminente Nadia Boulanger, ha tomado a su cargo la exhumación de estas pequeñas obras de arte, abarcando el período de mayor brillo: Josquin des Prês, Clement Jannequin, Orlando de Lassus, Giullaume Costeley, Claudin de Sermisy, Claude le Jeune, Jacques Mauduit y Pierre Bonnet, representados por sus páginas más atrayentes. Todas ellas de carácter elegíaco, religioso o simplemente descriptivo, tienen rasgos comunes de *charme* y picardía, que el conjunto de Nadia Boulanger detalla con afiatamiento y fina espiritualidad. Superficies brillantes y libres de asperezas realzan las excepcionales virtudes de esta entrega.

BRAHMS: *Sonatas para Viola y Piano Op. 120 Nº 1 en Fa Menor y Nº 2 en Mi Bemol Mayor.* Rudolf Firkusny (piano); Williams Primrose (viola). Sello CAPITOL P-8478 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.)

Las Sonatas *Nº 1 en Fa menor* y *Nº 2 en Mi Bemol Mayor Op. 120* epilogan, junto con el *Trío* y *Quinteto* para clarinete, el vasto aporte de Brahms a la música de cámara. También ellas comprometen al clarinete en esta plática instrumental, ya que a partir de 1891, el compositor se afanó por brindar a Richard Mühlfeld, prominente virtuoso de esa época, un repertorio digno de su rango. Este registro ha reemplazado al clarinete por la viola, opción expresamente autorizada y connotada por Brahms en su partitura, para facilitar, presumiblemente, su supervivencia. Lo cierto es que la pauta de arcos presenta también espinosas dificultades, y requiere un violinista diestro y experto. William Primrose reúne sobradamente estas cualidades, y salva el compromiso de su parte con atenta sensibilidad. Interlocutor polifónico, el pianista Rudolf Firkusny aporta su fina y vasta experiencia de sonatista, y el resultado es un Brahms de alto vuelo poético y noble sustancia. Muy recomendado.

CHOPIN: *Baladas*, por Arturo Rubinstein (piano). Sello RCA VICTOR LM-2370 (un disco de 33 r.p.m. 30 cmts.)

Arturo Rubinstein se está erigiendo, en vida, su propio monumento. El disco ha obrado el milagro de perpetuar un arte que, como la música, es fugaz e inasible. Y Rubinstein se ha servido del disco para documentar un estilo interpretativo que le es propio, y con el cual ha protagonizado una etapa señera del piano contemporáneo. Con el registro integral de las cuatro *Baladas* de Chopin, que *RCA Victor* presenta en un disco de discreta factura —la primera faz acusa considerable crepitación—, se amplía un ciclo de colecciones que este "monstruo sagrado" dedicara a la producción pianística de Federico Chopin. Referirnos a su interés musical, haría redundantes las apreciaciones que alguna vez nos mereció su interpretación de los Conciertos, Valses, *Mazurkas*, *Scherzos*, Nocturnos, Preludios, *Impromptus* y Polonesas. Insisto en mi reflexión inicial: Rubinstein ha tallado un nuevo perfil de su estatua sonora.

BACH: *Weichet nur, betrübte Schaten, Cantata Nupcial Nº 202*; RESPIGHI: *Il Tramonto (El Crepúsculo)*; MOZART: *Divertimento en Fa Mayor KV 138*. Irmgard Seefrid (soprano). Orquesta de cuerdas del Festival de Lucerna. Dir.: Rudolf Baumgartner. Sello DEUTSCHE GRAMMOPHON GESELLSCHAFT LP 63-192 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.)

Afirmados en los mismos esquemas básicos, aunque con doscientos años de intervalo, Juan Sebastián Bach y Ottorino Respighi frecuentaron el género de la Cantata a solo, de tan difundido prestigio en el período barroco. Salvadas las naturales distancias en cuanto atañe a estilo, trascendencia histórica u hondura interior, se advierte un nexo entre las dos obras principales que integran este disco, que parte de su estructura formal y concluye en su jubilosa intención lírica y alegórica. Huelga decir que el interés de ambas no radica únicamente en su aspecto vocal, ya que su rica elaboración instrumental exige el concurso de un director avezado y de hábiles solistas. La edición ha superado el escollo, asegurándose la actuación de Rudolf Baumgartner y un disciplinado conjunto de colaboradores: la *Kammersängerin* Irmgard Seefried, más efectiva en *Il Tramonto* que en la Cantata bachiana —¿cómo reemplazar la prodigiosa versión de Elizabeth Schumann?—; Wolfgang Schneiderhem en el violín, Claude Stark en el solo de violoncelo y Andrés Lardrot en el festivo *rondó* del oboe. Y todavía hay más: el encantador *Divertimento en Fa Mayor KV. 138*, de Mozart, agregado al registro como una "yapa", intervalo amable o puente entre dos siglos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



un nuevo prodigio electrónico
creado por

RCA VICTOR

UNICO...
COLOSAL...
FABULOSO!..

Estas son las últimas novedades en Discos Estereofónicos editados por RCA VICTOR y grabados con el legítimo



DISCOS
RCA VICTOR
INDUSTRIA ARGENTINA

LSC-2292

EL "TOUCHE" FRANCES
Dukas, "El aprendiz de hechicero'
Ravel, "Mi madre la Oca"
Saint-Säens, "La rueca de Onfalia"
CHARLES MUNCH/ORQ. SINF. DE BOSTON

LSC-2295

ALBUM DE CANCIONES DE STEPHEN FOSTER
CORO DE ROBERT SHAW

LSC-2252

TSCHAIKOWSKI - Concierto Nº 1
VAN CLIBURN, Piano
KIRIL KONDRASHIN, Director

LSC-2316

BEETHOVEN
Sinfonía Nº 6 en Fa Mayor, Op. 68 "Pastoral"
PIERRE MONTEUX/ORQ. FILARM. DE VIENA

LSC-2297

OFFENBACH - "Gaité Parisienne"
KHACHATURIAN - "Gayne, Suite de Ballet"
ARTHUR FIEDLER/ORQ. BOSTON POPS

LSC-2303

ZINKA MILANOV, Soprano
"Arias de Operas"
ORQ. RCA VICTOR, ARTURO BASITE, Director.

LSC-2229

MARCHAS EN HI-FI
ARTHUR FIEDLER/ORQ. BOSTON POPS

LSC-2270

"ESTO ES ESTEREO"
ARTHUR FIEDLER/ORQ. BOSTON POPS

LSO-1032

RODGERS Y HAMMERSTEIN
"South Pacific"
Grabación de la Banda Original de Sonido de la película del mismo nombre.

LSC-2471

LISZT - "Rapsodia Húngara Nº 2"
ENESCO - "Rapsodia Rumana Nº 1"
SMETANA - EL MOLDAVA - "La novia vendida"
STOKOWSKI/ORQ. SINF. RCA

LSC-2433

BEETHOVEN - "La victoria de Wellington"
GROFE - "El gran cañón del Colorado"
MORTON GOULD Y SU ORQUESTA

LSC-2345

TSCHAIKOWSKI - "Obertura 1812"
RAVEL - "Bolero"
MORTON GOULD Y SU ORQUESTA

LSC-6066

BEETHOVEN
Sinfonía Nº 9 en Re menor, Op. 125, "Coral"
Sinfonía Nº 8 en Fa mayor, Op. 93
CHARLES MUNCH/ORQ SINFONICA DE BOSTON
LEONTYNE PRICE - Soprano
MAUREEN FORRESTER - Contralto
DAVID POLERI - Tenor
GIORGIO TOZZI - Bajo
Coro del Conservatorio de Nueva Inglaterra

LDS-6065

THE ROYAL BALLET (NOCHE DE GALA)
Música de "El lago de los cisnes", "Cascanueces", "La Bella Durmiente", "Las Sílfides", "Giselle", "Coppelia", "La Boutique Fantasque", "Carnaval".
ERNEST ANSERMET/ORQUESTA DE LA OPERA REAL DEL COVENT GARDEN

LSP-1868

37 MELODIAS AMERICANAS PARA BAILAR
FRANK CARLE Y SU RITMO

LSP-2270

LA NUEVA ORQUESTA DE GLENN MILLER BAJO LA DIRECCION DE RAY MCKINLEY
(Arreglos originales)

LSP-2044

NAVIDAD EN ESTEREOFONIA
GEORGE MELACHRINO Y SU ORQUESTA

LSP-1924

"El Amor en Swing"
SID RAMIN Y SU ORQUESTA

LSP-1866

MUSICA PARA ARPA Y PERCUSION
DICK SHORY Y SU NUEVO CONJUNTO DE PERCUSION

LSP-1955

MUSICA Y SONIDOS DE ROMA
GEORGE MELACHRINO Y SU ORQUESTA

LSP-1970

SWING EN ESTEREOFONIA EN EL ESTUDIO "A"
GEORGE SIRAVO Y SU ORQUESTA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BRAHMS: *Cuarteto en La Mayor Op. 26 para piano, violín, viola y violoncelo,* por el Cuarteto di Roma (Ornella Pulitti Santoliquido (piano); Arrigo Pelliccia (violín); Bruno Giuranna (viola) y Massimo Amfitheatroff (violoncelo). Sello DEUTSCHE GRAMMOPHON GESELLSCHAFT LP 63-191 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.)

El *Cuarteto en La Mayor Op. 26* vio la luz casi conjuntamente con su congénere (el *Op. 25 en Sol Menor*) y constituye uno de los tres *Klavierquartette* compuesto por Johannes Brahms. Es evidente que el Op 26 carece del encanto tzigano característico de su antecesor, lo cual explicaría el desfavor que ha merecido siempre con relación a sus iguales. Y lo cierto es que —dentro de la tónica de la producción juvenil *brahmsiana*—, posee un lenguaje más sutil y una más formal elaboración que su competidor. El fenómeno no es nuevo: siempre triunfa lo pintoresco y pegadizo. El Trío Santoliquido, asociado para la ocasión con Bruno Giuranna, reputado violinista de I Musici de Roma, hace honor a los elevados antecedentes individuales de sus componentes. Una labor de equipo ajustada y consciente, a través de la cual la lírica exaltación de esta obra hallará vida perdurable. Hay que destacar la calidad técnica del disco, que reproduce timbres fieles y cálidos.

SCHUMANN: *Marcha Nº 2 en Sol menor (de "Cuatro Marchas" Op. 76); Escenas del Bosque Op. 82; Seis "Piezas de Fantasía" Op. 12,* por Sviatoslav Richter (piano). Sello DEUSTCHE GRAMMOPHON GESELLSCHAFT LD 63-190 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.)

Esporádicamente, la industria fonográfica nos sorprende con una entrega donde se conjugan todos los elementos que forman un disco excepcional. Autor, obra, intérprete, realización técnica, presentación visual. Sin duda alguna, este registro condensa esas cualidades. En primer lugar, un pianista como Sviatoslav Richter colma todas todas nuestras reservas del asombro. Su elegante *touché*, afinada comunicatividad y sabio fraseo lo ubican entre los máximos artistas de nuestra generación. Las obras elegidas pertenecen a diversas épocas de la producción *schumanniana*, y se cuentan entre las más poéticas viñetas musicales que ha dado el pianismo romántico: las *Waldszenen Op. 82*, nueve encantadores episodios de intención programática; las *Fantasiestücke Op. 12*, una suerte de cantos sin palabras a los que el compositor adjudicó títulos de orden descriptivo y que esta edición inscribe con una doble omisión; finalmente, la *Marsch Nº 2 en Sol menor*, la más lograda de un conjunto de cuatro que Schumann dedicó a los sucesos revolucionarios del Dresde de 1894. Si unimos a estos antecedentes el sonido puro y natural, la ausencia de accidentes en la audición y la sobria cubierta que ya es característica de esta marca, se comprenderán las razones del regocijo inicial. Sólo quedan por aclarar los motivos que han determinado esa inexplicable preeminencia tipográfica que la tapa asigna a la *Marcha en Sol menor*.

DVORAK: *Missa Pro Defunctis (Requiem Op. 89)*, por la Orquesta Filarmónica Checa de Praga. Dir.: Karel Arcerl. Solistas: María Stader (soprano); Sieglinde Wagner (contralto); Ernst Haefliger (tenor); Kim Borg (bajo). Coro Checo de Praga. Sello DEUTSCHE GRAMMOPHON GESELLSCHAFT LP 63-63-193/4 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.).

El distinguido *ensemble* de intérpretes que cita el catálogo, anticipa la jerarquía de esta edición. Por fortuna, los resultados artísticos son igualmente relevantes. El maestro Karel Ancerl es un conspicuo estudioso del eminente compositor bohemio, y obtiene de sus colaboradores —la Orquesta y el coro Checo de Praga—, un alto nivel de calidad expresiva. La imagen de la muerte preside los trece números de la obra, a los cuales Dvorak vistió con las galas de su vigoroso lenguaje orquestal. Obsesivamente, con la persistencia de un *leit-motiv*, su presencia augura los horrores de la condenación, sin que la optimista afirmación de fe del *Recordare* acierte a disipar la atmósfera sombría sugerida por el discurso solista y coral. María Stader, Sieglinde Wagner, Ernst Haefliger y Kim Borg asumen con veteranía sus compromisos individuales, sin traicionar una línea de canto escolástica y severa. La grabación es excelente, con planos tímbricos bien diferenciados y superficies silenciosas. Está contenida en dos discos de 30 cmts., presentados a su vez en un sólido sobre de doble capacidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MOZART: *Gran Misa en Do Menor KV 427,* por la Orquesta Sinfónica de Radio Berlín. Director: Ferenc Friesay. Solistas: María Stader (soprano); Hertha Töpper (contralto); Ernst Haefliger (tenor); Iván Sardi (bajo). Coro de la Catedral de Santa Eduvigis (preparado por Karl Forster). Sello DEUTSCHE GRAMMOPHON GESELLSCHAFT LP 63-196 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.).

Si no se toman en cuenta algunos ensayos aislados —una *Missa brevis en Sol M. K. 49*, un *Kyrie K. 33*, el *Motete K. 618*, etc.— la faena litúrgica de Mozart se circunscribe a dos obras fundamentales: el *Requiem K. 626* y la *Misa en Do menor K. 427*. El primero, está ilustrado por un profuso (y lamentable) fabulario en torno a las circunstancias que impulsaron su creación. De la segunda, sabemos que fue ofrendada por el compositor como un voto por el restablecimiento de su prometida y el feliz desenlace de sus relaciones personales. Hay que reconocer que —sin desmedro para sus excelsos valores musicales— el misterio divino se manifiesta en ambas obras en forma consecuente. Recogido, místico, trascendente, en la Misa de Difuntos. Lírico, apasionado y hasta operático en esta *Misa en Do menor*, concebida bajo el dominio de un sentimiento terreno. Escucho la versión de Ferenc Fricsay y la encuentro ajustada a este concepto. El cuarteto solista, que congrega a figuras de gran relieve internacional, ajusta su actuación al criterio del Director, deparándonos una versión que está llamada a ser perdurable. Muy recomendado.

BEETHOVEN: *Septimino en Mi bemol para Cuerdas e Instrumentos de Viento Op. 20,* por el Cuarteto Fine Arts y el Quinteto de Instrumentos de Viento de New York (con Harold Siegel en el contrabajo). Sello CLUB INTERNACIONAL DEL DISCO Nº 46 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.).

A riesgo de sugerir un deleite de orden gastronómico yo diría del *Septimino en Mi B. Op. 120* de Beethoven que es una obra deliciosa. Fluctuando graciosamente entre el género de cámara y el orquestal, ha sido compuesto como un *Divertimento*, donde los aires de danza y *Scherzi* se contraponen a inspirados fragmentos de sonata o de *suite*. Sin exigir, pues, una concentrada reserva, puede gustarse con despreocupada liviandad, sin desmentir por eso las cualidades que hacen de él una obra maestra. La versión que el Club Internacional del Disco somete a sus asociados, puede conceptuarse como una de las más logradas. La circunstancial fusión de dos conjuntos de la categoría del

Cuarteto Fine Arts y el Quinteto de Instrumentos de Viento de New York, ha permitido congregar un septeto de idóneos atriles, con las felices consecuencias que están a la vista (es decir, al oído).

BACH: *Conciertos Brandeburgueses Nos. 1, 2, 3, 4, 5 y 6, por* la Orquesta de Radio Berlín. Dir.: H. Haart y K. Rucht. Sello CLUB INTERNACIONAL DEL DISCO Nos. 9 y 10 (dos discos de 33 r.p.m. de 30 cmts.).

Sobre el esquemático andamiaje del *concerto grosso*, y por azar de un afortunado cumpleaños del Margrave de Brandeburgo —para quien fueron compuestos y dedicados—, Juan Sebastián Bach edificó sus *Conciertos Brandeburgueses*, sin sospechar que no sólo llevaba a cimas de perfección una forma tan frecuentada por los maestros italianos, sino que abría un nuevo e inusitado campo a los instrumentos de viento y sentaba las bases del moderno concierto de piano y orquesta. La Orquesta de Radio Berlín, dirigida alternativamente por H. Haart y K. Rucht, se hace cargo de esta nueva versión para el disco, y se puede dar fe que lo hacen con una devoción y propiedad estilística poco comunes. Circulan ediciones que poco o nada tienen que ver con la obra original, cuya línea expositiva debe sujetarse a las indicaciones dinámicas y al equipo instrumental requerido por el gran autor barroco, sin ampulosidades ni aditamentos gratuitos. El Club Internacional del Disco vuelve a acertar con este registro, que tiene además la ventaja de ser un logro técnico muy notable.

Discos populares

SELLO ODEON

33 r.p.m. — OJO CON LOS MARCIANOS, por la Orquesta de Bruno Martino. Selección de fox-trot, cha-cha-chá, slow-rock, swing y mambo. LDM-8144 (un disco de 30 cmts.).

A tono con las hazañosas conquistas de la cosmonáutica, Bruno Martino ha registrado una travesía en la órbita de favoritos del swing. Los improbables *night-clubs* espaciales tienen así un anticipo de los ritmos que hemos de imponerles durante nuestra inminente invasión. Junto con "Occhio ai marziani" que titula la edición y motiva su humorística carátula, se agrupa una serie de *hits* de colorida y chispeante intención.

NOCHE PARA DOS (música para bailar). por Zezinho y su Música bailable. LDS-2017 (un disco de 30 cmts.).

Desde el título —Noche para dos— este disco trasunta un manifiesto propósito coloquial. Ella, él, una mesa en torno a la pista umbría de la *boite*. Y una voz: la de Zezinho, meciendo las primeras secuencias del romance. Es un registro nítido, susurrante, íntimo, como la circunstancia que sugiere. Recomendado.

¡AQUI ESTA LA NUEVA OLA! (Selección de temas populares, por Baby Bell, Teddy Martino, Brenda Lee, Los Fernandos, Julio César, Los Juveniles y Pepe Reyes). "Pops" LDI 452 (especial) (un disco de 30 cmts.).

Como una confirmación de que la "nueva ola" internacional tiene entre nosotros un baluarte muy estimable, se apretujan en este long-play las *stars* más apreciadas de nuestra radiofonía y video. Un desfile que hará las delicias de quienes admiran este género estimulante y despeinado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

45 r.p.m. — Discos de 45 con traje nuevo. Si todos los sellos emularan a *Odeón*, esta pequeña prole de nuestra discoteca tendría una vida menos polvorienta. Una cubierta espléndidamente ilustrada, un cartón de base, una doble camisa de polietileno. Veamos los títulos: Luisito Aguilé (*La Dulce Vida, Déjenme en paz, La Montaña, ¡Ay! Chabela*) "DSOA/1857", muy bien acompañado por la orquesta de Lino Vinci; "Los trovadores de Cuyo", dirigidos por Hilario Cuadros *(Mi esperanza, Bandera de los Andes, Buenas Noches, Ultimos destellos*) "DSOA/E 1854","Los Fernandos", con Carlos Hernan, en su volumen Nº 4, que incluye *La Novia, La Llave, Página Otoñal* y *Sin Palabras* "DSOA/E-3323". Tres placas que desmienten aquello de que "el hábito no hace al monje". También encontramos a "Los Fernandos" en un "pops" de la presentación habitual: *Cosas en Común* y *Perdón para los Dos* "DSOA 2921", muy grato de escuchar. Y para terminar, un agasajo que se nos antoja culinario: *Salame* (ritmo camello) y *Café a la Turca* (fox). Es un registro de "Los Lunáticos", acompañados por la Orquesta de Armando Patrono "DSOA 2923", ágil y gracioso.

78 r.p.m. — Tres entregas en ritmo de bolero. "Los Cruceños", con acompañamiento rítmico, ofrecen *Cada vez más* y *En la palma de mi mano* "41387"; Raúl Shaw Moreno sabe decir muy bien los textos de *Yo quiero darte un nombre* y *Gris* "52709"; el trío "Luz y Sombra" recrea, con su peculiar modalidad, *Mis Flores Negras* y *Moliendo Café* (ritmo orquídea) "52707". La alta revolución está, pues, muy bien representada.

SELLO CAPITOL

45 r.p.m. — "Solo y triste". Desde el mostrador del bar, escrutando filosóficamente una copa, Frank Sinatra (acompañado por la orquesta de Gordon Jenkins) nos dice: *No puedo empezar,* nos cuenta que *Aquí está ese día lluvioso,* suspira *No tengo chance contigo.* Es una placa Capitol EAP 2-1221, de fina presentación.

SELLO MERCURY

45 r.p.m. — El nombre de "Los Plateros" se ha hecho inseparable de *Only you.* Respondiendo a esta premisa, este registro lo incluye con *Crepúsculo* en el acople "45-71786", en una grabación de detallados matices.

SELLO RCA VICTOR

33 r.p.m. — EL INCOMPARABLE JOSE MOJICA, por José Mojica con orquesta. AVL-3315. Coleccionista (un disco de 30 cmts.).

Los hombres de mi edad tenemos de José Mojica un recuerdo torvo y vengativo, porque sus canciones románticas frustraban nuestras *matinées* tumultuosas de apaches y vaqueros. Nuestras madres y tías, en cambio, evocan una imagen donjuanesca y rizada, una contienda de dientes ansiosos de entrar en la sonrisa. Descubro ahora que José Mojica es, además, un cantante de atractivos valores. La selección que agrupa el disco revela un amplio y redondo registro de tenor lírico, un tanto comprometido en el agudo, pero de timbre exótico y homogéneo. El microsurco recoge así una voz que alcanzó gran notoriedad en placas standard, y actualiza el prestigio de una personalidad que un voluntario retiro monástico eclipsó tan prematuramente.

IRMA CARLON Y MARIO RUIZ ARMENGOL (canciones melódicas), por Irma Carlón y orquesta. Dir.: M. Ruiz Armengol. AVL-3267. (Un disco de 30 cmts.).

Las canciones de Irma Carlón tienen un común denominador: la tristeza. Uno se pregunta si la artista las canta porque son tristes, o si ellas lo parecen cuando Irma Carlón las tamiza por los sensibles filtros de su emoti-

vidad. Una docena de páginas contiene este disco, y son suficientes para augurar un futuro promisor a esta joven estrella de la canción. La Orquesta de M. Ruiz Armengol, correcta en su cometido, contribuye a afianzar el interés del registro.

45 r.p.m. Basta escuchar estas dos placas (*Haciendo el amor* y *La Espumita*) 41Z-2077" (*Esta noche me perteneces* y *Gitana*) "41Z-2096" para justificar el meteórico ascenso que Tim, Nelly y Tony (los T.N.T.) han realizado en el favor del público porteño. Sus discos están llamados a tener siempre un éxito firme, como justo término medio entre las languideces del bolero (*Sin mirar se alejó* y *Nadie es de nadie*, por Raúl Sagan) "41Z-2090" (*Estamos en paz* y *Nuestro Concierto* por Rafael Vázquez) "41A-2200" y los gustos más violentos de la juventud *Llorando me dormí* y *El lunar de María*, por los Hnos. Rigual "41A-2214"; *Sin querer* y *En el subte*, por el eficaz Rocky Pontoni "41A-2075"; *Boggie de la niñera* y *Esta noche hay luna*, por Tim Reynolds "41A-2212". En los puntos extremos, la "nueva ola" tiene ya su sección especial. Una nueva colección editada por RCA Víctor, de la que me llegan dos expresiones muy simpáticas *Fugitiva* y *Debes hacerlo*, por The Rocklands, con Nicky Jones "31Z-0002" y Sarita Lascarro, acompañada por la orquesta Sonolux, en *Quiero amanecer*. ayudada en el acople por *Alicia La Flaca* en una pintoresca versión de Antonio González "31Z-4000". Entre los registros más remarcables de esta partida, cito *Sintiendo Nostalgias* y *Calcuta*, por Edith Scandro con John Rose y su Orquesta "41Z-2086" y una encantadora grabación de Lita Nelson: *Oriza* y *Eres diferente* "41Z-2172". La limpidez de superficies es una característica común a todas estas pequeñas placas de 45 r. p. m.

SELLO M.G.M.T.K.

33 r.p.m. — *Concierto Sincopado* (*Romeo y Julieta, Serenata Op. 48, Vals de las Flores, El lago de los cines, Sinfonía Patética, Concierto para piano Nº 1, Un desolado corazón* y *Cuarteto en Re Mayor*, de Tchaicowsky; *Sinfonía en Re menor*, de Franck; *Sinfonía Nº 1* de Brahms y *Danza de Anitra* de Grieg, por David Rose y su Orquesta. MG-85-016 (un disco de 30 cmts.).

La transposición a ritmos bailables de las obras maestras de la música culta fue ensayada con un éxito abrumador en algunas películas, y continuada después activamente como consecuencia del favor popular obtenido. Si tuviera que adjetivar estos resultados, afirmaría que son desalentadores: aplaudidos en las salas de concierto, Chopin y Tchaicowsky fueron glorificados en el *night-club* y, ciertamente, más danzados que escuchados. Entre los directores consagrados a esta "actualización" de los clásicos, David Rose ha descollado con caracteres distintivos. Su probidad tiende a no desvirtuar el "tono" o intención musical de los fragmentos sinfónicos con que trabaja, de tal manera que su metamorfosis rítmica se hace más fácilmente asimilable. Los amantes de este género "clásico-ligero" encontrarán aquí material para un prolongado deleite.

Libros

POESÍA PRECOLOMBINA, selección de Miguel Ángel Asturias. *Compañía General Fabril Editora*. Buenos Aires, 1960. 180 páginas.

Si hay poesía en nuestra América —dijo un día Rubén Darío, entre paréntesis y malos humores— ella está en las cosas viejas: en Palenke y Utatlán, en el indio legendario, y en el inca sensual y fino, y... ¡Qué olfato el de Rubén! ¡Cómo su casi increíble intuición de puro poeta lo llevaba a deslizar sus dedos sobre la superficie de la verdad! Su gusto, hoy, de haber estado aún vivo, al leer los poemas que trabajosa y amorosamente nos van devolviendo quienes pueden hacerlo, tendría sabor a victoria. Miguel Angel Asturias explica en el friso de esta antología azteca-maya ciertas intimidades del trabajo rescatador y diversos detalles de la hipótesis histórica. Estoy seguro de que no habría podido hallarse mejor antologador para esta serie: Asturias, quien en todas sus páginas nos asalta venturosamente con sorpresas de piedras irisadas, aves de plumas como relámpagos, flores de no sospechados pétalos, es justamente el elemento estabilizador de esta fábula de poesía en que los hoy americanos encontramos la canción, el acento y el delicado perfil de nuestros remotos hermanos poetas. Y hasta aquí nomás debería llegar el comentario; aquí debería yo detenerme de una vez y ordenarles cariñosamente a los lectores: "Id y buscad ese pan imponderable. Leed, leed: vivid. Esos versos hablan como hombres". Pues, en verdad, ¿qué cosa, aparte de la dichosa recomendación y la orden perentoria, puede uno de nosotros decir de estos poetas y de tales versos? Divagaciones, digresiones, importunidades. Si no, pruebe el lector de comentar por sí, con crítica febaciente, esto por ejemplo: *Soy cual ebrio, lloro, sufro, / si sé, digo y tengo presente: / ¡ojalá nunca muera, ojalá nunca perezca yo! / Allá donde no hay muerte, allá donde se triunfa, allá voy yo: / ¡Ojalá nunca muera, ojalá nunca perezca yo!*

¿Las versiones? ¿Las traslaciones? ¿El dato etnológico, histórico, crónico? ¿Qué sabemos de todo ello? ¿Sabemos, acaso, tan sólo si los mayas y aztecas espaciaban sus frases melódicas en períodos? No, no. Lo que cuenta al leer este libro estupendo es la inmersión de que gozamos en fuentes de una pureza tal, de una tal frescura, que nos sentimos, más que inmersos, ascendidos a la región de las águilas, al reino del Sol.

HUGO ACEVEDO

PRINCIPIOS DE LA EDUCACIÓN SECUNDARIA, por Nelson L. Bossing. *Editorial Universitaria de Buenos Aires*, 1961. 532 páginas.

Hace muchos años, por lo que se ve, que Nelson L. Bossing viene estudiando los diversos aspectos técnicos y prácticos que configuran el desarrollo de la educación secundaria en los Estados Unidos de Norteamérica. En este sentido es, seguramente, un idóneo. Al parecer, tiene entre sus manos todos los hilos que explican la articulación de la enseñanza pública (y privada) en aquella nación, y no sería injusto decir que también los atinentes a la educación en las naciones europeas, inclusive la U.R.S.S. Estos últimos los emplea sólo en una suerte de contraste, y aunque por momentos es amplio en la calificación del estado educacional en el extranjero, su preocupación lo obliga a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ceñirse al orden nacional estadounidense; de modo que del contraste resultan una serie de pinceladas demasiado estrictas para ser ecuánimes, y quienes lo ignoramos todo al respecto quedamos entre dudando y sospechando. No nos es dable, consecuentemente, aquilatar por lo hondo la obra del profesor Bossing; no estamos en condiciones de señalar aciertos, desaciertos y ausencias. Pero aunque le duela a nuestra falta de información, alcanzamos a entrever en la exposición y el cuadro general de hipótesis, teorías y proposiciones de este libro, no el anhelo por una reforma científica y completa de la educación pública —secundaria, primaria, etcétera— en los Estados Unidos, sino apenas el deseo de limar aristas, corregir excesos, justificar censuras y obtener, en fin, del Estado una mayor atención en lo económico-financiero para con la escuela pública. El profesor Bossing parte de la base de que el principio que orienta el desarrollo de la educación en su país es bueno, pues es democrático. Este aserto corre a lo largo del libro —que no es nada breve—, más que como un aserto, como un axioma. No se discute. Se está, pues, en el buen camino. El hecho de que un año el Estado norteamericano invierta en el rubro Educación aproximadamente el 1,5 % de sus ingresos nacionales no altera en absoluto el principio establecido por el profesor Bossing.

Sería muy interesante conocer el tiraje que se ha hecho de esta edición, para deducir a quiénes va dirigida esta versión en castellano de una obra que, por las apariencias, se supone escrita para el consumo interno.

H. A.

LA SINRAZÓN, por Rosa Chacel. *Editorial Losada*. Buenos Aires. 1960. 417 páginas.

"He empezado estas páginas para estudiar una parte de mi vida que sin ellas quedaría informulada, una serie de acontecimientos interiores, los más dramáticos y asfixiantes que he vivido, pero de los que sé muy bien que si no los hiciera constar aquí, podría llegar un día en que no sólo no creyese haberlos vivido sino que no admitiera ni haberlos pensado". Palabras reveladoras y sugerentes que la escritora española apunta, promediando ya su novela y que, en el tráfago de un decir que continuamente se enrosca sobre sí, arroja pequeña llamarada, aunque no por tal condición menos comunicante.

La autora de *Estación, ida y vuelta* retoma en este trabajo de largo aliento —anteriormente titulado *La mano armada*—, ciertos gérmenes ya conocidos por el lector que se había acercado a la obra citada. En su "sinrazón", Rosa Chacel intenta presentar, ¿autoubica quizás?, casi en forma soliloquial, las distintas escalas que hacen al introspectivo derrotero de un ser humano que decide lanzarse, como la autora misma, a las temerarias peripecias que supone un viaje por las zonas del espíritu, sin detenerse ante ningún escollo, haciendo lo posible por sondear los más íntimos recovecos de un autointerrogante en procura de metas que incluso a la propia cuestionada resulta trabajoso descifrar.

Quemando sus naves, Rosa Chacel se adentra en el espinoso laberinto. Nadie negará jamás su encendido afán, concretado en el deseo de aprehensión de lo esencial de ese vagabundeo. El solo impulso que es menester para arrojarse ante las fauces del problema, incita, cuando menos, a la simpatía cómplice, al apriorístico alineamiento a la vera de aquel que sabemos en vísperas de toparse con un obstáculo que desborda sus propias fuerzas y entusiasmos. Hay que entender que de esta forma es como han visto el problema quienes recomendaron su publicación: Borges, Banchs, Girri, Olivera y Estrella Gutiérrez. Ellos mismos, y nadie desconoce el hecho, son ardientes caminadores de metafísicas sendas. Y con ellos, Rosa Chacel, en esta época incesantemente violada por la muerte y la destrucción, día a día sacudida por cruentas guerras, en fin, por el materialismo más crudo y egoísta—, elige los prístinos senderos por donde la química del espíritu puede recorrer su intransferible destino, definitivamente alejada de un mundo materialmente doloroso. Y de esta forma, fijando sus horizontes burilados en los más agrestes confines del espíritu y la metafísica, rescatada ésta pese al bullicioso universo que ya quema nuestras manos, es que Rosa Chacel, la de Valladolid, dice su palabra.

ALFREDO ANDRES

REQUIEM POR UN CAMPESINO ESPAÑOL, por Ramón Sender. *Editorial Proyección*. Buenos Aires, 1961. 142 páginas.

"La última prueba de la falsedad no es nunca, a mi entender, la naturaleza de las consecuencias de una creencia, sino la asociación entre palabras y hechos sensibles o recordados". Tal concepto, anotado por Bertrand Russell en su *Diccionario del Hombre Contemporáneo*, aflora rápidamente a la mente del lector de Sender, y no sólo por este relato, sino también por otros trabajos suyos, como por ejemplo, *Epitalamio del Prieto Trinidad*. Sender es un español que, después de la guerra civil emigró. Actualmente, reparte plácidamente sus días en distintos puntos de la frontera mejicana-estadounidense.

No puede menos que pensarse, a la lectura de este "Requiem...", en Goytisolo. Y nombro a Goytisolo por citar a uno de los escritores jóvenes españoles que más trabaja actualmente en la Madre Patria, y que es más conocido por el público argentino. Rápidamente, ante el recuerdo surge la imagen de una antítesis. Realidad y evasión. Goytisolo y Sender. Realismo-elusión. Dejando de lado estilos y formas singulares de decir, en donde aquél se palpa, se muerde incisivamente la carnadura humana, definitivamente vinculada con un tiempo y un lugar, en Sender se trastrueca en un paisaje más o menos inventado, en una presunta introspección psicológica que con relativa habilidad se evade de las causales que debieron haber perimetrado la razón de ser de este o aquel personaje, y encima, agrega a sus supuestos personajes, elementos extraños, gestos "existenciales", si se quiere, que tienen la virtud de acrecentar la ambigüedad general del contorno.

No es difícil adivinar en Sender al idealista enmarcado en los viejos moldes. No al idealista militante que avala su objetivo con una racional composición de lugar al par que conocimiento de causa y circunstancias. La estructura de su Mosén Millán (protagonista que primeramente diera título al relato), el sacerdote que ya anciano debe celebrar una misa de requiem a la memoria de un feligrés asesinado por fascistas, y de paso va reconstruyendo los hechos hasta llegar a un casi conocimiento de su propia culpabilidad en el crimen, cimenta acabadamente aquella postura. Los elementos humanos manejados por Sender se mueven siempre obedeciendo a los designios que el autor les impone, y no autoabasteciéndose de los gérmenes que, inoculados por aquel en un principio, posteriormente abonan por sí mismos el crecimiento del sujeto, hasta darle una estatura que le lleva a la categoría de personaje. Y como puede colegirse, tampoco abundan éstos en el relato del exilado español.

A. A.

EL ENAMORADO, por Alberto Oscar Blasi. *Editorial Francisco Colombo*. Buenos Aires, 1960. 43 páginas.

Una misma mano, el mismo cuerpo, realizaron este libro, cuyas dos partes: la titulada como el volumen y una primera parte presentada bajo la advocación de "poesía provisoria", dan pie para pensar en un desdoblamiento del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

autor, voluntario o no, que en una faceta presenta elementos de interesante mención, y en la restante, se nos aparece como algo fácilmente olvidable.

Tras los versos de *El Enamorado,* Blasi da a conocer un decir poblado de "venados" y "caracolas", un pensamiento y una suerte de estética, misteriosamente emparentados con vagidos surgidos en la lejana Europa en edades aún más lejanas. Esta parte del trabajo de Blasi está precedida por la que el autor califica como "poesía provisoria", entre cuyas líneas pueden hallarse, paradójicamente, manifestaciones que a no dudarlo y sobre todo en relación con la segunda parte del libro, tienen muchas posibilidades de entrar al rastreo de lo trascendente.

Debemos pensar que las cosas no se producen por casualidad. Por ende, las divisiones que Blasi practicara en su libro responden a una afirmación deseada por aquel. Y aquí lo extraño, puesto que lo aparentemente marcado por Blasi como lo más importante —aunque más no sea por contraste con las líneas calificadas de "provisorias"— juega un papel radicalmente secundario en relación a las provisoriedades que abren el libro. En este comienzo, aparte de ciertos hallazgos como aquel que dice: "Diré: te amo, / y los dioses de la noche te ofrecerán a mí / cuidadosamente envuelta / en papel de celofán", es destacable el hecho de que Blasi intente objetivar una posición que lo enlaza más o menos marcadamente con un hombre de este tiempo que, por un azar, que no viene al caso analizar, ha devenido en poeta. Y, por lo tanto, en artista de estos años que trata de inventar "su" belleza, partiendo de las líneas de valores que su propio mundo, con sus enhiestas realidades, le ofrece. Y este esbozo de posición, un decir y un como decir claramente aliados (recuerdo, por ejemplo: "... y muerden su milagro provincianas grisetas con sexo de tabaco"), tal intento, es lo que realmente vale.

A. A.

TRABAJAR CANSA — VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS OJOS, por Cesare Pavese. Traducción y notas de Rodolfo Alonso. *Editorial Lautaro.* Buenos Aires, 1961. 190 páginas.

Era una obra esperada. Conocíamos su *oficio de poeta* y no nos llamó la atención lo que dijera Pavese acerca de *Trabajar cansa* (quizás con poca modestia formal, pero sí con valentía): "...una obra que me interesa, no tanto por haberla compuesto yo, sino porque, al menos por un tiempo, la he creído lo mejor que se estuviese escribiendo en Italia".

Su primer libro de poemas data de 1935 (*Solaria,* Florencia) y se adelanta al conocimiento de Cesare Pavese como autor de ficción, mientras que *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos* es el fruto de dos períodos muy cercanos, aunque no del todo iguales: 1945 (al tiempo de finalizar la segunda guerra mundial) y 1950 (año del suicidio del autor).

Razones tiene Marcelo Ravoni —prologuista— para decir que el poderoso autor de *El oficio de vivir* "ha documentado el origen, la muerte y la renovación de sus entusiasmos". Por otro lado, es verdad que "los mitos" de Pavese fueron otros que los tradicionales o simplemente vacuos.

Veamos cómo se resuelve ese subjetivismo profundo (exento de traumas o esnobismos inauténticos), de quien no en vano adoptó la terrible, y hasta consciente. decisión de matarse. Pero en Pavese jugó más su vida, esa comprensión de la criatura humana a través de su propio ser. Fue entonces que hizo de casi toda su obra una "conversación", tanto en prosa como en verso.

"Algún antepasado debió estar muy solo / ...para enseñar a los suyos tanto silencio", dice en "Los mares del sud". No pocas esencias envuelven estos versos. Luego, comprensivo, agrega: "...Y

sube por la cuesta / con la mirada baja que yo he visto, de niño, / en los campesinos un poco cansados".

Una fuerza vigorosamente descriptiva se observa, por ejemplo, en "Luna de agosto", donde una vez más son motivo pleno sus "colinas cambiantes", para decirnos: "...Aquí arriba está el olivo / con el charco de agua que no alcanza a reflejarnos, / y los rastrojos, los rastrojos, que no terminan nunca".

En "Retrato de autor" Pavese define su actitud vital —que comparto— al resumir en un verso todo un estado anímico y toda una realidad humana: "Aquí no surge nadie y nosotros estamos sentados en la tierra". La soledad, sí. pero no alejada de "la tierra".

O bien se graban estos tremendos versos: "Vendrá la muerte y tendrá tus ojos / esta muerte que nos acompaña / de la mañana a la noche, insomne, / sorda, como un viejo remordimiento / o un vicio absurdo".

El espacio es corto, y de Pavese habría mucho para decir. Buena la traducción de Rodolfo Alonso. La edición de *Lautaro* es decorosa; algunas pequeñas erratas no empañan tan destacada publicación.

DANIEL BARROS

EL GENERAL PAZ Y LOS DOS CAUDILLAJES, por Luis Franco. *Editorial Futuro.* Buenos Aires, 1961. 161 páginas.

Reconocidos son los méritos de la ya abundante obra de Luis Franco. Y la que comentamos no le va en zaga al resto. Podrán discutirse algunas interpretaciones suyas, pero su posición acusa indudable peso, sobre todo cuando Franco sostiene que "...los dos caudillajes, el de levita y el de poncho, resultan cómplices en el crimen de lesa conciencia que es la anarquía". Después de todo, siempre: "El pueblo corre con los gastos".

Frente a esa dualidad aún irreconciliable, el general José María Paz jugó un papel decisivo en la historia nacional, ya que era necesario entender que "en el fondo (se trataba de), una América que quiere ser contra una España que no quiere irse. Una guerra de clases, sin duda, aunque parezca una guerra de razas".

"El manco ambidextro" se dio de bruces con el problema interno y externo del país y sus *Memorias* lo autodefinen con plausible seriedad y rigor. Un militar austero. La figura de Paz no adquiere caracteres míticos en la pluma del autor de *Biografía Patria,* quien sabe ubicarlo con suma prudencia en esa etapa de la realidad nacional. Franco insiste a cada rato en el Paz-hombre, y era eso lo que queríamos. Nadie puede poner en duda que "el cordobés medio doctor y medio dramaturgo" fue un soldado de excepción, ya que conoció (y participó) como pocos en las guerras de la Independencia y de la unidad del país. Con el libro de Franco podemos participar de los distintos pasajes de la intensa vida del general Paz, sin caer en la obra novelada o trivialmente romántica.

Al ocuparse de los días posteriores a las brillantes acciones de Paz contra Facundo ("Facundo es Facundo") en Oncativo y La Tablada, nuestro comentado dice, por ejemplo: "Entre consulta y consulta con los baquianos de la Sierra, el general Paz cavila porfiadamente. Desconocimiento del terreno. Falta de mapas, cálculo inseguro de distancias...

Se levanta, se pasea profundos instantes, vuelve a sentarse a su mesa de trabajo. Sólo puede contar con Alico y los otros". Repara Franco en el hecho —tantas veces traído de los pelos— de que Paz no buscó "aplicar la preceptiva bélica de Europa a estos guerreros casi salvajes".

La ubicación que hace Franco de José María Paz durante la época del Restaurador no omite la circunstancia en que, por clemencia, éste hace que el general Paz sonría "amargamente". Y no cabía otra alternativa. Luego pasamos al capítulo titulado "Caaguazú", que comien-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

za con esta ajustada frase de Franco: "Puede creerse que si alguna vez un hombre inventó un ejército, ese fue el general Paz en Corrientes".

Para terminar: un libro que se lee con sumo placer, y muy recomendable por cierto.

D. B.

EL ASTILLERO, por Juan Carlos Onetti. *Fabril Editora*. Buenos Aires, 1961. 221 páginas.

"Esta es la desgracia —dice el protagonista de *El Astillero*— no la mala suerte que llega, insiste, infiel, y se va, sino la desgracia vieja, fría, verdosa. No es que venga y se quede, es una cosa distinta, nada tiene que ver con los sucesos, aunque los use para mostrarse". Así define Juan Carlos Onetti la extraña atmósfera de su novela, hombres y mujeres atrapados por el fraude, que han convertido su vida en una mentira y saben que sólo pueden salir de ella con la muerte. Para Larsen (o Juntacadáveres) el regreso al pueblo de Santa María de donde ha sido echado por la policía cinco años atrás, la mal fingida mentira del regreso es una manera subconsciente de precipitar el final. El astillero de Petrus le ofrece la oportunidad, la ruina de sus construcciones, maquinarias y herramientas carcomidas por el tiempo, la desidia y el engaño de los falsos puestos como una postergación del derrumbe inevitable, el grotesco romance con la hija idiota del dueño y sus remedos de seducción a la sirvienta y a la mujer embarazada de Gálvez, en un panorama de invierno lluvioso apenas interrumpido por alguna mañana de sol. Su presencia en el astillero definida por otro de los personajes, Díaz Grey, es por consiguiente inevitable: "Todo está bien, todo está en orden... No hay sorpresas en la vida, usted sabe... Todo lo que nos sorprende es justamente aquello que confirma el sentido de la vida. Pero nos educaron mal, exigimos ser mal educados". Grotesca imagen del mundo fraudulento, con su destino de podredumbre y frustración. *El Astillero* asume con vigor una posición de crítica de acontecimientos y su valor simbólico está logrado por la habilidad del narrador, por su capacidad para desmenuzar objetivamente cada gesto de los personajes, por el ritmo voluntariamente morboso del relato, por la fidelidad con que transcribe los escenarios en que se van desenvolviendo los escasos sucesos de la acción.

Fiel a un riguroso objetivismo, Onetti no se hace concesiones, elude la emoción y se ciñe a un estilo exigido por el tono "intelectual" de su realismo. Refiriéndose a esta actitud literaria ha dicho Walter Jenz que "anestesia la sensibilidad". Es posible, pero también es evidente que la disciplina de un estilo beneficia estéticamente a la obra, circunstancia que debemos hacer constar. *El Astillero* publicada por Compañía General Fabril Editora mereció una recomendación del jurado en el Concurso de Novelas del año pasado.

MARIA ANGELICA BOSCO

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS, por Consuelo Alvarez. Biblioteca Formentor. *Editorial Seix Barral, S.A.* Barcelona, 1961. 192 páginas.

Una nueva escritora española. La primera novela que publica es esta *Ciudad de los muertos*, que nos lleva a un mundo de gente humilde y resignada, entre cuyas vidas está la muerte como una red de plomo. La vida de la viuda Teresa transcurre entre domingo y domingo, días en que acude al cementerio a visitar el nicho de su esposo. Sobre estos seis días intermedios sigue flotando la muerte, agarrada a los cuadros y a los muebles de la casa, aferrada a los recuerdos, asida a los quehaceres cotidianos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Los diálogos, los tipos, las escenas están muy bien conseguidos, con una técnica acertada. El libro sabe cuajar un ambiente de denso realismo, en el cual el interés nunca decae. Aparte del tipo central de la viuda amarrada a la muerte, hay que destacar el bien logrado de Sofía, la espiritista pintoresca, y el de Marina, la única que vive a su manera y al margen del problema de la muerte. Hay algunos personajes de relleno, convencionales.

En la descripción abusa un poco de lo sensorial olfativo, mas esto parece ser consubstancial con mucha de la novelística femenina hispana (recuerdo la misma predominancia en Carmen Laforet y Ana María Matute). Sería curioso un estudio sobre esa proclividad femenina hacia el sentido del olfato y ese relativo olvido de lo auditivo y lo visual.

La ciudad de los muertos es muy elogiable. Asoma en ella una novelista madura, poseedora de una personalidad original y valiosa.

JOSÉ JULIO CASTRO

SAN SALVATORE, por Hans Kades. Trad. Eugenio Schneider. *Emecé Editores*. Buenos Aires, 1961. 375 páginas.

Desde Thomas Mann con *La montaña mágica* hasta A. E. Ellis con *Los atormentados*, una serie bastante crecida de autores eligió como marco propicio para la elaboración de sus obras un sanatorio para tuberculosos. Muy posiblemente el desasosiego, consecuencia de interminables horas vividas por cada paciente en las casas de salud, despertó en ellos el deseo de manifestar en una obra perdurable todo aquel inmenso cansancio —cuando no desesperación— que el aire delataba, creando así caracteres humanos de vigorosa significación.

San Salvatore es quizá la novela más importante de Hans Kades; en ella el autor relata la vida de dos jóvenes médicos que habiendo sido heridos durante la conflagración de 1914 son trasladados, por el carácter de su afección, a un hospital de la pequeña aldea de Tesino. Allí conocen a Dagmar, una muchacha que se halla en la convalescencia de su enfermedad y de la que ambos se enamoran.

Pero la pintura con que Kades nos muestra a sus doloridos personajes es sólo el pretexto —válido en esta ocasión— para aquilatar en sus verdaderos valores la trascendencia de esos seres que, por padecer una cruel soledad, sienten una inmensa necesidad de comunión espiritual.

En cuanto a la estructura central —desarrollada en descripciones desde todo punto ágiles y emotivas— identifica una concepción de valores que tienden a reconciliarnos con el género humano, contraria a lo que ciertas tendencias literarias modernas pretenden inculcarnos al subvertir las fuerzas morales del ser, invocando su caída definitiva en el marasmo de la libertad y el desprejuicio.

Paso a paso, y en forma aislada, cada personaje va reintegrándose a la sociedad en busca de su destino. Carell y Kant, los dos médicos amigos, encuentran en muy diversas actividades la forma de vida favorable a sus inclinaciones: el primero, ya casado con Dagmar, hallando apoyo en su familia y cimentando así su hogar; el segundo, decidiendo permanecer en el sanatorio, no ya como paciente, sino en calidad de avezado cirujano. Luego se produce el reencuentro. Las circunstancias los envuelven en un penoso dilema. Una operación de urgencia que sobreviene hace más inquietante la culminación de los acontecimientos, que el autor concibe con maestría.

Nadie piensa ya en las dramáticas horas vividas. Sólo Kant continúa en su mutismo, a pesar de lo cual "sabía que por fin había hallado un ser humano que jamás se apartaría de él. Y alabó al espíritu por su victoria sobre el dolor".

JORGE EDUARDO FUENTES

EL RAPTO PEUGEOT, por Ives Trené. Trad. Antonio Sanz Beneded. *Editorial Mateu.* Barcelona, 1961. 281 páginas.

Durante todo un año, los periódicos de París y, poco a poco, los del mundo entero, siguieron con apasionante interés las alternativas de la caza que la policía francesa trataba de dar a los audaces raptores de Eric Peugeot, nieto del mundialmente conocido magnate de la industria automotriz.

La bajeza humana, expresada de tan diversas maneras desde tiempos remotos, parece haber logrado su más despreciable manifestación al incorporar el secuestro a su execrable historial. Es indudable que quien roba, mata o sacrifica de cualquier modo a otro en aras de un beneficio personal, no debe ser aceptado en el seno de la sociedad moderna, porque nunca será sino un parásito, que carcomerá sus cimientos más profundos; pero aquel que coacciona a un semejante mediante el rapto de un ser querido, decididamente merece el trato más riguroso.

Ives Trené, más hábil periodista que escritor, ha llevado a cabo en *El rapto Peugeot,* una minuciosa recopilación de los sucesos, rasaltando de manera especial la poca colaboración que prestó la familia al comisario Pierangeli, encargado de la pesquisa. Paso a paso, el cerco se va cerrando sobre los culpables. El grupo que éstos han formado llama la atención de todos por su sorprendente heterogeneidad y modo fastuoso de vida. Por fin aparece una pista. Los billetes entregados como rescate han sido marcados. Sobreviene luego la inevitable imprudencia. La ley se cierne sobre ellos.

En el epílogo, el autor reproduce una serie de artículos publicados en los principales periódicos de la capital que hacen mención a la extraña conducta adoptada por varios miembros de la familia damnificada, esto es, el reiterado silencio que, aún luego de haber recobrado al pequeño, parecen "obsesionados por guardar".

Sintetizando, Trené quiso desarrollar en forma de novela policíaca un acontecimiento real. Es indudable que, o bien por fallas en la traducción, o posiblemente por la oscuridad que aún subsiste en algunos hechos aislados de este suceso, la obra adolece de algunos defectos de orden cronológico, no obstante lo cual, cumple ampliamente su cometido de narrar uno de los atropellos más vergonzosos de los últimos tiempos.

J. E. F.

MARÍA ROSA EN PRIMAVERA, por Marcos Victoria. *Editorial Losada.* Buenos Aires. 1960. 168 páginas.

Aparece este volumen de cuentos en edición auspiciada por el Fondo Nacional de las Artes. Contiene más de una docena de cuentos del más variado carácter y ambiente. El que da título al volumen es, indudablemente, el mejor. En él se recrea un personaje familiar, una tía rica y de carácter independiente, vista a través de un jovencito.

En las demás narraciones se mezclan las de ambiente familiar —en general las mejor logradas—, con otras que pintan vivencias infantiles, con cuentos de un deshumanizado futuro o con retratos de interesantes personajes. Merece mención aparte la narración titulada "El huésped', cuadro de las guerras civiles, en que vibran la emoción y la ternura.

En este libro reaparecen las cualidades de amenidad y poder de síntesis que Marcos Victoria puso de manifiesto en *Un verde paraíso,* aparecido en 1959. La técnica parece aquí más segura y más concretamente orientada hacia un cierto lirismo y una nota de humor.

Aunque hemos indicado nuestras preferencias, mirando los cuentos de este volumen a través de una crítica despersonalizada, es muy difícil determinar cuáles son los más representativos. Cada relato aporta, desde su inicio, un interés nuevo y hace surgir en seguida un personaje humano y vivo.

ELÍAS DE LA TORRE

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

VIAJE HACIA EL SOL, por Clarisa Muniagurria Minoli. *Editorial Hachette.* Buenos Aires, 1961. 387 páginas.

El mundo mágico, creado seguramente por un feérico demiurgo, amanuense de Dios, de ese Oriente policromo y genesíaco, en donde no todos los dioses han abandonado la tierra, aparece luminosamente calidoscopizado en las cinco partes, densas pero seductoras, de este libro mágico y feérico como el mundo que Clarisa Muniagurria Minoli —una escritora simultáneamente profunda y deleitable— ha evocado con precisión y poesía dignas del tema. Siendo imposible hacer un epítome de los cincuenta y nueve capítulos y el admirable Prefacio de este *Viaje al sol* sugestivo, informativo y decididamente transportador, reconozcamos que la narración del vasto periplo cumplido es una de las más integrales que se hayan hecho, integralidad que se perfecciona con los complementos de un estilo atrapador, una objetividad resistente a todas las sospechas y un penetrante sentido de observación que envidiarán los historiadores, eruditos, economistas, geógrafos, arqueólogos, esoteristas y demás visitantes al servicio de misiones específicas. Clarisa Muniagurria Minoli no es ese turista *express* que mira el Valle de los Reyes, los hipogeos y el Monte de los Olivos, o conversa con nómades y trashumantes abanicándose de los calores de la responsabilidad de ver y conversar subjetivamente, sino la escritora para quien el mundo observado exige la atención del intelectual nunca satisfecho del mero espectáculo objetivo. Antes al contrario: ha entrado y penetrado en esa tierra de iniciados para salir de ella no siendo ya la profana intrusa, sino en cierto modo una iniciada más fecundada por la simbología, las interpretaciones y los significados de ese Oriente multitemático y sin duda entrañable, pero desentrañado aquí por esta "corresponsal viajera" —como injusta y modestamente se llama a sí misma la autora— en una difícil pero lograda explicación exotérica —nunca una equis fue tan legítima— a través de su libro tan completo, tan minucioso e inclusive pedagógico.

El Sudán de los bereberes y las sabanas; la Jordania con sus hombres de rostros claros y alargados y sus colinas calvas; el Egipto y su Nilo sobre el cual flotó la cesta de Moisés; la Siria del prodigioso Harum al Rashid y el Líbano con su "perfume de jazmines sobre el mar", recorridos por la escritora a paso de inquisidora implacable, surgen con toda su dureza, su historicismo, su religiosidad y su poesía. Clarisa Muniagurria Minoli, que ha viajado hacia el sol, ha sufrido, como todo viajero, el encandilamiento físico: pero metafísicamente, sus ojos han visto *in totum* lo que puede ver quien está protegida por los cristales de un lúcido sentido observador e interpretativo.

B. E. K.

POETAS CHINOS DE LA DINASTÍA T'ANG. Selección y traducción de Raúl A. Ruy. *Ediciones Mundonuevo.* Buenos Aires, 1961. 187 páginas.

El mundo chino del tiempo de los T'ang ha sido, seguramente, el mundo más feliz e inclusive el más importante que ha vivido la humanidad desde la creación del mundo. Si el adverbio *seguramente* impresiona como una fanática aseveración, la culpa no es nuestra ni del mundo de los T'ang sino de los impresionados. Piénsese solamente que todos los miembros de aquella maravillosa dinastía, desde el que la fundamentó con la primera piedra genesíaca hasta el último que gobernó en su nombre, amaban la poesía, protegían a los poetas y eran poetas ellos mismos. La emoliente emperatriz Wu Chao vivió nada más que veinte años —entre 684 y 704—, y este trágico lapso, tan breve

como lamentable, fue suficiente para que Wu Chao decidiera que la poesía fuera requisito principal para los exámenes (*chin-shih*) y que toda carrera y ascenso en la función pública fuese paralela a los conocimientos poéticos que se tuvieran. (Sería una tautología inútil decir que los tiempos han cambiado. Pero sería una tautología pertinente y necesaria decir que los tiempos debieran volver a aquel de la dichosa emperatriz que pensaba con tanta inteligencia y sensibilidad). Como explica Raúl A. Ruy en el estudio preliminar, la poesía T'ang se ha desarrollado a través de una división convencional en cuatro períodos, correspondientes —muy a la moda china— a las estaciones del año. Cada cual con su estilo y su espíritu. Otros estudiosos prefieren dividir los poemas en dos ciclos: los escritos antes de la rebelión de An Lu-Shan en 756, con la que comenzó la declinación de los líricos T'ang, y los compuestos después. La inspirada dinastía quedaría abatida, la capital Ch'ang-an destruida y la poesía creada posteriormente, malograda. Pero aquella del tiempo en que los dinásticos propoesía y propoetas imponían la amistad y el amor con las musas es la que se ha recogido en este libro: una poesía de generosos ideales, sencilla en su alto lirismo, pura en sus delicadas expresiones, económica en las palabras, a las que reemplaza una rica sugestión, y refinadamente espiritual en la gran variedad y eclecticismo de temas. Las copiosas referencias biográficas de sus autores, y las notas histórico-geográficas que cuelgan al pie de las páginas, se conjugan con los poemas para alcanzarnos elementos de comprensión y conocimiento de aquellos poetas patrocinados por un gobierno como el de los T'ang, para quien la poesía era la única raíz capaz de proporcionar tallos de vida y belleza. Así lo reconocía, entre otros, el poeta Li Yú, el último de los emperadores de los T'ang del Sur y el más importante de los poetas imperiales, en su poema *Melancolía*: "¿Qué se hicieron de las afinidades / de antaño? / ¿Quién preguntará ahora / por el rey destronado?"

B. E. K.

HISTORIA, POLÍTICA SOCIAL: PATRIA, por Joaquín Costa. Selección y Prólogo de José García Mercadal. *Editorial Aguilar*. Buenos Aires, 1961. 319 páginas.

El *León de Graus* —como le llamaron sus coterráneos, asombrados de la fiereza con que desquijaraba a los fariseos de boca vana y acciones utilitaristas— es una de las figuras más estremecedoras de esa España que levantó tantas torres (algunas se derrumbaron) contra los vientos de la injusticia y la opresión. Corredentores de ese *León* —a quien también se le llamó *El Cid*— fueron el Conde de Aranda, Floridablanca, Florez Estrada, algunos otros fisiócratas anónimos, Baldomero Argente —traductor e introductor en España de Henry George—, Julio Senador Gómez y Unamuno, el otro campeador intelectual. Joaquín Costa, *Cid* o *León*, pero en primer término espíritu enfervorizado por la causa de su pueblo, aparece en este libro de alma, ideas, pasión y verdad enteros. El trabajo del siempre tan lúcido José García Mercadal, a quien se debe también la nutritiva *Introducción*, tiene una lograda intención didáctica: tomando de numerosas conferencias, discursos y ensayos del apasionado pero profundo Costa lo más variado, y llevando esa variedad a una pedagogica unidad de conjunto, muestra al sociólogo en su aspecto simultáneamente humanitario y autorizado en la materia; al reformador industrial y agricultor; al revolucionario de una revolución a favor de un constitucionalismo dependiente de una democracia integral y no meramente parlamentaria; al defensor de las leyes naturales en su más inteligente acepción: es decir, en otras palabras, una fisiocrasia que, atribuyendo a la naturaleza el origen de la riqueza, entiende que la distribución de la riqueza debe hacerse de acuerdo también con las leyes naturales; al denunciador de tantas crisis provocadas por una política insensible a la realidad; y al moralista para quien los deberes del hombre coincidían con los proclamados antes y después de él por Tolstoi, Mazzini y Romain Rolland.

Los trabajos de Joaquín Costa recogidos en este libro —decididamente, uno de los más completos e interesantes que pudieran armarse para dar la cabal hipotiposis de este político excecrador de la politiquería— revela la existencia de uno de los tan escasos ejemplos de un intelectual que, injerto en la plaza y la cosa públicas, han visto radiográficamente cómo los males sociales pueden curarse con la terapia de las ideas, al revés de los males ideológicos que intentan sanar por medio de una acción social tan patológica como la militancia de las teorías. La figura del siemprevivo Costa, y sus proposiciones sociales —dos aspectos que se unen en el bivio de este libro elocuente— evoca a aquellos espíritus insobornables e invoca a los defensores de la dignidad humana, muchos de ellos, como Costa, sacrificados, pero enteros contra todas las acechanzas de una soledad dura e implacable.

B. E. K.

FLORIDAS MARGENES, por Elías Carpena. *Edición del autor*. Buenos Aires, 1961. 96 páginas.

Imaginemos un lento y paciente cauce de agua, un río misterioso cuya fuerza haya sido desencadenada y contenida a voluntad, una marea cuya altitud tienda a convivir con la arcilla de sus lados. Imaginemos que la cinta húmeda decide alzarse en la madrugada, aún en la plenitud de sus árboles y entre la policromía de sus pájaros; crecer en actitud de solitaria y pacífica contemplación y entrar a la memoria con una gran linterna de sol. Este es Elías Cárpena. Desde sus iniciales voces ha ido andando la poesía con acierto y pulcritud envidiables. El canto lo traía consigo; era resero de su canción. La epopeya mínima, esa que crea el pueblo y divulgan los hombres, ardía en sus manos lista para comunicarse y hacerse viento. El la ha dado fehacientemente en el testimonio de su poesía, en la autenticidad de laboriosos años de intensa preocupación creacionista, en buen modo interpretativa. Y la ha registrado minuciosamente, además, a través del cuento y la novela, como herramientas complementarias de su gran taller intelectual.

Ahora, el poeta ha vuelto a la intimidad contemplativa y el alma se le confunde con el paisaje porque, simplemente, media él entre ambos estadios de la creación divina. El paisaje, la naturaleza, es el espejo ante sí, el cristal que le devuelve una imagen lúcida y transparente donde el espíritu se observa, se figura, se demarca. El poeta entra a una zona reservada para quienes alcanzan a colonizar el tiempo, esa dimensión inquisidora e inconquistada que vierte su lujuria en anchos y cóncavos cacharros de esperanza. Y es una simple actitud, un mero ademán de quitarse el sombrero y alisarse la frente con la mano cálida y sudorosa. Como si el concierto recién empezara y fuera posible irrumpir en él calladamente.

Elías Carpena regresa a sus márgenes, a las orillas de su vocación, de donde partiera, sentencioso y aventado, hacia la gran aventura de la poesía. Mas este regreso no es el retorno a la isla del encanto: es el encuentro con nuevas emociones, con el registro del corazón que da el pulso emocional del hombre. Poeta, entonces, crece, se agranda, se diversifica, se enraiza, se destrella, se atrina, se columpia entre los cánticos y la hechicería de la floresta. Es un pájaro más, una piedra sumada a otros guijarros, una hoja que convive el árbol, una gota de sol entre la inmensa humedad de la tarde. Todavía en la ar-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cilla, entre la cinta húmeda y el barro, mirando sustanciosamente la memoria, cavando grutas de sabiduría, pleno y vital su amor a la naturaleza, el poeta sentencia: "Buscad un viejo ceibo en la ribera, / de corteza perenne aunque rugosa, / cuya fronda esté siempre en primavera, / entre un cielo y un agua rumorosa. / No otra cosa le déis a este poeta".

LUIS RICARDO FURLAN

OBRAS PARA TELEVISIÓN, por Paddy Chayefsky. Trad. Santiago Dulcovsky. *Editora Internacional.* Buenos Aires, 1961. 240 páginas.

Hace algunos años el cine norteamericano viró 180 grados de su acostumbrada mediocridad hollywoodense y abrió desde la escuela de televisión de Nueva York nuevas perspectivas a la imaginación creadora. Lo adocenado, lo pueril, lo insulso de un cine hecho *para fabricar salchichas*, según la lograda definición de Erich von Stroheim, fue reemplazado por una honesta, plausible necesidad de ser auténticos, presentando problemas auténticos, moviendo criaturas auténticas, desplazando la cámara por ambientes auténticos. Singularmente, estos renovadores de la imaginería de celuloide yanqui nacieron todos, o la gran mayoría, de las escuelas de Televisión de la infinitamente selvática Nueva York. Quizá ninguno de ellos haya tenido la dimensión artística de un nombre perdurable pero, en conjunto, nos iluminaron un país hasta ese momento desconocido para el cine (no así para la literatura), en el cual, entre el mullido confort de un Mercury aerodinámico y la gigantesca producción en serie de teléfonos blancos y sirvientes negros, surgieron, por primera vez, lo repetimos, la desgarrada frustración de seres con carne y huesos de humanidad, con el estremecimiento de insatisfacciones esenciales, con el dolor impotente que dan las cosas cuando sólo sirven para aguardar, con mayor comodidad física, la muerte de una vida sin sentido. Paddy Chayefsky fue el primero, y el más importante de los guionistas de esta nueva generación, iniciando con *Marty* (film que dirigió Delbert Mann, como muchos otros del autor) un profundo intento de sinceramiento y de validez expresiva. Vinieron luego *Despedida de soltero, Banquete de bodas, La mentira maldita*, etc., hasta llegar a la más alta expresión del cine norteamericano de los últimos años: *La patrulla infernal* ("Paths of glory") de Stanley Kubrick, no del todo emparentado con este movimiento renovador. Eso fue en 1955, 1956, 1957. Luego los films comenzaron a decaer —manteniendo siempre algún esporádico hallazgo— y hoy todo es solamente historia. El libro de Chayefsky contiene además de *Marty* y *Despedida de soltero* obras del calor humano, naturalista, emocional, de *Cántico de fe* y *La Madre* y un notable dibujo dramático en *El impresor*, lacerante testimonio de la lucha del hombre contra el automatismo, de los héroes románticos de una edad que murió frente al necesario pero compulsivo elemento nivelador del progreso. Incluye esta cuidada edición apuntes de Chayefsky que epilogan cada capítulo, y en los que el autor da, inteligente y hasta poéticamente, sus apreciaciones sobre lo que debe ser la puesta en escena de las obras, no desdeñando hacer uso de una mordaz ironía para juzgar los factores económicos que mueven los hilos de esa conquista del hombre, aparentemente destinada a mejorarlo. En lo esencial Chayefsky comparte aquel pensamiento de Clayton, el director de *Almas en subasta*: *"El cine debe filmar cosas válidas, porque para hacer estupideces ya está la televisión"*. Rudo pensamiento que, ante tanta insensibilidad y tontería televisada, ante tanto charlatán importado, ante tanta vulgaridad, no deja de ser un permanente llamado a la reflexión y a la autocrítica.

ARNOLDO LIBERMAN

LA OBRA DE AYALA Y TORRE NILSSON, por Tomás Eloy Martínez. *Cuadernos de Ediciones Culturales Argentinas del Ministerio de Educación y Justicia.* Buenos Aires. 1961. 74 páginas.

Un estudio serio, orgánico, inteligente —con el que podemos discrepar pero al que hay que admitir idoneidad crítica— es éste de Tomás Eloy Martínez. En breves setenta y tres páginas el autor recorre, con honestidad y lucidez, el trayecto fílmico de los dos directores mencionados, iniciadores de una nueva faz del cine argentino. Indaga en Ayala sus valores y sus limitaciones, sus contradicciones y sus hallazgos; en Torre Nilsson los móviles de su singular mundo creador y los deterioros de su punible temperamento testimonial. Hoy, cuando nuevos y eficientes valores nacen del cortometraje o se integran a un joven movimiento de innegables posibilidades, este estudio sobre Ayala y Nilsson puede ayudar a justificar inclinaciones y a comprender, a lo ancho y a lo largo, qué significaron uno y otro en la gestación de este reciente deslumbramiento internacional. Naturalmente, hablamos de Murúa, Kohon, Martínez Suárez, Feldman, Dawi, Minnitti, etc. Eloy mismo lo dice: "Dentro de tales estructuras industriales se formaron y realizaron su obra Leopoldo Torre Nilsson y Fernando Ayala. Los dos implican una reacción fuerte contra las corrientes comerciales previas y un viraje hacia el examen sistemático de la realidad argentina más profunda; los dos están apuntalados por una formación estética y profesional sólida, por una voluntad de independencia industrial. Por lo demás, la madurez de ambos coincide con la irrupción de un importante movimiento de cortometraje y de una especie de nueva generación de directores, con la expansión de los cine-clubs y con la renovación de la crítica. Entendido como punto de partida para un cine argentino distinto, sus obras parecen implicar así no sólo un cambio sino también una profecía". El análisis de Eloy llega en Ayala hasta *Sábado a la noche cine* y en Torre Nilsson hasta *Un guapo del 900* incluido, es decir que en este caso faltan las posteriores: *La mano en la trampa* y *Piel de verano*, dos expresiones más —en lo que esto significa de reiterativo— del autor de *El secuestrador*. En sus últimos interrogantes sobre estos directores Eloy enuncia la necesidad de esperar los próximos films para saber a ciencia cierta cuáles son los elementos auténticos de los mundos de Ayala y Torre Nilsson. Las dos películas nombradas dan, en gran parte, la respuesta sobre el segundo: reiteración; incapacidad casi biológica, hepática, para profundizar el estilete en un mundo que, indudablemente, le pertenece; insistencia en agotar la creación literaria de Beatriz Guido filmando el stock completo de la discutida novelista; artificiosidad exasperante y, lo que tampoco se discute, extendido talento. En el primero nos obstinamos en creer que *Sábado a la noche cine* es el peor de los caminos a seguir, sobre todo cuando se tiene en las espaldas la plausible responsabilidad de haber filmado *El jefe*, una de las obras más importantes de nuestra cinematografía. No obstante, todos, absolutamente todos, esperamos que tanto uno como otro brinden la obra que, por sus inquietudes y su independencia, aunada a su personal lenguaje de imagineros, nos deben todavía. Reiteramos nuestra opinión sobre el libro que nos ocupa: digno de ser leído.

A. L.

LA CRIBA, por Daniel Sueiro. *Editorial Seix-Barral S. A.* Barcelona, 1961. 186 páginas.

¿Cuál es la mejor edad para escribir una novela? ¿Importa verdaderamente la edad del autor? El hombre es, en el sentido de la madurez, el producto más desigual de la Creación o la naturaleza. Además, también pintan más temprano

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las uvas que están del lado en que el sol cae desde más temprano.

Digo esto porque en los breves datos biográficos que acompañan la fotografía de Daniel Sueiro, en su primera novela —no en su primer libro— nos advierten que nació en 1931.

¡Maravillosa discreción la de los árabes, que nunca mencionan edades! Se es Asán, Alí o Yusuf, Ben-Yusuf, Ben-Alí, Ben-Asán.

De todas maneras, treinta años son una buena edad para escribir una novela. Y para todo. Quizás hasta demasiado buena, porque a los treinta se siente uno más que nadie y todo lo desprecia.

Esta fuerza es, sin duda, lo que hace a Daniel Sueiro tan eficaz, agresivo y desdeñoso. Es indudable que nos encontramos ante un escritor fuerte y vivaz, que no teme afrontar un tema penoso: la pequeñez humana. Pese a algunas debilidades de estilo, hay en las páginas de Sueiro imágenes novedosas y algo mejor: hay pocas imágenes. Pero no logramos ver que se encariñe con sus criaturas, no logramos verlo enternecido, ni siquiera clemente con el hombre.

Lo que suele llamarse "pintura de ambiente" es en *La Criba* de un fuerte realismo. Sueiro reduce y encuadra a sus personajes en un mundillo literario-periodístico de poca categoría, de poco o ningún sueldo, de locales cerrados, malsanos y mentes amuralladas y anquilosadas. Nadie sale, ni verdaderamente quiere librarse de la mezquindad circundante que apenas da de sí, pero es pretexto de pereza y justificación de amargura. Pobres hombres que se creen cultos y apenas si están informados; que resuelven su situación con un chiste o un juramento, que dan puñetazos en la mesa cuando no saben qué decir, que se desgastan frotándose contra las frases hechas y las ideas comunes. Gentes sin educación y, hasta cierto punto, sin pudor, que exhiben su intimidad en el café o en el colmado en confidencias de borrachera.

La criba, para Daniel Sueiro, "es cada uno de estos hombres y cada hombre en general, un trozo de piel repleto de agujeros por los que sale, a bocanadas, la sangre o la esperanza, y se vacía".

En este comprimido se encierra el pensamiento total de la obra. Ya se ve, pues, que corresponde al género del neorrealismo, más agrio que amargo, más áspero que hiriente, ola de resaca que va secando la esperanza. Claro que en este género hay sinceridad y verismo y, a veces, como en el caso de *La Criba*, la impronta del talento.

Dos son los momentos mejor logrados en esta bien lograda novela: el del parto difícil de la mujer del protagonista —una mujer insignificante que es solamente la "mujer del protagonista". El hombre está viéndolo todo, con la claridad cruda de los que anteponen la curiosidad al sentimiento. La segunda es la que muestra una reunión de "amigos" que van a gastar en sardinas y vino el importe de la colecta hecha a favor del colega que está en el hospital. Hay pringue de aceite, de escabeche, de cerveza, en dedos y solapas; hay chistes y cinismo y bajeza y un trago del resto de leche de madre que Pablo, el protagonista, se ha olvidado de llevarle a su chico recién nacido y que, enfermo y hambriento, se aletarga en la clínica; hay uno que se descompone y aparecen el serrín y los cubos y un remusgo de conciencia sucia, esbozado apenas.

La ternura —un resplandor muy tibio como de calor de pobre— sólo aparece en la mujerzuela, la querida de Pablo, quien le hace pagar a ella —o al menos se lo pide— los gastos del parto de la mujer legítima.

Una novela fría y dura, una novela de calidad. Se queda uno con la impresión de que las calles de una ciudad no son lugares de paseo, sino un vía-crucis por donde se va —y se vuelve— con un problema a cuestas, con un drama a rastras.

PILAR DE LUSARRETA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TEMA DEL DESLINDADO, por Romilio Ribero. *Editorial A. Colombo.* Buenos Aires, 1961. 66 páginas.

Algún día los historiadores de la literatura estudiarán la influencia que ciertas figuras "tope" alcanzaron entre los escritores argentinos; el ritmo naturalmente elegíaco que preocupa a la poesía post-martinfierrista le debe sin duda buena parte de su acento al poeta polaco-francés Lubics Milosz. Sus estrofas de versos largos, undosos, en los cuales la inspiración busca cómodos espacios como un gran pájaro antes de posarse, convenía muy bien a voces que seleccionaban la lenta expresión de la nostalgia. Siguiendo los párrafos anchos de Bernárdez, la volada musa de Molinari, el fantasma de Milosz habla desde su Polonia natal con buen número de poetas rioplatenses.

Romilio Ribero, quien en 1958 con *Tema del deslindado* obtuviera el premio Ana María Chouhy Aguirre, ha llevado ahora su libro a las prensas de Colombo. Los versos de Ribero están llenos de bellas y calmas imágenes y su similitud con Milosz provoca estremecedores hallazgos; tal vez la capacidad poética del poven autor ha sentido la impresión enorme de ese hombre de nostalgia, de largas enumeraciones, de huéspedes fantasmales y nocturnos y la impronta que ha dejado en él es definitiva.

El gran personaje de esta poesía es el otoño: "cintas celestes del otoño", "heroica quietud de sus otoños", "densos otoños de cosechas", "imágenes dulcísimas del fuego en el otoño", "algún grave silencio del otoño"... y cuando no es el otoño, son entonces sus colores, sus reminiscencias, sus vegetales, en fin, todo aquello que da el sinónimo de la melancolía y la quietud. Poeta del quietismo, evocador de la lentitud, personaje evadido de la vida, "deslindado" que en su soledad atestigua la ausencia, Ribero eleva su voz elegíaca para cantar bellamente, sin prisa y con dolor, los eternos temas del "homo bucolicus". Existe en este contemplar el campo con visión enamorada una posición garcilasiana o renacentista que ubica, en la ficción de la vida campestre, todo aquello que la vida de la ciudad no tiene... En fin, Ribero nos da en su libro el mundo de un poeta fino, imaginativo, que a diferencia de muchas figuras jóvenes, prefiere para su canto el bucolismo idealista y nostalgioso de un camino andado.

I. M.

LAS BODAS, por Clara Silva. *Editorial Atenea.* Montevideo, 1960. 48 págs.

Con una voz que conmueve por su esencia metafísica, Clara Silva recorre el camino que las grandes meditativas han andado desde siglos. En su poesía se percibe el rastro de Sor Juana o Santa Teresa, pero la resolución del poema no encuentra el final que una época y una cultura dictaban. La escritora uruguaya se ubica en la línea elegíaca característica de buena parte de la literatura actual en ambas márgenes del Plata y llevada por una urgencia de claridad, entabla en la "noche oscura del alma" el diálogo. "Estoy en la infancia de tu nombre" explica cada vez que la altura de su ruego le revuelve un sabor escéptico; "no soy como tus santas", aclara también, aunque pide la misericordia de un mensaje que venga a salvarla "de este peso".

Las bodas, de Clara Silva, es un libro que conmueve por el irritado y empecinado modo de búsqueda de quien intenta nuevos lazos; sin duda en la aventura contemporánea, superior a la que puede emprenderse hacia espacios inconmensurables, la aventura del alma alcanza un dramatismo desolador. "Quiero respirar / simplemente / el aire del mundo, / olvidar esa cuenta confusa / y sin fin / de culpa, perdón, remordimiento / o de algo parecido / que corroe mi flaqueza", pide, desde lo oscuro, la poeta. Pero está "enferma de

la muerte" que refleja en su canto el tema místico que siempre ha emocionado al hombre, esta "sobreviviente" vive la "desesperada esperanza" del amor de eternidad. En versos en los que una forma lograda permite explayarse sin trabas a la inspiración, Clara Silva anota la conmovedora vicisitud de quien llama a una puerta que tal vez no existe, de quien "vive de esperanza / en la temeridad de tu existencia".

Documento castigador de una época y un medio *Las bodas* es un libro más pero también un libro diferente.

V. M.

JANA SZENES, por Aarón Megued. Trad. Etty E. de Gitrik. *Editorial Israel*. Buenos Aires, 1961. 116 páginas.

Jana Szenes fue una muchacha dotada para el heroísmo. Creo que se nace dotado para el heroísmo como se nace dotado para el arte o para la ciencia, con o sin voces interiores o secretas de por medio. Naturalmente, las circunstancias y el medio desarrollarán o frustrarán esas dotes, esos condiciones, que no siempre coinciden con la vocación y viceversa. O no es tan sencillo el corazón humano, o aún no es posible determinar si es o no responsable de las complicaciones que lo desvían de sus propósitos.

J. S. fue además educada en un hogar culto, y concurrió al liceo más importante de Hungría, en el que tuvo dificultades para ingresar por su origen judío. Hungría —no es un misterio para nadie— fue antisemita mucho antes de que Hitler iniciara en Alemania sus terribles y absurdas persecuciones. Los profesores más cotizados dictaban allí sus clases. Esta muchacha, indignada por las humillaciones que sufrían los judíos, abandona de pronto todas sus posibilidades inmediatas —tenía vocación literaria— y se marcha a Israel. Tenía entonces 18 años. Se instala en un *kibutz* de pescadores, y se convierte en una granjera. Cuatro años después, en 1944, se une a un grupo de paracaidistas israelíes que intenta salvar judíos de los incalificables ensañamientos y torturas nazis. Cae prisionera. Es interrogada, torturada, pero no confiesa. Por supuesto, la matan. Tiene 23 años.

A. Megued se propone en esta obra *biografiar* más que nada el heroísmo de esta muchacha húngara judía. Lo destaca en un lenguaje sencillo, directo, soslayando falsas exaltaciones, dándonos sin retaceos la dimensión de su valor y su ternura, de su intenso y maravilloso deseo de vivir y ayudar a vivir. No oculta debilidades de su personaje y evita escenas melodramáticas. Son páginas que conmueven, hechos que desgarran, tan avivados ahora por el proceso Eichman, a quien se cita. J. S. es el centro de los acontecimientos, es el símbolo que les da trascendencia y que, a su vez, transciende de los mismos.

Los hechos aún tan próximos, tan calientes, nos impiden ubicar exactamente el valor de esta obra, que cuenta más como documento histórico que como realización estética.

En el prefacio el autor nos dice de sus intenciones: "...lo importante en esta pieza es el mensaje espiritual de Jana, un mensaje de fe pura, inconmensurable, imbatible, que no se interrumpe con su muerte, sino que resplandece más allá de una determinada hora y de determinadas circunstancias".

ANA MEDVENY

MÁS ALLÁ DEL INVIERNO, por Maxwell Anderson. Trad. Oscar Muslera. *Fabril Editora*. Buenos Aires. 1961. 145 páginas.

Un puente, un río. A la orilla de ese río, desolación, miseria. Abismos. Asesinos. Un juez que enloquece. Un viejo judío que lee el Talmud. Una muchacha que sueña. Alguien condenado injustamente a la silla eléctrica. Alguien

expulsado injustamente de un colegio; alguien que no tiene quien pague sus cuotas; alguien que no tiene un domicilio permanente. Alguien que necesita estar seguro de que su padre no fue un criminal. Viviendas que no son viviendas; violines que se rompen en cualquier momento; los vagabundos que se mueren de frío. Un callejón desesperado para una humanidad desesperada. Sobre un fondo dramático se extiende la atmósfera de los "ex hombres". Son frases corrientes que se elevan y descienden más allá del río, del viento, del puente, de la lluvia, de la poesía, de la tragedia que denuncian. Conciencias dormidas a fuerza de golpes, de hambre, de frío, de injusticias. "La última vez que te vi no podías pensar en otra cosa que insultar a Dios y morirte...", le dice Carr a Mio, y Mio le contesta: "...cuando el Estado ejecuta a tu padre, y tu madre muere de pena..." un "Estado que no puede admitir que se equivocó". Conciencias dormidas por la fuerza de las ambiciones y de la competencia. Según acotación de la editorial, el argumento de esta obra teatral está inspirado en el dramático proceso Sacco-Vanzetti... Fue escrita hace 25 años. Ayer como hoy, y en los EE.UU. como en tantas partes todavía, hay personajes que acusan: "Consíguete una bolsa de dinero y podrás comprar toda la justicia que quieras. Condenas e indultos". Mio se encuentra con Miriamne; le pregunta: "¿Y tienes qué comer?" "No siempre", le contesta la muchacha. Vuelve otra pregunta: "¿En qué crees?" Ella le contesta: "En nada". "¿Por qué", pregunta él. "¿Acaso se puede?", contesta Miriamne. Se aman pero no puede ser... "Danos una señal, déjanos ganar esta partida esta vez, en esta larga noche en que el invierno pisa el umbral de la primavera y entra en ella su frío... Deja caer algo de misericordia con la lluvia. Somos dos que aman y deseamos vivir", implora Mio inútilmente. Tres actos que absorben con su grandeza, en los que cada personaje se define en cada palabra, en cada hecho en el que participa. La intención de los símbolos proyecta la fuerza de la realidad con la fuerza de una ola que de un solo golpe pudiera vencer la impasibilidad de las rocas.

A. M.

EL SEÑOR MARTEREAU, por Nathalie Sarraute. Trad. Rosa Daneo. *Fabril Editora*. Buenos Aires, 1961. 198 páginas.

Sin duda no hay nada más indefinido que un personaje neurótico, pero paradojalmente, en términos literarios, nada más fácil para definir. Cuando Stendhal, Proust, Lenormand y tantos otros crearon sus obras, Freud —cuya influencia es innegable en la actualidad— aún no era tan conocido en el mundo literario. En tiempos de Stendhal un autor de novelas psicológicas era un hallazgo. ¿Y qué decir de los personajes patológicos de Shakespeare? Cuando las investigaciones de neuróticos y psiquiatras no eran tan conocidas en todas partes en la medida en que hoy mal o bien se las conoce, ataca, admira, interpreta o deforma, no era tarea fácil captar los ingredientes para componer la receta. Hoy las divulgaciones, tan al día, nos permiten comprender que alternando algunas dosis de obsesiones, con fijaciones, fobias, indecisiones, sin perder de vista algunas manías... el personaje neurótico, hipersensible, ya está creado. Por supuesto, el secreto consiste en saber alternar estos elementos, en saber manejarlos de tal modo, que el lector no tenga la sensación de haberse equivocado de colección. En esta novela se expone una serie de autocontemplaciones cuyo desarrollo no llega nunca. ¿Se trata de un esquema que se concretará en un próximo número? Este personaje (el sobrino del hombre rico, que tal vez quiere ser decorador o solamente no desilusionarse del señor Martereau, quien, no se sabe por qué y debido a qué puede ser tan importante para él) no está ubicado, dicho en términos artesanales, frente a los demás, ni los demás frente a él.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No se percibe qué objetos son los que neurotizan a uno, y no abren el campo a los otros. ¿Será éste el libro que concitó la admiración de Mauriac hacia Nathalie Sarraute? Si no hubiera existido la extraordinaria obra de Proust, *El señor Martereau* tendría el valor de un aporte nuevo en la literatura. Pero Proust es, como todo el mundo sabe, anterior. Sus motivaciones siempre conducen a un punto y aunque ese punto de llegada se encuentre a miles de páginas del de partida, el lector atento no perderá jamás la razón, el motor, el hilo conductor que se desplaza exhaustivamente entre las minucias y detalles. Este libro me recuerda de alguna manera las repeticiones de las escuelas informalistas: líneas y colores que perderían en cantidad, lo que ganarían en calidad.

A. M.

ESTRUCTURA Y METODO DE UNA MONOGRAFIA, por Armando Asti Vera. *Edición de la Universidad Nacional del Nordeste.* Resistencia, 1961. 53 páginas.

En esta "monografía de monografías", el profesor Asti Vera realiza un estudio agudo y medular. Desde la primera parte hasta el final ("Estructura de una monografía"), la línea expresiva es pareja y sumamente rigurosa.

Destácase principalmente su interés semántico, ya manifestado en otros trabajos (ver, por ejemplo: "Objeto y método de la estructura de las ciencias", *Revista de la Universidad*, La Plata, Nº 10, 1940, págs. 31-45).

Publicaciones de este tipo son muy necesarias en nuestro medio, puesto que brindan la oportunidad de ponerse en contacto con ideas y reflexiones acerca de los métodos de trabajo intelectual, siempre interesantes y dignos de tenerse en cuenta. Esto explica el éxito que ha tenido la obra en sus distintas ediciones.

Merece destacarse la claridad y la utilidad del libro. Posiblemente un volumen de mayor extensión hubiera permitido ofrecer al lector, además de un excelente análisis lógico, científico, un trabajo todavía más rico en sugerencias y en ideas propias.

Este comentario trata de hacer resaltar la dignidad y la excelencia del tratamiento en "El tema" (su elección, comprensión y expresión), en "El plan" (búsqueda metódica, técnica de las fichas) en "Análisis y crítica de la información", y en la "Estructura de una monografía".

Las treinta y seis citas al pie de las páginas —en este volumen de cincuenta y tres—, no hacen sino refirmar la honestidad del autor al indicar las fuentes en que ha bebido, en ciertos casos muy recientes.

JORGE ANTONIO J. NÓBILE

LITERATURA DE POSGUERRA, por Manual Lamana. *Editorial Nova.* Buenos Aires, 1961. 144 páginas.

Analiza Lamana, con empeñosa objetividad, las tendencias de la literatura francesa y española de posguerra —más bien diríamos desde infra-guerra— citando, para rebatirla, la opinión del crítico español Ricardo Gullón: "...Indicio revelador de la penuria imaginativa de los novelistas actuales, casi todos incapaces de inventar historias capaces de atraer grandes núcleos de lectores... es prueba de esa pobreza imaginativa y se produce para justificar... la ausencia de la ficción interesante". Sostiene el autor que por obra de las circunstancias, vale decir, del momento en que le ha tocado vivir, el escritor moderno —tomando como arquetipos a Sartre y Camus— no imagina, sino muestra; escribe

sobre lo que lo preocupa y rara vez inventa. El hombre-escritor íntegro se encuentra sumergido en su propia responsabilidad: "Cada vez que me calle, dirá Sartre, me encuentro responsable de lo que ocurra". Y esto, sin poder contar con el recurso de una norma social o de una ayuda divina. "Ninguna moral ni ningún esfuerzo", nos dice Camus, "son justificables a priori ante las sangrientas matemáticas que ordenan nuestra condición".

Luego de analizar con cierto detenimiento la posición de estos dos escritores franceses, Lamana dedica un capítulo a Maurice Merleau-Ponty, quien tampoco puede prescindir de este mundo y cuya obra constituye una crítica a las interpretaciones psicológicas usuales del hombre. A la pregunta: "¿Qué es la libertad?" Merleau-Ponty se contesta: "Nacer es, a la vez, nacer «en el» mundo y nacer «al» mundo... Yo no soy jamás cosa ni jamás conciencia desnuda".

En los capítulos dedicados a la literatura española, a la erudición de Lamana se agrega, muy naturalmente, su pasión, aunque tenida por las riendas. Minucioso en su detalle de los más notables poetas y prosistas de la madre patria, tanto de los que allá hablan como pueden como de los que han optado por trasplantarse, deteniéndose —en la prosa— particularmente en la obra de Arturo Barea, Ricardo Bastid y Fernando Morán, por las razones que bien explica.

En el capítulo dedicado a Ortega y Gasset analiza detenidamente la circunstancia del hombre tan amado como discutido por la juventud española. En "El Comienzo de un nuevo Ciclo" anuda los hilos de su disertación, pero sólo para darles consistencia de interrogante, valiéndose sobre todo de la obra de Simone de Beauvoir y Emmanuel Robles.

Al llegar a las últimas palabras del libro todavía resuena el eco del —a pesar de todo— insobornable optimismo de Sartre: "Todos, sobre las ruinas, más allá del nihilismo, preparamos un renacimiento. Pero pocos lo saben". *El hombre rebelde.*

A. O'N.

LOCKE, por Maurice Cranston. *Editado por "The British Council" and the "National Book League" (Longmans, Green & Co.).* Inglaterra, 1961. 38 páginas.

Breve pero conciso estudio biográfico sobre la vida y obra del gran filósofo materialista —pero no escéptico— del siglo XVII (quien, pese a sus rasgos físicos de poeta ideal, llegó a preguntar: "¿Para qué *sirve* la poesía?").

Locke no intentó ofrecer un sistema comprehensivo para explicar la naturaleza del universo. Por el contrario, trató de demostrar que el intelecto humano es tan limitado que semejante visión excede los alcances de su capacidad. Como filósofo, Locke no dio respuestas. Su grandeza reside, más bien, en haber sabido formular preguntas.

El señor Cranston consigue, en su reducido pero muy meritorio trabajo, dar una visión de conjunto del hombre, su época y su obra.

Este volumen integra la Bibliografía Selecta de divulgación, en idioma inglés, distribuida entre nosotros por el Consejo Británico de Buenos Aires.

A. O'N.

VIOLIN MARÍA, por Juan José Ceselli. *Ediciones La Reja.* Buenos Aires. 1961. 75 páginas.

Creo que no hay entre nosotros un poeta de mayor capacidad para expresar lo erótico que Juan José Ceselli. Hago esta temeraria afirmación sin olvidarme del lúcido delirio de Enrique Molina, de algunos fragmentos de Ramponi, hasta de la lejana "Lluvia" de González Tuñón y, en fin. de toda la poesía de la gente joven y apasionada que ha terminado con el lirismo fácil

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y un tanto melancólico, para aventurarse en la desnudez del tema antiguo como el mundo. Desnudez, impudor y osadía que son la técnica vital de los poemas de Ceselli. "Liberó, más arriba y más abajo que nunca, los ecos diminutos de sus frutos sobre el silbato de la vida, hasta alcanzar las regiones luminosas que sabían a hierba, a violación y a desatino". En sus cuatro libros anteriores *(La otra cara de la Luna, Los poderes melancólicos, De los mitos celestes* y *Del fuego)* Ceselli expresó ese camino liberador de su poesía, sin duda catalizador de sus tempestades y furores. "Yo podría contar una y otra vez las innumerables noches de amores presentidos a su lado con un solo rugido de placer y de tristeza, y podría decir cómo las mareas y los vientos arrastraban una y otra vez los fragmentos de nuestras caricias hacia las indescifrables regiones de la comprensión o el desencuentro". Un nombre inventado: *Violín María* y una mujer en la que el poeta reinventa el amor, son el impulso emocional de los 40 breves poemas o fragmentos iniciales del libro, en los que Ceselli nos da una visión en cierto modo cotidiana de lo erótico. "Cuando como una paloma se calza las sandalias y sale a perfumar los jardines de la mañana, su busto se desnuda dejando al descubierto las primeras complacencias del verano. Nuestras bocas están increíblemente unidas y nuestros pies lejanísimos". En las habitaciones del azar o la costumbre, el poeta puede darnos una imagen surreal: "Un día encontró una flor muerta sobre su cama. Tenía el corazón atravesado por una aguja de luz. Le arrancó el aroma. Y lo hizo flamear desde el balcón como una bandera. Desde ese día todos los vecinos cierran cuidadosamente sus aterrorizadas persianas". En el segundo *tempo* de este poemario *(Mientras la lluvia se fuga con el viento)* Ceselli concilia el indefinible sentimiento de estar solos—de-a-dos con un panteísmo de la naturaleza redescubierta en la mujer. Ellos, según dice, "están bellamente solos como el relámpago". Hay en estos poemas una sensación de orfandad que —me animo a conjeturar— se agudiza por un confesado sentimiento de culpa y castigo. Quien haya leído atentamente los otros libros de Ceselli descubrirá que este sentimiento reaparece unido a la imagen abstracta de Dios. Según creo, ésta es una limitación conceptual del poeta en su oficio de celebrante y único juez de su aventura. Pero si es discutible el pecado como energía de Dios (y dejemos esta discusión a los teólogos) no lo es el sentir erótico, la pasión amorosa en la que se resume la experiencia total de dos criaturas: "Tú me golpeas implacable con el tiempo. Y a mi lado pasas para siempre como un río". Insólitas, sorprendentes son las *Breves Historias contra los Principios de la Realidad* con las que concluye el libro. Trece brevísimos relatos-poemas en donde las alucinaciones se tornan probables, donde el sueño y la fábula parecen abrir una nueva dimensión a lo real.

La edición del libro fue auspiciada por el Fondo Nacional de las Artes, de acuerdo con la recomendación del jurado literario integrado por Rafael Alberto Arrieta, Enrique Banchs y Eduardo González Lanuza.

PEDRO G. ORGAMBIDE

LOS REINOS PERDIDOS, por Bernardino Jalphen. *Ediciones del Nuevo Libro*. Buenos Aires, 1961. 64 páginas.

Un narrador muy joven, con sus veinte años o poco más a cuestas, escribe un libro en la zona imprecisa del relato, la autobiografía y la novela. Al fin, no importa mucho andar rastreando los detalles; creemos que lo que importa es observar cuánto hay de vida probable en el relato (vida vivida e imaginada, que es otra forma de vivir), ver cuánta posibilidad hay de transformar esa materia en la segunda existencia de la literatura. Naturalmente, para esto no hay medidas exactas pero sí intensidades. Y Jalphen tiene gran intensidad de narrador, aunque a veces se trabe en el afán de decirlo todo. Como diría Vallejo: "Quiero decir muchísimo y me atollo, quiero laurearme, pero me encebollo". Pero no es eso lo que más importa. Lo importante es decir, con ganas. Y este joven narrador tiene ganas de contar la vida. A veces lo hace bien, muy bien, como en esas primeras páginas de su relato, cuando el protagonista se despide melancólicamente de un pueblo de la pampa, mejor dicho: de una familia, una mujer, un perro, de su propia imagen que ya es el pasado. Y ese joven que se va (y que ha de regresar como el hijo pródigo después de un viaje-pretexto para su experiencia vital) encontrará, al fin de su peripecia, una verdad muy simple: "En el fondo de cada una de esas personas estaba el ser humano, y éste, en todas partes del mundo, era siempre el mismo: un ser humano. Los reinos personales formaban nuestras distancias, el tiempo arrasaba nuestros reinos, y el amor lloraba, en esa noche, la comunión perdida". Saber esto no es poco. Por eso guardamos las palabras convencionales y los consejos de práctica. En cambio, deseamos para el joven narrador salud y coraje en el oficio que ha elegido. Su libro lo merece.

P. G. O.

TÉCNICAS DEL YOGA, por Mircea Eliade. Trad. Oscar Andrieu. *Fabril Editora*. Buenos Aires, 1961. 232 páginas.

Estamos viviendo las últimas consecuencias de un desarrollo monstruoso y unilateral de las facultades racionales del hombre y su resultado: el cientificismo. Se ha cumplido el sueño de los alquimistas de dominio total de la materia, pero se han dejado de lado las implicaciones espirituales que sustentaron aquella antigua búsqueda de la piedra filosofal. Vivimos la era de la dispersión, de la disgregación, porque la facultad de análisis supera y avasalla la capacidad de síntesis interrogadora. Esto es aplicable a los planos sociales y políticos, donde todo adquiere proporciones espectaculares, y al plano individual, donde se gesta y se cumple la fatalidad de un drama anónimo, pero no por eso menos conmovedor y sangriento: el del hombre absorbido por la Gran Ciudad; el del hombre amenazado por la tercera guerra mundial; el del hombre angustiado por la falta de eco de su voz personal.

No es sorprendente que ese mismo hombre, se sienta, de pronto, hechizado por la lectura de libros orientales, que le prometen un fortalecimiento inusitado y maravilloso de poderes que le permitirán, no sólo superar las circunstancias externas, sino, además, conquistar un limbo individual en el cual la felicidad no sea una utopía, sino una realidad. Las filosofías orientales (sobre todo las de la India y la filosofía Zen de la China), subyugan al profano por su promesa de salvación. Además, sus propagadores insisten en que *todos* los hombres pueden "salvarse"; y proponen diversas técnicas que, pese a la pureza de intenciones de yoguis, swamis y gurus, provocan el descenso de profundísimas concepciones ideológicas a una suerte de gimnasia menos ruda que la sueca, y en la que el pensamiento espiritual está totalmente ausente. Esto es lo que está sucediendo en nuestro medio, con las técnicas yogas que, por otra parte, son las más difundidas.

Por eso es importante una obra como la de Mircea Eliade, algunos de cuyos libros anteriores, entre ellos *Mitos, Sueños y Misterios* e *Imágenes y Símbolos*, son ya conocidos del público argentino. Mircea Eliade constituye, junto con Jung —recientemente desaparecido—, y con Cassirer la tríada de pensadores que ha procurado salvar al hombre de fórmulas simplificadoras y limitadas, como la psicoanalítica, reintegrándolo a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su condición polifacética, a partir de dos conceptos fundamentales: el del inconsciente colectivo (descubierto por Jung), y el del hombre hacedor de símbolos (descubrimiento de Cassirer).

Ahora, Mircea Eliade nos aclara conceptos primordiales del yoga y, sobre todo, nos impone el mosaico enmarañado de creencias ancestrales que nos impide volver a ampararnos en facilidades simplificatorias. No se trata de una exégesis del pensamiento indio desde el punto de vista exclusivamente histórico. Precisamente, las conexiones que su autor establece con el psicoanálisis, con concepciones occidentales, con fenómenos culturales, etc., hacen que su estudio interese a los especialistas de otras materias del saber.

Se hace accesible, por su estilo claro y seguro, al profano, y creo que precisamente éste es uno de sus principales valores. Es una obra fundamental para comprender, no sólo el pensamiento filosófico de la India, sino también, y sobre todo, las raíces del interés actual por dichas filosofías, y los cambios ideológicos que la asimilación de tales principios están provocando en el pensamiento occidental.

La traducción merece nuestro elogio. Oscar Ondrieu es, por otra parte, un conocedor de la materia, y ello trasciende a la cuidada traducción que nos ofrece.

CELIA PASCHERO

LOS TESTS, por Bela Székely. *Editorial Kapelusz* (4ta. Edición). Buenos Aires, 1960. 3 tomos. 2.470 páginas.

La Ciencia, el Arte, la Economía, todas las ramas de la investigación y actividad humanas, no pueden evadirse de su esencial finalidad: ser útiles a la especie que las cultiva. Sin este principio de justificación, las teorías no son más que letra muerta, híbridos ensayos de laboratorio.

Atisbemos cualquiera de los recovecos de nuestra realidad cotidiana. En las bibliotecas —y los ministerios— encontraremos a pomposos economistas resolviendo estadísticamente el hambre del pueblo. En las fábricas, a científicos asalariados por la libre empresa: están buscando nuevas sustancias aromáticas o seudonutritivas que fomenten la supremacía comercial de un jabón. ¿Y el equipo técnico de los Estados? Pujando por cósmicos latifundios, antes de haber resuelto su intemperie terrena. Se soslaya entonces el objetivo utilitario —y de utilidad colectiva— que debe inspirar a la cátedra. ¿De dónde, sino del aula y el taller, pueden salir las soluciones para el drama del Hombre? Fórmulas para paliar sus dolores, aliviar su estrechez, ampliar su ámbito intelectual y sensitivo.

La Psicología, la más humana de todas las ciencias, no fue ajena tampoco a esta limitación. Demorada en las barbas profesionales, lujo de gabinetes y cenáculos, hasta fines del siglo pasado no adquirió conciencia de su fin social. Se necesitó el estímulo de los primeros embates psicoanalíticos para hacerla saltar a la arena, en un proceso experimental y polémico que aún prosigue con el mismo empuje inicial. Esta rápida "socialización" de la Psicología se debió a las investigaciones que los estudiosos realizaron en el campo de la Psicología aplicada, partiendo de la Psicoterapia y concluyendo en la Psicopedagogía y la Psicotécnica. El análisis de las anomalías psíquicas facilitó un conocimiento empírico de las fuerzas mentales, con lo cual se pudo encarar el estudio y mensura de la inteligencia, con miras a su aprovechamiento en la medicina, la industria y la educación. En primer término, en el aspecto psicogenético y psicoterapéutico; en segundo lugar, como auxiliar de la labor pedagógica, clasificando a los escolares en distintos rangos de dotación y separándolos en clases paralelas para encarar científicamente su formación

educativa; diagnosticando y guiando la subnormalidad, determinando la eficacia de los métodos didácticos. Y en última instancia, como factor decisivo en nuestra era mecanicista: la orientación profesional.

Los tests o métodos necesarios para establecer estos índices, se cuentan por millares. Todas las escuelas psicológicas han propuesto sus propias pruebas psicométricas y de aptitudes, acumulando una variedad de ardua recopilación. Basados en exámenes de imaginación, juicio, retentiva, ingenio, sistematización, concentración, memoria y hasta peculiaridades caligráficas (grafología), todos ellos persiguen una finalidad única y solidaria: la elevación de la persona humana.

Esta circunstancia confiere un relieve especial a esta magnífica edición de *Kapelusz*, en la que el profesor Béla Székely, distinguido psicólogo y tratadista rumano, concentra y clasifica las principales técnicas de exploración psicológica. Enriquecida por el aporte de otros especialistas —pues el editor encomendó al doctor Alfredo Calcagno la compaginación y terminación de los originales, a raíz de la muerte del autor—, la obra constituye así un manual de inapreciable utilidad y metódico acceso para quienes se sirven profesionalmente de esta ciencia-piloto de la personalidad.

JORGE ALBERTO SAEZ

CUENTOS, MEMORIAS Y ENSAYOS, por Ana Frank. *Editorial Candelabro*. Buenos Aires, 1961. 165 páginas.

Los floristas expertos arrancan las rosas en capullo. Pimpollos detenidos, niños muertos, exhiben en un vaso su tersa lozanía sin abejas.

Ana Frank vivió también un verano sin fragancias, un invierno sin bolas de nieve ni trineos. Los vio de lejos, recortados en la ventana del escondrijo, mezquina pantallita de cinematógrafo. El viento, tal vez, el sol, tal vez, nada, tal vez. El miedo, sí, siempre, como un ciempiés descalzo.

Después del "Diario", estos cuentos son como un pañuelo. Se seca el llanto en estos paisajes diáfanos sin Bergen-Belsen ni encierro. Ana es un testigo fiel de sus deseos, de sus sensaciones, y hasta de lo trivial y cotidiano. Sus criaturas tocadas de maravilla conviven con gnomos y princesas, trasuntan su propio mundo ávido y encantado. Dónde está lo real, dónde lo específicamente onírico. Peter, *Rita*, Otto Frank, *Eva*, Margot, *Kathy*, el señor Dussel, *Pelusita*, *Krista*, *Lies Goosens*, el matrimonio Van Daan, prójimos de la misma vigencia humana, testimonios de un sueño que devino pesadilla.

Recuerdos de colegio, ensayos, historias de ingenua moraleja; Ana quiere hacer su nombre perdurable, aspira a que su retrato "ocupe un lugar de honor en el libro de memorias de hasta el último jovenzuelo romántico", premonición de una inmortalidad más trascendente y cierta. Y de pronto, al volver la página 70, aparece *El Miedo*, único indicio del dramático trance de quien lo narra, y aún así, afirmación de fe, credo de esperanza, confianza en una justicia superior e inmutable.

Así transcurre este libro apto para muchos; para jóvenes incrédulos, para adultos amnésicos, para generales belicistas, para púlpitos hipócritas.

Podría ser impuesto como texto de lectura en nuestros endebles planes escolares. Claro que nuestros niños no conocerían por este libro el auténtico rostro de Ana Frank, ya que los editores cedieron a la debilidad de ilustrar la cubierta con una fotografía de Millie Perkins. La superficial protagonista de un *film* sin fortuna viene así a sustituir una imagen inscripta —desde ahora y para siempre— en la iconografía de los héroes de la Humanidad.

J. A. S.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CON VERDAD Y CON RIGOR, por José Blanco Amor. *Editorial Santiago Rueda*. Buenos Aires, 1961. 78 páginas.

Como José Blanco Amor pienso que el porvenir del pueblo español no podrán resolverlo los exilados sino los mismos españoles que en España resisten y sufren. Sólo los hombres de las nuevas generaciones que no han conocido el horror de la guerra y por lo tanto están limpios de miedos y viejos rencores son los llamados a construir ese futuro. Los exilados nada pueden hacer, puesto que a su debido tiempo nada supieron hacer. Y después de todo, aún ha de demostrarse que en el exilio se vive peor que en España. Escuché una vez, aquí en Buenos Aires, a uno de nuestros generales republicanos: discutía de vacas argentinas, tierras argentinas, dineros argentinos... Y los auténticos españoles hablan de tuberculosis, hospitales, cárceles, censuras, terrores...

Un generoso amigo argentino, Lázaro Liacho, me habló a raíz de la aparición de *El duelo por la tierra perdida*, como de un gran libro. Un querido amigo exilado, enfermo en aquel entonces en el Centro Gallego, me advirtió: "Muchos lo critican mal". Nada diré de "El duelo". Los comentaristas lo hicieron a su tiempo y sazón. En *Con verdad y con rigor* el propio autor nos presenta algunos de esos elocuentes comentarios, acompañados por unas cuantas notas suyas en las que aclara una posición frente a España y nuestro exilio republicano. José Julio Castro expresa que Blanco Amor no es uno de los exilados. Esto pudo inducirlo a no tomar los verdaderos problemas del exilado, proporcionándole una visión falsa o defectuosa acerca del tema elegido al verlo desde fuera. No es ese el quid. Tal vez "El duelo" haya debido surgir de uno de los que forman las filas de exilados. Los hay con talento como para haber escrito esa novela. Es muy posible que sólo uno de ellos tuviera derecho a escribirla, porque si un error —quizá entre otros muchos— cometió Hemingway, fue escribir *Por quién doblan las campanas*, pues al hacerlo se exponía —tal como sucedió—, a ofrecer un enfoque erróneo, caricaturesco en última instancia, del carácter español y de esa terrible mancha que ensombrecerá nuestra historia de hombres civiles: la guerra incivil, como la habría llamado Unamuno. Sólo los españoles sabemos cómo somos y sólo nosotros debemos ahondar en el complejo mecanismo de nuestro modo de ser. Realmente, nadie mejor que aquel que sufre las consecuencias sabrá hablar, bien o mal, de ellas. Pero si esa voz no surgió en tantos años, no podemos censurar a Blanco Amor por su testimonio, bueno o malo, pero testimonio al fin. El *quid* de esta polémica radica en que a nadie como al español le escuecen las verdades. El mismo gusta decirlas de los demás, pero nunca consentirá que le sean dichas. Orgullo muy ibérico. Shaw era aplaudido por los mismos espectadores que fustigaba en sus comedias; Shaw no hubiera podido ser un fenómeno español. A Unamuno lo leen la mayoría de los españoles con una ristra de ajos colgada al cuello.

Hay un grito en *Con verdad y con rigor* que me identifica totalmente con el pensamiento de Blanco Amor. Es cuando dice: "Pero España me dolía entonces —y me sigue doliendo—, como una herida sangrante. No exijo un reconocimiento especial por este dolor. Es mío". Parece escrito por don Miguel a quien tanto vituperaron los fariseos españoles de las faltriqueras repletas de oro. No tengo el gusto de conocer personalmente a Blanco Amor, pero si eso escribe y eso siente, yo que sangro a España por los cuatro costados, no puedo menos de admirarlo y respetarlo como a un buen español. Y a los buenos españoles, sólo debe importarnos una cosa: que en España no se pase frío, ni hambre, ni se viva en el siglo XIII. Lo demás, cero.

VICTOR SAIZ

LOS COLORES DEL AMOR, por Lucano D. Grieco. *Edición del autor*. Buenos Aires, 1961. 295 páginas.

Muy a menudo he defendido una literatura pornográfica para intelectuales, y tal vez lo más próximo a la idea sobre el particular nos la proporcione Huxley con su novela *Viejo muere el cisne*. ¿Existe realmente una pornografía intelectual? No lo sé. Nunca me he preocupado demasiado por buscarla, pero quizá una gran parte de los autores que industrializan esa dimensión del amor necesitarían de un tipo tal de literatura, porque al menos, cuando se resolvieran a escribir acerca del tema, tendrían un ejemplo o una escuela, del mismo modo que otros escritores cuentan con la riqueza espiritual de los clásicos. Nuestra literatura pornográfica no sería entonces de tan ínfima calidad y los iniciados, o en trance de iniciarse, contarían con maestros que los orientarían debidamente o "indebidamente" para el parecer de jueces y censores, parecer que, ni aun en estos casos, debe importarnos mucho.

Las novelas eróticas son agobiantes porque se empieza por no creer en la anécdota. Despiertan interés si encierran dosis de arte, tesis sociales o entrañan mecanismos psicológicos desconcertantes que nos descubren nuevos mundos, como ocurre con las novelas de Proust, Gide o T. E. Lawrence. Pero, cuando un autor se limita puramente a lo descriptivo y a lo externo y la anécdota se reduce a presentarnos las idas y venidas de un individuo que en cada esquina conquista una mujer, la fatiga llega a través de cada página. Este es el caso de *Los colores del amor* donde Lucano D. Grieco nos pinta a un sujeto desprovisto de valores, arrojado a un embrutecimiento erótico merced al que se desdibujan los verdaderos impulsos amorosos. No es que ese libro recuerde en nada a *El amante de Lady Chatterley* de D. H. Lawrence, pero en esta novela, dentro de una situación sexual, se destacaba la presencia de Sir Clifford a lo largo de una vida estática con la cual el autor nos entregó una tesis que según algunos consistía en señalar los daños ocasionados por el avance de las zonas industriales sobre las relaciones humanas, subrayando de paso la supremacía del instinto sobre el intelecto. Una tesis llamada a despertar nuevas conciencias y que en el tiempo servirá para describir una época de evolución.

Grieco, con un estilo marcadamente periodístico, nos presenta unos muñecos vacíos, con la boca eternamente embadurnada por feas y cínicas palabras. Dentro de ese estilo para periódico o consultorio médico, Grieco escribe bastante bien, desconcertando casi siempre con expresiones o posesivos mal empleados. Añádese un diálogo seudocientífico de perfecta enciclopedia sexual. La novela, evidentemente, es otra cosa.

Al terminar la lectura del libro se piensa: "¿Esto es el amor?" "¿Son éstos los colores del amor?" Sinceramente, aun sin ser experto en la materia, es más, aun sin creer mucho en el amor, pienso que el amor es otra cosa —o debe ser otra cosa—. El erotismo obtiene su grado máximo de belleza cuando el escritor sabe expresarlo con una delicada espontaneidad animal; o con esa gracia y ese perverso equilibrio de los adolescentes de Anouilh, cuando se destruyen buscando lo absoluto.

No sin nostalgia, al final de este extenso manual erótico, se piensa en esos gusanitos que al hacerse el amor mueren, él dándose un mordisco en el vientre y ella a los pocos instantes reventando para que la semilla que lleva en su interior reciba la savia que acaba de brotar del compañero. Y pensamos que sería hermoso que la cosecha del amor humano se obtuviese por ese medio: la muerte purificadora y la total ignorancia de los padres. Pero es casi seguro que de ser así, nuestra sociedad estaría constituida en forma bien distinta: grupos de hombres y mujeres serían confinados, para fructificar, en campos especiales. Naturalmente serían elegidos los de siempre. He aquí por dónde el amor

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

resultaría patrimonio exclusivo de las clases menesterosas, en tanto que los poderosos lo evitarían, como ahora escapan a los campos de batalla cuando organizan una de las suyas.

V. S.

AQUEL TIEMPO MIO, por Elio Grosso. Trad. Ariel Canzani D. *Ediciones Botella al Mar*. Buenos Aires, 1961. 48 páginas.

Un poeta amigo me decía no hace mucho tiempo que en la Argentina hay cuarenta y cinco poetas por habitante. Le repliqué que bien hallados. Lo ideal sería que en nuestro país... (aunque soy español, la Argentina es para mí como una extensión de España; además, pienso un poco como aquellos mercenarios de que nos habla Herodoto que, cuando les preguntaban si no se avergonzaban de servir a una patria que no era la suya, respondían que allí donde fueran sus partes nobles allí estaba su patria) ...lo ideal, repito, sería que todos fuésemos poetas. Un país de poetas, aun sin resultar todos óptimos, significaría la auténtica tierra prometida. Esta inmensa mayoría de practicantes de la poesía es un fenómeno que, aun en el campo de lo inexplicable, puede explicarse. Veamos. La población del mundo está en constante aumento, así como las urgencias con que nos emplaza la vida. Hay demanda. En pequeña o en gran cantidad hay demanda de poesía, de periodismo, de pintura, de literatura y de música. De ahí que resulte natural que, como en el caso de los árboles y el bosque, a veces los poetas no "dejen" ver la poesía. Pero..., todo menos lamentarnos.

Italia, de donde nos llega Elio Grosso, también es tierra de poesía. A orillas del Adriático y del Mediterráneo florecen los vates con exuberancia latina. Grosso pertenece a la escuela romántica y en *Aquel tiempo mío* nos ofrece una poemática plácida, llena de colores tranquilos y de imágenes puras. A veces es un tanto luctuoso, pero se olvida en seguida para dar un paso a una esencial manera de ser.

Esta fresca poesía es como la interpretación de un mundo visible a través de un temperamento que utiliza los vocablos como el pintor maneja las coloraciones y texturas. Cierto entrenamiento artesano no le impide a Grosso encontrar abismos de trascendencia metafísica. Grosso es el artesano de una curiosa arquitectura poética. Antes, estas cosas se hallaban en las simbologías del neoclasicismo, pero bien se ve en Grosso un afán de profundizar más que de lucirse. Hay mucha sinceridad en su poesía.

Su intelección del mundo visible apasiona; su observación es honda; sensitiva su percepción y dúctil su ritmo. Hay una luminosidad pavesiana —si bien podría surgir una enemistad entre su romanticismo y el Pavese a-romántico que a mí me ha deleitado siempre—, hay en Grosso, repito, una concupiscencia lumínica, una especie de gula de inimaginables hallazgos. Es un poeta sin anteojeras.

V. S.

ARRIBA PASA EL VIENTO, por Fernando Lorenzo. *Editorial Goyanarte*. Buenos Aires, 1961. 117 páginas.

En una indefinida región de características poco frecuentes —allí suele esconderse el sol a horas imprevistas y cada casa posee un pájaro que custodia el sueño de sus moradores— sitúa Fernando Lorenzo el mundo extraño, casi fantasmal de su novela. Dentro de esa irrealidad desasida de toda relación lógica con los sucesos cotidianos, los seres y las cosas se identifican alegóricamente con las más contrapuestas fuerzas vitales. De tal modo tanto el protagonista como Tibot, Ludmila, las bailarinas, el barquero, los jinetes, la mensajera, representan, hasta por la simbología de sus nombres, la eterna dualidad (carne-

espíritu), en que se debate el hombre, acosado en su ansiedad de equilibrio por intereses dramáticamente contradictorios.

A través de un transcurrir temporal impreciso, donde no se tiene la certeza de nada, donde todo puede cumplirse de diversas maneras, el autor va adelantando circunstancias y estableciendo ciertos asideros reales —dormir, beber café, sentir la luz del sol, advertir los árboles. las palomas— que afirman, en cauces verosímiles, la nebulosidad de muchas actitudes. Inmersos en el opresivo clima del relato, los personajes inmovilizan sus propósitos en infinitas postergaciones —que recuerdan la angustiosa reiteración de las pesadillas kafkianas— y se mueven no por voluntad propia, sino por una especie de automatismo premonitorio que los vuelca en los hechos con la fatalidad de un acto inevitable. Entrelazando esa peculiar realidad con lo soñado, de modo que "...la imaginación cuenta en ciertos casos más que la verdad". (p. 61), avanzan en una alucinada búsqueda de su destino —centrado en el amor o en el deseo de abandonar esa población inhóspita—, hacia el encuentro de metas inalcanzables que paulatinamente van desdibujándose hasta transformarse en recuerdos borrosos. La escena final, envuelta en una atmósfera de singular patetismo, en la que un poder oscuro parece dominar a los protagonistas, encierra sin embargo un mensaje esperanzado que quizá culmine en otro ámbito más sereno y acogedor.

Dueño de una sobria técnica formal y de una madurez estilística que otorga a sus páginas momentos de acentuado lirismo, Fernando Lorenzo ratifica con esta obra, en el plano narrativo, los auténticos valores manifestados anteriormente desde su producción poética.

NELIDA SALVADOR

LOS ESPACIOS Y LOS SÍMBOLOS, por María de Villarino. *Editorial Losada*. Buenos Aires, 1960. 99 páginas.

La fervorosa vibración poética presente ya en la voz de María de Villarino desde su obra inicial —*Calle apartada*, 1929—, se ha ido enriqueciendo a través de una ininterrumpida labor literaria, que abarca el verso, la narrativa y el ensayo, hasta alcanzar la depurada hondura de *Los espacios y los símbolos*.

Equilibrio formal y una noble sencillez expresiva son las notas caracterizadoras de este libro en el que se incluyen junto a las páginas inéditas, algunas composiciones publicadas anteriormente. En él cobran unidad, alrededor de un tema raigal: el fluir inexorable del tiempo, diversos conflictos vitales que, mediante un melancólico discurrir emotivo, la autora va rescatando de su propia experiencia.

Ese mesurado acatamiento de la fugacidad temporal, se resuelve a veces en una valoración nostálgica de sucesos y circunstancias que adquieren en el recuerdo un entrañable contenido simbólico. Así ocurre con la evocación de la adolescencia, ámbito luminoso en el que se cifran: "La verde edad y la pasión dichosa / en su lengua de miel y angustia hablando / y aquel temblor de carne despertando / el angélico idioma de la rosa". (p. 9).

En otras ocasiones, ante la imposibilidad de retener cada instante para colmar así la plenitud sustancial de nuestro tránsito terrestre, la escritora toma conciencia de sí misma y se siente identificada con los seres y las cosas pues, aun en el desamparo de la orfandad y la tristeza, mantiene presente que: "Desde niños aprendimos, / sin palabras, sin razonamientos, / por el simple hecho de vivir, / que la vida está hecha de amor..." (p. 51).

Este anhelo de perfección moral, de bondad y de belleza que palpita en la palabra de María de Villarino, confiere a su mensaje lírico una cálida densidad humana de auténtico y perdurable valor.

N. S.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CORAZÓN SALVAJE, por Luis Sersale di Cerisano. *Camor Editores*. Buenos Aires, 1961. 313 páginas.

Ya Senaquerib y Asurbanipal abandonaban la muelle decadencia de sus harenes asirios para cabalgar detrás de una leona o de un tigre. Los bajorelieves de los palacios de Nínive no han de tener nunca rival en la representación visual y táctil de la fiera acorralada y herida. Cuado admiramos a esa leona herida en el flanco en el palacio de Asurbanipal —magnífica expresión sintética de dolor y anatomía—, es tan urgente el llamado de los valores estéticos en juego que nos olvidamos del drama en sí, de la acción cinegética inspiradora. Solamente al enfrentarnos con un libro como *Corazón salvaje* retornamos al drama de lo cotidiano, al drama de la fiera acosada, de la fiera hambrienta, de la fiera amante: al drama, en fin, del mundo.

El libro de Sersale di Cerisano está compuesto por una treintena de relatos. El autor —según lo afirma la contratapa— tiene en su haber largos años de existencia en el continente negro y puede, así, brindarnos una gran variedad de historias en las cuales las fieras, las gacelas, los antílopes y otros animales juegan el papel protagónico. A medida que estas narraciones van desfilando ante nuestra imaginación, se nos hace más patente la similitud del libro con aquellas interesantes películas documentales del Africa producidas por Disney.

No todos los relatos están a la misma altura, fuerza es decirlo, pero algunos sobresalen, equilibrando de esta suerte la balanza. Es el caso, por ejemplo, del segundo relato, "La tigresa que ríe", acertadamente encuadrado dentro del paisaje agreste de la India, con un cierto aire de leyenda oriental modernizada y con una bien marcada pauta de suspenso.

Las otras historias se suceden con la carga emocional de lo vivido y en cada página Serisale nos ofrece coloridos pincelazos de caza, de autodefensa selvática, de ternura animal, de instinto atávico. La diversidad de las descripciones y de los contrastes compensa quizá la extensión del libro.

La segunda parte dedicada a los "amigos verdaderos", a los perros, ofrece desde el primer relato ejemplos de los tiernos y hasta sorprendentemente humanos sentimientos de estos seres. "El campeón" constituye tal vez el mejor de los relatos: la historia de un aristocrático "setter" de caza a lo largo de un año de inesperados cambios de dueño, desde una condesa a una huérfana, pasando por un contrabandista de los Alpes. En general, en toda esta segunda sección encontramos más riqueza temática que en la primera, pero en todos sus cuadros el autor estampa el trazo de su amor por los animales, y es ese cariño el que, al traslucirse a través de sus páginas, logra interesarnos.

TERESA SANCHEZ CUEVAS

ESPANTAPÁJARO, por Manuel de Castro. *Ediciones Banda Oriental*. Montevideo, 1960. 70 páginas.

El niño. Así, sin más. Un mundo de fantasía. El espantapájaro prosaico de las eras es un "garabato nocturno". El ángel que anuncia el nacimiento del Salvador es "de terciopelo". El caballito del carrusel tiene "vidrios de asombro" por ojos. El arroyo nativo es "cielo caído". El niño poeta deletrea un "silabario sideral". El niño pobre se convierte en magnate naviero fingiendo "el charco una laguna con su puerto y botarel". Todas estas "comillas" son imágenes de *Espantapájaro*, de Manuel de Castro.

Libro de poemas sencillo, pergeñado por su esencia y su forma para la mente infantil, ofrece rimas cadenciosas y ritmos pegadizos adecuados para la sensitiva audición del niño.

El autor divide su breve tomo de poesías en tres títulos: "Espantapájaro", "Ronda de niños en siete pausas" y "Divertimientos", agregando como epílogo un cuento en prosa: "Aventura ratonil"

En "Espantapájaro" se destacan poesías como "Niño dormido con juguetes", graciosa quintilla en donde desfilan los juguetes: "Velan por su sueño / cuatro monigotes, / un burro sin dueño / y diez soldadotes / con un general". Tres sonetos irrumpen en la infantil medida de arte menor, evocando con sus graves alejandrinos escenas familiares como aquellas del uruguayo Herrera y Reissig.

Más nostálgica se nos aparece la sección "Ronda de niños en siete pausas", con sus rítmicas "Ronda por la niña que ha de volver" y "Canción por la niña que faltó a la ronda", tiernas composiciones de fino lirismo.

En sus "Divertimientos" leemos una traviesa "Fantasía del barco de papel", versión infantil —podríamos decir— de la famosa "Canción del pirata" de Espronceda.

Cierra el libro un entretenido cuento al cual falta, sin embargo, un remate o moraleja, pues termina un poco sorpresivamente.

El dibujo de la cubierta fue realizado con un gran sentido artístico por el niño Alvaro de Castro.

T. S. C.

UNO, EL PAÍS, por Pablo Rivas. *Burnichon Editor*. Buenos Aires, 1960. 172 páginas.

Logrado testimonio de nuestra tierra, actualmente en rápido proceso de despersonalización. Para muchos esto representa "progreso y cultura", a otros simplemente nos entristece porque dejamos de ser nosotros mismos a cambio de muy discutibles beneficios. Uno se pregunta cómo pudo el autor ser santiagueño con Leonardo, del campo bonaerense con Luis, sampedrino (como Don Segundo) con Antonio y del suburbio porteño con José. Y tan bien. Y tan auténtico. Un verdadero alarde de ubicuidad para darnos en un haz este país nuestro. Y Blanquita, esa muchacha con la que tropezamos a cada paso en las calles del suburbio. Porque, a despecho de nuestras interminables llanuras, el país ofrece diferencias marcadas, es distinto en cada una de sus comarcas. Y las diferencias que aquí se exhiben no son sólo las del paisaje. Son las diferencias de los climas del alma de los argentinos y sus problemas de arraigo y de desarraigo. Los arquetipos que ha creado Rivas nos devuelven, nos "recrean" el país y hacen de éste el verdadero personaje. Sentimos más intensos, más auténticos, a los personajes del interior en su medio. Y no por altibajos de la novela sino porque esa autenticidad del hombre arraigado es un hecho y ese mismo hombre trasplantado a la gran urbe se desdibuja. Sí, en Buenos Aires la sobria autenticidad de los personajes accede a cierto pintoresquismo y es ésta una concesión que rebaja la jerarquía de la creación, tan valiosa por lo demás. El autor se ha servido de la técnica del "salto al pasado" a través de cada uno de los personajes. Si bien está salvada la unidad novelística, la independencia de los relatos dentro de cada capítulo es tal, que algunos constituyen verdaderos cuentos aislados, tan hermosos como el de Leonardo y su perro o el del bautizo de los hijos de don Chindo.

ATOLS TAPIA

PARADOJA DEL CISNE, por Mario Lesing. *Ediciones El Matadero*. Buenos Aires, 1961. 93 páginas.

Es siempre muy grato saludar la aparición de un par en la narrativa de ficción. Y sobre todo cuando posee las dotes, el talento y la originalidad de Mario Lesing. Como anticipa la solapa, no es un sobrevolador de panoramas sino alguien que está a ras de la vida. Ese solo hecho constituye para nosotros un

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mérito. Si la temática es varia, el autor no siempre "buscó" final, pero eso sí, siempre tiene algo que decirnos, y esto es, al fin y a la postre, lo importante. Juzgamos extraordinarios algunos de estos cuentos. Así "La carroza" donde el agudo bisturí de la crítica cala muy hondo. "La venganza", que se consuma con una sola palabra. "El brillo", donde un tema simplísimo (la competencia de dos muchachitos "lustras" en el mismo par de zapatos) pone a prueba toda nuestra capacidad de ternura". "La inauguración", de sorprendente final. Y cuando ya reclamábamos a este escritor, que cala tan a lo profundo el alma humana, algo sobre el tema eterno, nos da como regalo final dos cuentos "sobre" el amor. El único reparo: nos parece que *Paradoja del cisne* no es el cuento más merecedor de dar título al libro. Aunque, sin duda, respetables razones sentimentales gravitaron en la decisión del autor.

A. T.

LA MANO DEL AUSENTE, por Juan Carlos Ghiano. Con dibujos de Mario Loza. *Ediciones Mundonuevo*. Buenos Aires, 1960. 56 páginas.

Hay tres temas fundamentales que importan en los poemas de *La mano del ausente* y quizá, también, en toda la obra narrativa de Juan Carlos Ghiano: el amor, la soledad y la magia. Se anudan y superponen en posibilidades caleidoscópicas a través de una actitud del autor: la de testigo ubicado en una encrucijada del tiempo.

Acostumbrados a reconocer en Ghiano a un ensayista riguroso y luego a un hombre de teatro de fina percepción, puede a primera vista sorprender la publicación de sus poemas, en general más característicos como intentos iniciales de un escritor. Pero si pensamos que Ghiano ha sido crítico "más acertado que acerado" y si comprendemos la presencia de constantes argentinas emocionales y geográficas en sus poemas, inclusive los más íntimos, nos será fácil establecer una continuidad clarificadora.

Amantes encadenados e irrealizados; tiempos sin variantes, presencias desvaídas; protestas de místico alcance a quien no "aprendiera que el amor es apenas reflejo de la propia ansiedad"; caballos suburbanos y teorías familiares se ordenan en los poemas. Cada uno de ellos revela algún suceso que ha impresionado profundamente al autor, quien fue "el solo hombre que advirtió el sentido", más allá de lo que no se dice y ni siquiera se piensa; el único que comprendió las distancias que separan a los seres, los desencuentros fatales y las casualidades que determinan a las criaturas —("mi soledad ha presentido"; "solo yo la recuerdo"; "y sé que los amantes"; etc.). Observa las cosas que pudieron haber sido, o que son en predeterminada manera, en génesis inalcanzable; un suceder más allá de nosotros mismos, como si viviéramos más "la vida que nos dejan" que otra férreamente gobernada —("quedó ya establecida la condena / antes de que naciéramos a jornadas / en que nos fue imposible presentir / la perfecta pareja que hoy formamos". Francesca y Paolo). A veces es actor y testigo simultáneos, desdoblamiento que favorece ciertas distancias y que hace a la muerte tanto el castigado análisis de *Excusa a un suicida* o el más lejano *Recuerdo* de una muerte ajena a sí misma. Un testigo, inevitable observador de un mundo de múltiples dimensiones, corporizadas por conos fabulosos girando eternamente. Allí, en un momento "que anuda sin huídas / lo vivido, el presente y el futuro", en el centro de la espiral perfecta de un dibujo de Mario Loza, entrecruzándose con el véstigo de dos amantes, está el poeta.

La lucha subterránea por la superación del aislamiento (soledad es sinónimo de incomunicación) se versifica en poemas sujetos a una mecánica interior no siempre visible pero que evoca la gravedad de un cello. Existen una rica modulación, una adjetivación muchas veces sorprendente y, sobre todo, una emoción noblemente depurada. Sin embargo, toda esta reserva, esta apretada forma de decir, como en una letanía ("apagado ritmo / nacido de una sangre casi muerta" *La extranjera*), explota dramáticamente, hace un crescendo de protesta mística para rendirse luego, otorgando un perdón necesario, reconquistando la paz del verso en *Fe;* o continúa, aterrador y endemoniado, en un *Maleficio* que persiste sin perdones.

Ghiano mismo ha facilitado su comprensión al recordar una niñez provinciana vinculada a historias de muerte y fantasmas, a mujeres sabias en el más allá; y una biblioteca sin vallas de moralina. Sustancial, su adolescencia ofrece la pista de las primeras influencias: "años de estudiante en un Paraná irrecuperable (ha escrito): mundo donde Rilke y Lubicz Milosz se acercaban a Supervielle y García Lorca, evocaciones de Rimbaud y de Verlaine... que conservan el sabor de las horas más ambiciosas y turbadoras."

En *La mano del ausente*, en oposición a estas líneas, la solución no es tan explícita. Ghiano, conteniendo pudorosamente un íntimo mandato de decir, reserva el relato a quien pueda atravesar las capas más dolorosas del suceso, descifrar los jeroglíficos, prolongar en sí mismo los poemas y decir luego "simplemente: Lo sabía" (*El testigo*). Quien logre tal conquista encontrará en Juan Carlos Ghiano aquello que Alberto Gerchunoff amaba en Heine: habrá recuperado un poeta para su intimidad.

ALEJANDRO TARNOPOLSKY

JUNIO 16. por Néstor Kraly; *LAS SEÑORITAS VECINAS*, por María Mombrú; *SIETE JEFES*, por Jorge M. Paolantonio; *NECESITO DIEZ MIL PESOS*, por Enrique Silberstein. *Ediciones Nueva Visión*. Buenos Aires, 1961.

Kraly, María Mombrú y Paolantonio son autores premiados en un mismo concurso, auspiciado por LOSANGE; Silberstein es el ganador de otro concurso, organizado por el Teatro de los Independientes y LOSANGE. Las cuatro piezas están en un nivel de calidad artística más o menos parejo. Pese a ello, da la impresión de que se hubiese intentado soslayar la pieza de Silberstein, o —por lo menos— dar explicación de su publicación junto a las demás. *Necesito diez mil pesos* es, de las cuatro, la más acorde con la realidad inmediata; es una sátira al círculo vicioso que describen los pesos en una sociedad mal organizada. "Estoy dedicando todas las horas del día, todos los días del mes, todos los meses del año y todos los años de mi vida para traer mercadería de allá, venderla acá y no pagar allá y no cobrar acá... Y me paso diez horas diarias entre mercadería y entre plata y doy ocupación a tres empleados que salen a la mañana temprano de sus casas... y regresan a la noche, cansados, molidos, y se arrojan a la cama, porque tienen que levantarse temprano al día siguiente, para estar aquí, para vender y no cobrar y para buscar plata. Todo por unos pesos a fin de mes", dice Martín Prodec, representante, importador, revendedor, etc., al cabo de mucho trabajar, pero sin haber conseguido salir, todavía, del brete cotidiano. A la obra le falta concentración de la acción, un poco dispersa. Además, es evidente que Silberstein no está maduro en el manejo del drama: hay cosas eminentemente teatrales pero otras se le escapan, estructuralmente, hacia la narrativa. En este género lo habíamos conocido algún tiempo atrás (*El asalto*).

Me atrevo a afirmar que la más lograda de las cuatro piezas es la de María Mombrú. *Las señoritas vecinas* trata un asunto viejo en otras literaturas, en otros países, pero que nosotros no hemos desarrollado todavía y que, como hecho real, tendremos que esperar mucho para superarlo. La castidad esgrimida para el respeto, la vir-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ginidad inútil sostenida hasta dar con un pie en la tumba, y sus consecuencias: la hipocresía, los traumas, la envidia hacia quienes fueron valientes; todos estos son los temas que elige esta mujer de teatro y que dirige a mujeres, para enfrentarlas con una triste y frecuente realidad. Llama la atención que en un trabajo de tan buena factura se haya usado el "tú" (también lo usa Kraly); le resta fuerza a ciertos parlamentos de Regina y sus diálogos con Juan Esteban o con sus hermanas. Esto no obsta para que el segundo acto sea una de las tiradas más firmes y concentradas de la dramática nacional en los últimos años; un segundo acto que se cierra con Julia, la mayor de las tres hermanas, sentada en la cama y con la derrota ante sus ojos: "JULIA (*después de una larga pausa, como si mordiese las palabras*): Pienso que no hiciste bien, como tampoco hice bien yo, en rechazar uno a uno a los hombres que se me acercaron; pienso que somos mujeres a medias, cosas monstruosas, adolescentes viejas, engendros..., sí... (*Pausa*) Hasta mañana, Elena; tengo que rezar. Hay muchos muertos, y es tarde. Mañana hablaremos. Se terminará. (*Reza*)". En el tercer acto decae un poco esa firmeza; las imágenes del pasado, brillantes escénicamente (y con reminiscencias de Arthur Miller), no agregan nada, en fabulación, a lo expuesto en los actos anteriores.

Jorge M. Paolantonio opta por el drama histórico. Hay seriedad en este trabajo, mucho empeño y ajuste a un léxico y una lengua de época, aunque de pronto se le escapen detalles conceptuales de no mucha importancia, como cuando Arévalo le exige a Catalina que tome conciencia de sus "derechos" (la acción transcurre en la primitiva Santa Fe, en 1580). Pero *Siete jefes* está construída con mucha ciencia teatral, mesura y equilibrio sobre la base de una consciente documentación, y la visión del hecho histórico resulta bastante vívida. Sobre un esquema clásico, trata el tema desde el ángulo de los sublevados, desde el de los españoles y desde el del pueblo.

Junio 16 es un drama de circunstancia. Cómo reaccionan distintos seres humanos (desconocidos, entre sí) ante un mismo peligro y ante sí mismos porque están encerrados e irremisiblemente deben enfrentarse, es un recurso ya bastante explotado, y que Néstor Kraly no pudo llevar más allá de las posibilidades y limitaciones que encierra. Hay escenas no muy convincentes, como la defensa de la prostitución que lleva a cabo el SACERDOTE; si la defensa se hubiera limitado a la ADOLESCENTE, habría tenido sentido, pero el error consiste en el intento de generalizar. Esta es la equivocación clave de la pieza: la ambición de lo universal partiendo de recursos gastados. Pero tiene aciertos, sin duda. El dominio de la acción simultánea, p. ej.; o la técnica del monólogo, puesta a prueba en los recuerdos del SACERDOTE, o los de la ADOLESCENTE, o en los propósitos del VENDEDOR. También sabe caracterizar: el ACTOR, el PRESIDIARIO. Pero el drama se trenza en situaciones que conducen, en definitiva, a muy poco.

Cuatro dramaturgos, cuatro piezas, y unos pasos más en la larga búsqueda de una dramaturgia argentina.

NESTOR TIRRI

EZEQUIEL SORIA, PROPULSOR DEL TEATRO ARGENTINO, por Juan Oscar Ponferrada. *Cuadernos de las Ediciones Culturales Argentinas del Ministerio de Educación y Justicia*. Buenos Aires, 1961. 55 páginas.

¿Cuándo nació el teatro nacional? Diversas respuestas al problema: polémicas; falta de acuerdo. El trabajo de Ponferrada no es (ni pretende ser) un gran ensayo; es desigual: se explaya demasiado en el marco político previo a la llegada de Soria a Buenos Aires, deja baches en el problema del teatro nacional en sí, en lo que al final del siglo se refiere. Pero tiene un mérito imponderable: revalorar la figura de Soria y sumarse a los que sostienen que el teatro argentino no nació con *Siripo* de Labardén, estrenada en 1789. Hasta un siglo después hubo un teatro nacional; pero ese teatro era argentino con grandes limitaciones —pocas obras, menos autores—. Esta etapa no bosqueja, siquiera, lo que sería posteriormente el teatro nacional. Desde los fines del s. XVIII hasta el ocaso del siglo que le siguió, nuestro teatro anduvo pegando saltos entre lo exótico e inauténtico y el más elemental nativismo; Soria apareció para realizar, sin más, ese sincretismo de erudición y criollismo, tarea que no interesó ni a Coronado ni a los demás. Ponferrada habla de Soria como hombre de teatro, de "su contribución a la formación de los primeros actores, trabajo más valioso que su misma producción literaria". El autor reivindica la situación de Soria frente a Pepe Podestá (esto es muy importante), luego del imperdonable olvido que el actor criollo hiciera de Soria, a sabiendas, en sus Memorias. Esta es la tarea de un hombre de teatro, escribir, dirigir, trabajar sin advertir nunca si el ejercicio en las tablas lo capacita como dramaturgo o si el oficio de escritor dramático aviva sus ojos de director escénico. Función, la del "hombre de teatro", que ha hecho escuela e institución en nuestro país, debido acaso a la etapa de estudio, de preparación, por la que atravesamos, antes de demarcar las líneas de un definitivo teatro nacional. Porque... ¿hemos dado el último trazo a nuestra auténtica definición teatral?

N. T.

EXEQUIAS DE UN AMIGO, por Marcelo Venturi. Trad. Augusto Guibourg. *Emecé Editores*. Buenos Aires, 1961. 138 páginas.

Corre por las líneas de estos tres descarnados relatos una sombra de fatalidad, un aire de desarticulación moral típicos de la postguerra italiana. Desde la visión dramática de los sucesos, se cristaliza un contenido de violencia impaciente, de trauma espiritual incurable, de rufianesca medida, donde los hechos de cada criatura desenvuelven los elementos de su condición para trasladarlos a lúcidos planos existenciales.

El autor mira vivir a sus criaturas y les inyecta vida, una vida de asombro e impotencia, donde sin pretender abrumar con una desinteresada y soporífera literatura, señala, simplemente, la desconcertante veracidad que postulan individualidades irreductibles.

Para tal acción, Venturi maneja un idioma transparente y directo. Se atiene a normas técnicas de objetividad. El relato del proceso psicológico del que acompaña al cementerio en su viaje último a Tadeo Paracini en "Exequias de un amigo"; el peregrinaje del antiguo oficial alemán de la S.S., Hans Wassel en compañía de Marta por regiones de Italia y de vívidos recuerdos en "Vacaciones germánicas", la soledad de Katherine y el corrosivo culto razonador del muchacho que ve en el final de una "Temporada difícil" el jadeo de sus posibilidades económicas, señalan una estructura de filosas crueldades, donde el fermento de la angustia corroe a quienes se someten, por diversas circunstancias, a ese juego exaltado que se llama vida.

Escrudiñando el mecanismo de cada individualidad, el autor subraya ya relación entre los equívocos conscientes y la libertad restringida de un positivismo analítico. Trata de que sus seres cubran el más largo camino en el más corto tiempo. Y en ese combate refleja, frente a cada inevitable derrota, un tono y un tiempo que se repliegan sobre las criaturas con sacrificial dimensión.

Cada soledad es cubierta por un "racconto" de inútil rebeldía. En un mundo convulsionado por fuerzas disímiles, cada ser defenderá la coherencia o incoherencia de su pensamiento; así, los puntos de partida aprovechables serán, según

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su modo en lo más próximo, términos que corresponden a un inapreciable vacío de conciencia.

En este sentido, Marcello Venturi nos obliga a compartir una aritmética visiblemente dolorosa. Sobre las pequeñas distancias, existe la gran distancia de la incomunicación, los trechos cortos y breves de las apariencias con sus frustraciones, la intraducible e íntima apetencia del ser, donde fundada en arbitrariedades y afincamientos, transcurre la conciencia del Yo humano con el reflejo-juego del mundo.

FRANCISCO TOMAT-GUIDO

VENGO A DAR TESTIMONIO, por César Rosales. *Editorial Losada*. Buenos Aires, 1960. 143 páginas.

Hay plenitud poética en este libro de Rosales. Un centro espiritual construido en el misterio de las evocaciones mágicas y en la corriente del tiempo que encierran sus días cotidianos con atormentada intensidad.

Su *testimonio* nos viene adecir lo que abarca su mundo, lo que ha historiado en la búsqueda de la visión de seres remotos, mitos eternos, huellas luminosas que se mantienen alerta en las reconditeces de las palpitaciones humanas; también la vida sensorial que levanta el panteísmo, las energías creadoras de arquetipos persistentes y constructores, y la estafa de los negativos robadores del fuego que día a día prostituyen el limpio paisaje de la espiritualidad.

A medida que entramos en la lectura de *Vengo a dar testimonio*, notamos la íntima y nunca saciada sed de Absoluto que fecundiza al poeta. La naturaleza religiosa del hombre, su mitología privada, su actitud frente a las cosas y los hechos, nutren el enigma de toda deleitosa experiencia que Rosales hace suya en medio de hondas formulaciones líricas. Se comprende aquí que su mensaje no es un mero episodio de expresión, sino la descarnada esencia de una búsqueda por aprehender la escisión entre lo humano y lo cósmico; fundamento que desarrolla entre sorprendente símbolos de alta poesía.

Las cinco partes que forman el cuerpo unitario del libro, acentúan un puro fervor por el mundo elemental y el mundo metafísico. La estampa heptasilábica de "La sonata de mi pueblo" no es otra cosa que el testimonio del hijo desterrado *saliéndose de madre / como un torrente ciego*; la épica de "La piedra del silencio" define los rasgos esenciales en procura del amor trascendente. no como evasión hacia planos utópicos, sino como profunda justicia sobre la tierra, *libre ya de tiranos y demonios;* en "Canto rodado" el deseo de la eternidad le muerde *en la tiniebla de la materia informe*; la "Letanía del falso profeta" es una señalación hacia tantos falsos mercaderes de nuestro tiempo, tenebrosos y alucinados hijos de la estafa que vemos moverse a nuestro lado; en la evocación de César Vallejo —el siempre recordado cholo peruano— registra la vida torturada pero también *la flor alta del hombre*, y cuando anuncia "Cambiar la vida" no hace nada más que postular por que el hombre encuentre su altura en medio de las profundas quiebras que rodean el clima de la contemporaneidad.

Vale para este libro la palabra trascendente. Por lo que encierra de verdad y por la nutricia tierra de la poesía. Por los mitos eternos y por las facultades creadoras. Por la densidad de la creación y por los múltiples indicios de sus misteriosas y potentes sugestiones. Un libro con el cual, César Rosales, honra la línea americana con inconfundible, profunda, real y lúcida categoría poética.

F. T. G.

LA MUERTE DE UNA DAMA, por Osvaldo Seiguerman. *Editorial Goyanarte*. Buenos Aires, 1961. 108 páginas.

Dice Marcel Jouhandeau en su libro *Algèbre des Valeurs Morales* que "el infierno no es obra de Dios, sino del hombre". En muchos de los planteos de la novela actual, las vertientes convergen hacia el infierno que aflora en el mundo de las criaturas, en sus pensamientos y sensaciones, en ese sentido irremediable de desubicación que es la tónica de este tiempo de interrogaciones agudas.

La advertencia sirve a Seiguerman para registrar en su novela *La muerte de una dama*, los límites y contradicciones de un mundo de seres solitarios, profanados en sí y por sí mismos en la atmósfera social que los contiene; productos ellos mismos de herencias que permanecen en su deformación con una libertad aparente pero roídos por un desapego que los transforma en cobardes e inútiles.

Vanas serán sus fugas a través del alcohol, el sexo, las distorsionadas raíces nihilistas, para hallar los límites de una conciencia que los afirme en su confusión. En lo fronterizo de su irrealidad, el enfrentamiento señala quiebras de asfixiante textura, repliegues de un universo obstinadamente arbitrario, sofisticada retórica de un valor sin valor en las limitaciones de sus abiertos problemas reales.

A la presión desusada de los hechos, el novelista ha aplicado una técnica directa, por momentos periodística, desarrollando en el ángulo de su visión propuesta el juego humano con sus contornos y sentimientos. Las criaturas se sienten vivir en sus complejos traumas, se las oye respirar en los resúmenes de sus desconciertos, y en la monotonía de su detenida evolución el laborioso agotamiento de la fe parece ser lo sospechable de sus filones secretos.

Se entiende aquí que las palabras de Gaëtan Picón "la novela debe hablar como la vida misma" no son extrañas a este escritor. Los seres que transitan por su novela no enjuician, sino que muestran en la disponibilidad de sus medios e intenciones, el infierno que apuntábamos al principio. Por boca de Marta percibimos el clima psicológico de su trabajo:*"Me gusta la libertad, querido; quiero disponer de mí misma, disfrutar de lo que puedo ver y palpar. Quiero tocar a Dios y al diablo con mis manos, ¿comprendes?... Además. ustedes no merecen demasiados sacrificios"*.

Dentro de esta escala, hallará el lector la tónica de la obra. Y en la conciencia desordenada de los personajes, Seiguerman, la futura vía para un sentido más profundo, donde la criatura sea la eterna resurrección de las mejores esperanzas.

F. T. G.

DIARIO POETICO y *SER EN SOMBRA*. por Damián Carlos Bayón. *Ediciones del autor*. Buenos Aires, 1961. 66 y 96 págs., respectivamente.

El adiós del poeta suele expresar una sutil forma de aproximación, una disputa al olvido, una voluntad de transmutar la realidad fundiéndola al sueño para poder, sólo así, poseer al objeto.

Tal propósito aparece una y otra vez en las páginas de *Diario poético* y de *Ser en sombra*, recientes entregas de Damián Carlos Bayón, a quien la Sociedad Argentina de Escritores concediera el premio "Iniciación", en 1950, por su obra *Encuentro en un espejo*.

Así lo expresa en "26 de mayo": *Adiós, adiós, te llamo desde un sitio / antípoda seguro de tu tiempo. / Ven a mirar el aire que te ofrezco / desnudo ya, como un árbol reciente.*

Ese afán de afirmación también lo emprende el hombre regresando a sí mismo. Y es otro rasgo característico de este poeta y crítico de arte. El introspectivo análisis de Bayón, expresado en versos libres, se manifiesta en un lenguaje fluído y sin restricciones. Y se con-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mueve ante elementos ya tiernos, ya sombríos: *Todo lo que es del hombre / nos emociona: un pedazo de trapo, / lavado, recosido, tibio. / Un mendrugo de pan, al borde* ("21 de junio").

Porque Bayón siente que unos y otros sirven de abono al espejo mágico que diariamente conforma el poeta en su vital empeño. Por ello se detiene ante *todo lo que es humano, lo que el hombre o la mujer o el niño tocaron, descartaron, movieron.*

El testimonio de Bayón —cuyos trozos señalados corresponden a *Diario poético*—, se vuelca en un lenguaje metafísico, que intenta apresar el sentido cósmico de la existencia, en *Ser en sombra* (*Una montaña pesa mucho en la mano / por eso / prefiero sostener una rosa / que es tanto...:* "Ahora aquí"). Ese repliegue testimonial (*Al filo extraño / de una noche perdida, / me encontré, / ya tan después de tanto...:* "Ultimo puente medianoche") se vale en ocasiones de un lenguaje de vanguardia (*La noche dijo: no. Todo fue un gran silencio. Cero redondo, hueco de la música, / o desgarrón de nada:* "Expectativa"), que registra a menudo la preocupación del tiempo (*Silencio tras silencio, hueco agudo / de ser sin querer ser ya en la tarde vacía:* "Menester de poeta"). Y si alude a la intransferible soledad (*Ni quien yo ni quien nadie / te ayude, te dé la mano:* "Poemas intransferibles"), a la frustración de una consciente negativa a la vida (*De los hijos que pude tener / elegí deliberadamente no tener ninguno. Por tristeza:* "Poemas negativos"), sabe también detenerse ante un glorioso misterio, el de la Música, a la que denomina *lugar de los amantes.*

CELIA ZARAGOZA.

• LITERATURA
• TEXTOS
• PRIMARIOS
• SECUNDARIOS
• UNIVERSITARIOS

Librería

HUEMUL

•

SANTA FE 2237 — T. E. 83-1666
BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ABELARDO CASTILLO

Papel y tinta

El mundo ha sido hecho para llegar al libro.
MALLARMÉ.

• El jurado encargado de discernir los Premios Nacionales de Poesía para la producción 1958-60, y que estuvo compuesto por Leónidas de Vedia, José Edmundo Clemente, Narciso Pousa y Carlos F. Grieben, optó por las siguientes obras: *Suma y Sigue,* de Eduardo González Lanuza (100.000 pesos); *Donde la Patria es un largo glaciar,* de Nicolás Cócaro (60.000 pesos) y *La Vida de Siempre,* de Horacio Armani (20.000 pesos).

• Miguel Brascó, humorista —dibujante de sombreros extraños, que dividen al mundo en dos partes: el señor "square" y el señor "hip"—; inventor de alguna memorable sección en revistas algo menos memorables; turista de larga fatiga; ex director de no sé cual publicación extranjera; compilador monstruoso de una Antología Poética Universal; conferencista, como todo argentino advertido —advertido de esa manía que Macedonio Fernández investigó en nosotros: la de ser un pueblo *conferenciable*— es, además, doctor en leyes y poeta. Publicó a los 17 años sus primeros versos; en el 53, *Otros Poemas e Irene;* ahora anda bajo el brazo con *El Mecanismo del Mundo* y, dentro de la carpeta, con una *Antología de la Mediocridad.* Libros que como en los cuentos de horror alemanes, y —no más de ver cómo se gobierna el mundo— son, acaso, dos apariencias del mismo libro.

• El Consejo del Escritor y *Ediciones Consagración,* resolvieron otorgar los premios del CONCURSO DE POESIA, para 1960, a *Soledad Pensativa,* de Gaspar L. Benavento (Premio Alfredo Bufano); a *Dulcísima Aventura,* de Carlos F. Grieben (Premio González Carbalho); a *Día en la Noche,* de María Angélica Villar (Premio Margarita Abella Caprile); a *Relato del Sobreviviente,* de César Magrini (Premio Salvador Merlino); a *Floridas Márgenes,* de Elías Cárpena (Premio Vicente Barbieri).

• Celia de Diego, que me propinó esta Sección, nos envía junto con una breve defensa de *La cárcel y los hierros,* de Alicia Jurado —defensa que a lo mejor es justa, pero nunca podré saberlo, porque, si bien no

leí el libro, tampoco hice la crítica: laberinto tanto más horrible cuando pienso que la reseña aludida fue publicada por Alicia Tafur, de quien me distancia, claro, alguna notoria diversidad somática–, nos envía, digo, una carta y un recorte de periódico. Lástima no poder reproducirlo entero. Se habla allí de Miguel Angel Solivellas ("*...es guarda de ómnibus,* nos escribe C. de D., *y encuentra a duras penas tiempo para escribir...*"), autor de "Una montura para los domingos", relato publicado en FICCIÓN, que pertenece a un volumen premiado en el Certamen Literario Regional 1960 (SADE, Filial Río Cuarto). El libro, *Relatos de la Víspera,* está actualmente en prensa y es junto con una novela de Juan Floriani, traducida al ruso, y un cursillo de Juan Filloy sobre "Novelística, esencia y forma", uno de los –como escribe el raro articulista de "El Pueblo"–: *cuatro motivos de complacencia que se suman al historial ciudadano "par droit d'excellence": todo lo cual, ciertamente, es agradable divulgar* (sic.). Todo lo cual, pienso, es ciertamente agradable divulgar.

• Y ya que dije Alicia Tafur: culpable de buena literatura y vinculada al cine por parte de esposo –Ricardo Alventosa, el inteligente director de *Una Historia Negra,* cortometraje, aunque premiado, de lo mejor que se ha hecho por aquí–; culpable, además, de ojos hermosos, la autora de "La Matraca" persiste en embellecer Buenos Aires: ahora, con un libro. *Un Gato de Angora Gris.* Docena de relatos y cuentos que, siendo ley de esta lección no adelantar juicio, debo callarme, que incluye varios de los mejores cuentos leídos, y no sólo por nosotros, en bastante tiempo. Implicados algún best-seller y dos o tres mitos. Alventosa, mientras tanto, inicia su segundo film, *Mala Memoria,* cuyo guión (propio) anticipa imágenes de testimonio acerca de una peligrosa amnesia: la de olvidar que una vez hubo un horror que se llamó nazismo.

• Amelia Biaggioni es ibseniana. Nos explicó que basta desear profundamente irse a Europa para, repentinamente, ser becado (o deportado). La voluntariosa Magia sirve, además, para conseguir una casa. Un poema suyo, por ejemplo, anticipaba cierta ventana; luego, con el tiempo, una mudanza de lo más realista –con changadores– se la concedió idéntica. A César Vallejo le pasó lo mismo, sólo que con una lluvia y una muerte. Cosas de poetas. El caso es que Amelia, en cualquier momento, nos manda una postal desde Afganistán, Jujuy o el Vaticano.

La crítica hermética

Daniel Barros publica una breve crítica sobre mi libro *Sentimientos* en "Ficción" Nº 31. A juzgar por ella, parece ser un representante de esa escuela de crítica (no ya de poesía) hermética, cuya cabeza visible en este país sería Juan Carlos Ghiano, con ciertas influencias de Cantinflas y plebiscitados antecedentes de Irigoyen. Entiendo por hermetismo una dificultad, tal vez deliberada, más bien inherente, de pensar y/o expresar con claridad, instancias ambas que parecen tan indispensables a la crítica.

Un ejemplo es la frase final del artículo de Barros, que insinúa: "Un libro que permitirá conocer mejor a su autor", corolario que tanto puede significar "al fin podemos comprender a este genio" o "mostraste la hilacha, infeliz". O bien este otro párrafo: "Escribir poemas con el título de *mambo* o *bolero,* y crear la letra y cadencia similares, *es cosa que corre por cuenta del autor*". Por mi cuenta, pero, ¿en mi haber o en mi debe? Este comentario revela en el crítico, además, la ingenua presuposición de que los poemas se escriben como las composiciones escolares, empezando por el título. ¿Y si fuera al revés, es decir, que la letra y cadencia impusieron a posteriori poner esos títulos a los poemitas?

Hay en Barros una combinación de suficiencia y sordera. "Acontece –dice– que no son elementos decisivos los que aporta el autor en varios casos, sobre todo si reparamos en lo que *preanuncia,* así: *hablas / como humo al aire / como lluvia al mar.* A pesar de la síntesis, existe demasiada vinculación entre *humo* y *aire* y entre *lluvia* y *mar*". Precisamente, señor, esa vinculación es lo que se ha buscado para significar la naturalidad con que habla la dama, y contraponerla luego a la forma desgarrada en que se la escucha. Así lo muestra la segunda estrofa, que las temblorosas antenas del crítico no lograron detectar: *oigo / como pupila al fuego / como pecho a la daga.*

Pero algunas concesiones me hace Barros. En el poema *La cita* encuentra esta cosa muy larga y sin puntos: "una preocupación por hacer coincidir las elucubraciones que subyacen a cada paso en el hombre de la ciudad y las precipitaciones de la vida cotidiana, indagando en ese inconsciente de lo contrario perdido". Lástima que al crítico no se le ocurre explicar al lector ni a mí en cuál de los cinco poemas que bajo al título de *La cita* trae el libro es donde hago coincidir las elucubraciones que subyacen e indago en el inconsciente de lo contrario perdido. Concluyo, pues, que sólo leyó uno de los cinco, y ni siquiera el índice.

Sería muy largo seguir. Sólo insisto: hacer crítica es mediar entre el autor y el lector, situando, esclareciendo, ordenando, valorando. No es arrastrar un dedo sucio de grafito por algunas páginas de cualquier libro.

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Noticias

◆ De una entrevista que "Clarín" (5/10/61) formulara a la señora Mildred Adams de Kenyon extractamos algunos párrafos que consideramos de interés para los lectores de FICCIÓN:

"Mildred Adams de Kenyon ha pasado por Buenos Aires en una gira sudamericana «para conocer nuevos valores» y saludar a los viejos amigos. Mrs. Kenyon, como lo ha dicho la crónica, es una de las mejores traductoras del español en Estados Unidos de Norteamérica y su conocimiento del idioma y de la literatura iberoamericanos se debe a una sola circunstancia: el interés que le inspiran".

Contestando al cronista, Mrs. Kenyon dice:

—El lector norteamericano medio, el famoso «hombre de la calle», busca igualmente los valores universales y cierto sabor erótico. Pero sobre todo busca una trama, una historia que capte su atención y la retenga. No es, en realidad, ni filosófico ni muy intelectual, pero ama el coraje, los sentimientos y las narraciones.

—¿Podría nombrar algunos autores argentinos traducidos al inglés que hayan obtenido, en su opinión, esa resonancia entre el público de lectores?

—Sí; entre los argentinos, Eduardo Mallea y Victoria Ocampo... (siguen otros autores latinoamericanos).

—¿Y nombres nuevos? ¿Conoce los "nuevos nombres" en la literatura iberoamericana? ¿Cuáles obras en prosa o en verso entre las recientemente publicadas han llamado su atención?

—Precisamente ahora estoy ocupada buscando esos nombres nuevos. Borges, por ejemplo, no lo es, pero en mi país es poco conocido y trataré de remediar esta situación. He leído y me han llamado la atención los libros de Sara Gallardo, de Carmen Gándara, pero creo que no puedo dar una lista de "nombres nuevos" por ahora.

Estas declaraciones —provenientes de alguien a quien se menciona con "conocimiento del idioma y de la literatura iberoamericanos"— constituyen una penosa confirmación de la peregrina idea que se tiene en el exterior sobre el avance de nuestra cultura. Al mismo tiempo, nos afirma en el propósito de perseverar en la infatigable labor informativa en que está empeñada FICCIÓN, a través de sus secciones especializadas: la lista de Best-Sellers argentinos en primer lugar —donde incluímos todos aquellos títulos que han superado los 10.000 ejemplares de tiraje— y que puede servir de punto de partida para la ubicación de sus respectivos autores en la actualidad literaria nacional; las secciones *Noticias* y *Papel y Tinta*, donde se lleva un *record* de todas las novedades argentinas aparecidas y por aparecer en el catálogo editorial argentino; y, finalmente, el espacio dedicado a críticas bibliográficas, donde los libros de nuestros autores encuentran siempre la más preferente acogida. Si FICCIÓN puede llegar a cubrir totalmente ese vacío informativo, estaremos seguros de haber logrado uno de nuestros más importantes objetivos.

(Nota de la Redacción)

◆ La publicación de *Rosaura a la diez* en alemán (por la editorial Kiepenheuer & Witsch bajo el título de *Rosaura Kám um Zehn*) ha suscitado elogiosos comentarios en la prensa alemana, y lo mismo se espera de la edición alemana de *Lago Argentino*, de Juan Goyanarte, que aparecerá próximamente bajo el sello editorial

Heinrich Scheffler. Se acaba de concretar la cesión de derechos para otra obra de Miguel Angel Asturias en Yugoslavia: *El Señor Presidente* será publicada en idioma esloveno por la editorial Cankarjeva Zalozba, de Ljubljana, mientras que ya ha sido publicada, en idioma servio-croata, la novela *El Viento Fuerte*, por la editorial Nolit, de Belgrado. La editorial teatral Strasseg, de Bad Reichenhall (Alemania), ha tomado a su cargo la distribución en Alemania de *Las Furias*, de Enrique Suárez de Deza, en traducción alemana, y la editorial Félix Bloch Erben, de Berlín, se acaba de encargar de las representaciones de la versión alemana de *Aprobado en Castidad*, de Luis Peñafiel (Narciso Ibáñez Serrador), en Alemania, Suiza y Austria; se espera que la obra sea estrenada en Alemania dentro de muy poco tiempo. Un nuevo éxito se anotó en la trayectoria victoriosa del clásico argentino *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes: se acaba de firmar un contrato con la editorial Naprijed, de Zagreb (Yugoslavia), para una edición en idioma servio-croata.

◆ En Buenos Aires, a los tres días del mes de noviembre de mil novecientos sesenta y uno, reunidos en la sede central de Editorial Losada, Alsina 1131, los miembros del Jurado del Premio Internacional de Novela Editorial Losada 1961, señora Beatriz Guido y señores Miguel Angel Asturias y Marco Denevi, en presencia del escribano público José León Torterola y de los representantes de la editorial, proceden a la ratificación del fallo expedido con fecha 27 de octubre pasado, del que han resultado premiadas las obras correspondientes a los siguientes autores: PRIMER PREMIO, *Detrás del grito*, presentada bajo el seudónimo de "Sureño", a Iverna Codina, con domicilio en la calle Ayacucho 341, Buenos Aires; SEGUNDO PREMIO, *Unos cuantos días*, presentada bajo el seudónimo de "Aspern", a Luis Pico Estrada, con domicilio en la calle Paraguay 1302, Buenos Aires; TERCER PREMIO, *Gente conmigo*, presentada bajo el seudónimo de "Isondu", a Syria Poletti, con domicilio en la calle Venezuela 1449, Buenos Aires. Después de leída la presente, la firman los señores miembros del jurado, el escribano José León Torterola y el señor Gonzalo Losada en representación de la editorial. Firmado: Beatriz Guido. Miguel Angel Asturias. Marco Denevi. José León Torterola. Gonzalo Losada.

◆ Un escritor, un ensayista, un crítico, un jurado casi permanente de literatura, un baudelairiano, en suma: un hombre de letras en su integral expresión. Esto es lo que ha buscado y, en consecuencia, decidido la Sociedad Hebraica Argentina para el cargo de su director de Relaciones Culturales, y la designación ha recaído en Bernardo Ezequiel Koremblit, quien es, simultáneamente, el secretario de redacción de "Davar", la revista literaria que publica la prestigiosa institución. El autor de *La torre de marfil y la política* y, como se sabe, colaborador habitual de FICCIÓN, es el hombre para el puesto tal como la Hebraica, por su actividad cultural, es el puesto para el hombre.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Libros recibidos

ABRAXAS
Carolina María de Jesús: *Quarto de despejo.* Trad. Beatriz Broide de Sahovaler.

AGUILAR
José Luis Sampedro: *El río que nos lleva.*

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS
Arturo Capdevila: *Alta memoria.*
Carlos Villafuerte: *Voces y costumbres de Catamarca* (2 tomos).

ALDABA
Jorge Berystain: *El pozo del avestruz.*

ALDABÓN
Miguel Menassa, Martín Micharvegas, José Peroni, Gianni Siccardi: *Poesía junta.*

ALTAMAR
Saúl Yurkievich: *Volanda Linde Lumbre.*

ARIEL (Barcelona)
C. Northcote Parkinson: *La ley de Parkinson.* Trad. Jaime Gras.

ARIZARO
Néstor Saavedra: *El General del Chaco.*

ASOMANTE (Puerto Rico)
Juan Martínez Capo: *Viaje.*

BRITISH COUNCIL
Margaret Willy: *Three Metaphysical Poets.*
Maurice Cranston: *Locke.*
David Wright: *Roy Campbell.*

CANDELABRO
Yael Dayan: *Bienaventurados los que temen.* Trad. Noemí Rosemblat.
Rafael Cansinos Assens: *Las luminarias de Januca.*

CARLOS LOHLE
F. J. J. Buytendijk: *La psicología de la novela.* Trad. Felipe M. Lorda.

CEDRO AZUL
Elvira Amado: *Preñez.*

COLOMBO
Juan Pinto: *Ordenación del sueño.*
Alberto Oscar Blasi: *El enamorado.*

COLUMBA
Federico A. Daus: *Qué es la geografía.*
Edmée De la Rochefoucauld: *Paul Valéry.* Trad. Lysandro Z. D. Galtier.
Armando Rigobello: *Camus.* Trad. Alberto José Vaccaro.

CUADERNOS JULIO HERRERA Y REISSIG (Uruguay)
Graciela de Sola: *El rostro;* Juvenal Ortiz Saralegui: *De la amorosa búsqueda poética.*

DÉDALO
Rosa Signorelli Martí: *La mujer en el mundo antiguo.*

DEL AUTOR
Luis Waysmann: *Travesía.*

DEL PACÍFICO (Chile)
Duff Cooper: *David.* Trad. María Espiñeira de Monge.
Jacques Barzun: *La casa del intelecto.* Trad. Hernán del Solar.

DESTINO (Barcelona)
H. E. Bates: *Delicia de mayo.* Trad. Raquel Vázquez Zamora.
Alfonso Grosso: *La zanja.*

DIFUSIÓN
Remigio Vilariño S. L.: *Devocionario popular.*
Sebastián Di Francesco: *El derecho al nacimiento.* Trad. José Garo.
José Bozzetti: *Qué es la filosofía.* Trad. José Garo.
Fulton J. Sheen: *El cuerpo místico de Cristo.* Trad. Raquel Tejeda Lawrence.
Carlos Boyer: *Unidad cristiana y conocimiento ecuménico.* Trad. José Garo.
Pedro Pavan: *La democracia y sus razones.* Trad. José Garo.
Hardy Schilden: *Normas morales de educación sexual.* Trad. E. D. A.
Carlos María de Heredia, S. J.: *Los fraudes espiritistas y los fenómenos metapsíquicos.*

EDICIONES CULTURALES ARGENTINAS
Ismael Moya: *Ricardo Rojas.*
Eduardo González Lanuza: *Los martinfierristas.*
José Luis Muñoz Azpiri: *Capricho italiano.*
Poesía argentina para los niños. Selección y prólogo de Elva de Lóizaga.
José Luis Lanuza: *Pintores del viejo Buenos Aires.*
Juan Oscar Ponferrada: *Ezequiel Soria, propulsor del teatro argentino.*
Carlos A. Foglia: *Casáreo Bernaldo de Quirós.*
Domingo F. Casadevall: *El teatro nacional: sinopsis y perspectivas.*
Tomás Eloy Martínez: *La obra de Ayala y Torre Nilsson en las estructuras del cine argentino.*
Ignacio B Anzoátegui: *Manuel Gálvez.*
Narciso Pousa: *Ricardo E. Molonari.*

EL ESCARABAJO DE ORO
Abelardo Castillo: *El otro Judas.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EMECÉ

Polo Godoy Rojo: *Campo guacho.*
Vintila Horia: *Dios nació en el exilio.* Trad. Marta Acosta van Praet.
Ulises Nobody: *El frac.*
Adolfo Bioy Casares: *Historia prodigiosa.*
María Esther De Miguel: *La hora undécima.*
Miguel Angel Cárcano: *Travesía española.*
Hans Kades: *San Salvatore.* Trad. Eugenio Schneider.
Memorias de D'Artagnan. Trad. y prólogo de Jean Bonnafous.

ESPIRAL (Colombia)

Clemente Airó: *La ciudad y el viento.*

FABRIL EDITORIA

Carlos B. Quiroga: *Jesús de Nazareth.*
Gustavo Gabriel Levene: *Niñez en Catamarca.*
Meyer Levín: *Compulsión.* Trad. Gabriela de Civiny.
Eduardo Gutiérrez: *Historia de Juan Manuel de Rosas.*
Fred Hoyle: *La nube negra.* Trad. Mario Testa.
Mouni Sadhu: *Técnica de la concentración.*
William Faulkner: *El sonido y la furia.* Trad. F. E. Lavalle.
Luigi Pirandello: *Seis personajes en busca de autor.* Trad. Donato Chiacchio.
Sholem Asch: *El judío de los salmos.* Trad. Eloy Lorenzo Rébora.
Kit Porlock: *El séptimo velo.* Trad. Julio Juan Ortiz.
Jules Renard: *Pelo de zanahoria.* Trad. F. E. Lavalle.
Anatole France: *El señor Bergeret en París.* Trad. Luis Ruiz Contreras.
Max Lerner: *Los Estados Unidos como civilización.* Trad. Aníbal Leal.
Roger Bastide: *Sociología y psicoanálisis.* Trad. Herman Mario Cueva y Susana de Aldecoa.
Alfred North Whitehead: *Aventuras de las ideas.* Trad. Bernardo Costa.
Fritz Riemann y colaboradores: *El psicoanálisis viviente.* Trad. Irene Garfeldt-Klever de Leal.
Pierre-Aimé Touchard: *Apología del teatro.* Trad. E. Madrid Diez.
Ross Macdonald: *El caso Galton.* Trad. Víctor Iturralde Rúa.
Robert Louis Stevenson: *El muerto vivo.* Trad. Bernardo Costa.
Jean Jacques Rousseau: *El contrato social.* Trad. Enrique de la Rosa.
Citas famosas y frases célebres. Selección de José Julio Castro.
Encíclicas políticas y sociales de los Romanos Pontífices.
Marc Bouloiseau: *Robespierre.* Trad. Raúl Gustavo Aguirre.
Manuel Gálvez: *La tragedia de un hombre fuerte.*
Veinte cuentos de Buenos Aires. Selección de Nira Etchenique y Mario Jorge De Lellis.
Paul Claudel: *Juana de Arco en la hoguera.* Trad. Angel J. Battistessa.
James Joyce: *Gente de Dublin.* Trad. Oscar Muslera.
Alfred Sauvy: *La opinión pública.* Trad. Luis Pellier.
Marcel Boll y Jacques Reinhart: *Las etapas de la lógica.* Trad. Nilda Sito.
Beatrice Lane Suzuki: *Budismo Mahayana.* Trad. Osías Stutman.
Gerhard Szczesny: *El futuro de la incredulidad.* Trad. J. Rovira Armengol.
Anatole France: *La isla de los pingüinos.* Trad. Luis Ruiz Contreras.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Ndabaningi Sithole: *El reto de África.* Trad. Francisco González Aramburo.
Nicholas S. Timasheff: *La teoría sociológica.* Trad. Florentino M. Torner.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Charles Odier: La *angustia y el pensamiento mágico.* Trad. Alfonso Millán.
Jovan Djordjevich: *Yugoslavia, democracia socialista.* Trad. Julieta Campos y Enrique González Pedrero.

GOYANARTE

Johannes Allen: *Amor de juventud.* Trad. Patricio Canto.
Rodolfo Arizaga: *Manuel de Falla.*
Miguel Angel Asturias: *El alhajadito.*
Abelardo Castillo: *Las otras puertas.*
James Gould Cozzens: *Poseídos por el amor.* Trad. Baldomero Porta.
Guy des Cars: *Esa extraña ternura.* Trad. Hugo Acevedo.
Antonio Di Benedetto: *El cariño de los tontos.*
Hellén Ferro: *No hay brulas con el Señor.*
Juan Goyanarte: *Lago Argentino* (5ª ed.).
Juan Goyanarte: *Farsa.*
Nancy Graham: *El jacarandá púrpura.* Trad. Ana O'Neill.
Winston Graham: *Marnie.*
John Gunther: *Rusia por dentro, hoy* (2ª ed.).
John Gunther: *Arrastrado por la creciente.*
Alicia Jurado: *La cárcel y los hierros.*
Fernando Lorenzo: *Arriba pasa el viento.*
Pilar de Lusarreta: *Potro blanco.*
James Michener: *El puente de Andau.*
Pamela Moore: *Palomas en San Marcos.*
Ana O'Neill: *Cuentos quietos.*
Dalmiro Sáenz: *No.*
Dalmiro Sáenz: *Qwertyuiop* (Teatro).
Michèle Saint-Lô: *Corazón loco.* Trad. Susana de Aldecoa.
Gregorio Scheines: *Un día y muchos días.*
Osvaldo Seiguerman: *La muerte de una dama.*
Sha de Persia: *Misión para mi país.*

HACHETTE

Jean Lucas Dubreton: *La vida cotidiana en Florencia en tiempo de los Médicis.* Trad. Horacio A. Maniglia.
Albert Schweitzer: *Mi vida y mi pensamiento.* Trad. Horacio A. Maniglia.
Edgardo Romera: *Cancionero andaluz.*
Eduardo Gutiérrez: *Los montoneros.*
John J. Johnson: *La transformación política de América Latina.* Trad. Mario Calés y Gabriela de Civiny.

HORMIGA

Santiago Pablo Scherini: *La pipa de hielo.*

HUMANIDAD (Montevideo)

Eugen Relgis: *Locura y siete antifábulas.*
Eugen Relgis: *La paz del hombre.*

KAPELUSZ

Sarmiento anecdótico. Selección, prólogo y notas de Narciso Binayán, J. M. Faverge, J. Leplat y B. Guiguet; *La adaptación de la máquina al hombre.* Trad. Dora Delfino y María C. Eguibar.
Gabriel Deshaies: *Psicopatología general.* Trad. Beatriz Noemí Padula de Nassif.

Charles Nahoum: *La entrevista psicológica.*
Maurice Coumétou: *Los exámenes sensoriales.* Trad. Alicia M. Vacca.

KRAFT
Leónidas de Vedia: *La poesía del simbolismo.*
Gandhi: *Autobiografía.* Trad. Manuel Gurrea.
Gabriel Marcel: *Un cambio de esperanza.*
Antoine Pinay: *El comunismo frente al liberalismo.*

LA MANDRÁGORA
Attilio Jorge Castelpoggi: *Miguel Angel Asturias.*

LANDÍVAR (Guatemala)
Teresa Arévalo: *Evangelina va al campo.*

LIBRERÍA EDITORIAL JUAN MEJÍA BACA (Perú)
Pablo Neruda, Alberto Hidalgo, Martín Adan: *Nuevas piedras para Machu Picchu.*

LOSADA
Paul Valéry: *Política del espíritu.* Trad. Angel J. Battitessa.
Jean Paul Sartre: *Los secuestrados de Altona.* Trad. Miguel Angel Asturias y Blanca de Asturias.
Elvio Romero: *De cara al corazón.*
Gabriel Miró: *Figuras de Bethlem.*
Bernardo Kordon: *Vagabundo en Tombuctú - Alias Gardelito.*
Ciro Alegría: *El mundo es ancho y ajeno.*
Pablo Neruda: *Tercera residencia.*
Aldous Huxley: *El tiempo y la máquina.*
Thomas Mann: *Cervantes, Goethe, Freud.*
Luis Reissig: *Educación y desarrollo económico.*
Arthur Adamov: *Teatro.* Trad. Luce Moreau-Arrabal.
Franz Werfel: *La muerte del pequeño burgués.* Trad. Luis de Vivar.
Jorgelina Loubet: *La breve curva.*
Juan José Manauta: *Cuentos para la dueña dolorida.*
Kant: *Crítica del juicio.* Trad. José Rovira Armengol.
Tudor Arghezi: *Poesías.* Trad. María Teresa León y Rafael Alberti.
Eugène Ionesco: *Teatro II.* Trad. Luis Echávarri.
Aldous Huxley: *El joven Arquímedes.* Trad. Leonor de Acevedo.
Omar Khayyám: *Las rubaiatas.* Trad. Christovam de Camargo.
César Vallejo: *Trilce.*
César Vallejo: *Poemas humanos.*
Hans Carossa: *El pensamiento vivo de Goethe.* Trad. J. Rovira Armengol.
Sebastián Salazar Bondy: *Teatro.*
Jesualdo: *Artigas.*

MATEU (Barcelona)
Ives Trené: *El rapto Peugeot.* Trad. Antonio Saiz Beneded.

MINOTAURO
Theodore Sturgeon: *Los cristales soñadores.* Trad. José Valdivieso.

MUNDONUEVO
Okakura Kakuzo: *El libro del té.* Trad. María Teresa Solá.
Eduardo Jonquières: *Por cuenta y riesgo.*

MUNICIPALIDAD DE SANTA FE
Emilio Alejandro Lamothe: *El barrio.*
José Luis Vittori: *Las fuerzas opuestas.*

NOVA
Raúl H. Castagnino: *Biografía del libro.*
Jorge Luis Cassani, A. L. Pérez Amuchástegui: *Del epos a la historia científica.*

NUEVA EXPRESIÓN
Carlos González: *Color de barrio.*
Esteban Peicovich: *Palabra limpia de mí.*

PALESTRA
Juan José Sebreli: *Martínez Estrada, una rebelión inútil.*

PERROT
Guillermo de Torre: *Escalas en la América Hispánica.*

PEUSER
Juan Hilarión Lenzi: *Vocación y destino* (Vida y hazañas de Edelmiro Mayer).

PROYECCIÓN
Ramón Sender: *Requiem por un campesino español.*

REVISTA DE GUATEMALA
Carlos Alberto Figueroa *Un carruaje bajo la lluvia.*
Abelardo Rodas Barrios: *Corazón adentro.*
Huberto Alvarado: *Exploración de Guatemala.*

RUEDA
André Maurois: *Los mundos imaginarios.* Trad. María Angélica Bosco.
Florencio Escardó: *Eduardo Wilde.*
Nicolás Repetto: *Mi paso por la agricultura.*
Lecomte de Noüy *El destino humano.* Trad. Carlos Foresti.
Arturo Marasso: *Joyas de las islas.*
Carlos Alberto Arroyo: *La furia de los vencidos.*

SARDIO (Venezuela)
Francisco Pérez Perdomo: *Fantasmas y enfermedades.*
Edmundo Aray: *Nadie quiere descansar.*

SEGHERS (Francia)
Antonio de Undurraga: *Passeports pour Argonautes.* Trad. Jacinto-Luis Gueireña.

SEIX BARRAL (España)
Hughes Panassié: *Historia del verdadero jazz.* Trad. Oriol Martorell.
Max Frisch: *Homo faber. Trad.* Margarita Fontseré.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TOQUICHÉN

Norberto Folino: *Gouchon Canè.*

TROQUEL

Ariadna Chaves: *Las otras tierras.*
Lobsang Rampa: *El cordón de plata.* Trad. Aurelia Ramírez de Burejson.

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR

Francisco E. Maffei: *En busca de una expresión argentina.*
Xavier Abril: *Dos estudios.*
Antonio Camarero: *Estética del color en la lengua latina.*

ZIG ZAG

Carlos Droguett: *100 gotas de sangre y 200 de sudor.*

Sírvanse suscribirme a la Revista-Libro FICCION por... año(s) con el envío de los obsequios que corresponden por uno, dos o tres años de suscripción, respectivamente, la condición de no pagar recargo alguno por cualquier número EXTRAORDINARIO que edite la Revista. Quedo a la vez asegurado contra cualquier ALZA que pueda tener el precio del ejemplar.

Nombre .....

Calle y número .....

Localidad .....

Adjunto cheque por $ 180.—, $ 300.— ó $ 400.— m/n.
o por 3, 5 ó 6 dólares
orden REVISTA-LIBRO FICCION

Rogámosle elegir en la lista al dorso las obras que desea (dos libros por un año de suscripción, cuatro libros por dos años y seis libros por tres años).

FICCIÓN

Revista-Libro de América

PARAGUAY 479 T. E. 31 - 3694
31 - 5163

BUENOS AIRES

●

Suscripción Argentina y países limítrofes:

1 año: $ 180.— m|n
2 años: „ 300.— m|n
3 años: „ 400.— m|n

Otros países

1 año: 3 dólares
2 años: 5 dólares
3 años: 6 dólares

Se pueden elegir, de la lista detallada al dorso, los siguientes libros como OBSEQUIO:

● 2 libros latinoamericanos por 1 año de suscripción.
● 4 „ „ 2 años „ „
● 6 „ „ 3 años „ „

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

COMPRE A CREDITO

Oferta especial de FICCION en su 5º. aniversario

PRECIOS ACTUALES:

Nº 1	$ 240.–
Nº 2	„ 120.–
Nº 5	„ 60.–
Nº 9	„ 240.–
Nº 11	„ 120.–
Nº 24-25	„ 150.–

El resto a 30.– m$n. el ejemplar (24 números).

TOTAL 5 años: $ 1.620.—m/n.

1) 30 volúmenes con más de 6.000 páginas de texto...

2) Casi un millar de artículos, cuentos, crónicas, con toda la actividad literaria mundial de último momento...

...en **8 CUOTAS MENSUALES DE $ 200.— cada una...**

SIN ANTICIPO

Las personas que no puedan solicitar personalmente su crédito, pueden hacerlo por carta, y les enviaremos la solicitud de crédito y el Catálogo General de nuestras ediciones.

REVISTA - LIBRO **FICCION** ∧ Paraguay 479 ∧ Buenos Aires

Adjunto cheque o giro por $ 200.– en amortización de la primera cuota de una colección de 5 años de FICCION, que les agradeceré me envíen como así también mi solicitud de Crédito.

NOMBRE y APELLIDO .....

DOMICILIO .....

LOCALIDAD ..... FC. .....

A. — Las colecciones o números sueltos que sean abonados al contado, gozarán de una bonificación del 15 %.

B. — Al adelantarse a pagar sus mensualidades antes del vencimiento correspondiente, se obtendrá el mismo descuento del 15 % sobre las cuotas adelantadas.

C. — Se pueden comprar en la misma forma de CREDITO los números que falten en su colección; en 8 cuotas mensuales.

IMPORTANTE: Si le sobrasen algunos de los números de alto precio, en buenas condiciones, se lo canjearemos por ejemplares de $ 30.– m|n.; es decir que por el Nº 1 ó el Nº 9 de FICCION, por ejemplo, le daríamos 8 ejemplares comunes, etc.

PARA NUESTROS SUSCRIPTORES QUE DESEEN OBTENER LA COLECCION COMPLETA DE **FICCION**, O ALGUNOS NUMEROS ANTERIORES, NO SE NECESITAN REFERENCIAS, BASTA EL ENVIO ADELANTADO DE LA PRIMERA CUOTA.

REVISTA - LIBRO FICCION

PARAGUAY 479 **31 - 3694 y 31 - 5163**

BUENOS AIRES (R. A.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LISTA DE LIBROS ENTRE LOS QUE PUEDE ELEGIR EL SUSCRIPTOR

DOS libros latinoamericanos por UN año de suscripción a FICCIÓN
CUATRO " " " DOS años " " " " "
SEIS " " " TRES " " " " " "

Enrique Amorim: **Los montaraces.**
Miguel Angel Asturias: **Week-end en Guatemala.**
Miguel Angel Asturias: **El alhajadito.**
Armando Ayala Anguiano: **El paso de la nada.**
Vicente Barbieri: **El intruso.**
Leónidas Barletta: **Primer cielo de Buenos Aires.**
Alberto Borges: **La resaca.**
Silvina Bullrich: **Teléfono ocupado.**
Silvina Bullrich: **El hechicero.**
Estela Canto: **El estanque.**
Ariel Canzani D: **La sed** (Diario de mi amigo el monstruo).
Tulio Carella: **Cuaderno del delirio.**
Arturo Cerretani: **La puerta del bosque.**
Salomón Chichilnisky: **La verdad.**
Carmen Da Silva: **Setiembre.**
Fernando de Elizalde. **El camino.**
Alvaro Fernández Suárez: **Se abre una puerta...**
Hellén Ferro: **Los testigos.**
Hellén Ferro: **No hay burlas con el Señor.**
Joaquín Gómez Bas: **Oro bajo.**
Adriano González León: **Las hogueras más altas.**
Juan Goyanarte: **La quemazón.**
Juan Goyanarte: **Lunes de carnaval.**
Juan Goyanarte: **Fin de semana.**
Juan Goyanarte: **Tres mujeres.**
Juan Goyanarte: **Kilómetro 25.**
Alicia Jurado: **La cárcel y los hierros.**
Bonifacio Lastra: **El prestidigitador.**
María Teresa León: **Juego Limpio.**
Fernando Lorenzo: **Arriba pasa el viento.**
Pilar de Lucarreta: **Potro blanco**
Rafael de Monteys: **El mundo en venta.**
Raúl Navarro: **La otra tierra.**
Ana O'Neill: **Cuentos quietos.**
Pedro G. Orgambide: **Las hermanas.**
Domingo Rizzo Baratta: **Pasión y muerte en Nicaragua.**
Fernando Rosemberg: **Los carpidores.**
Osvaldo Seiguerman: **La muerte de una dama.**
Dalmiro Sáenz: **No.**
Marcos Soboleosky: **Las aguas de Mara.**
Siegtraut Tesdorff: **Confidencias a una botella.**
Bernardo Verbitsky: **Un noviazgo.**
Erico Verissimo: **Noche.**
Farsa y Lago Argentino de Juan Goyanarte y **Manuel de Falla** de Rodolfo Arizaga, que se venden a $ 150 c|u. pueden elegirse también computando cada uno de ellos por dos libros.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

editorial goyanarte
Revista - Libro FICCION
PARAGUAY 479 **T. E. 31 - 3694/5163**

FICCIÓN

REVISTA-LIBRO BIMESTRAL

Registro de la Propiedad Intelectual Nº 620.203

PARAGUAY 479 **T. E. 31 - 3694**
31 - 5163

Director
JUAN GOYANARTE

Secretario de Redacción
SAÚL ARONSON

Administrador
JOSÉ ARGIBAY

Condiciones de venta y suscripción

Número suelto $ 30.— m/arg.

Suscripción Argentina y países limítrofes		Otros países	
1 año ...	$ 180.— m/arg.	1 año	3 dólares
2 años ..	„ 300.— „	2 años	5 „
3 „ ..	„ 400.— „	3 „	6 „

La continuidad de las entregas de la Revista FICCIÓN *y sus envios se hallan bajo la absoluta responsabilidad de la* EDITORIAL GOYANARTE, *Paraguay 479, Buenos Aires*

Los firmantes de los artículos publicados en esta revista asumen la responsabilidad de las opiniones emitidas en los mismos. Nuestros colaboradores pueden pertenecer a los más opuestos credos políticos o religiosos. La publicación de un escrito no significa, por lo tanto, adhesión a su contenido, sino información, amplia y tolerante, como exige la cultura contemporánea.

FICCIÓN publica materiales que han sido exclusivamente escritos para ella. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente, ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

Impreso por Del Atlántico S. A.
Avda. Emilio Castro 7598, Bs. As.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS LIBROS DE MAS VENTA...

Exodo, de León Uris ..... $ **325**

El abogado del diablo, de Morris West ..... „ **185**

Poseídos por el amor, de James Gould Cozzens ..... „ **250**

El Cuarteto de Alejandría, de L. Durrell:

Justine ..... „ **120**

Balthazar ..... „ **120**

Mountolive ..... „ **150**

Clea ..... „ **150**

Quarto de Despejo, de Carolina María de Jesús ..... „ **175**

Marnie, de Winston Graham .. „ **90**

Más allá de las lágrimas .... „ **240**

Requiem por un campesino español, de R. Sender ..... „ **80**

El arte de amar, de Erich Fromm „ **45**

El miedo a la libertad, de Erich Fromm ..... „ **80**

Demian, de Herman Hesse .... „ **90**

Sidharta, de Herman Hesse .. „ **90**

El tercer ojo, El médico del Tibet y **El cordón de Plata,** de Lobsang Rampa, c/u. ..... „ **125**

Enciclopedia Juvenil **LO SE TODO**

Los encontrará en

TRES AMERICAS LIBROS

SAN MARTIN 1015 y SANTA FE 2083

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar